

# *Proteger a una dama*

*Baile de máscaras II*

*Alexia Seris*



Proteger a  
una dama

@Alexia Seris 2019

Todos los derechos reservados

# Dedicatoria

Siembra en los niños ideas buenas aunque no las entiendan... Los años se encargarán de descifrarlas en su entendimiento y de hacerlas florecer en su corazón' ([María Montessori](#))

A mis hijos, el mayor tesoro que la vida me ha dado.

# Prólogo

William Carmichael, octavo conde de Tillshire, deambulaba por las atestadas calles de Londres. La ciudad había perdido ese brillo que le había fascinado en otro tiempo. Lo que le llevó a preguntarse si alguna vez lo había tenido o si esa fascinación se debía a su propia necesidad de huir de su miserable y solitaria vida.

Habían pasado ya unos cuantos meses desde que la duquesa de Ruchtchild le había enviado una invitación para el baile de máscaras que celebraría en su mansión de la ciudad, en principio no estaba interesado en acudir a ninguno de esos eventos puesto que con la temporada en pleno apogeo, todas las matronas insistían en presentarle a jóvenes encantadoras en las que no estaba mínimamente interesado.

Ninguna de esas mujeres comprendía lo que se escondía tras su amable comportamiento, ninguna conocía la naturaleza secreta de su padre, la misma sangre que corría por sus venas, estaba seguro de que si lo supiesen no estarían tan deseosas de poner a sus queridas hijas a su alcance. Él jamás se había comportado como su progenitor, claro que se había asegurado de no pasar jamás dos noches con la misma mujer. Creía firmemente en el refrán que rezaba que quien evita la ocasión, evita el peligro.

Pero eso era un arma de doble filo, pues su existencia era terriblemente solitaria. Frunció el ceño y se reprendió mentalmente, hacía años que no se compadecía de sí mismo hasta el punto de volver a recordar el pasado una y otra vez.

Por ese motivo había aceptado la invitación al baile de máscaras aunque en su fuero interno había intentado convencerse de que lo hacía porque la duquesa había sido amiga de su madre y estuvo pendiente de él cuando no era más que un joven inexperto y se quedó solo con su padre, la humillante verdad era que se sentía tan sólo que su alma le empujaba a acudir a ese evento con el fin de relacionarse con otras personas.

Entró en la mansión con una expresión que no revelaba lo que verdaderamente sentía en esos momentos, el pasado se había empeñado en cercenar su corazón y eran tantos los recuerdos que tenía de sus años infantiles que temió que su máscara social se resquebrajase. Antaño había pertenecido a la clase alta de la sociedad, aún lo hacía, pero llevaba varios años en los que por propia elección había ido guardando las distancias. Presentó sus respetos a los anfitriones que como siempre, le recibieron con los brazos abiertos. Por supuesto, le preguntaron por su padre y su corazón se encogió, respondió con frialdad como siempre hacía y se llevó una mirada compasiva de la duquesa.

La cena estaba a punto de comenzar y entró en el salón profusamente iluminado y decorado para la ocasión, rezando para que la bienintencionada mujer no le hubiese situado al lado de alguien que quisiera recordar a su familia. A fin de cuentas, muy pocas personas sabían lo que había ocurrido de verdad y a algunas de ellas se las había pagado muy generosamente para que olvidaran.

Y entonces los vio y sonrió.

Los condes de Hatford acababan de tomar asiento en una de las mesas centrales y casi sin pensarlo se encaminó hacia ellos. Joseph Aldridge era primo carnal pues sus respectivas madres eran hermanas y según había leído en las páginas de sociedad, acababa de casarse con la deliciosa señorita Benning con la aprobación de toda la alta sociedad, pese a no haber sido presentada a la reina. Quiso ser capaz de mantener las distancias, pero no pudo, era tan extraño ver a su primo en Londres en un evento como verle a él mismo. Y mientras caminaba para acercarse, su alma le gritó con fuerza que la soledad autoimpuesta le estaba convirtiendo en alguien que no quería ser. Tuvo que darle la razón. Echaba muchísimo de menos a sus primos, Joseph y Alexander habían sido sus mejores amigos, pero cuando sucedió aquella desgracia, les perdió a todos y desde entonces no se había permitido el lujo de volver a confiar en nadie más.

—Hatford —saludó secamente y observó como su primo se tensaba.

—Tillshire —su tono de voz y su furiosa mirada se le clavaron en el corazón, sin embargo cuando Joseph miró a su esposa, se relajó— querida, te presento al conde de Tillshire —ambos se miraron— William, mi querida esposa, lady Hatford —el otro hombre sonrió.

—Todo un placer conocerla milady —hizo una elegante reverencia—, debo confesar que me sorprendió la noticia de vuestro enlace, pero al veros,

puedo comprender las prisas de mi primo.

Vio ruborizarse a esa encantadora joven y le sorprendió el efecto tan atrayente que provocaba el conjunto.

—¿Tienes alguna otra estupidez que decir? —estaba claro que su primo bullía de ira, cosa que le ocurría siempre que sus caminos se cruzaban.

Era evidente que pese a los años transcurridos, no le habían perdonado. Era justo, él tampoco se había perdonado a sí mismo.

—En realidad —respondió a Joseph con la mandíbula apretada—, estoy apuntado en esta misma mesa, así que podemos hablar de lo que se te antoje.

Observó detenidamente a su primo y se dio cuenta de que en cualquier momento se levantaría de la mesa para liarse a puñetazos con él. Pero se sorprendió más aún al ser consciente de que él tenía las mismas ganas de zanjar lo que les separaba de una vez por todas. Era una supurante herida en su corazón tener que ser frío con aquellos a los que había considerado hermanos.

Sin embargo, ocurrió algo de lo que él no fue consciente. Candice había hecho algún tipo de magia con su esposo porque le vio relajarse casi de inmediato. La mirada de Joseph reflejaba un poderoso sentimiento, pero totalmente diferente de lo que mostraba momentos anteriores.

—Me encantaría conocer anécdotas de su juventud milord —Candice le sonrió—, mi esposo me ha contado que se criaron juntos, que Alexander, usted y él —miró a Joseph— eran unos jóvenes bastante activos.

Y William agradeció en el alma las buenas intenciones de la condesa, por lo que sonrió, se sentó y comenzó a contar divertidas historias que les relajaron a todos. Esa era una de sus mejores virtudes, ser capaz de hablar hasta que todo el que le rodeaba dejaba de sentir la tensión que emanaba de él. Y de una forma tan animada que por supuesto nadie pudiese siquiera imaginar lo solo que se sentía.

La vida se había convertido en algo realmente tedioso para William, ya que no encontraba apenas diversiones ni en el campo ni en la ciudad. Londres le asfixiaba más de lo que quería reconocer. Lo más interesante que le había ocurrido, había sido conocer a la esposa de Joseph en la fiesta de la duquesa de Rutchaild.

Ni siquiera le atraía la idea de buscarse una amante, aunque había tenido variadas y expresas invitaciones al respecto, las había rechazado todas y cada una con toda la elegancia que fue capaz de mostrar. A fin de cuentas era hijo de su padre. Prefería encuentros de una sola noche y jamás los alargaba más

de unas pocas horas. Jamás había dormido toda la noche con una dama, la primera vez que se acostó con una mujer, al despertar estaba solo y después se había negado a compartir esa intimidad con nadie.

Había ido a la urbe para alejarse de la terrible compañía que era su progenitor, el cual residía en su mansión de Stockbridge y a la que él había acudido durante un par de horas para hacerse cargo de la propiedad ahora que por fin le había despojado de todo, les separaban algo más de setenta y cuatro millas, lo que se traducía en permanecer unas ocho horas en un carruaje, algo que jamás haría su progenitor y como él tampoco tenía la más mínima intención de ir a visitarle, no había peligro alguno en que sus caminos se cruzasen.

Ya se habían cruzado más de lo necesario.

\*\*\*

Pese a estar a principios de febrero, hacía un día especialmente agradable, la temperatura era baja pero el sol brillaba tenue en el cielo y no se preveían lluvias inmediatas, por eso había decidido salir a pasear sin un rumbo definido y sin más objetivo que el hecho de caminar entre otras personas con la esperanza de aplacar un poco la soledad que le invadía sin piedad.

Había pasado poco más de un mes desde que se había reencontrado con su primo y su encantadora esposa cuando William caminaba perdido en sus pensamientos por la calle Oxford entre el resto de transeuntes que le prestaban tan poca atención como él a ellos. Lo cierto era que echaba de menos a sus primos. Y al recordarles, volvió a maldecir a su padre, el odio que sentía le atenazó el alma y se adueñó de su conciencia. Su corazón se agitó. Lo cierto era que su padre era el culpable, pero él no estaba exento de culpa pues tampoco había hecho nada para reparar el daño. Y Dios sabía que había mucho dolor aún en las mentes de casi todos los implicados.

—Buenos días milord —la dulce voz femenina le sacó de sus pensamientos y le puso una sonrisa en los labios.

—Buenos días milady —hizo una reverencia formal y después cogió la mano de la dama para besarle los nudillos— un placer cruzarme con vos.

Candice ladeó la cabeza a la vez que sonreía.

—Somos familia William, creo que el tratamiento formal es demasiado



tedioso para aplicarlo entre nosotros —y él se perdió en esos ojos castaños tan dulces.

—Tus deseos son órdenes para mí —respondió con una sonrisa, adoraba a la esposa de su primo.

—Te presento a mi amiga lady Julia —el conde se inclinó ante la joven— esposa del conde de Courtland —le miró a los ojos— nos disponíamos a tomar un té en una pastelería encantadora que hay cerca de aquí, ¿quizá te apetecería acompañarnos?

—¿Acaso queréis tener problemas con vuestros maridos? —preguntó suspicaz, las jóvenes se rieron disimuladamente.

—Nuestros maridos saben que pueden confiar en nosotras a la hora de escoger acompañantes para el té —respondió Candice sin borrar la sonrisa de los labios.

Y como William no quería contradecirla, les ofreció un brazo a cada una y pusieron rumbo a la pastelería. Las mujeres hablaban y reían mientras él imaginaba las terribles torturas a las que le sometería su primo si se enteraba de que había compartido tiempo y espacio con su adorada esposa.

Sin embargo, para su sorpresa, la velada resultó realmente agradable. Ninguna de las dos condesas era una cabeza hueca, ni se dedicaban a los cotilleos. Se sorprendió a sí mismo disfrutando enormemente de pasar su tiempo con ellas. Y por primera vez en mucho tiempo, la soledad no hizo acto de presencia.

Al cabo de un par de horas, se despidió de ellas mientras se subían al carruaje de los Hatford y él se quedaba ahí plantado pensando en qué podría hacer a partir de entonces. Era algo terriblemente tedioso no tener nada en lo que invertir el tiempo. Había dedicado parte de la mañana a responder la correspondencia con uno de sus administradores, por lo que sus responsabilidades habían sido atendidas, sin embargo, no encontraba la motivación suficiente para buscar cualquier tipo de entretenimiento.

Casi sin darse cuenta, encaminó sus pasos a un club de caballeros que se había ensalzado como el más importante de Londres y sus alrededores. Se rumoreaba que lo llevaba nada más y nada menos que el duque de Harlow, pero no dejaban de ser habladurías y él prefería centrarse en que aquel icónico lugar le mantuviese ocupado hasta el día siguiente. A fin de cuentas, allí se podían hacer realidad casi todas las fantasías.

\*\*\*

Hacía apenas un mes que Claire había vuelto de visitar a su tía en la villa de Chesham, un viaje que nada tenía de especial y que era lo más excitante que había hecho en toda su vida. El viaje había sido de lo más aburrido, pese a que la acompañaba una prima lejana a la que acababa de conocer y la vuelta fue peor aún, pues aunque su tía le ofreció los servicios de su dama de compañía, esta era más silenciosa que su prima.

Solo había salido de Londres para acudir a la escuela de Miss LeBlanc, allí conoció a decenas de jóvenes de buena cuna, pero no se hizo amiga de ninguna, con quien más relación tuvo fue con Candice Benning, la actual condesa de Hatford, había leído el enlace en el periódico y aún seguía sonriendo al recordarlo.

Candice había sido una chica solitaria, pero tremendamente amable y dulce, nunca tenía un no para ninguna de las chicas y había estado en la escuela tanto tiempo como ella, las dos tenían claro que lo que se consideraba el ideal para ellas, jamás lo tendrían. Ambas querían casarse con un hombre que las amara por encima de todo y que les dieran unos hijos de los que jamás se separarían. Se alegraba de corazón de que el conde y ella pudieran disfrutar ahora de ese futuro soñado.

—Hola —la divertida voz de su hermana la hizo volver al presente— ¿otra vez soñando con los ojos abiertos?

—Puede ser —se levantó y le cogió las manos para observarla, entrecerró los ojos— ¿de donde vienes?

—Sabes que no puedo decírtelo —la abrazó con fuerza— ¡soy tan feliz!

—Christine —le dijo a modo de advertencia— serás presentada en sociedad el año que viene, por favor, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

—No lo estoy haciendo —miró a su hermana con reprobación— te juro que jamás me arrepentiré de esto.

—Te quiero mucho Christine, pero no creo que escaparte de casa en plena noche sea algo de lo que no llegues a arrepentirte —sentenció.

—Guárdame el secreto —sus preciosos ojos azules se llenaron de emoción— por favor Claire —le cogió las manos— por favor.

—No pierdas tu honor, tu reputación es todo lo que tienes —le recordó.

Quiso seguir hablando con ella pero el mayordomo llamó a la puerta de la salita para informarles de que el almuerzo estaba preparado.

Al igual que todos los días, ambas mujeres entraron en el comedor y se sentaron la una al lado de la otra, el mayordomo y el criado las observaban para atender sus necesidades. El tiempo pasó en silencio, pues ambas sabían que cualquier cosa que dijeran le sería transmitido a su padre y ambas guardaban secretos que preferían mantener para ellas mismas.

Claire observó la decadencia con la que la decoración del comedor la abrumaba siempre. Lo que hace unos años se consideraba un lujo desmedido, ahora era considerado una muestra de mal gusto y más aún si se fijaba en los detalles que revelaban que su familia había perdido su fortuna.

Tras el almuerzo, las hermanas se retiraron a sus habitaciones, Claire para leer un libro y pensar en cómo rechazar las proposiciones de matrimonio que su padre estaba arreglando para ella y Christine para descansar después de haber vuelto a casa al amanecer.

# 1

—He recibido otra carta de esa amiga tuya — explicó William nada más entrar en la salita azul de la mansión Hatford, no era necesario que le anunciaran.

Casi le parecía increíble que hubiesen pasado ocho meses desde que tomó el té con Candice y su amiga lady Julia en aquella confitería. Muchas cosas habían cambiado desde entonces... en realidad casi toda su vida lo había hecho.

Y como le ocurría siempre que visitaba a su primo y a su esposa en su propia casa se sintió dividido entre el orgullo, la paz de espíritu y la envidia. Sentía orgullo por su primo y porque éste hubiese conseguido que una mujer como Candice le entregase su corazón, se había convertido en un hombre honorable totalmente digno de admiración; la paz de espíritu era porque por fin volvía a estar en contacto con Joseph pues la separación que habían tenido durante tantos años le había herido y ahora se sentía de nuevo en casa, con la familia; pero la envidia tampoco podía evitarla, a veces la soledad le invadía con tal ímpetu que apenas podía pensar con claridad.

Él era un hombre de familia, siempre había soñado con una mujer que le amara por él mismo, no por su fortuna o por su título, soñaba con tener hijos a los que querer con toda su alma y con los que compartir esos momentos que él jamás tuvo con su padre. Soñaba con tener la vida de su primo, por más repugnancia que sintiera al pensar en ello y sin embargo era plenamente consciente de que jamás alcanzaría ese sueño, por más que lo anhelara.

—No os comportáis como el típico matrimonio aristócrata inglés —se acercó a Candice con una sonrisa en los labios.

No era la primera vez que les veía tal y como estaban en ese momento. La joven estaba sobre el regazo de su esposo y tenía una luz en el rostro que indicaba claramente lo mucho que le amaba y lo feliz que era de compartir tiempo y espacio con él, sobre todo ahora que ya se le notaba el estado de

buena esperanza. Joseph le había explicado muchas veces que trabajaba mejor si su mujer estaba a su lado. Y después de ver cómo estuvo a punto de dejarse llevar por la inefable dama de la muerte cuando unos ladrones dispararon a Candice, comprendía la necesidad de su primo por tenerla lo más cerca posible todo el tiempo que pudiese.

No se atrevió a pisar la mansión Hatford ni a enviar nota alguna durante varios días después del incidente pero él también sintió la pérdida, cuando se enteró de lo ocurrido el terror que se adueñó de todos era tan tangible que le impedía respirar, pero afortunadamente ella sobrevivió y Joseph se recuperó. Era tal la intensidad de lo que sentía por su esposa que William estaba seguro de que moriría sin ella. Y la envidia le golpeaba de nuevo, ¿cómo sería amar tan intensamente a alguien? ¿Y que esa persona le amase a él con la misma intensidad? Porque por lo que le contaron después, ella se había enfrentado a aquellos hombres para salvarle la vida a Joseph. ¿Cuán profundo tenía que ser ese amor como para dar la propia vida? El corazón se le encogió en el pecho, ojalá conociese a la mujer que estaba destinada a ser su esposa.

Recordó cuando Joseph le contó que ella se puso en peligro para protegerle a él y aunque al decirlo estrelló un vaso contra la pared en uno de sus habituales ataques de ira, había sido incapaz de ocultar el orgullo y el amor que destilaba en cada palabra. Sí, Candice era tremendamente compleja y absolutamente perfecta para él.

Al verles ahora, ella tan delicada y sin embargo completamente cómoda al cuidado de su marido, no pudo evitar sonreír. Candice era fantástica en todos los aspectos, era preciosa, esbelta pese a su redondeado vientre y de un carácter dulce y amable, pero poseía una fortaleza interior que rivalizaba con la de Joseph.

—Porque no lo somos —respondió la condesa mientras se levantaba del regazo de su esposo y se acercó a William para besarle afectuosamente en la mejilla— ¿dices que Claire ha vuelto a escribirme? —cogió la misiva que le tendió él.

—¿Por qué motivo no le das tu dirección correcta? —le preguntó al tiempo que se sentaba en una de las cómodas butacas.

—Porque así te obligo a que vengas a hacernos una visita —la sonrisa de ella iluminó la estancia y William reprimió a duras penas otro ramalazo de envidia.

En ese momento Joseph se levantó y preparó dos vasos con whisky, le

tendió uno a William antes de sentarse en la otra butaca. El tiempo de jugar con su esposa se había terminado, con una ladina sonrisa la observó romper el sello y dejó el vaso sobre la mesita central.

*“Mi hermana ha muerto”.*

Fue lo primero que leyó la joven. Las implacables y crueles palabras de Claire llenaron de lágrimas los ojos de la condesa, apenas unos segundos después Joseph la abrazaba con ternura y la besaba en la cabeza, no le hizo preguntas, tan sólo estaba a su lado para apoyarla en lo que claramente eran malas noticias. William lo observaba todo y aunque detestaba ver sufrir a la condesa, no pudo menos que sentirse totalmente fuera de lugar, estaba claro que la relación que tenían los condes no era un matrimonio al uso. En cuanto ella daba muestras de malestar, su marido corría a consolarla.

Se sintió ruin y desleal por tales pensamientos. Les había costado mucho recuperar la confianza y había sido todo gracias a Candice, ella les había forzado una y otra vez a estar juntos, a mantener conversaciones aunque hablaran del tiempo, ella les había obligado con sus preciosas sonrisas a entretenerla recordando el pasado, al menos los días en los que eran felices. Se había esforzado lo indecible para hacerles coincidir en cualquier ocasión posible.

Candice leyó el resto de la carta sintiendo que el mundo se tambaleaba bajo sus pies y que ella se mantenía erguida sólo porque su esposo la estaba sujetando con su característico aplomo.

—Tengo que ayudarla —miró a su marido y este supo que no podría negarse a complacerla, realmente necesitaba prestar su ayuda a su amiga.

La abrazó más fuerte y ella entendió.

\*\*\*

Claire no podía pensar, hacía tan sólo dos días que había encontrado a su querida hermana muerta en su habitación, no entendía lo que estaba haciendo allí sentada en una mesa de una céntrica confitería.

Su propio padre la había abandonado a su suerte después de obligarla a ir con él, el reprimido y contenido conde de Dunmow la había llevado a esa confitería y allí la había dejado a solas, completamente a merced del hombre

que la acechaba desde el otro lado de la mesa. Era algo totalmente impropio, algo que se podría considerar escandaloso.

Era un hombre bastante más mayor que ella, con un aspecto tan huraño que le provocaba rechazo, sus ojos claros eran crueles y su piel y su musculatura indicaban que aunque no tenía sobrepeso, tampoco era dado a hacer ejercicio o a pasar tiempo al aire libre. Pero lo peor era que la evaluaba tan minuciosamente que se sentía como si fuera un caballo a punto de ser comprado, de hecho, tenía la impresión de que en cualquier momento le pediría que le enseñara los dientes.

—Bien —la voz del hombre era extrañamente grave para su apariencia— señorita Baker, su padre y yo hemos llegado a un acuerdo sobre su futuro.

Ella palideció un segundo antes de dejarse llevar por la ira.

—¿Cómo que han llegado a un acuerdo sobre mi futuro? —preguntó con la voz temblorosa— ¿quién es usted para semejante atrevimiento?

—Tu futuro marido —le espetó con aquellos ojos pálidos llenos de ira.

—¿Qué? —el corazón dejó de latirle en el pecho y apenas podía respirar.

—Me has oído perfectamente —el hombre se echó hacia atrás en la silla— vamos a casarnos dentro de tres meses, ya está todo arreglado.

Claire miró de nuevo al hombre que tenía enfrente y la bilis le llegó a la garganta. ¿Cómo era posible? su hermana había muerto hacía dos días y no podían enterrarla hasta que terminase la investigación de los agentes de Bow Street, debería estar recluida en casa llorando por la pérdida, siendo consolada por su extravagante padre. Pero en vez de eso se encontraba en la compañía poco recomendable de Sir Laurence Tribane.

—No voy a casarme con usted —murmuró al tiempo que se levantaba de la silla— no me importa lo que haya tramado con mi padre, tengo veintidós años, lo que me convierte en mayor de edad y por lo tanto puedo elegir.

—No, no puedes —la miró lleno de odio— y siéntate, todo el mundo te mira.

—¡Pues que me miren! —lanzó la delicada servilleta sobre la mesa— no pueden obligarme.

Acto seguido, sabiendo que cometía un gran error, se dirigió rápidamente a la puerta y salió a la concurrida calle Oxford, agradeció al destino que su padre le hubiese prohibido usar el luto y haberse visto obligada a elegir un vestido de muselina color crema con su sombrero a juego, el cuál no era especialmente grande, por lo que sin dudarle se metió entre el gentío con la

idea de pasar desapercibida lo antes posible.

Caminó durante casi media hora hasta que finalmente se convenció a sí misma de que el hombre ya no la seguía, a decir verdad ni siquiera era consciente de que hubiese salido detrás de ella, pero su instinto le decía que debía alejarse de él lo antes posible y odió a su padre por dejarla a solas con él. Y llevada por ese sentimiento decidió pasear por la ciudad mientras su corazón lloraba dentro de su pecho y buscaba en su mente algo que hiciera que no se sintiese traicionada. Pero no encontró nada, antes tenía a su hermana, pero ahora estaba completamente sola.

Llegó a su casa cuando estaba anocheciendo y entró tan furtivamente como pudo, el corazón le latía con fuerza en el pecho y tenía una sensación muy extraña en su interior, intentó relajarse pero no parecía conseguirlo.

—Señorita —el lacayo se acercó a ella sigilosamente —su padre le ha dejado una nota en su biblioteca y me encomendó que se lo dijera en cuanto usted entrase por la puerta.

—Gracias Carlson —aún algo asustada se encaminó a la biblioteca de su padre.

Su casa de Londres le resultaba extraña. Ella se había criado en la escuela para damas de Miss LeBlanc y allí había permanecido más tiempo del que debería, pero no tenía prisa por ser presentada en sociedad y su padre tampoco la había obligado a hacerlo, sólo había otra estudiante que había pasado en la escuela tanto tiempo como ella, la que ahora era condesa de Hatford. La única persona a la que podía considerar una amiga ahora que su hermana estaba muerta.

Sin embargo hacía unos meses que había sido presentada a la reina y después su padre celebró un pequeño baile para que la sociedad la aceptara. Ahí habían comenzado sus intrigas para casarla con el primero que se lo propusiese.

Sonrió al recordar a Candice al mismo tiempo que una lágrima le recorría el rostro por la terrible pérdida. La condesa y ella habían perdido el contacto desde que ella se fuera de la escuela, pero a raíz de haber leído en la prensa la noticia de su matrimonio, decidió enviarle una misiva para que supiera que aún la recordaba y que le deseaba lo mejor en esta vida. No esperaba una respuesta en realidad, por eso la visita de la condesa apenas unos días más tarde la sorprendió sobremanera.

A partir de entonces, aunque no coincidían en los eventos de la alta



sociedad, sí que se escribían a menudo y habían quedado un par de veces en la ciudad cuando Candice venía acompañando a su esposo, pues ambos preferían vivir en Lakesbury.

Al entrar en la biblioteca fue consciente de que algo no estaba bien. Faltaban objetos del escritorio de su padre y un par de cuadros que según tenía entendido costaban una pequeña fortuna, la puerta de la caja fuerte estaba abierta y el interior completamente vacío. Se acercó a la enorme mesa de caoba que presidía la estancia y allí encontró una nota con su nombre escrito con la pulcra letra de su padre.

*“Claire,*

*Dado la visita que he recibido de Sir Laurence Tribane y del evidente enfado que sentía por tu negativa a casarte con él, debo informarte de que he tomado la siguiente decisión: me voy de Inglaterra.*

*Imagino que esto te sorprenderá pero mis motivos son lo suficientemente fuertes como para hacerlo inmediatamente. Sé que quieres tener tiempo para llorar a Christine, pero ella está muerta y jamás sabrá si la has llorado o no. Te aconsejo encarecidamente que aceptes la propuesta de Sir Laurence.*

*No obstante, si quieres venir conmigo al extranjero para empezar de nuevo, puedo arreglarlo. Mi barco sale en unas tres horas desde ahora, lo que serían las ocho de la tarde.*

*Atentamente,*

*Lord Dunmow.”*

Claire estaba estupefacta. Leyó la carta otras dos veces antes de que fuera consciente de que estaba llorando. Sintió el impulso de ir con su padre sólo para estamparle en la cara un bofetón. ¿Cómo podía ser tan cruel? Acababa de perder a una hija y estaba completamente dispuesto a entregar a otra a un hombre que era un completo desconocido y que a juzgar por la reputación que tenía, más le valía alejarse de él.

Miró el reloj y otra lágrima le quemó el rostro.

Eran las siete y media, si se daba prisa podría alcanzar el barco donde su padre viajaba y comenzar de cero en un lugar lejano, pero a su vez sentía que estar con su padre no era la mejor de las opciones, pues si no había dudado en entregarla al primero que la había reclamado, ¿qué le impedía volver a hacerlo? Y desde luego no podía irse de Inglaterra como si nada hasta que descubriese qué era lo que le había ocurrido a su hermana Christine.

Pensando en su hermana pequeña se dirigió a su habitación y sin perder un segundo comenzó a hacer una pequeña maleta. No podía permanecer en esa casa ni un minuto más, no tenía tiempo de llorarla como era debido y tampoco lo tenía para ser débil y dejarse llevar por el dolor de la pérdida. Ahora tenía que sobrevivir, pues aunque no entendía el motivo, algo le decía que si cedía tanto con su padre como con sir Tribane, ella correría la misma suerte que Christine.

Mientras metía ropa a toda prisa en la maleta su mente le jugó la mala pasada de recurrir una y otra vez a la situación en la que se encontraba. Su hermana había muerto y la policía se decantaba por un suicidio pero era evidente que no podía ser cierto, apenas un par de días antes ella le había confesado que estaba enamorada y que era más feliz de lo que jamás había soñado. No, se negaba a creer que su divertida y preciosa hermana pequeña se hubiese quitado la vida. La culpa le atenazaba el corazón porque no la había llorado como se merecía y ahora su padre la abandonaba en los brazos de un ser despreciable y huía del país dejándola a su suerte. ¿Por qué tenía que ser tan desgraciada? ¿Qué sería de ella a partir de ahora?

Ni siquiera se molestó en cambiarse el vestido, simplemente cerró la maleta y salió tan sigilosamente de la casa que ni el mayordomo ni el lacayo se percataron de su huida.

## 2

Joseph abrazó a su esposa y se deleitó con la calidez de su piel. Se relajó a su lado una vez que ambos estaban satisfechos y saciados. Tenía varias preguntas acerca de la situación de Claire Baker, pero no había motivo para desperdiciar unas inolvidables horas en los brazos de Candice.

—Háblame sobre tu amiga —la besó en los labios y la recostó sobre su pecho.

—Coincidimos en la escuela de Miss LeBlanc, éramos las más veteranas de allí y congeniamos enseguida, cuando yo me fui perdimos el contacto pero lo reiniciamos después de nuestra boda —le explicó mientras le acariciaba el pecho.

Joseph estaba al tanto de la correspondencia que había cruzado con lady Claire, pero jamás se cansaría del sonido de la voz de su esposa. Era algo que había aprendido por las malas, él no era un gran conversador y su esposa le había temido hasta el punto de no confiarle que estaba en peligro, lo descubrió demasiado tarde cuando ella fue herida y el hijo que esperaban murió. La pena se adueñó de su corazón ante el recuerdo y de nuevo sintió un fuerte pinchazo de temor al pensar lo cerca que estuvo de perderla a ella también.

Se había jurado a sí mismo que jamás volvería a suceder algo así, de modo que ahora le hacía preguntas y para su sorpresa había descubierto que le encantaba y le fascinaba la forma que ella tenía de expresarse, era como si abriera las puertas de su corazón y le permitiese entrar y formar parte de ella misma. Otro enorme aliciente para su orgullo era que había dejado de temerle y de vez en cuando incluso le desafiaba, cosa que le volvía completamente loco y hacía que se enamorase aún más de ella.

—Su padre no es buena persona —un escalofrío le recorrió el cuerpo— no es tan malo como lo era el mío, pero ambos nos querían fuera de casa, simplemente creo que no nos querían —le besó en el pecho para coger fuerzas a través del calor de su piel— Christine era su hermana pequeña —una

lágrima cayó de sus ojos — tan sólo tenía dieciocho años... era tan joven — se limpió el rostro y continuó hablando — te hubiera encantado — sonrió tristemente — era preciosa, la típica rosa inglesa pero divertida, ingeniosa y su voz te calaba tan hondo que era imposible no quererla en cuanto la conocías.

—Tú quieres a todo el mundo — la estrechó entre sus brazos en un gesto posesivo pero que tenía la intención de calmarla.

—A ti más que a nadie — se incorporó y le miró a los ojos — vamos a ayudarla ¿verdad?

—¿Exactamente qué quieres hacer? — le preguntó.

—En la carta explica que Christine murió en extrañas circunstancias, que la policía cree que se trata de un suicidio, pero yo no lo creo Joseph, ella era una joven llena de vida y con un espíritu alegre.

—De acuerdo — concedió sabiendo que si no lo hacía él, Candice encontraría el modo de averiguarlo sola — mañana iré a hablar con los agentes de Bow Street a ver qué me pueden contar.

—Ojalá pudiese hacer algo más por ella — ocultó el rostro contra el cuerpo de su marido y suspiró.

—Haremos lo que esté en nuestras manos cariño — la arrastró sobre su cuerpo y la besó con pasión.

Unos minutos más tarde Candice tan sólo podía pensar en el poderoso cuerpo de su marido moviéndose debajo de ella. A Joseph le encantaba escucharla hablar, pero no soportaba la pena y la tristeza que se adueñaban de su corazón y por eso decidió que sumirla en el deseo y la pasión desenfrenada era la mejor forma de hacerla olvidar aunque sólo fuese por esa noche.

\*\*\*

Era noche cerrada cuando William se encontraba en su despacho mirando el resto de las invitaciones que había recibido a lo largo del día para lo que restaba de semana, no le apetecía acudir a ninguna, sin embargo, sabía que no podía rechazarlas todas, sonrió al pensar en hacerlo, Candice encontraría la manera de obligarle a acudir a alguna. Su vida era terriblemente aburrida y solitaria. Por eso se quedó de piedra cuando su mayordomo abrió la puerta de su despacho sin llamar y sin pedir permiso, pero Bowles no pudo articular palabra antes de que una joven entrara como si fuera la dueña de ese lugar.

Todos los instintos del conde se pusieron en alerta.

—¡Oh! — exclamó la joven, estaba claramente confusa.

—¿Y usted es? —preguntó William.

—Conde Hatford —hizo una reverencia formal —le ruego me disculpe la intromisión de esta forma y a estas horas, pero su mayordomo pretendía hacerme creer que mi amiga Candice no vive aquí.

La mente de William hizo rápidamente la conexión, con un gesto de la cabeza le indicó a su personal que podía irse y Bowles se retiró cerrando la puerta tras él.

—Le ruego que me perdone milord — las manos de la joven temblaban fuertemente — soy Claire Baker, hija de lord Dunmow y aunque sé que esto es terriblemente inapropiado, le suplico que me ayude y me diga dónde está su esposa.

El conde la miró fijamente de un modo tan intenso que Claire se sintió intimidada. Sin duda alguna su amiga se había quedado corta al describir a su marido como un hombre lleno de energía y con un aura de poder tan intenso que intimidaba a la mayoría de los aristócratas que trataban con él.

William intentaba hacer lo correcto. Pero la mujer que tenía delante de él era la dama más hermosa y delicada que él había visto jamás, tenía un pelo rubio dorado que rivalizaba con el trigo dorado al sol, unos enormes y expresivos ojos azules que rivalizaban en belleza y serenidad con el cielo del verano y un rostro tan dulce como la miel, una piel blanca y sin imperfecciones y unos labios suculentemente jugosos. Y tuvo que repetirse que él era un caballero, por difícil que se lo pusieran.

El vestido de día que llevaba no era apropiado para pasearse sola por la ciudad a esas horas ya que era de noche, pero era una elección más que apropiada para esa belleza, pues resaltaba todos sus encantos, encantos de los que fue más que consciente en cuanto la vio entrar, pues aunque era esbelta tenía curvas donde una mujer debía tenerlas.

Se levantó despacio y se acercó a ella, la vio contenerse para no echarse atrás y aprobó su valiente actitud. Desde luego, no le faltaba carácter.

—Me temo señorita Baker que mi mayordomo no mentía —se obligó a mirarla sólo a los ojos —su amiga Candice no reside aquí y yo no soy Joseph Aldridge, su esposo.

—Pero... — estaba confusa — llevo meses enviando cartas a esta dirección.

—Lo sé, yo las recojo y se las entrego a ella —se apoyó contra el borde de su escritorio y se cruzó de brazos — no me pregunte por qué motivo Candice no la sacó de su error respecto a la dirección —se encogió de hombros.

La vio enrojecer intensamente y su mente le traicionó pensando en las posibilidades que tenía de haberse ruborizado por completo. Ese esbelto cuerpo aumentando de temperatura a la vez que se teñía de ese rosa intenso era toda una tentación.

—Yo — parecía que no era capaz de articular palabra — lo lamento, ¡oh Dios!

—No se preocupe señorita Baker —sonrió intentando no seguir imaginando su atractivo cuerpo — puedo llevarla hasta la residencia Hatford, está a unos metros de aquí, este es el número trece de Grosvenor Square y los Hatford viven en el dieciocho.

Claire apenas era consciente de lo que le estaba diciendo ese hombre, ahora que sabía que no era el esposo de Candice se permitió evaluarle y se sorprendió a si misma al darse cuenta de que era pecaminosamente atractivo y mucho más musculoso de lo que dictaba la corriente masculina para un hombre de su posición, pues estaba claro que se trataba de alguien de la alta sociedad.

Le sacaba más de una cabeza y ella no era precisamente baja, por lo que imaginó que mediría más de un metro ochenta. El pelo era de un intenso castaño, lo tenía cortado a la moda y unos rebeldes mechones le caían por la frente, sus ojos eran cálidos de un dulce color miel, sus facciones varoniles y bien marcadas, todo ello acompañando a un cuerpo que a todas luces era el más poderoso que ella hubiese conocido.

Y si bien la apariencia tan sumamente atractiva del hombre la había turbado, más lo había hecho la situación en la que se encontraba. Era del todo indecente que una dama soltera y sin acompañante visitara a un caballero por la noche. Sólo podía ser peor si ese caballero era soltero. Se le encogió el estómago.

Le había dicho a su hermana que la reputación era todo lo que tenía y ella acababa de tirar la suya a la basura. Su pulso se aceleró de forma alarmante.

—Por cierto, soy William Carmichael, conde de Tillshire.

—Le pido disculpas nuevamente milord — apenas se atrevía a mirarle a los ojos — ahora que conozco la dirección correcta de mi amiga, me iré para no seguir molestandole.

—No es una molestia — descruzó los brazos y se acercó a ella — en realidad me ha distraído usted de una noche terriblemente aburrida —le sonrió con todo su encanto — no obstante, me temo que no puedo permitir que salga de mi casa a estas horas, su reputación quedaría por los suelos y la mía sufriría un serio revés.

Se tensó de inmediato, ya era bastante malo que se hubiese presentado sin avisar y que hubiese entrado sola en casa de un hombre soltero, pero si salían juntos sería infinitamente peor. Sin embargo se sorprendió a sí misma aguardando a la propuesta que sin duda alguna él iba a hacerle. Estaba claro que no pensaba con claridad.

¿Acaso se estaba volviendo loca? Lo más probable es que así fuera.

—Señorita Baker, ¿se encuentra bien? —su tez se estaba volviendo más pálida por momentos.

—Creo que me estoy mareando —murmuró, en ese momento su estómago hizo un ruido delatando a su dueña, un sonido apenas audible pero que William escuchó con claridad.

—¡Bowles! —la puerta se abrió casi inmediatamente — que preparen un servicio para que esta encantadora dama pueda cenar —el mayordomo no alteró su expresión — en mi comedor personal.

—A sus órdenes milord.

La puerta volvió a cerrarse y Claire sintió que el aire se espesaba a su alrededor. Hasta ese momento no se había permitido fijarse en la estancia en la que se encontraba. Claramente era el despacho de un hombre poderoso y sin problemas económicos, pues a simple vista resaltaba la buena calidad de los muebles, así como las cortinas de los grandes ventanales y la valiosa alfombra de Abusson que cubría el precioso suelo de madera pulida y brillante.

—No es necesario milord y no puedo pasar la noche en su casa.

—¿Darle de cenar? —sonrió con diversión — es absolutamente necesario, pero no, no debería pasar la noche aquí —se acercó a ella y la instó a que se sentase en una de las enormes butacas — no obstante, es precisamente lo que va a hacer — alzó una mano para acallar su protesta — señorita Baker, no hay forma de justificar que se haya presentado en mi casa a estas horas de la noche —la miró a los ojos — y lleva aquí el tiempo suficiente como para que las mentes más retorcidas de Londres comiencen a esparcir rumores.

Dejó que sus palabras germinasen en la mente de esa joven tan bonita y se sentó tranquilamente en la butaca enfrente de ella. Sin duda alguna ella ya se

habría percatado del enorme problema en el que se encontraba y aunque quizá lo mejor para su tranquilidad física y mental era sacarla de allí cuanto antes, lo cierto era que por algún extraño motivo, esa mujer tenía algo que le fascinaba. No obstante, se dijo a sí mismo, el único motivo por el que la mantenía en su casa era porque claramente necesitaba ayuda y su caballerosidad le impedía no ofrecérsela.

—Le propongo que se quede a pasar la noche y mañana al amanecer, antes de que los lacayos salgan a comprar, yo mismo la escoltaré en mi carruaje privado a casa de mi primo, la mansión Hatford —se tomó un instante para observar su reacción— es posible que su entrada haya sido ignorada, pero le aseguro que no tendrá la misma suerte si sale ahora mismo por la puerta.

Claire le observó con los ojos abiertos de par en par. Y sin embargo, por alguna extraña razón, no alcanzaba a comprender cómo era posible que su propuesta le sonase tan intrínsecamente atractiva. Sin duda alguna había perdido el juicio.

—Mi reputación está dañada de todas formas — él asintió con la cabeza — lamento haberle puesto en esta situación, le juro que pensé que tenía la dirección correcta.

—No se preocupe ahora por eso, lo hecho, hecho está y no podemos borrarlo, sólo intentar minimizar los daños.

En ese momento el mayordomo llamó a la puerta para anunciar que la cena de la señorita estaba lista y William se levantó y le ofreció su brazo para acompañarla.

Claire no sabía por qué motivo había aceptado de tan buena gana el ofrecimiento de ese hombre, pero sin embargo con él se sentía segura a la vez que todos sus sentidos se alteraban por la presencia del conde. Le miró y se cogió a su brazo.

Al día siguiente le pediría ayuda a Candice para que hiciera algunas preguntas acerca de la muerte de su hermana y para pagar el entierro, después de eso su vida sería un infierno, pues no tenía nada, debería empezar de cero olvidándose de que era una joven de buena cuna. Con ese negro futuro en mente se alentó a sí misma, bien podía aprovechar unas horas fingiendo que era alguien que no era, que tenía derecho a disfrutar de una buena cena en compañía de un hombre que la hacía sentir como si fuera la única mujer del mundo. Podría vivir el resto de su vida con los recuerdos de esta noche.



### 3

Entraron en el comedor personal de William y Claire se dio cuenta de que era un hombre con un gusto extraordinario. Era muy acogedor. Estaba cálidamente iluminado, las paredes estaban forradas con una delicada tela de color verde hoja con hermosos y delicados detalles plateados, las pesadas cortinas habían sido descorridas para permitir que la luna se mostrase orgullosa a través del gran ventanal. El sofá que se apoyaba en la pared más lejana daba la impresión de ser tan cómodo que debía costar levantarse. Pero la mesa fue lo que le llamó la atención.

En el centro de la estancia había una mesa redonda cubierta por un mantel de un prístino color blanco, encima un juego de cubiertos y platos y una copa de cristal bellamente tallada. Un par de fuentes de plata estaban enfrente a la vajilla y un precioso candelabro de oro iluminaba la escena.

Jamás en toda su vida había visto una disposición igual.

—Gracias Bowles —William sonrió al mayordomo aprobando su trabajo — yo mismo serviré a mi invitada, podéis retiraros todos a dormir.

—Señor, me he tomado la libertad de ordenar que se preparase la habitación rosa para la joven, en caso de que fuera necesario, por supuesto.

—De nuevo, gracias.

El hombre se fue cerrando la puerta tan silenciosamente que Claire no estaba segura de que aún no estuviese con ellos, lo cual habría sido estupendo porque los nervios y el agotamiento que sentía amenazaban con hacerla caer de un momento a otro.

—Siéntese, tiene el aspecto de estar a punto de desmayarse —fue consciente en ese momento de que él le había apartado la silla y esperaba a que ella se sentara, cosa que hizo.

—Gracias por todo milord, no tiene por qué molestarse.

—¿Quién dice que sea una molestia? —le sonrió de una forma tan encantadora que hizo que su corazón comenzase a latirle con fuerza.

Levantó las tapas de las fuentes y procedió a señalar lo que contenían para ver si era del agrado de ella. El detalle le llegó al alma. ¿Cuándo alguien se había preocupado así por ella? Nadie. La respuesta le golpeó con fuerza y palideció aún más.

Cuando su plato estuvo lleno, William llenó la copa de un vino rosado que era la delicia de las jóvenes debutantes. La edad de esa joven le traía de cabeza, parecía tan joven, tan vulnerable y frágil que esa apariencia rivalizaba con la tensión de su espalda, con la determinación de sus rasgos y con el aplomo de su dulce mirada. Era un enigma para él, un enigma que se moría de ganas por desentrañar.

Sin duda alguna sus plegarias habían sido escuchadas y la providencia le había enviado a un ángel para que le sacara de su tediosa y aburrida existencia. Un ángel que no pondría a prueba la naturaleza de su línea de sangre, alguien que si bien físicamente era más débil, debía tener un carácter que podría lidiar con el suyo.

William la observó comer y su corazón se enfureció al comprender que llevaba todo el día sin alimentarse, ¿cómo era posible que semejante dama no tuviese a alguien que cuidase de ella? Las preguntas le daban mil vueltas en la cabeza y se moría de ganas por averiguar las respuestas.

Por más que quiso preguntar, no lo hizo, contuvo su curiosidad así como sus otros instintos, lo último que necesitaba esa joven era que la asustaran aún más. De modo que cenó en silencio, aunque claramente estaba nerviosa por toda la situación.

Cuando finalmente dejó los cubiertos en el plato indicando que había terminado, William se acercó a ella y la instó a ponerse de pie.

—Señorita Baker —se perdió en esos preciosos ojos azules —la acompañaré a su cuarto y le prometo que puede descansar tranquila, nadie osará molestarla, se lo prometo.

—Lamento de nuevo todas las molestias que le estoy causando —su rubor se extendió y apartó la mirada del hombre que la fascinaba.

—No es ninguna molestia —tiró de ella suavemente— venga, vaya a descansar y mañana podrá ponerse al día con Candice, creo que una persona que ha sufrido una terrible pérdida como la suya no debe estar sola.

Ella le miró sorprendida y sus ojos se llenaron de lágrimas. William quiso golpearse por haber sido tan torpe, debería haber fingido que no sabía nada de la muerte de su hermana.

—¿Usted lo sabe? —sus manos temblaban— ¿acaso... acaso leyó usted mi carta?

—¡Por supuesto que no! —le acarició la mejilla limpiando las lágrimas rebeldes— Candice leyó la carta en mi presencia y la tristeza por la noticia de tan terrible pérdida la conmovió de tal modo que nos explicó a su esposo y a mi que era lo que la turbaba.

Claire se ruborizó aún más.

—Venga, tiene que descansar.

El conde le cogió la mano y la acompañó hasta su cuarto, subieron por la enorme escalinata hasta el segundo piso y atravesaron un pasillo profusamente decorado, aunque no resultaba desagradable. Aunque ella apenas se fijaba en los detalles, estaba demasiado nerviosa para eso, terribles situaciones del todo inapropiadas comenzaron a llenar su mente.

Sin embargo, lord Tillshire se portó como un auténtico caballero, le abrió la puerta de su habitación y se despidió con un cortés beso en su mano antes de dar un paso atrás esperando a que ella entrase y cerrase la puerta.

—Tiene un cerrojo que puede usar sin temor a ofender a nadie —le dijo William— le deseo buenas noches milady.

Y con esas palabras se fue en dirección a las escaleras pues su cuarto estaba en ala contraria de la mansión. Claire cerró la puerta y el cerrojo, después se giró y con sorpresa descubrió que había un camisón de mujer sobre la cama.

¿Dónde se había metido? Había dado por sentado que el conde estaba soltero, pero ¿y si se había equivocado? ¿Y si su esposa estaba ya acostada cuando ella irrumpió en su hogar? ¿Qué pensaría de ella?

La cabeza comenzó a darle vueltas cuando se percató de que su maleta estaba en un rincón de la habitación, de modo que la abrió, sacó uno de sus camisonos y se metió en la cama, imaginaba que no sería capaz de dormir dado que los nervios la estaban consumiendo, no obstante en cuanto su cabeza tocó la suave almohada, se quedó profundamente dormida.

Todo lo contrario le sucedió a William que se encerró en su cuarto y también cerró con llave por temor a no ser capaz de controlarse. ¿Desde cuando perdía él los papeles ante una joven hermosa? Saber que la tenía bajo su mismo techo despertaba sentimientos de lujuria, deseo desenfrenado bajo una fuerte capa de protección. Se sentía confuso. No se había sentido así desde que era un joven imberbe.

Se sentó en la cama para serenarse y sin saber cómo terminó recordando cómo había acudido a la casa de su primo Joseph apenas una semana después de que se hubiese cruzado con Candice y lady Julia en Hayde Park, ella misma le había enviado una nota para informarle de que estaría encantada de recibir su visita y él se había sentido obligado a cumplir sus deseos. Se sentía fascinado por ella.

De modo que había acudido al día siguiente a la mansión Hatford con unas flores y una caja de delicados bombones de chocolate que eran las delicias de las damas.

Le hicieron entrar en la biblioteca después de anunciarle y sabía que era un error estar allí, hasta que sus ojos se posaron en los de lady Hatford. ¿Cómo era posible que esa mujer consiguiese doblegar su voluntad con tan sólo una mirada?

—No sé lo que haces aquí ni para quién te crees que es eso que traes en la mano —su primo le odiaba de manera visceral.

—Querido... —Candice intervino y se acercó a él— es un placer verle en nuestra casa milord, le agradezco que aceptase mi invitación —le besó en la mejilla en un gesto tan cariñoso que se le contrajo el estómago, no fue consciente de la mirada de advertencia que su primo le lanzó a su esposa— la familia —miró a su marido de soslayo— siempre es bienvenida en nuestra casa, ¿verdad Joseph?

Desafiar a Joseph no era una buena idea, pensó William, hasta que vio que este era incapaz de negarle nada a su mujer. No respondió, pero tampoco le quitó la razón. Interesante.

—No quiero estar aquí más de lo que tú quieres que esté, pero ¿qué clase de hombre sería si no viniese a presentar mis respetos a lady Hatford tras su amable invitación?

—Y si no quieres estar aquí, ¿por qué has venido? — Joseph se apoyó contra el escritorio y cruzó los brazos en actitud defensiva.

—Porque somos familia Joseph —dejó las flores y los bombones sobre una mesa y se encaró a él— porque —en ese momento había deseado mentir con lo primero que le viniese a la cabeza, pero al mirar a su primo a los ojos y ver cuánto dolor se ocultaba en ellos, decidió ser sincero— te echo de menos, a Alexander y al tío Eliseo —dejó salir el aire entre los dientes—, debí haber hecho esto hace mucho. Lo siento.

La actitud beligerante y orgullosa de su primo le dolía en lo más profundo,

Joseph le observaba y veía al hombre en el que se había convertido, pero sin dejar de ver al muchacho que fue su mejor amigo de la infancia, aquel con el que podía compartir las cosas típicas de su edad hasta que su hermano tuvo edad suficiente y entonces se habían convertido en un trío formidable.

—¡Por mi puedes irte al infierno! —tenía los puños apretados y no soportaba el desafío de su mirada— ¡maldita sea Tillshare! ¿ahora recuerdas que somos familia? Sobrevivimos perfectamente sin ti.

Candice no pudo soportarlo más. La tensión entre los dos hombres había sido evidente y espesa desde que el primo de su marido había entrado en la sala, pero conocía a Joseph y sabía que estaba llegando a su límite, ya había maldecido delante de ella, lo siguiente podría ser que le estampara un puñetazo en la cara.

—Querido —intervino y se movió sutilmente para ponerse entre los dos hombres— acompáñame un momento —Joseph la miró con preocupación.

—¿Te encuentras mal? —todos sus instintos se alzaron, mataría a su primo por haberle provocado malestar a su mujer.

Ella le miró a los ojos e hizo un gesto que denotaba algún tipo de dolencia, entonces enlazó su brazo con el de él y se giró hacia su invitado.

—Le ruego que me disculpe lord Tillshare, debo robarle a mi marido unos instantes, pero le prometo que volverá con usted lo antes posible.

—Lamento si mi intrusión le ha provocado desazón milady, le deseo una pronta recuperación —William se sentía realmente preocupado por esa joven.

El matrimonio salió y cerró la puerta tras ellos, Candice condujo a su marido hacia el cuarto bajo las escaleras, el que se había convertido en su lugar secreto.

—No estás enferma —Joseph la miró dolido.

—No cariño —le rodeó el cuello con las manos— pero empezabas a maldecir y no quería una pelea en la biblioteca que tanto me ha costado restaurar —sonrió ante el bufido de él— ya me contarás más adelante lo que sucedió entre vosotros, pero ahora escúchame, él ha venido a hablar contigo...

—No tienes ni idea —ella se acercó más a su cuerpo y sus uñas arañaron su piel suavemente— deja de hacer eso —le ordenó sintiendo cómo el deseo se apoderaba de él.

—Sé lo que tengo que saber querido —le besó en la barbilla con diversión en la mirada— ni siquiera le has dejado explicarse, por favor, te lo suplico —le besó de nuevo — no rechaces su compañía sin antes haber considerado

todas las opciones. Le rodea una soledad tan profunda y triste que me duele el corazón.

—¿Y qué gano yo con escucharle? —sus manos se habían movido por voluntad propia y la habían rodeado la cintura— dime —le susurró muy cerca de sus labios.

—Ocúpate de tu primo, a poder ser sin romper nada y sin pegaros y lo descubrirás —adoraba los juegos con su esposo, de forma que escandalosamente se levantó la falda y le rodeó con su pierna.

—Descarada —la besó con fiereza mientras su mano acariciaba el muslo desnudo de su esposa.

—Enamorada señor mío —le miró a los ojos— muy enamorada.

—Gracias a Dios por eso —dejó de acariciarla y ella bajó la pierna al suelo— está bien, tú ganas, le escucharé y tendré en cuenta sus palabras y excusas ¿así estarás contenta?

Ella le dedicó una sonrisa que le dejó ensimismado, estaban en su segundo año de matrimonio y él aún perdía el sentido cuando ella sonreía de esa forma.

—Estaré más contenta cuando me tengas totalmente desnuda bajo tu cuerpo y yo esté completamente llena por ti —le besó rápidamente en los labios y salió del cuarto a toda prisa.

Joseph sentía que apenas podía respirar. Se había casado con una bruja que le tenía completamente hechizado y que hacía de él lo que quería, pero, ¿cómo podía negarse? Las peticiones de ella solían estar ligadas a mejorar las vidas de los que les rodeaban y el precio que pagaba por sus concesiones era algo que sólo ella podía darle y que él se tomaba como un regalo. La amaba más que a su vida.

Intentó controlar su respiración y pensar en otra cosa para que su miembro volviese a su estado natural, aunque estando casado con Candice ya debería haberse acostumbrado. Si ella estaba cerca, ese parecía ser su estado normal.

Cuando pudo salir del cuarto se dirigió con paso firme de vuelta a la biblioteca.

—Escucha Hatford —su primo se puso en pie pero él alzó una mano para que detuviese su lengua.

—He maldecido delante de mi esposa —se sentó en su sillón.

—Lo lamento, no quería provocar una pelea entre vosotros.

—No seas estúpido, no hay nada que me guste más que una de sus peticiones, así que déjate de monsergas y habla.

William se sentó en el sofá y le miró evaluandole. Había cambiado mucho en algunos aspectos pero en otros era exactamente igual que antes y eso le provocó un dolor sordo en el pecho, le echaba muchísimo de menos.

—Estoy esperando William —le miró con un brillo divertido en los ojos — habla, rápido.

Y así habían comenzado a restaurar la maltrecha relación que tenían. Eran primos carnales, pues la madre de Joseph y su madre eran hermanas.

Después de gritarse hasta la saciedad, hablaron durante horas y disfrutaron de un fabuloso whisky mientras compartían felices recuerdos que les ayudaban a soportar el dolor de un pasado marcado por la tragedia.

Cuando se despidieron, William le había entregado su corazón a Candice. No la deseaba como un hombre desea a una mujer, pero sin duda alguna se había convertido en uno de sus más fervientes admiradores. A partir de ahí, todo había cambiado. No pasaron muchos días hasta que le habían invitado a cenar y después se sucedieron una serie de encuentros que si bien podrían parecer casuales, él sabía que no lo eran, la condesa había decidido interceder por él y estaba forzando a su marido a seguirla y a volver a aceptarle.

Se levantó de la cama para volver al presente y se desnudó completamente antes de meterse bajo las sábanas. Cerró los ojos y se dejó vencer por el sueño, sin duda alguna sus horas de descanso estarían llenas de imágenes de la sensual y hermosa Claire Baker.

## 4

En cuanto el sol rozó el horizonte, William se vistió y fue en busca de la joven que había irrumpido en su hogar de una forma tan elocuente. Y se sorprendió gratamente al verla ya preparada.

Caminaron en silencio por la mansión hasta llegar a la parte trasera donde se guardaban los carruajes, William eligió uno sin distintivos y cubierto, una vez enganchados los caballos, la hizo entrar en él y acto seguido se subió al asiento para dirigirse a la mansión Hatford.

Entró por la parte trasera donde sería menos probable que alguien pudiese verles e hizo todo lo que pudo para no hacer ruido, pero los sirvientes de su primo ya estaban en pie y en cuanto le divisaron se ofrecieron a hacerse cargo del carruaje y de los caballos, pero con un gesto y unas pocas palabras les desalentó. Entraron a la casa a través de la cocina y atravesaron una estancia tras otra hasta llegar a la biblioteca, una vez allí colocó a lady Claire en las sombras y llamó a uno de los criados para que fuese en busca de los condes.

Mientras esperaban en silencio, Claire fue consciente en todo momento de la compañía del conde Tillshire y a punto estuvo de echarse a reír a carcajadas. No sólo había pasado la noche en su casa sino que ahora estaba en una habitación cerrada completamente a solas con él, si su vida no fuese un auténtico desastre, se echaría a reír con fuerza.

La puerta se abrió de repente y apareció un hombre envuelto en una pesada bata de lana y descalzo, sin embargo el atuendo no minimizaba el impacto que ella sufrió al verle. Se echó a temblar sin poder evitarlo, ese hombre era demasiado intenso para ella, se le veía furioso y totalmente capaz de destrozarles a ambos con sus propias manos, era aún más corpulento que William.

—Lo sé —comenzó su primo antes de que dijese nada— sé que es muy pronto para sacarte de la cama, pero necesitamos tu ayuda —le miró a los ojos — ¿Candice no baja?



—No —espetó fríamente Hatford y entonces la miró— ¿quién demonios es usted?

No pudo evitarlo y se echó a temblar y William reaccionó inmediatamente colocándose entre su primo y ella.

—Es lady Claire —le dio unos instantes para que hiciera las conexiones— por favor Joseph, dile a Candice que baje, su amiga la necesita.

—Más te vale tener una explicación para todo esto —gruñó antes de salir de nuevo al pasillo para vociferar a una doncella que fuese en busca de la condesa, después se giró y les miró fijamente— estoy esperando.

—Creo que será mejor que esperemos a tu esposa Joseph —dio un paso en su dirección— por favor.

Joseph bufó y fue a sentarse en el enorme sillón tras el escritorio y esperó paciente a que su mujer entrase, pues estaba claro que ninguno iba a decir nada hasta que ella llegase, lo que le puso de peor humor aún.

Unos minutos más tarde, Candice entraba en la biblioteca ataviada con un comedido vestido de día y con una extraña expresión en su rostro, hasta que divisó a Claire. En ese momento ignorando a todos los demás, se dirigió a ella y cuando esta se levantó de la butaca la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—¡Qué alegría verte! —no la soltó inmediatamente— sé que estás pasando por un infierno, pero Joseph y yo vamos a ayudarte —le cogió las manos y le sonrió como sólo ella sabía hacer, iluminando la estancia— para todo lo que necesites querida.

—¡He hecho algo terrible! —Claire se desmoronó en ese mismo momento dejando a todos los presentes completamente anonadados.

Joseph entendió la significativa mirada de Candice y se levantó pesadamente para empujar a su primo del hombro y sacarle de la biblioteca, se dirigieron al salón de juego en completo silencio.

Candice abrazaba a su amiga y esperaba paciente a que esta le contase qué era eso tan horrible que había hecho y por qué se presentaba al amanecer de la mano del conde de Tillshire, pues ella creía que no se conocían y que jamás habían coincidido.

Pasaron varios minutos hasta que Claire dejó de sollozar y siendo guiada por la condesa, se sentó en una de las butacas con su tranquilizadora presencia a su lado.

—He pasado la noche en casa del conde —sus manos tapaban su rostro— y me he escapado de casa, o eso creo.

—A ver querida —le dio unas suaves palmadas en la mano— cuéntame exactamente qué es lo que ha pasado.

Y Claire lo hizo. Confió en ella con todo su corazón.

Le relató cómo había encontrado a su hermana en su propia cama y que cuando mandó llamar al doctor, su padre intervino y mandó recado a la policía. Christine aún reposaba en la morgue a la espera de ser enterrada, lo que la hizo llorar de nuevo. Le explicó también el terrible hecho de que su padre había huido de Inglaterra dejándola a su suerte con sir Tribane y que éste le había asegurado que iban a casarse en tres meses.

Candice estaba horrorizada por su amiga pero esperó a que ella terminase de hablar y de contarle todo lo que le había sucedido.

Tras una copa de brandy, Claire le narró cómo había acudido a la que creía que era su casa a altas horas de la noche y todo lo que había pasado después.

Y ella sonrió. Porque conocía a su amiga y comenzaba a tener una fe ciega en William, sí, la situación era completamente escandalosa, pero estaba convencida de que entre ellos no había ocurrido nada.

Claire estaba aterrada y le costó toda su fuerza de voluntad ser capaz de pedirle a su amiga el dinero para enterrar a Christine y un poco más para poder huir.

\*\*\*

Mientras tanto en la sala de juego, Joseph había servido dos copas de excelente whisky y lo bebía mientras miraba fijamente a su primo. No tenía la más mínima intención de empezar a hacerle preguntas, le conocía lo suficiente como para saber que no tardaría en empezar a hablar.

Habían pasado muchos años separados, pero la relación que tenían iba más allá de ser primos, Candice se lo había explicado en una de sus innumerables conversaciones sobre Tillshire y él terminó por comprender lo que le decía. Él también le había echado de menos y aunque las explicaciones pertinentes habían sido dadas y le había puesto a prueba, lo cierto era que tenerle cerca le calmaba lo suficiente como para no volverse loco pensando en su hermano, el cual estaba sabía Dios dónde, haciendo sabía Dios qué.

—Ya no soy un chiquillo al que puedes intimidar —William se apoyó

contra la mesa de billar.

—No, no lo eres —fue la seca respuesta de Joseph.

Y así permanecieron durante varios minutos. Hatford paciente ante lo que esperaba que fuera una divertida historia de algún lio de faldas de su primo, aunque no alcanzaba a comprender cómo se había visto envuelto con la amiga de Candice y Tillshire estaba empezando a flaquear ante la fija mirada de su primo. No había hecho nada malo pero todo su ser se revolucionaba ante la idea de no hacer lo posible para ayudar a la encantadora joven que había entrado casi a la fuerza en su hogar.

—Vale como quieras —Joseph sofocó una sonrisa— anoche vino a mi casa y casi arrolló a Bowles pidiendo ver a Candice, obviamente ella no estaba allí, pero dada la hora que era y que estaba famélica, decidí que lo mejor era que cenara y que pasara la noche en mi casa hasta que pudiéramos venir a veros.

Joseph observó cada movimiento en el cuerpo de su primo y sopesó las emociones que durante un segundo habían traspasado su fría e impassible máscara. Era consciente de las implicaciones de sus actos, pero también se dio cuenta de que William ya había sopesado todas las opciones y que al parecer, la más obvia no le desagradaba. No pudo juzgarle, él se había casado con Candice sin conocerla de nada y ahora era su mismo corazón, la dueña de su alma.

Vio cómo el pomo de la puerta giró y entonces fue cuando habló.

—Bien, ¿cuándo os casaréis?

La pregunta quedó ligeramente amortiguada por el grito ahogado de una mujer. Ambos se giraron y vieron que tanto Candice como Claire estaban en el umbral y era más que evidente que había escuchado al conde. Su esposa estuvo a punto de protestar pero vio cómo los labios de su marido se curvaban ligeramente y tardó sólo un segundo en hacer la conexión y entender lo que había pasado. Seguramente las había oído acercarse a la puerta y había hecho la incendiaria pregunta sabiendo que ellas le escucharían. Tuvo que reprimir una enorme sonrisa.

La impresión que la incendiaria pregunta le había provocado, impidió que la joven fuese consciente de todo lo que la rodeaba. No prestó atención a la enorme mesa de billar ni al reluciente suelo pulido, ni a las fastuosas cortinas que mostraban ventanas francesas por las que el sol entraba con timidez, tampoco observó las dos mesas de juego, la ruleta y el insistente aroma de

tabaco y diversos licores que se respiraba en el ambiente.

—¡No puedo casarme con él! —la vehemente protesta de Claire hizo que todos los ojos se posaran en ella— discúlpeme milord —miró a William a los ojos— pero no puedo permitir que usted pague por mis errores.

—En realidad querida —Candice intervino obligando al resto a permanecer en silencio— creo que no es mala idea.

Todos la miraron fijamente, pero sólo su marido lo hacía con fuego en la mirada. Ella le había entendido en tan sólo un segundo, sólo con mirarle y él se enamoró más aún de ella, sólo quería terminar con toda esa situación lo antes posible para arrastrarla de nuevo al dormitorio y amarla tan intensamente como pudiese soportar. La conexión que compartían era tremendamente seductora.

—¡Candice! —su amiga la miraba con los ojos como platos.

—Claire —su tono de voz quería tranquilizarla— me temo que aunque no es lo más adecuado, no tienes otra salida —le cogió de las manos— por lo que me has contado Tribane te persigue y tu padre te ha abandonado —hizo una pausa para que los hombres asimilaran sus palabras— no tienes otra escapatoria. No tienes a nadie que te proteja, ser la esposa de Tillshire es la solución perfecta para todos tus problemas.

William quiso cogerla en brazos y tranquilizarla con suaves caricias, era evidente que se sentía traicionada por su amiga, pero si lo que Candice decía era verdad, él tenía que hacer algo para impedirlo, todo Londres conocía la reputación de Tribane y su corazón se encogió con fuerza en el pecho al imaginar sus arrugadas manos sobre la dulce Claire. Aun así, ató en corto sus propios instintos y esperó a que su primo y ella misma se pronunciasen.

—¿Tribane te persigue? —la profunda voz de Joseph anunciaba que estaba furioso— ¿el acuerdo está firmado?

Claire le miró y no pudo menos que encogerse, su tono era el de un hombre peligroso, no tenía nada que ver con la firmeza y la seguridad que le aportaba William. Pero se obligó a responder aunque se cogió más fuerte a las manos de su amiga.

—No estoy segura milord, él me dijo que todo estaba arreglado, pero no me quedé para escuchar qué era exactamente lo que habían acordado.

Joseph meditó sus palabras y miró fijamente a William, al cabo de unos segundos, éste asintió con un gesto.

—Milady, me temo que tal y como ha señalado Candice no tiene otra

salida —dio un paso hacia ella y le cogió de las manos— estoy dispuesto a casarme con usted para que evite un destino para el que sin duda no está preparada —la observó abrir los ojos de par en par y sintió como temblaba ligeramente— soy el conde de Tillshire, futuro marqués de Ranmore y tengo una fortuna propia aparte de lo que está vinculado al mayorazgo, podré mantenerla sin problemas y usted elegirá dónde quiere establecer su residencia, ya que tengo propiedades tanto en Londres como en Stockbridge y Lakesbury.

Candice se había refugiado en los fuertes brazos de su esposo y observaba detenidamente la reacción de Claire, podía comprenderla totalmente. Ella misma se había sentido aterrorizada ante la idea de casarse con un hombre al que no conocía, más cuando ese hombre era tan intenso que provocaba una reacción en todo el mundo que tenía que tratar con él, sólo al cabo del tiempo había visto que esa intensidad no era más que una máscara pues Joseph era en realidad un hombre con un buen corazón, una integridad a toda prueba y una honestidad que iba más allá de toda duda. Y ella se enamoró de él en el mismo instante en que la besó. No pudo evitar sonreír.

Claire no podía pensar. De pronto todo le daba vueltas y por un momento deseó ser de esas mujeres a las que desmayarse le resultaba tan fácil, pues esa sería la solución perfecta, ella se desmayaría y cuando abriese los ojos, todo habría sido una pesadilla y su hermana estaría durmiendo en la cama tranquilamente.

Pero por más que se dejó llevar por el mareo, no se desmayó.

Observó detenidamente al hombre que tan generosamente le ofrecía la protección de su apellido y quiso echarse a llorar. Sabía que la reacción más apropiada para salir del lío en el que estaba era dejarse llevar por la alocada idea de Candice y decir que sí para que William cargara con el peso de su vida, pero ella no era así y no quería obligarle a nada.

—No puedo aceptar milord —le miró a los ojos— pese a la extremada generosidad de su oferta —intentó zafarse de su firme agarre— no le obligaré a pagar por los errores de mi padre —él frunció el ceño— no estoy muy segura de en qué punto me encuentro económicamente hablando, pero lo más sensato sería asumir que no tengo nada —cogió aire— además, en ningún momento se ha producido una situación comprometedor entre nosotros.

Y William no pudo resistirse.

—Eso tiene solución.

Apenas había pronunciado esa frase cuando sus labios cayeron sobre los de ella en un beso que era fiel testigo de los sentimientos que guiaban sus acciones. Acto seguido se vio envuelta en unos fuertes brazos que la apretaron contra él y sin darse cuenta de cómo había sucedido, ella le había rodeado el cuello y tenía los dedos enredados en su pelo.

Cuando William puso fin al beso, la miró tan intensamente que se ruborizó de la cabeza a los pies.

—Ya está comprometida milady —le acarició los labios con el pulgar— ¿cuándo quiere que nos casemos?

Joseph sonrió con picardía y abrazó más fuerte a su mujer que miraba la escena con la boca abierta pero claramente encantada. Sin duda alguna los hombres de su familia estaban todos cortados por el mismo patrón, él tampoco había sido capaz de resistirse a besar a Candice delante de todos lo que le habían interrumpido en aquel invernadero al que la había llevado totalmente cegado por la fascinación que sentía por ella.

Todos aguardaron a que Claire dijese o hiciese algo.

—Yo... —se sentía tan aturdida que apenas podía pensar, él aún la tenía retenida por la cintura— ¿por qué?

William echó una mirada a su primo y entendió lo que quería decirle.

—Vamos querida, tú y yo tenemos mucho de lo que hablar —la besó en la sien mientras la arrastraba hasta la salida.

Cuando la puerta se cerró de nuevo, William volvió a abrazarla con fuerza.

—Porque puedo.

La franca aunque descarada respuesta hizo que el corazón de Claire se detuviese un instante antes de forcejear para que la soltase, cosa que él se negó a hacer.

—Soy mucho mejor partido que Tribane —le susurró al oído— y está claro que ambos nos sentimos atraídos el uno por el otro.

Después de eso la soltó para que pudiese recuperar el aliento que la había sentido retener.

—Pero no tiene sentido —se alejó un par de pasos de él— no me conoce y no sabe lo que implicaría casarse conmigo.

—Tiene todo el sentido del mundo y lo que no sepa, lo aprenderé —se acercó un paso a ella— tiene usted el apoyo de los Hatford y por ende el del marqués de Kerinbrook, poco más hay que decir al respecto.

—¡Es una locura! —intentó alejarse un poco más pero se chocó contra la

pared— sabe que no tengo nada.

—Dime por qué —William apoyó una mano a cada lado de su cabeza y la besó dulcemente— dime por qué no quieres casarte conmigo —volvió a besarla de una forma tan lánguida que comenzaron a temblarle las rodillas — dime que prefieres a Tribane antes que a mí y me alejaré de ti.

—No —murmuró ella y sintió que la besaba de nuevo, cerró los ojos y se dejó llevar por las miles de sensaciones que estaba sintiendo.

Unos minutos más tarde aún no había podido recuperar del todo el sentido común pero se encontró a sí misma abriendo la puerta y notificando a su amiga que había aceptado el compromiso con el conde de Tillshire. Lo cuál claramente era un evidente síntoma de locura, pues no se conocían de nada y aun así, ambos estaban decididos a casarse.

## 5

Candice demostró sus dotes como anfitriona y después de felicitar a la pareja, se llevó a Claire al salón de té para que pudiesen desayunar las dos solas y de ese modo darle algo de espacio a la joven para que se adaptase a la idea, pues tenía la sensación de que se encontraba bastante abrumada.

Claire la siguió con la sensación de que estaba en una nube, ni siquiera era consciente de lo que le decían, tan sólo entró en la preciosa salita de la condesa, se sentó en el sofá que le indicó y una vez que se cerró la puerta, todo dentro de ella estalló y comenzó a llorar con un profundo dolor.

La condesa la abrazó con fuerza y se quedó a su lado durante lo que le pareció una eternidad y después no hizo preguntas, tan sólo llamó para pedir un copioso desayuno y unos paños mojados en agua fría. Y allí permanecieron horas.

—¿Sabes? —Candice se levantó y miró a su amiga que aún permanecía quieta como una estatua— accedí a casarme con Joseph después de estar con él poco más de unos minutos —sonrió llevada por los recuerdos— cuando nos descubrieron en el invernadero aún no me había besado —Claire la miraba llena de asombro— pero delante de todo el mundo me miró y me besó —un suspiro escapó de sus labios— puedo decirte que jamás me había sentido así y que no me he arrepentido ni un solo instante, crecer a su lado es lo mejor que me ha pasado nunca.

Después de esa declaración, salió de la estancia con el porte de una reina. Su amiga necesitaba pensar y ella ya había dicho y hecho todo lo que podía.

Claire se acercó a la mesita y al ver papel, pluma y tinta se puso a escribir. Tenía tanto que contar, tanto que expresar que su corazón apenas podía soportar las emociones que la embargaban y la tensión que se había adueñado de ella. Las lágrimas le anegaron el rostro por la pena y la tristeza. La única persona en el mundo a la que necesitaba a su lado, jamás volvería a estarlo. Suspiró y continuó escribiendo.



\*\*\*

Joseph y William estaban disfrutando de un desayuno en el comedor cuando su padre, el marqués de Kerinbrooke entró con su habitual porte y esa expresión que denotaba confianza en sí mismo y poder, un aura que sin duda alguna, Joseph había heredado de él.

—Según me han dicho —le dijo a William— vas a casarte.

—Las noticias vuelan —le lanzó a su primo una mirada torva que él respondió con una pícaro sonrisa— así es tío —se levantó y se acercó a él, pese a haber hecho las paces con Joseph, era la primera vez que veía al marqués en más de diez años.

—Te felicito entonces —le ofreció la mano— ¿quién es la joven?

—Lady Claire, hija de lord Dunmow.

—¡Ah! —tomó asiento— una desgracia lo de su hermana —entonces se giró a mirarle— no puede casarse mientras esté de luto, sería una tremenda falta de respeto.

—Padre —intervino Joseph— me temo que debo contarte algunas cosas.

Y una vez que hubo despedido a todo el personal, procedió a explicarle al marqués la difícil situación en la que se encontraba lady Claire, así como el plan que se le había ocurrido para no tener que ceder ante el depravado Tribane.

El marqués observó detenidamente a su hijo y a su sobrino y escuchó todo lo que estos le contaron sin decir una sola palabra. Había echado mucho de menos a William, era su sobrino y hasta que su madre murió, prácticamente se había criado con ellos. Permaneció tranquilo y sin demostrar el millón de emociones que le atenazaba el corazón.

Cuando el comedor se quedó completamente en silencio, el marqués miró a William fijamente.

—Es increíble la capacidad que ambos tenéis de acudir al rescate de hermosas damas en apuros —sonrió a su primogénito— de modo, que lleváis casados una semana —declaró— bien, estoy convencido de que mi amigo, el párroco de Pert, estará encantado de darte una copia del acta matrimonial —se preparó una tostada con lentitud —te aconsejo que no vuelvas a perderla.

—Por supuesto que no.

William era plenamente consciente de que todo su plan pasaba por las

buenas intenciones de su tío. Y aunque este siempre había sido un hombre de honor, casi esperaba sentir el peso de alguna condición que sin duda alguna le dejaría destrozado, pues evidentemente su tío tenía mucho que reprocharle y esta era una oportunidad de oro para hacerle pagar por todas sus faltas y sin embargo, estaba desayunando tan tranquilamente y se había ofrecido a ayudarlo. El peso de la culpa le golpeó con fuerza.

—Tío creo que... —el marqués alzó una mano.

—No es necesario —le miró a los ojos— ahora estás en casa, como siempre debió ser —el estómago se le cerró de golpe e hizo acopio de toda su fuerza para no derrumbarse delante de sus parientes, hizo un gesto con la cabeza asintiendo— bien, ¿me acercas el café?

Sin embargo no pudo evitar agradecerle a su tío la ayuda y después continuaron desayunando tranquilamente. Poco a poco, todo se iba resolviendo, pensó William, por supuesto por la bondad de corazón de esos hombres que estaban frente a él y a los que admiraba. Era como si por fin pudiese dejar todo el pasado atrás.

—No está bien —la débil protesta de Claire le llegó al alma a la condesa — mi hermana acaba de morir y no solo no puedo enterrarla y llorar su muerte como es debido sino que saltándome todas las normas sociales, voy a casarme con un hombre que no conozco para evitar hacerlo con otro.

—Tienes razón, no es justo y desde luego no mereces estar en esta situación —le cogió las manos— pero por desgracia, estas son las cartas que te han tocado y lo mejor que puedes hacer es vivir lo mejor que puedas —le acarició el rostro para borrar una lágrima rebelde— estoy segura de que tanto mi esposo como tu prometido serán capaces de solventar el tema de la boda sin un escándalo y mientras lo hacen, tú puedes quedarte conmigo para que ambas lloremos a Christine.

—¡Oh Candice! —la abrazó con fuerza— ¡la echo tanto de menos!

Estuvieron abrazadas tanto tiempo que ambas empezaban a sentir los músculos agarrotados, pero la condesa no pensaba soltarla, no cuando era terriblemente consciente del dolor que se sentía al perder a un hermano, su relación con George no había sido nunca tan cercana como la de Claire y Christine, pero aun así, ella había llorado durante horas acurrucada entre los brazos de Joseph y eso había conseguido mitigar el dolor ligeramente.

Una vez que Claire estaba más tranquila, su amiga la informó de que

Joseph tenía planeado pasar por Bow Street para averiguar lo que pudiese acerca de la muerte de Christine. Y estaba segura de que William no dejaría que fuese solo.

Finalmente se pusieron a organizar el funeral de la joven y la condesa pudo ver cómo el corazón de su amiga se rompía de nuevo al ser consciente de que también su padre la había abandonado, sólo que esta vez aún no estaba preparada para hablar sobre ello y ella le concedió el silencio que necesitaba.

A última hora de la tarde, William entró en la biblioteca para reunirse con Claire y pese a quien era y en el hombre en el que se había convertido, se dio cuenta de que estaba realmente nervioso por estar a solas con ella. Había roto todas las buenas maneras de la alta sociedad, pero eso no le preocupaba lo más mínimo, sin embargo, al estar a solas con ella y hablar de cosas tan íntimas le ponía un nudo en el estómago que le resultaba difícil de controlar.

Y cuando ella entró por la puerta, el nudo se apretó más aún.

Se dijo a sí mismo que no debía mirarla como lo hacía, que claramente estaba de luto y que debía mantener las distancias con ella, pero cuando cerró la puerta tras ella, todas sus buenas intenciones y todo su ser se rebelaron contra él con tanta fuerza que pensó que todos sus músculos y huesos se romperían por la tensión.

—Buenas tardes milord —Claire se quedó en mitad de la biblioteca y le miró fijamente— Candice me ha dicho que traía noticias para mí.

—Llámame William —no sabía por qué de repente eso era tan importante — a fin de cuentas llevamos casados una semana —la observó abrir los ojos como platos y un fuerte rubor le cubrió el rostro provocando una furiosa erección en él— tuvimos que hacerlo —le explicó sin acercarse a ella, por mucho dolor físico que sintiese— el acuerdo de Tribane con tu padre era legal y ya se había llevado a cabo.

La observó durante un minuto a la espera de que tuviese un ataque de histeria o quizá protestaría por no haberla mantenido al día respecto a todas las decisiones que se estaban tomando y que claramente la incumbían, la culpa le golpeó con fuerza porque la había dejado a un lado siendo totalmente consciente de lo que hacía, por alguna extraña razón, no quería que pudiese alejarse de él.

—Entiendo —respondió finalmente sorprendiéndolo— pero si estamos casados, ¿cómo justificaremos que yo aún viviese con mi padre?

—Porque soy un hombre tremendamente generoso —se acercó a ella sin

poder evitarlo y le cogió las manos— tu padre está enfermo por lo que ha tenido que buscar climas más apropiados para su salud —comenzó a acariciarle la suave piel— por eso no anunciamos nuestro enlace ni celebramos banquete de bodas, por eso te mantuviste con él todo el tiempo que podías, porque eres una hija amorosa y leal.

Claire se estremeció por el contacto que se había vuelto poco a poco más íntimo y le miró a los ojos buscando respuestas a unas preguntas que no conocía. Sin embargo, sí que estaba sorprendida al darse cuenta de hasta qué punto había calculado todas las opciones para dejarla a ella siempre como una mujer honesta y que nada pudiese hacerla parecer menos ante la gente de la alta sociedad.

William la guio suavemente hasta una de las butacas y cuando se sentó, él se trasladó a la que había enfrente, no se sentía capaz de mantener las distancias ahora que legalmente, tenía derecho a besarla, tocarla y abrazarla siempre que quisiera. La tentación era demasiado grande. Y él demasiado noble para avasallarla de esa forma.

—¿Y como encaja la muerte de mi hermana? ¿El conde Hatford pudo averiguar algo?

—Verás, tal y como sospechabas los agentes encargados del caso no hicieron un buen trabajo y se guiaron por las declaraciones de tu padre, por lo que la muerte que consta es suicidio.

—¡Eso es mentira! —ella se agitó y le hizo un gesto con las manos.

—Lo sé —la miró fijamente ante su gesto de incredulidad— Joseph confía ciegamente en la palabra de Candice y yo confío en la tuya, si dices que no tenía motivos para el suicidio, eso es más que suficiente para mí —se levantó para servirse un poco de licor— por eso hemos hablado con el magistrado jefe y va a revisar todas las pruebas de nuevo, así como se le repetirá la autopsia —se bebió el licor y la miró para evaluar su rostro, permanecía impassible— pero el entierro se llevará a cabo mañana por la tarde, tal y como has organizado.

—Candice es extremadamente generosa y su esposo también —murmuró.

—Tú pagarás el entierro de Christine —aseveró el conde y se acercó a ella— ahora eres la condesa de Tillshire y no dependes de la generosidad de nadie.

A punto estuvo de gemir ante la idea.

Pero sin embargo, se levantó lentamente y le vio tragar con fuerza.

—Haré lo necesario para devolverle hasta el último penique —se acercó un poco más a él— gracias.

—No harás nada —dejó el vaso en la mesa del centro y se volvió a ella — no tienes nada que devolver —no pudo resistirse a enmarcar su rostro con las manos— lamento no haber conocido a esa joven tan encantadora, pero no lamento que seas mi esposa —le acarició los labios con dolorosa lentitud— no te forzaré a nada que no estés lista para darme, pero cuidaré de ti siempre.

Y ella comprendió el alcance de esa promesa y supo que decía la verdad, que no se había guardado nada. En su mirada brillaba el deseo con intensidad y en sus gestos contenidos se adivinaba el control que mantenía sobre sí mismo para no sobrepasar las barreras de lo aceptable en cuanto al contacto.

No la tocaba más que con las manos en su rostro y ella se sentía arder por dentro, un extraño calor se había adueñado de ella aumentando de intensidad y ahora era prácticamente insoportable.

—¿Puedo besarte? —su voz sonaba más ronca que de costumbre y se había acercado a ella provocando que el calor aumentase, no pudo más que asentir con la cabeza.

Entonces William la besó. Y fue un beso dulce, tierno y cargado de promesas. Y algo dentro de ella lloró porque era la primera vez que sentía que era tan querida por alguien que no fuese su hermana pequeña, de modo que se aferró a él y le puso los brazos alrededor del cuello para enredar los dedos en su cabello. Podía sentir su cuerpo contra el duro torso masculino y los pechos se hincharon tras la ropa, comenzando a sentir una pesadez desconocida a la vez que las sensaciones a través de su cuerpo aumentaban.

—No puedo —William se separó de ella ligeramente— si seguimos así, no puedo prometer que seguirás intacta —a ella le costó bastante salir de la neblina sensual para entender sus palabras— será mejor que salga al jardín para enfriarme un poco.

—¿Sería... —se negaba a que la dejase sola, todo el mundo la abandonaba — ¿sería muy malo que yo fuera con usted?

—Di mi nombre —le pidió rozándole los labios.

—William —suspiró ella.

—Será terrible —le acarició el rostro y le robó un rápido beso que la aturdió— pero te llevaré a cualquier parte a la que desees ir.

Le ofreció el brazo y poco después salían a los jardines a través de las enormes puertas acristaladas de la biblioteca. William sabía que esa parte del

jardín estaba reservada para los condes y también sabía por qué, pues en una ocasión había sorprendido a su primo en una situación comprometida con su esposa, sólo que como ellos no fueron conscientes de su presencia, se había internado de nuevo en la biblioteca y comenzó a llamarle en voz muy alta antes de volver a salir a un paso ridículamente lento.

Llegaron hasta el cenador que Joseph había construido para Candice y alabó el buen gusto y la inteligencia en la disposición de los elementos que lo conformaban.

Se trataba de una fuerte estructura con cuatro grandes postes que se unían en un tejado de madera por el que la hiedra servía de base para las glicinias tempranas, las margaritas Aster y demás coloridas plantas con diversas temporadas de floración. Se entrelazaban por todas partes de forma que sólo era accesible a través del camino de losas por el que acababan de llegar. Un cómodo sofá, más grande de lo que era habitual dominaba el espacio, así como una mesita de hierro fundido y cristal en la que había depositada una cesta con varias frutas de temporada tales como fresas, melocotones y peras.

Tomaron asiento y observó cómo Claire inhalaba el aroma de las flores que se mostraban orgullosas a los visitantes.

—¿Cuáles son tus favoritas? —le preguntó mientras señalaba las plantas.

—No lo sé —se encogió de hombros— lo cierto es que me gustan todas y no sé si podría decidirme por una en particular.

William tomó nota mental de ese dato mientras observaba sus reacciones.

—Cuéntame cosas sobre ti —le cogió una de las manos y le besó la parte interna de la muñeca.

Ella se estremeció por la íntima caricia y se ruborizó intensamente.

Pero comenzó a hablar y William escuchaba fascinado todo lo que ella decía.

Media hora más tarde, un criado les llamó para anunciarles que la cena estaba lista y que los condes les esperaban. William fue consciente de la actitud del hombre, había llamado con una campanilla y había esperado dentro de la biblioteca al menos dos minutos antes de salir al jardín, pero en todo momento habló desde donde no podía verles. Sonrió para sus adentros, si él había pillado a su primo en una situación comprometida, ¿qué no habría visto el servicio?

La cena fue tremendamente tranquila pese a la presencia intimidante del marqués de Kerimbrooke. Sin embargo, Claire se dio cuenta de que él se

deshacía con las sonrisas de Candice y que aprovechaba cualquier ocasión para sonreírle de una forma tan paternal que dolía y ella le miraba y le hablaba como jamás la había visto hacer con nadie.

Era evidente para cualquiera que les viese juntos que su amiga sentía una completa adoración por su suegro y que él la correspondía de la misma manera, sin embargo, su mirada se oscurecía y su respiración cambiaba cada vez que su esposo la tocaba de manera ocasional o le sonreía.

—Es intimidante ¿verdad? —se estremeció cuando William le susurró al oído— lo que sienten el uno por el otro se nota en el aire —sonrió y le cogió la mano para acariciarle el interior de la muñeca— lo que ellos comparten va más allá de un simple matrimonio —la miró intensamente a los ojos permitiendo que ella descubriese el deseo que sentía—. Candice ha sufrido demasiado, pero cuando mira a mi primo, es como si el mundo dejase de existir, ni pasado ni presente ni futuro importan, tan sólo es consciente de él.

Ella jadeó ligeramente cuando sus labios se acercaron a su cuello y se posaron con una ternura tan dulce que el estómago se le cerró de golpe y su corazón le martilleaba las costillas. Miró al resto de comensales y se dio cuenta de que nadie había observado ese beso que a ella la estaba torturando aunque sólo hubiese durado un segundo, rezaba para que nadie la mirase en ese momento, puesto que estaba segura de que se había ruborizado intensamente.

Asintió con la cabeza como respuesta a la pregunta que él le había formulado, sentía que toda su piel ardía de una forma que jamás había conocido y aunque por una parte se asustaba ante la fuerza de lo que le hacía sentir, otra parte de ella estaba deseando rendirse a su toque y disfrutar de todo lo que le quedaba por descubrir.

Todo estaba sucediendo muy rápido, pero se sorprendió a sí misma anhelando compartir más tiempo a solas con William. La media hora que habían pasado en el cenador sin más compañía que la de la vegetación que les rodeaba, había sido maravillosa.

Una vez finalizada la cena y dado que era bastante informal, todos salieron al jardín trasero para disfrutar de licores, puros o té aprovechando que aunque había refrescado, pues estaban a mediados de octubre, no llovía y la luna brillaba con fuerza en el cielo iluminándoles con hilos de plata.

William la observó detenidamente mientras Candice le cogía del brazo y la instaba a caminar con ella, puede que esa noche la pasara en casa de los

Hatford, pero al día siguiente iría con él a su casa, la necesitaba bajo su techo y bajo su protección. No se mentía a sí mismo ignorando el hecho de que la deseaba más allá de lo que era razonable y se moría de ganas por seducirla y convencerla de que acudiese a su cama, sin embargo, aunque la había presionado ligeramente, jamás se aprovecharía de una mujer que se encontraba tan vulnerable.

—No eres igual que tu padre —la voz del marqués le sorprendió— jamás le harías daño —le pasó un vaso de whisky— por mucho que logre enfurecerte.

—¿Estás seguro? —preguntó antes de beber.

Eliseo tan sólo le golpeó el hombro en un gesto tan paternal que le hizo estremecer.

—Eres un buen hombre William, igual que mis chicos —el amor tan intenso y profundo que se destilaba de cada palabra le hizo avergonzarse.

—¿Alguna vez me permitirás disculparme como es debido?

—No —fue la seca respuesta del marqués— mira William, lo que ocurrió fue terrible, pero no fue responsabilidad tuya y tanto Joseph como yo lo comprendemos, aquel día... —agitó la cabeza para mantener a raya sus sentimientos— aquel día perdí al amor de mi vida, aquel día el mundo entero perdió un ángel, ninguno podíamos razonar y tú sólo eras un chiquillo asustado, no debes disculparte, debes perdonarte a ti mismo de una vez por todas y debes seguir adelante, Claire te ofrece una vida. Vívela.

William quiso echarse a llorar como cuando era un niño. ¿Cómo era posible que no le odiase? ¿Por qué se había mostrado tan indulgente con él? ¿Por qué Joseph no le había matado? Sin duda alguna se lo merecía. Tenía un profundo dolor en el pecho pues por primera vez en años se permitía pensar en su querida tía, la había querido tanto, casi tanto como a su propia madre, recordaba sus preciosos ojos, pero sobre todo la recordaba riendo y persiguiéndoles por el jardín trasero de Hatford Lane. También recordaba sus amorosas manos cuando se caían y se raspaban las rodillas. Aquél nefasto día la había traicionado.

Su tío tenía razón y se equivocaba al mismo tiempo. El mundo no había perdido a un ángel, había perdido dos. Dos hermanas que eran luz y amor. Deseó con todas sus fuerzas que las palabras de su tío fuesen ciertas, que no se pareciese en nada a su padre, que por algún milagro su corazón fuese como el de su madre.





## 6

Candice estaba ensimismada paseando por el jardín y la distraía con una charla sobre horticultura que no la interesaba lo más mínimo, si bien le permitía pensar en todo lo que le estaba sucediendo.

—Verás querida —le apretó el brazo para captar su atención— aunque los papeles digan que sois un matrimonio, la realidad no es esa, no obstante, el párroco de Pert, ha indicado que la ceremonia se celebrará en cuanto tú estés lista —la miró durante un segundo— aunque algo me dice que estás más lista de lo que parece —se dio cuenta de que estaba mirando a William por encima de su hombro— ¿sabes? No hay nada de malo en dejarse consolar por tu esposo —Claire la miró con los ojos muy abiertos— sé que nos han educado para que seamos tímidas y no hablemos de ciertas cosas, pero te diré algo, cuando me pierdo en la intimidad del dormitorio con Joseph y sus manos y sus besos hacen que me olvide de todo, las heridas de mi corazón se curan un poco.

—¿Realmente es tan sencillo? —le preguntó.

—¿Sencillo? —se rio suavemente— no creo que jamás nadie haya acusado a Joseph de ser sencillo —entonces la miró— no Claire, no voy a mentirte, no es sencillo y no es fácil, pero te juro que no cambiaría ni un solo día de mi vida. Nos han educado bajo falsos preceptos de sumisión y docilidad —puso los ojos en blanco— y no negaré que la mayoría de las parejas de la aristocracia lo prefiere así, pero no funciona con hombres como Joseph o William —suspiró— lo que intento decirte es que no le ocultes ni finjas ser quien no eres, William te adorará cuando os conozcáis lo suficiente.

Continuaron caminando en silencio por el jardín mientras el aroma de las flores nocturnas les invadían los sentidos.

Claire pasó gran parte de la noche repitiendo una y otra vez las palabras que Candice le había dicho, la atracción que sentía por William era innegable y no tenía por costumbre mentirse a sí misma, también sabía que las palabras

de su amiga encerraban una verdad incuestionable, que los brazos protectores de un amante esposo podrían hacerla olvidar todo lo que le destrozaba el corazón, siempre y cuando ella fuese lo suficientemente valiente como para no ocultarse tras la estricta educación recibida.

Pero quizá ahí era donde radicaba su problema, en que aunque ahora estaba casada legalmente con el conde de Tillshire, él no era un amante esposo y ella no se sentía muy valiente al respecto. Sólo eran marido y mujer sobre el papel. Y además su amiga le había confesado que no sería sencillo ni fácil.

Tenía que pensar más detenidamente en ello, pues todo era muy complicado sucedía tan rápido que a veces sentía que podría salir volando de un momento a otro sin poder evitarlo. Legalmente tenía un marido que había prometido protegerla y permanecería cerca de su amiga, pero la tristeza por la pérdida de su hermana Christine se negaba a abandonarla.

Finalmente se quedó dormida un par de horas antes de que amaneciese, una vez que el llanto por la soledad que sentía dentro del corazón la agotó lo suficiente como para poder cerrar los ojos y dejarse vencer.

El carruaje de William llegó temprano y los condes le esperaban para el desayuno. Sintió una ligera decepción cuando le informaron de que su esposa aún dormía, pero se mantuvo firme y no mostró ninguna emoción al respecto, por mucho que le carcomiese el hecho de que ella no estaba durmiendo en la casa que le correspondía, se había convencido a lo largo de la noche de que debía tener paciencia, avasallarla y forzarla a pernoctar en su residencia quizá fuese demasiado para ella. Y Dios sabía que ya tenía bastante a lo que enfrentarse, él no quería convertirse en otra fuente de desazón para ella.

Tras compartir el buen café y varios alimentos, los condes se dirigieron hacia el despacho del jefe de policía en Bow Street para que les diese las primeras impresiones acerca de la muerte de la joven hermana de Claire.

—Bien —comenzó el comisario jefe tras los oportunos saludos— aunque reconozco que mis agentes no han hecho su mejor trabajo —se sentó e indicó a los caballeros que tomasen asiento— lo cierto es que no hay mucho sobre lo que investigar —apoyó los codos en su enorme escritorio— la joven presentaba un aspecto bastante común en la muerte por asfixia, pero no tenemos pruebas de que fuese provocada —se encogió de hombros— y su padre, el conde de Dunmow informó a mis agentes de que nadie había entrado o salido de la casa y que su hija se encontraba en perfectas condiciones

físicas, no obstante hizo mención a su habitual estado melancólico y comentó que a menudo tenía ataques de llanto incontrolado —les miró fijamente— por eso principalmente se llegó a la conclusión del suicidio, creemos que tomó algún tipo de sedante y se ahogó entre las almohadas.

Tanto Joseph como William escucharon todas las interpretaciones que el magistrado había llevado a cabo con lo poco que tenían para investigar, no obstante, ninguno de ellos estaba convencido con las explicaciones. No creían que la declaración de Dunmow fuera cierta, pues sus mujeres les habían dicho todo lo contrario. No obstante, consiguieron que el veredicto final de la muerte fuese causa accidental, de esa forma podrían enterrar a la joven Christine en un funeral cristiano.

A Claire se le rompió el corazón cuando le notificaron a través de un mensaje las conclusiones a las que la policía había llegado, también había una aclaración respecto al funeral, este podría ser llevado a cabo esa misma tarde tal y como estaba planeado. Ya no había nada más que pudiera hacer, tan sólo enterrar a su hermana y continuar con su vida.

No fue consciente de que las lágrimas le corrían libremente por el rostro hasta que una de las doncellas le ofreció un pañuelo y le ofreció algo de beber.

Pasó el resto del día encerrada en el cuarto de invitados de los Hatford, llorando en silencio, despidiéndose de su hermana mientras preparaba la ropa que debería llevar a su entierro. Acarició la suave tela negra que descansaba en la cama y miró a Candice que a su vez la observaba desde la puerta.

—Claire —la llamó con voz queda— lo siento mucho.

No sabía qué más podía decirle. Habían hablado largo y tendido sobre Christine y aunque en un momento dado parecía que había conseguido tranquilizarla un poco, ahora la veía sin rastro de ninguna de esas características que su amiga portaba de forma natural. Estaba devastada y ella la comprendía mejor de lo que se imaginaba.

—Gracias por el vestido —otra lágrima rodó por su rostro.

Mientras se quedaba con una de las doncellas, observó de nuevo el vestido, era de muselina con varias capas de crepé de seda, tal y como las normas ordenaban. Al tener una constitución muy parecida a la de la condesa de Hatford, apenas habían tenido que hacerle modificaciones. *“Es lo que debe hacerse”* se dijo a sí misma, sin embargo al ponerse el tupido velo se sintió atrapada y le costaba respirar.

—Tranquila —se miró en el espejo— tranquila —repitió.

Tardó casi diez minutos en poder salir de la habitación.

Al bajar las escaleras se encontró con el que era su esposo, el conde de Tillshire la esperaba paciente y cuando llegó a su lado, le besó en la mejilla tras alzarle el velo que luego dejó caer y después le ofreció su brazo. Claire no fue consciente de lo que ocurrió en la misa o en el trayecto al cementerio, solo volvió en sí cuando vio la cantidad de ramos que había alrededor del féretro de su hermana, principalmente azucenas, pero también había claveles y rosas, todas de color blanco.

Miró a William y él le devolvió la mirada.

—Todo el mundo sabe que la querías con todo tu corazón. Lamento que deba hacerse en privado.

Y esas palabras la consolaron como nada más podría haberlo hecho. Se acercó un poco más a él y permitió que su fuerza y su firmeza la sostuviesen.

Una vez que terminó el funeral, Claire le indicó a su esposo que estaba lista para volver a casa y ante la mirada interrogante de William, respondió que sí, que irían a su casa. Debía comenzar su vida como la condesa de Tillshire.

A la misa y al entierro sólo habían acudido el marqués de Kerinbrooke, el conde de Hatford y ellos. Candice no pudo ir debido a que estaba embarazada. No notificaron el entierro a nadie y todo fue llevado a cabo con absoluto secretismo. Debían hacerlo así para proteger a Claire, ya que de hacer pública la muerte de Christine, habría sido enviada al más absoluto ostracismo por haber sido vista en una cafetería y paseando por la ciudad. Le dolía ocultar la muerte de su hermana, pero el escándalo sería demasiado cruel y que salieran a la luz los detalles de la muerte, tan sólo complicaría más las cosas.

Nada era como debería ser y Claire sentía que estaba traicionando la memoria de su hermana, sin embargo no tenía otra opción ya que si llegaba a saberse que se había suicidado tal y como creían los agentes de Bow Street, sería su ruina y la de aquellos que habían intentado ayudarla. Por lo tanto rezó pidiendo perdón a Christine y se convenció a sí misma de que la perdonaría el hecho de que no vistiese de negro sino de malva.

Acababan de llegar a casa y justo al bajar del carruaje, la horrible presencia de sir Laurence Tribane se acercó a ellos con una mirada asesina.

—¡No consentiré que mi prometida entre en la casa de otro hombre! — explotó e hizo el intento de agarrar a Claire, pero William fue más rápido y se interpuso entre ambos.

—No puede ser su prometida porque es mi esposa desde hace más de una semana —le explicó reteniendo las ganas que tenía de tumbarle de un puñetazo, pero por respeto a Claire se conformó con la cara de incredulidad que tenía— sé que llegó a algún tipo de acuerdo con el conde de Dunmow, pero es algo que deberá resolver usted con él si es que le encuentra.

—¡Yo pagué por ella! —empujó a William— ¡si se ha casado con otro me debe más de diez mil libras!

—Tribane —la formal y autoritaria voz del marqués de Kerinbrooke le sobresaltó, no le había visto bajar del carruaje— te aconsejo que dejes de dar voces antes de que pierda la paciencia —miró a William— Tillshire, será mejor que lleves a tu esposa a casa y que descanse como corresponde, yo me encargaré de solucionar las cosas con sir Laurence.

El conde entendió la orden implícita y la acató sin preámbulos, ayudó a su esposa a subir los escalones pues estaba claramente aterrorizada y cuando iba a entrar él también escuchó la voz del hombre que pretendía alejarle de Claire.

—Eres un cobarde que se esconde detrás de un marqués.

Las palabras llevaban tanto veneno dentro que William se tensó de la cabeza a los pies, sin embargo fue capaz de replicar.

—No soy un cobarde —se enfrentó a su fría mirada— ni me escondo de nadie, pero mi esposa tiene preferencia a cualquier tema que usted quiera discutir —apretó los puños para no golpear a ese ser tan despreciable— los asuntos que usted tenga con Dunmow son cosa suya y no nos incumben ni a mí ni a lady Tillshire.

Tras esas palabras y al ver la ofuscación en el rostro de Tribane, entraron en su hogar cerrando la puerta tras él.

El silencio y la tensión se apoderaron de ambos. El conde quería proteger y consolar a su joven esposa pero no tenía claro cómo hacerlo sin asustarla más de lo que le había hecho aquel hombre y al mismo tiempo no quería recordarle lo que su padre había hecho con ella.

Era muy consciente de lo que se sentía al tener una relación inexistente y teñida por la maldad con uno de sus progenitores y por eso comprendía la necesidad de Claire de aislarse en ella misma, de mantener silencio y de aferrarse con uñas y dientes a los dictados de la sociedad. No, él no la presionaría jamás.

Claire apenas se atrevía a pestañear. Al escuchar la temible voz de sir Tribane había estado a punto de caerse de rodillas al suelo, pero la firme

mano de William lo había impedido y luego escuchó la indecente cantidad que según él, le debía. ¿De dónde iba a sacar ella diez mil libras? Era consciente de que ahora era la condesa, pero eso no significaba que tuviese acceso a una cantidad semejante de dinero. Estuvo tentada a suspirar de alivio cuando el marqués intervino y su marido subió tras ella la escalinata de entrada, hubiese sido maravilloso que la estrechase entre sus brazos para hacerla sentir segura, cosa que no hizo, pero aun así, tenerle a su lado era suficiente.

Pasados los primeros momentos y una vez que consiguió serenarse, Claire fue consciente por primera vez de lo magníficamente que estaba decorada la que ahora era su casa, en cada rincón se apreciaban detalles de opulencia pero sin caer en la vulgaridad. Altos techos decorados con pinturas al fresco, paredes de color claro con delicados adornos y varios cuadros colgados, algunos eran retratos, otros escenas campestres. Alzó la vista y miró a su marido, el mismo hombre que la había salvado en más de un sentido.

Se agarró a su brazo y se dejó llevar hasta una salita en el segundo piso que le resultó de lo más encantadora en cuanto cruzó la puerta.

—Esta era la habitación preferida de mi madre —le explicó William— era donde tomaba el té y dónde se refugiaba de mi padre —la acompañó hasta una confortable otomana y esperó a que ella se recostase— ahora que eres la condesa, puedes hacer todos los cambios que estimes oportunos, pues soy consciente de que la decoración está anticuada.

Ella le miró sin saber qué decir. Sí, era la condesa, pero ¿cambiar algo que claramente significaba tanto para él? No se veía capaz de hacerlo. Además dudaba que ella tuviese el buen gusto necesario para superar la elegancia y calidez que esa estancia proclamaba a gritos.

—Si lo deseas, ahora te dejaré sola para que puedas acostumbrarte poco a poco a tu nueva vida —le explicó en un tono tan amable que su corazón se saltó un latid— les he dicho a los sirvientes que no te molesten, ya habrá tiempo para las presentaciones y todo lo demás.

Tenía un aspecto tan frágil que le estaba rompiendo el corazón. Se la veía extrañamente pequeña vestida de negro, con el velo echado hacia atrás, sentada con la espalda firme sin tocar el respaldo de la otomana de su madre de color azul cielo, tan vulnerable que algo dentro de él le instaba a rodearla con los brazos y jurarle que siempre estaría a salvo, que jamás debería preocuparse por ese desalmado de Tribane ni por volver a estar sola en el mundo, él jamás se alejaría de ella.

—Yo — titubeó ligeramente — creo que no quiero estar sola.

—Entonces me quedaré a tu lado —acercó una pequeña butaca y se sentó frente a ella— descansa tranquila, yo estaré aquí.

—No quiero ser una molestia —tenía una mirada tan llena de tristeza que su estómago se tensó.

—Jamás has sido ni serás una molestia —le cogió la mano y le besó el interior de la muñeca— no hay otro sitio ni otro lugar en el que quiera estar más que aquí, contigo a mi lado.

—Gracias —susurró al tiempo que se recostaba en la otomana.

William no se atrevió a decir nada más, simplemente la observó llorar con tanta pena en cada silenciosa lágrima que tuvo que luchar contra sus instintos para no estrecharla entre sus brazos y consolarla. ¿Cómo alguien podía haber hecho tanto daño a una dama tan dulce y frágil?

Era terriblemente injusto todo lo que estaba viviendo y lamentaba de verdad cómo eran las cosas, pero no podía permitir que su esposa fuese el objetivo del escarnio público. Había pagado una pequeña fortuna para cambiar la causa de la muerte de Christine y obligar a todos los que conocían la verdad a mantener silencio. Nadie sabía que la joven había fallecido y a causa de la incompetencia de su padre por adentrarlas en la sociedad, nadie la echaría de menos.

Pasó una hora entera antes de que ella sucumbiese a la extenuación por las emociones que había soportado, pero finalmente se había quedado dormida y su rostro era aún más hermoso que estando despierta. El conde se fijó en el delicado arco de sus pestañas que acariciaban su pómulo, en sus labios enrojecidos por los continuos apretones con los dientes, un gesto que llevaba haciendo todo el día y pese a tener las mejillas sonrojadas por el llanto, supo que jamás había visto a un mujer tan deliciosamente tentadora.

Le quitó los zapatos todo lo cuidadosamente que pudo y la tapó con una fina colcha de punto, acto seguido salió sólo un instante para coger un libro de la biblioteca, después volvió a su lado y se instaló en la butaca de enfrente, así podría observarla y protegerla incluso de sus sueños.



## 7

Cuando Claire abrió los ojos le costó un momento recordar dónde estaba, había dormido plácidamente por primera vez desde hacía días y en apenas unos segundos fue consciente del motivo. William había recolocado la butaca y ahora tenía una mano sobre su cabeza y le acariciaba el pelo lentamente. Jamás se había sentido tan protegida.

—Ya estás despierta —le dedicó una sonrisa que removió algo en su interior— se ha hecho de noche y me he permitido la libertad de pedir que nos preparasen algo de cena —señaló con un gesto la mesita auxiliar en la que había tres bandejas de plata cubiertas.

—Eres muy amable —se incorporó de la otomana y le miró— gracias por todo lo que has hecho por mí, prometo que seré una buena esposa —William la miró fijamente.

—Es privilegio de un esposo cuidar de su mujer —le acarició el rostro— gracias por no negarte a nuestro matrimonio.

Ella quiso responder, pero él negó con la cabeza y ella respetó que no quisiera seguir hablando, en vez de eso, se levantó y la instó a hacer lo mismo, le ofreció una rápida visita guiada por la mansión para que pudiera moverse libremente sin tener que tolerar la constante compañía de una doncella o de él mismo, pero aunque le resultaba de lo más estimulante estar a su lado no quería que se sintiera encerrada ni vigilada. Volvieron al cabo de un cuarto de hora para compartir una íntima cena apoyada en una conversación liviana que le permitía controlar algún aspecto de su vida.

Una vez que acabaron de cenar, el conde la llevó de nuevo hasta las habitaciones de la condesa, dejando perfectamente claro que no la presionaría hasta el punto de que tendrían que compartir habitación, gesto que ella agradeció con una leve sonrisa que le animó a seguir enseñándole el resto de la estancia. Como era habitual, sus habitaciones se conectaban a las de él por medio de una puerta que no tenía cerrojo, pero con alguna que otra broma la

hizo sentir segura.

De modo que apenas una hora más tarde, Claire estaba tumbada en la que era su nueva cama, rodeada por las antiguas pertenencias de la madre de William. Y con una extraña sensación en la boca del estómago.

Incapaz de dormir, se levantó y paseó en silencio por la enorme habitación, fijándose en los pocos detalles que era capaz de discernir a causa de la tenue luz que manaba de la lámpara de parafina que había sobre la mesita.

Las paredes estaban forradas con una delicada tela en color crema y bordados florales en varios colores, desde el rosa hasta el azul. La cama era una estructura enorme con cuatro fuertes postes en las esquinas y un delicado dosel de seda en color crema. Todos los muebles eran de madera oscura, seguramente nogal, ella no era experta en esas cosas, pero sí que podía reconocer que era de excelente calidad y se mantenían en perfectas condiciones.

El cómodo sofá que había frente a la gran chimenea la atraía como la miel a las abejas, se sentó y sin darse cuenta comenzó a pensar en lo que sería de ella a partir de entonces.

Recordó a su hermana pequeña, tan llena de vida, tan hermosa y tan divertida. Una lágrima corrió por su rostro y entonces fue cuando se dio cuenta de que pese a que su padre la había abandonado a su suerte sin importarle lo más mínimo lo que le ocurriese, ella sólo lloraba la pérdida de Christine. Suspiró profundamente al darse cuenta de que hacía mucho tiempo que había asumido que su padre jamás la quiso, que jamás se preocupó por ella.

Su educación, sus vestidos y todo lo que ella había necesitado, había sido por la generosidad de su tía y de su esposo, un rico comerciante que no era bienvenido en la casa de la familia pero que sin embargo no dudaba en ofrecer cuanto tenía a esas sobrinas a las que conocía porque ellas viajaban a su hogar.

Intentó recordar alguna situación en la que el conde de Dunmow se portara como tal y las tratase con cariño y respeto y no pudo encontrar nada en su memoria. Frunció el ceño ante el esfuerzo, pero todo lo que podía recordar era que siempre habían estado solas, que Christine y ella fueron enviadas a la escuela de Miss LeBlanc desde eran capaces de hablar. Y sólo habían vuelto porque su padre les estaba buscando marido.

La presentación en sociedad era algo a lo que todas las damas de buena

cuna aspiraban, pues allí era donde solían conocer a la Reina y en los posteriores bailes de la temporada, al que sería su marido. Pero para ella no fue como debió haber sido, su presentación pasó sin pena ni gloria, apenas una veintena de personas habían acudido al frugal baile que su padre había ofrecido. Y Christine no pudo disfrutar de ello siquiera. No hubo nervios, ni ilusión ni preparativos previos. Tan sólo fueron trasladadas a Londres donde su padre ordenó aumentar un poco su guardarropa con el dinero de sus tíos y tras su viaje para ver a su tía y agradecerle su generosidad, había vuelto para las entrevistas con los futuros pretendientes. Y entonces su hermana murió. Otra lágrima le recorrió el rostro.

Christine le había dicho que se había enamorado y que era feliz. Que no le importaba ser presentada o no, porque había entregado su corazón a un hombre que la amaba por cómo era, no por quién era ella, que a ese hombre no le interesaba lo más mínimo que fuese la hija pequeña de un adinerado conde. Y lo decía con tal brillo en sus ojos que Claire la creyó aunque lo de la supuesta fortuna no era más que un mito.

Sin darse cuenta se quedó dormida en el sofá.

Al día siguiente cuando despertó se percató de que dos doncellas estaban en el vestidor contiguo y se movían con tanto sigilo que provocó su desconfianza, se levantó sigilosamente y espió sus actos a través de una rendija. Estaban vaciando los enormes armarios.

Abrió la puerta de par en par.

—¡Oh milady! —se giraron y la miraron de frente— ¿la hemos despertado? —le preguntaron con preocupación, ella negó con la cabeza— milord nos ordenó que vaciásemos la estancia para que usted pueda poner aquí sus pertenencias.

—Son las cosas de la madre del conde —ellas asintieron con la cabeza— ¿qué harán con todo eso?

—Guardarlo en el ático señora, el conde no quiere desprenderse de nada que hubiese pertenecido a su madre.

—Gracias —estaba a punto de irse— ¿alguna podría indicarme quién será mi doncella? El conde me lo dijo anoche pero...

Ambas la miraron con una sonrisa en los labios, dejaron lo que tenían en los brazos y se acercaron a ella.

—Quien usted quiera milady, todas estaríamos encantadas de atenderla.

—¿Podría pedir un baño? —preguntó con timidez.

—Se lo prepararemos enseguida —una de las jóvenes hizo una reverencia y salió disparada por la puerta.

—Descanse si quiere —le aconsejó la otra —la bañera estará lista en pocos minutos y yo le llevaré todo lo que pueda necesitar.

Claire estaba abrumada por las atenciones recibidas, cierto que ella era la hija de un conde, pero jamás había contado con tantos lujos como se intuían en la que ahora era su nueva casa. Sin embargo, decidió volver a su habitación y esperar tal y como le habían indicado.

—Milady, no encontramos en su equipaje una bata —tenía una en los brazos— de modo que nos hemos tomado la libertad de coger una de la condesa madre.

Sintiéndose totalmente fuera de su cuerpo, se puso la bata y siguió a la joven hasta el final del pasillo donde le abrieron una puerta y allí descubrió uno de esos baños modernos de los que tanto había oído hablar.

La extraordinaria bañera de hierro fundido, sostenida por cuatro gruesas patas que simulaban con gran detalle ser las extremidades de un gran felino, situada en un rincón estaba llena casi hasta el borde de agua caliente a tenor del ligero vapor que salía. Mientras Claire miraba todo a su alrededor, una de las doncellas comenzó a echar sales a la bañera y a disponer varias mullidas toallas cerca.

—¿Necesita ayuda? —le preguntó tímidamente y ella negó con la cabeza.

Una vez que se quedó a solas, se dispuso a cerrar con cerrojo y se despojó de la bata y el camión. Estaba tan emocionada que quería sentir la calidez del agua directamente sobre la piel y decidió que bien podía concederse ese capricho.

Se metió dentro poco a poco y pronto todo a su alrededor olía a flores, se sentía como una ninfa que se bañaba en un estanque de agua caliente mientras miles de plantas la rodeaban. Estuvo dentro hasta que el agua se enfrió. Salió con cuidado y se enrolló en una enorme y esponjosa toalla que la cubría casi por entero, cogió otra más pequeña para secarse el pelo y tras quitar el cerrojo de la puerta, se sentó en la butaca mirando por la ventana.

Las vistas eran impresionantes. La parte trasera de la mansión era bastante extensa para tratarse de una finca de ciudad. El jardín mostraba orgulloso la ingente cantidad de floridos arbustos, árboles frutales y en el centro, una preciosa fuente de piedra con una delicada escultura de la diosa romana Vesta,

considerada la diosa del hogar.

Al cabo de unos minutos, otra doncella entró en el baño con uno de sus vestidos de día y esperó paciente hasta que ella decidió que ya era hora de vestirse. El pelo tardaría horas en secarse y pidió que le sirviesen el desayuno en su habitación, pero la doncella le explicó que si quería, podía desayunar en la salita privada de la condesa, la cual era una estancia no demasiado grande pero que la madre de William había usado precisamente para eso, comer o descansar mientras su largo pelo se secaba frente al fuego de la chimenea.

Aceptó encantada.

\*\*\*

Se sentía como si viviera un sueño. Ahora era la condesa de Tillshire y estaba rodeada por los lujos más impresionantes que jamás hubiese imaginado.

Había desayunado recostada en la otomana mientras una doncella le peinaba el cabello. Era decadentemente maravilloso.

—Pareces una ninfa del bosque —la profunda voz de William la sobresaltó.

Se puso en pie de inmediato.

—No por favor —quiso evitar que se levantase, pero se quedó paralizado cuando la vio con el pelo suelto, le llegaba por debajo de la cintura y era de un dorado tan pulido que le fascinó de inmediato— no quería molestarte.

—Jamás será una molestia —le hizo un gesto para que se sentase a su lado — disculpa por haberme sorprendido sin arreglar —bajó la mirada avergonzada.

—Esta es tu salita privada, aquí puedes estar como desees —la doncella se fue discretamente y cerró la puerta tras ella— sólo quería preguntarte si habías descansado bien y si necesitabas algo.

—He descansado muy bien gracias —se ruborizó— las doncellas me han dicho que puedo bañarme tantas veces como quiera.

—Así es —sonrió— verás, también quería verte porque he recibido una nota de Candice para que te reúnas con ella en la calle Bond —se dio cuenta de que estaba a punto de protestar y detuvo su respuesta con un gesto— ahora eres mi condesa, necesito que te comportes como tal y en eso, Candice será

una gran tutora —le cogió de la mano— sé que aún estás triste por la muerte de tu hermana y por la situación en la que te dejó tu padre, pero soy tu marido y mi deber es cuidar de ti y proveerte de todo lo que puedas necesitar —le besó el interior de la muñeca— no me privas de ese privilegio.

Y así, ella se quedó sin saber qué decir. Tan sólo pudo asentir y sin ser consciente, se acercó más a William y le miró fijamente a los labios.

Y el conde reaccionó. Enmarcó su cara con ambas manos para posar sobre sus labios un beso tan intenso como dulce que la llevó a perder el sentido mientras duró. Alargó sus brazos hasta rodearle el cuello y se acercó a él aún más, notó cómo su abrazo se intensificaba y siguió besándola, cada vez con más ardor, con tal pasión que a ella le fundía el cerebro.

Simplemente su cuerpo reaccionaba a todo lo que él le pedía sin palabras. Notó como le lamía el labio inferior y abrió la boca ligeramente, casi de inmediato notó que la masculina lengua se adentraba en ella y gimió cuando comenzó a saquearla, quería aprenderlo todo de ella, llenarse con su sabor y William era consciente de que si no paraba inmediatamente no se detendría hasta poseerla, pero la entrega y la pasión que rezumaban en ese beso le impedía moverse.

Cuando fueron capaces de poner fin al beso, Claire se dio cuenta de que se había subido al regazo de William e intentó bajarse.

—No —la detuvo abrazándola más fuerte— no te alejes de mí —la besó en la comisura de los labios.

—Esto es... —apenas era capaz de pensar.

—¿Indecoroso? —no pudo evitar provocarla — lo sería si hubiese alguien más con nosotros —la besó de nuevo en los labios, un beso rápido— pero estamos solos —la miró a los ojos— hay muchas otras cosas indecorosas que me encantaría hacer contigo.

Ella se puso de color escarlata en apenas un segundo y él se excitó aún más.

—No voy a presionarte Claire —le susurró al oído— pero tampoco voy a poder mantener la cabeza fría mucho más tiempo.

Y para demostrarle de lo que hablaba, la acunó contra su erección y la besó de forma salvaje, enredando los dedos en su melena y dominándola con pasión, entrega y deseo. Un deseo que la estaba consumiendo a tenor de los gemidos que se escapaban de su garganta cada vez que William le mordía el labio. Pero cuando estuvo a punto de perder el control sobre sí misma, fue

cuando su marido le tiró del pelo descubriendo su garganta y la besó en el cuello y luego le lamió la piel, bajó en un reguero de besos hasta el comienzo de su escote e introdujo la lengua entre la tela y su cuerpo.

Ardía, definitivamente estaba ardiendo. Se agarró más fuerte a él cuando sintió que una de sus manos tiraba de la tela del escote hacia abajo y sin saber por qué, ella misma tiró del lazo que mantenía unida las dos mitades del corpiño dejando a la vista la camisola. La cuál fue retirada inmediatamente.

Ahogó un grito cuando los labios de William se posaron en su pecho, lamía y mordía suavemente su delicada piel y sintió cómo sus erectos pezones suplicaban con dolor que fuesen atendidos, así como la zona prohibida entre sus piernas que palpitaba dolorosamente.

—Eres increíblemente hermosa —paseó su lengua sobre el enhiesto pezón y la miró a los ojos— ¿quieres que siga?

Le costó unos segundos entender su pregunta y después asintió.

—¿Hasta dónde? —le preguntó antes de lamerla de nuevo.

—No... no lo sé —se movió sobre él provocando que tuviera que cerrar los ojos un instante para controlar sus impulsos— me duele.

—Shsss lo sé —la besó de nuevo en el cuello.

Poco a poco la fue tumbando en el sofá y apretó los dientes. Ella no estaba preparada para que la tomara, pero podía hacerla disfrutar y tendrían que matarle para que la dejara tal y como estaba. Era la imagen más erótica de su vida. Estaba tumbada, totalmente arrebolada, las mejillas sonrojadas, el corpiño abierto mostrando sus preciosos pechos y las marcas de sus dientes en la delicada piel.

Su erección protestó dentro de sus pantalones.

Le acarició los pezones con los dedos al tiempo que se recostaba sobre ella y cuando abrió los ojos como platos, la besó. Volcó en ese beso todo lo que sentía en esos momentos y ella lo aceptó y se rindió a él. No dejó de tocarla ni de acariciarla, pero bajó una de sus manos a través de su cintura y de su cadera y poco a poco fue subiendo la liviana falda de su vestido hasta descubrir la tersa y suave piel del interior de su muslo. Y ella apretó las piernas en un acto reflejo.

—Déjame Claire —le susurró al oído— déjame que te alivie —le lamió donde le latía el pulso y notó que ella aflojaba las piernas— te deseo tanto que creo que tardaré varias vidas en saciarme de ti.

—¡Oh! —gimió cuando sus dientes se cerraron alrededor de su pezón.

William estaba sufriendo más de lo que jamás reconocería, ya había tomado la decisión de no tomarla en el sofá, pero la haría disfrutar todo lo que pudiese, haría que perdiese el juicio por la pasión para que ella fuese a entregarse a él.

Le acarició lentamente la entrada a su cuerpo y tomó nota de todas sus reacciones, Claire se arqueaba mientras él no dejaba de atormentarle los pechos con su boca, succionó con fuerza cuando introdujo un dedo dentro de ella.

—¡William! —gritó ella.

—Sí cariño —se irguió sobre ella para mirarla a los ojos mientras su dedo entraba y salía implacable de su interior — dime.

—Yo...

—¿Tú? —introdujo un segundo dedo— eres tan estrecha —gimió y la mordió en el cuello— estoy deseando entrar en ti y hacerte mía, va a ser fantástico.

Claire quería responder pero su cuerpo tenía otros planes y su cerebro hacía tiempo que se había desconectado. Tan sólo podía clavar los dedos en los fuertes hombros de su marido, gemir, ahogar gritos y rendirse a las atenciones que le estaban siendo proporcionadas. Sentía como una espiral se formaba en su interior y bajaba hasta su vientre.

—Mírame cariño —William la miraba con esos ojos llenos de pasión y deseo— adoro tu cuerpo.

La besó intensamente mientras sus dedos hacían magia entre sus piernas y al cabo de unos segundos gritó. El placer la inundó con tanta fuerza que estaba segura de que si no fuese porque William estaba parcialmente sobre ella, se habría levantado varios centímetros del sofá. Sus sollozos eran tragados por la boca de su marido que ahora la acariciaba lentamente haciendo que todo su cuerpo se relajase después de la tremenda explosión que había sentido.

—Eres maravillosa —la besó con dulzura.

—¿Hay más? —preguntó tímidamente.

—Mucho más querida —le acarició los pechos y ella se estremeció— pero no te tomaré por primera vez en un sofá —seguía con sus lánguidas caricias— cuando te entregues a mí por primera vez, será en mi cama y tendremos toda la noche para explorar qué es lo que te proporciona más placer.

Tendrían que hacerle una maldita estatua por lo que acababa de hacer.



Sin embargo también fue consciente de que por primera vez en días, su esposa no había llorado. Le mataría no sucumbir a la tentación, pero si el placer sensual la ayudaba a sobrellevar todo lo que estaba viviendo, él llenaría sus días y sus noches de apasionada sensualidad.

## 8

Caminaba porque sabía cómo caminar, pero no estaba prestando ninguna atención ni a la calle, ni a las personas con las que se cruzaba ni a Candice que llevaba hablando sin parar desde que se bajaron del carruaje.

Por su mente no dejaban de pasar imágenes recordándole los excepcionales momentos que había vivido en la salita de la condesa entre los brazos de su marido. Sabía que estaba ruborizada y que no había explicación para ello, pero casi podía sentir los labios de William sobre su piel, sus manos acariciando su cuerpo y centrándose en esa parte tan íntima.

—Vamos a tener que empezar a caminar más deprisa para poder justificar tu sonrojada apariencia —Candice se había detenido delante de ella y entonces la miró— ¡ah! por fin me haces caso —se ruborizó aún más— ¿quieres hablar de ello? —negó con la cabeza— imagino que William ha hecho algo —sus ojos brillaron— y si es la mitad de habilidoso que Joseph, entiendo que estés ensimismada.

—Yo... —cogió aire e hizo acopio de coraje— la intimidad entre nosotros aún no está completa —no se atrevía a mirarla a los ojos— me siento... frustrada, creo.

—Oh querida, lo sé —le alzó la barbilla— las primeras semanas tras nuestro compromiso, Joseph hizo de mi vida un infierno —ella frunció el ceño, no se había explicado bien — me pasaba los días esperando que llegara la noche para perderme de nuevo entre sus brazos y eso que no llegó mucho más lejos de los besos — un suspiro salió de sus labios y entonces la miró fijamente— ¿te ha tratado bien? ¿sentiste dolor en algún momento?

—Es difícil de explicar...

—Quiero decir —le cogió las manos— ¿tenías la sensación de querer que terminase lo antes posible?

—¡No! —exclamó y acto seguido se avergonzó de sí misma.

—¡Oh! —Candice se rio ligeramente— eso está muy bien, quiere decir

que estás sintiendo lo correcto y que William te trata con el respeto y la ternura que mereces —enlazó su brazo con el de ella y continuaron caminando — lo cual está muy bien, porque no creo que a Joseph le gustase tener que darle una paliza a su primo —la miró de reojo y sonrió— cuando completéis la intimidad, si quieres puedes hablar conmigo.

Continuaron caminando en silencio hacia las tiendas más exclusivas de Londres.

\*\*\*

William se paseaba como un león enjaulado por la biblioteca. El sabor y el olor de ella impregnaba la ropa y el aire a su alrededor y quiso gruñir de frustración al pensar que su esposa estaba de paseo por las calles de Londres mientras él intentaba que su erección dejase de torturarlo.

Golpeó la mesa en el mismo instante en el que la puerta se abrió.

—Vaya, vaya —la voz de su primo nunca le había resultado tan irritante— ¿estás frustrado? —una carcajada se escapó de su boca. William le fulminó con la mirada— tranquilo Tillshire, sé exactamente cómo te sientes.

—Eso lo dudo bastante —cortó secamente— ¿por qué estás aquí?

—Veamos... tu esposa ha pasado la noche en tu casa —le miraba tan furiosamente que casi le hizo reír— imagino que en las habitaciones de tu madre —esquivó por los pelos un pisapapeles que se estrelló contra la pared.

—¡Déjalo! —le ordenó, pero solo consiguió que Joseph se riera más alto.

—Eso me indica que aún es virgen —esta vez el abridor de cartas le pasó rozando— no te pongas así, ¿acaso crees que yo me acosté con Candice la noche que la conocí? —se encogió de hombros— me pasé semanas luchando contra mí mismo para no tomarla en el sofá de la casa de Genoveva —tentó a la suerte al acercarse un poco más— me pasé semanas enteras con un intenso dolor hasta que por las noches teníamos unos minutos para nosotros, aun así, no la tomé hasta que fue mi mujer.

—De verdad que no necesito saber los detalles de tu vida con Candice —gruñó William.

—Ni yo te los pienso contar —se sentó frente a él— pero entiendo la frustración que sientes, tú la deseas como nada más en el mundo y ella aún no está lista —William le miró con desesperación en los ojos— lo entiendo, lo

he vivido —se puso en pie— lamentablemente, tengo que decirte que la sensación no mejora después —se rio a carcajadas y le palmeó la espalda cuando William le imitó y se acercó a él— venga, vamos a cabalgar como salvajes por el circuito de Hyde Park, a mí me ayudaba.

\*\*\*

Claire no sabía cómo había llegado dónde estaba. Subida a una plataforma en mitad de un estudio de costura con una mujer tomándole medidas mientras ella se encontraba en ropa interior y Candice mantenía una conversación con la mujer mientras ojeaba un catálogo de vestidos.

—Creo que este color le queda perfecto —la mujer dio otra vuelta a su alrededor— en realidad, con lo bonita que es, todo le quedará bien.

—Estoy de acuerdo — confirmó Candice— bien, necesita al menos dos, no, tres trajes de fiesta, al menos cinco de día y otros cinco de noche que puedan ser llevados a recepciones menos formales y por supuesto, necesita ropa interior acorde a su situación.

—Y como siempre milady —la mujer miró a Candice con una sonrisa pícaro en los labios— lo querrá todo para ayer, ¿verdad?

—Eres la mejor y lo sabes —Candice se acercó a ella y la besó en la mejilla— confío en ti.

—No sé por qué siempre dejas que me líe milady.

La mujer se metió en otra habitación y Claire se giró rápidamente hacia su amiga.

—No creo que pueda permitirme todo esto —se retorció los dedos al hablar— además debería guardar luto seis meses —susurró.

—Pues claro que puedes permitirte todo —le cogió las manos— Tillshire es tan rico como Hatford, no tienes que preocuparte por nada, entiendo por lo que estás pasando, pero créeme si te digo que es menos traumático si estás conmigo que si vamos con la condesa de Keyworth, adoro a Genoveva, pero la primera vez que yo vine aquí, casi me eché a llorar —le soltó las manos y comenzó a acariciar la tela de un vestido que había colgado— siempre he pensado que vestir de un determinado color o recluírse en casa no era un tributo a la memoria de la persona fallecida —se encogió de hombros— jamás la olvidarás y siempre la querrás, su recuerdo permanecerá para siempre en tu

corazón. Reconozco que todo esto es terriblemente difícil para ti, pero tienes que protegerte.

Claire supo que la condesa tenía razón y que debía ceder, no era su vida la única que se vería seriamente afectada. Cerró los ojos para pedir perdón a Christine una vez más.

Una vez que la mujer ayudó a Claire a vestirse, las mujeres salieron de la tienda y Claire permitió que su amiga la arrastrara a dos zapaterías y varias tiendas de complementos.

Volvió a su casa al anochecer y se quedó sin aliento al ver a William esperándola en la entrada.

—Te he echado de menos —se acercó a ella y la besó en los labios dulcemente.

—Siento haber llegado tan tarde, ¿querrías que te hubiese avisado?

—No hace falta —rio roncamente— estabas con Candice y sé que habéis estado completamente a salvo.

Ella le miró con el ceño fruncido y William se embebió de su gesto.

—Candice sufrió un... accidente hace más de un año, todo se ocultó por supuesto, pero Joseph contrató seguridad para ella —la estrechó entre sus brazos sin poder evitarlo— dos hombres os han seguido todo el tiempo para protegeros.

—¡Candice no me dijo nada!

—No lo sabe —la miró a los ojos— no se lo digas por favor, Candice se pondría furiosa y exigiría que la seguridad fuese retirada, Joseph se lo concedería pero se volvería loco de preocupación.

—La quiere muchísimo ¿verdad? —preguntó cobijándose en su cuerpo.

—Más que a su vida —la besó en el pelo.

—Ella también le ama —se atrevió a besarle en los labios— cuando habla del conde, sus ojos se iluminan y toda ella resplandece.

—Sí, lo sé —la besó de nuevo.

Después la acompañó a sus habitaciones para que pudiese descansar un poco antes de cambiarse para la cena y él bajó a la biblioteca a beberse otro vaso de licor, a este paso terminaría siendo un borracho si no era capaz de controlar el deseo irracional que sentía por su esposa.

En los siguientes días, Candice se propuso que Claire formara parte activa de la sociedad y la mejor forma de hacerlo era de la mano de la condesa de

Keyworth. Por ello, se pasaron los días visitando a diferentes damas, dando largos paseos por el parque y por las noches acudían a eventos poco formales en los que hacían correr el rumor de que los condes de Tillshire estaban tan enamorados que por eso habían decidido hacerlo todo en secreto. También la ayudaría a superar la pena y la tristeza.

—No hay nada que les guste más a las matronas inglesas que una historia de amor teñida por el misterio —la condesa de Keyworth le palmeó la mano a la vez que sonreía— no te preocupes cariño, mañana todas te envidiarán como envidiaron a Candice al saber que hizo que su marido se enamorara con sólo una mirada.

Candice se ruborizó y sonrió tontamente, seguramente estaba recordando aquel maravilloso beso en el invernadero del que tantas veces le había hablado.

## 9

Una semana después algunas de las compras que habían hecho, comenzaron a llegar a la mansión Tillshire. Claire había estado bastante ausente ese día, pero al ver todo sobre la cama y saber que aún faltaban cosas, decidió ir en busca de su esposo para darle explicaciones y evitar que se pusiera furioso con ella en caso de que le pareciera que había abusado de su generosidad, aún no le conocía lo suficiente.

—¿Podemos hablar un minuto? —entró en su estudio después de llamar y él asintió con un gesto— yo... no querría que te enfadaras conmigo —eso llamó la atención de William— han comenzado a llegar algunas de las compras y bueno... creo que me excedí.

Él la miró y sonrió.

—Cierra la puerta por favor —ella lo hizo temiendo que fuese la calma antes de la tormenta— acércate —la miró intensamente mientras le obedecía, una vez que estuvo a su alcance la cogió rápidamente por la cintura y la sentó en su regazo— puedes y debes comprar todo lo que desees —la besó en los labios— sólo pongo una condición —ella se tensó de la cabeza a los pies— que te lo pruebes todo para mí.

Y sin decir una palabra más, ella se levantó y tiró de él para que la siguiera.

No sabía lo que se había adueñado de ella, pero sabía que necesitaba estar con él a solas, complacerle de alguna forma y quizá conseguir otro momento como el de la salita, pues desde entonces aunque habían estado juntos, por una cosa o por otra no habían compartido momentos de intimidad y aunque pudiera parecer frívolo, ella a veces tenía la sensación de que su ropa estaba a punto de estallar por la tensión de sus músculos. Había comenzado a tener sueños en los que se despertaba sudando y con un doloroso palpitar entre las piernas y los pechos le pesaban tanto que la frustración se apoderaba de ella.

Tampoco se engañaba a sí misma, cuando estaba entre los brazos de su

marido, su corazón dejaba de doler y la pérdida de su hermana así como todo lo que la rodeaba no la destrozaba.

Entraron en la habitación y William cerró con llave. La observó mientras ella corría ligeramente las cortinas dejando la habitación en una leve penumbra que hacía que su deseo aumentase.

Se había prometido sumirla en una vorágine de deseo sensual pero sus muchas obligaciones le habían mantenido ocupado y cuando acudía en busca de su esposa se la encontraba dormida y no era capaz de interrumpir su descanso.

Claire se giró y sin dejar de mirarle a esos ojos de color miel que ahora estaban ligeramente oscurecidos, comenzó a desabrocharse los lazos que sostenían el corpiño de su vestido y cuando este se abrió, William tragó con dificultad, apretó los puños para no arrancarle la ropa del cuerpo.

—¿Puedes ayudarme con la falda? —le pidió en un susurro.

Antes de que se diese cuenta, William estaba tras ella prácticamente arrancando los botones, pero en vez de protestar, se sintió extrañamente excitada.

—¿Hasta dónde me dejarás llegar? —el ronco murmullo de William envió un relámpago a través de su cuerpo que le hizo apretar los muslos.

—Hasta donde quieras —el vestido cayó a sus pies y se quedó sólo con la fina camisola.

—¿Eres consciente de que apenas puedo controlarme? —sus dedos le sujetaban la cintura con fuerza— te deseo tanto que traspasado un determinado punto si me dices que no, puede que no sea capaz de detenerme.

—¿Quieres detenerte? —se acercó más a él.

—Lo que quiero es lamerte de arriba abajo y entrar en tu cuerpo con fuerza —ella jadeó y la besó con vehemencia.

Claire quiso responder, quiso decirle algo, pero tan sólo pudo apretarse contra él, necesitaba sentir la dureza de su cuerpo contra el suyo, sus pechos le dolían, sus pezones se restregaban contra su camisa descaradamente y sentía la humedad entre sus piernas.

William prácticamente le arrancó la camisola y la dejó desnuda, tan sólo llevaba las medias atadas con las cintas por encima de la rodilla, entonces él se arrodilló y colocó uno de sus pies sobre su rodilla alzada, comenzó a quitarle la cinta lentamente y a bajarle la media de seda, cuando terminó, la acarició hasta el muslo y después repitió sus acciones con la otra pierna. Una



vez que se puso en pie, comenzó a quitarle las horquillas del pelo hasta que este cayó en una cascada de suaves rizos dorados.

Entonces se giró y tiró todos los vestidos al suelo dejando la cama completamente despejada.

—Túmbate para mí Claire —su voz era tan ronca que miles de pequeñas descargas se acumulaban en su vientre.

Ella se tumbó en la cama y le observó.

—Me temo que esta noche no acudiremos a ningún evento.

En ese momento abrió la puerta y llamó a gritos a una doncella, cruzó con ella algunas palabras y después cerró de nuevo con llave.

—Te voy a retener en esta cama hasta mañana por la mañana como mínimo.

Comenzó a desvestirse ante la atenta mirada de Claire que no era capaz de pensar y mucho menos de hablar, pero a medida que la piel de William iba quedando al descubierto, su propio cuerpo se agitaba y las manos le picaban por la necesidad de tocarle. Era mucho más impresionante de lo que había imaginado.

Su cuerpo parecía estar esculpido en granito. Tenía fuertes músculos en los brazos y el pecho y su estómago era plano aunque tenía ligeros surcos que la hicieron jadear. Cuando se llevó las manos al botón del pantalón, ella estaba vergonzosamente húmeda por la anticipación.

—¿Alguna vez has visto a un hombre desnudo? —le preguntó deteniendo sus movimientos y ella protestó a la vez que negaba con la cabeza, su parte más posesiva aplaudió ser el primero— no tengas miedo.

¿Miedo? ¿Él creía que tenía miedo? Lo que sentía era tal nivel de excitación e impaciencia que su piel ardía y la palpitación entre sus piernas había aumentado hasta el extremo de provocarle dolor. No había nada más para ella, sólo la sensual necesidad de entregarse a su marido y de que él se entregase a ella a su vez. El mundo y sus circunstancias habían desaparecido por completo.

Y entonces se quedó completamente desnudo y ella le vio en toda su gloria. Sólo entonces entendió su pregunta. Su hombría la apuntaba directamente y dado el tamaño que tenía dudaba que pudiese entrar en ella, pero para cuando quiso preguntar, William ya trepaba por su cuerpo haciendo que perdiese el ritmo de sus pensamientos.

Sus labios se apoderaron de los suyos mientras sus manos le acariciaban

los pechos, poco después comenzó a pasear su lengua por su piel hasta llegar a los pezones que casi gritaron por el alivio al ser atendidos. Ella le acarició la espalda y reprimió el impulso de clavarle las uñas. Sus manos y sus dedos la torturaban sin clemencia mientras ella intentaba controlar sus gemidos.

—No te reprimas —la susurró al oído— me encanta oírte gemir y gritar mi nombre —ella se estremeció— las paredes son gruesas, nadie puede oírte.

Después de sus palabras, una mano se perdió entre sus muslos y entonces gritó. Pero William no tuvo piedad de ella, siguió lamiendo, mordiendo y chupando sus pechos hasta que su cuerpo se arqueó, sólo entonces bajó su boca por su estómago para seguir por su vientre y para cuando fue consciente de hacia dónde se dirigía, él ya se había colocado entre sus piernas que colgaban de sus hombros.

—No puedes... no puedes besarme ahí —gimió.

—Claro que puedo besarte —le pasó un dedo por la abertura— y chuparte —otra caricia más— y morderte.

Y entonces su boca comenzó a hacer exactamente eso. En pocos segundos un dedo se introducía en su cuerpo mientras él acariciaba con la lengua su centro del placer, un segundo dedo se unió al primero y ella se retorció cuando el orgasmo la golpeó con fuerza. Pero su marido no se detuvo, continuó prodigándole caricias más delicadas mientras ella se arqueaba e intentaba no romperse llevada por las sensaciones.

William trepó por su cuerpo y se acomodó entre sus piernas, la roma cabeza de su erección le rozaba la piel enfebrecida y pese a que sentía los músculos lánguidos, necesitaba que él entrase en ella, se sentía vacía.

—Déjame entrar en ti —le susurró al oído— deja que te haga mía —ella asintió con un gemido.

Y William comenzó a penetrarla sin dejar de mirarla a los ojos pendiente de todas las reacciones que pudiera ver en ese rostro que se había apoderado de sus sueños.

Claire sintió como su cuerpo se estiraba hasta el punto de dolerle para acoger en su interior el hinchado miembro, pero no era capaz de protestar porque las caricias y los besos la distraían de tal forma que apenas era capaz de asumir todo lo que su cuerpo sentía.

—Cariño —la besó en los labios— no hay otra forma de hacer esto —le acarició los pechos— la primera vez...

—Sí, lo sé —enredó los dedos en su pelo y tiró de él en una clara

invitación.

William se introdujo los últimos centímetros y se quedó paralizado cuando el dolor atravesó los dulces ojos de su esposa, sin moverse de cintura para abajo, comenzó a besarla y a acariciarla hasta que ella dejó de estar tan tensa, sólo entonces se permitió el lujo de bajar una mano entre sus cuerpos y sus dedos comenzaron a acariciarla de nuevo a la vez que él se movía muy lentamente entrando y saliendo de ella.

Poco a poco las sensaciones se hicieron mucho más placenteras y cuando el ardor la abandonó del todo, Claire se encontró de nuevo gimiendo el nombre de su marido a la vez que le clavaba las uñas en la espalda.

—Más, por favor —gimió— más.

—Todo lo que deseas —la mordió en el cuello y luego la lamió.

Y después el mundo estalló en un millón de estrellas haciendo que su cuerpo se arquease pese a tenerle encima de ella. El placer que la atravesó la obligó a gritar su nombre mientras todo su ser explotaba en mil pedazos, la sensación amplificaba mil veces a lo que antes le había hecho sentir y cuando las últimas oleadas del placer la sacudieron, sintió que William la apretaba más contra él y por fin se dejaba llevar llenándola.

—¿Estás bien? —oírle jadear la llenó de un extraño orgullo.

—Sí —le acarició el pelo— ¿y tú?

Él comenzó a reírse y entonces ella se estremeció.

—Perdona —la besó dulcemente en los labios mientras salía delicadamente de su cuerpo— ¿estás muy dolorida?

Ella sopesó la pregunta, sí tenía molestias, pero lo que más acusaba era la sensación de vacío que la inundó cuando ya no le sentía en su interior. Decidió negar con la cabeza.

—No te haces una idea de lo maravillosa que eres —la besó dulcemente en los labios y se tumbó en el colchón a su lado, atrayéndola contra su cuerpo.

Y Claire se quedó fascinada por el tacto de su piel y la calidez que desprendía, se acercó más a él y se permitió el lujo de acariciarle tímidamente.

—Puedes tocarme, acariciarme y besarme siempre que quieras —le dijo él leyéndole el pensamiento— es más, te lo suplico.

Y ella rio por primera vez desde que la conocía. Fue el sonido más increíble que William hubiera escuchado alguna vez y en ese mismo instante se hizo una promesa a sí mismo, que cada día encontraría la manera de hacerla

reír. La apretó más contra él y la besó en la cabeza.

—No te he enseñado los vestidos —le dijo en un susurro.

—Por mí podrías quedarte desnuda para siempre —y ella volvió a reír.

—Sin duda alguna llamaría la atención en los salones de baile.

Y entonces William se movió tan rápido que un jadeo se escapó de sus labios, de repente ella estaba tumbada de espaldas y él sobre ella.

—Jamás —le acarició el rostro— jamás otro hombre te verá como estás ahora mismo —una mano se deslizó por sus pechos en un gesto claramente posesivo— eres mía, sólo para mí.

Y algo dentro de ella le dijo que este era uno de esos momentos que le cambiaban la vida a una persona. De modo que se dejó llevar por sus instintos y le acarició el rostro, alzó su cabeza para besarle en los labios y le apretó contra ella.

—Siempre —murmuró en su oído— y sólo para ti.

Y el corazón de William comenzó a latir de nuevo.

## 10

—Tengo un problema —le dijo a Joseph en cuanto entró en la biblioteca.

—Tú dirás —le alcanzó un vaso con licor, pues parecía que lo necesitaba.

William dio vueltas alrededor de la alfombra, agitando ligeramente el vaso pero sin beber de él. Miraba a su primo y volvía a pasearse. Y Joseph se estaba divirtiendo de lo lindo pues desde que le vio entrar se imaginó que tendría que ver con la dulce esposa que le aguardaba en casa y por lo que Candice le había contado, la joven era excepcional.

Se recostó en su sillón y esperó paciente.

—No sé qué me ocurre —por fin se sentó dejando el vaso sobre la mesita.

—Me temo que necesitaré que te expliques un poco mejor —bebió lentamente para ocultar una sonrisa— ¿acaso estás enfermo? —ni pudo ni quiso ocultar la diversión en su voz.

—Eres cruel —pero él también sonreía— dime, ¿cuándo descubriste que sentías algo por Candice?

—Desde que la vi —dejó el vaso vacío sobre la mesa— lo demás tardó poco en llegar, me resultaba imposible resistirme a ella y cuando lo intentaba... bueno, digamos que un baño en el Támesis en pleno invierno era lo que necesitaba.

—Ya... —William se quedó pensativo una vez más y su primo esperó— es que ella es —le miró esperando que le comprendiese sin palabras.

—Entiendo —la seca aceptación de Joseph le indicó que efectivamente lo entendía.

Para darle un respiro a su primo, Hatford decidió cambiar radicalmente de tema y comenzaron a hablar de la reparación de un puente que unía sus dos fincas en Lakesbury. Y a ello dedicaron lo que quedaba de mañana.

\*\*\*

Claire había terminado de escribir una carta muy larga y en ese momento se paseaba por la casa intentando asimilar todo lo que había ocurrido entre su esposo y ella pues aunque lo había plasmado en el papel, su sangre aún bullía en sus venas. Sabía que era lo que se esperaba de ella, que le complaciese y accediese a todo para evitar las tentaciones fuera del hogar, pero lo que nadie le había explicado era que él se esforzaría tanto por complacerla a ella, que mimaría su cuerpo de mil formas antes de dedicarse a su propio placer. Había sido una experiencia tan maravillosa que desde que entraron en la habitación hasta que él se fue para atender varios asuntos, el dolor, los sentimientos de pérdida, abandono y traición habían quedado relegados al olvido.

El ama de llaves le consultó un par de asuntos relativos a llevar la casa y le sonrió en agradecimiento, no se habían llevado a cabo las presentaciones oficiales, pero todo el servicio la trataba con el debido respeto y no había notado ningún gesto o mirada desaprobatoria. Lo cuál era algo bueno, pues un servicio contento era menos proclive al chismorreo fuera de la mansión.

Entró en un salón que sin duda estaba pensado para acoger un baile y se maravilló con la sencillez de las líneas en el mármol de las columnas, había cuatro grandes lámparas distribuidas de forma uniforme que iluminarían haciendo resplandecer a las damas con sus elegantes vestidos. Las cortinas estaban abiertas y se acercó a una de las grandes puertas francesas, la abrió y salió a una terraza que daba acceso directo al jardín trasero. Lo miró y se dio cuenta que sería un lugar perfecto para una cita nocturna.

Sonriendo paseó por la estancia y se quedó fascinada por el enorme retrato que había de una gran dama vestida de azul medianoche con una expresión que sólo podía calificarse de la más pura felicidad. La muselina de la tela contrastaba con su tono de piel haciéndola resplandecer, su pelo era varios tonos más oscuros que el de ella y sus ojos de un impresionante color miel. Era una mujer guapísima y al observarla con más detenimiento le pareció ver un ligero parecido con su esposo.

—Oh milady —una de las doncellas le sonrió cuando ella se giró— está aquí, tiene una visita, como no estábamos seguros del protocolo, la espera en la biblioteca.

—Muchas gracias, ¿de quién se trata? —preguntó sin dejar de mirar el cuadro, lo que confundió a la doncella.

—La mujer del cuadro es la difunta condesa, lady Hortensia, la madre del actual conde —le explicó— el hombre que ha venido a visitarla es el padre de

milord.

Claire se quedó petrificada en mitad del salón. Miraba a la doncella sin poder siquiera pestañear. ¿Su suegro había venido de visita y William no le había dicho nada? No pudo evitar que una profunda decepción se apoderara de su corazón, después de la maravillosa noche y mañana que había pasado entre sus brazos, él no la consideraba lo suficientemente importante como para avisarla de la visita de su padre. Apretó los dientes e intentó recomponerse.

—Dile que me reuniré con él enseguida —dio un par de pasos hacia la puerta que daba al jardín— ¿dónde está mi esposo?

—No sabría decirle milady, dio órdenes estrictas de que nadie la molestase hasta que usted se levantase de la cama, pero no indicó a qué hora volvería.

—Está bien.

Con un gesto de la mano despidió a la doncella mientras sus ojos se perdían en los varios senderos que se podían recorrer en el jardín. La rabia la inundó cuando se dio cuenta de que una lágrima le rodaba por el rostro. No tenía derecho a llorar, William no le había prometido nada más y nada menos que lo que le había dado, la protección de su nombre y de su casa. Pero le dolía más de lo que quería admitir que el precio a pagar fuese tan devastador para su corazón.

Se recompuso lo mejor que pudo y tras varias profundas respiraciones, caminó con paso firme para conocer a su suegro.

—Buenas tardes —entró en la biblioteca dejando la puerta abierta— es un placer conocerle su señoría.

—Me temo que no puedo decir lo mismo —la sorprendió la dureza de su tono— mi hijo no me ha hablado de usted en ningún momento, imagine mi sorpresa cuando vengo de visita y los criados me dicen que la señora estaba descansando —la recorrió de arriba abajo con mirada crítica— entiendo que se sienta atraído por usted, pero de ahí a hacerla condesa hay un gran paso.

Claire no sabía qué decir. Tan sólo podía mantener la postura y tal y como le habían enseñado, no reaccionar de forma alguna pese al insulto que acababan de escupirle en la cara. Sin embargo la rabia se estaba apoderando de ella hasta llevarla a un extremo del todo impensable para una dama de buena cuna y mucho menos para la condesa de Tillshire, intentó por todos los medios tranquilizarse, pero cuando le vio sonreír de medio lado con tanto desprecio en sus ojos, no pudo más.

—Es cierto que hay un gran paso —le miró con el mismo desprecio que él a ella— pero aun así, yo soy la condesa de Tillshire y esta es mi casa —se irguió todo lo que pudo— y por muy padre que sea usted de mi marido.

—¡Basta! —la penetrante voz de William le cortó la respiración.

Claire comenzó a verlo todo de color rojo y a cámara lenta. Su esposo estaba en la entrada de la biblioteca, no se había quitado ni los guantes ni la chaqueta ni el sombrero y tenía una expresión tan dura en su rostro que ella se quedó petrificada.

—Bien —dijo su padre— me alegro que le hayas enseñado a comportarse aunque sólo sea cuando tú estás delante.

William ardía de ira. Verle en la misma estancia que Claire le había hecho perder los nervios, nada más entrar fue consciente de su espalda erguida y tensa, de que tenía las manos en la espalda para poder retorcerse los dedos y que su voz sonaba tan llena de rabia que su corazón se encogió.

Caminó hasta interponerse entre ellos y entonces la miró.

—Cariño —le acarició el rostro— ¿serías tan amable de dejarme a solas con mi padre? —ella frunció el ceño ante el tono tan dulce que estaba empleando— por favor querida —le entregó sus guantes y su sombrero.

—Por supuesto —cogió las prendas y le miró confusa.

—Iré a buscarte en cuanto termine aquí —y entonces ella vio la salvaje necesidad en sus ojos y lo mucho que se estaba controlando.

Quiso responder pero por algún motivo su garganta se había cerrado, de modo que asintió con la cabeza y salió a toda prisa de allí cerrando la puerta a su espalda. Su respiración era tan agitada que estaba empezando a marearse, la curiosidad podía con ella y se debatía entre huir a su habitación y esconderse allí o quedarse a escuchar. La imagen de su esposo hablándole con tanta ternura hizo que se decidiese por irse a su habitación, el mismo día que aceptó ser su mujer y entregarse a él, le dio también su confianza.

William necesitaba tener algo en las manos o de lo contrario se veía muy capaz de estrangular a su padre con sus propias manos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó mientras se servía una copa de whisky.

—¿No me ofreces algo de beber? —su padre caminó insolente hasta el mueble bar pero su hijo se interpuso.

—No tienes derecho a estar aquí y no tienes derecho a beber mi licor —



dio un paso al frente haciendo retroceder a su padre — y no tenías ningún derecho a hablar con mi esposa.

—¡Ah! —su padre sonrió— esto es por ella —hizo un gesto con la mano — el hecho de que estéis casados no te protegerá del engaño y la mentira hijo —le miró a los ojos— como tampoco lo hizo tu compromiso anterior.

—Vete de aquí —estaba apretando el vaso con tanta fuerza que terminó rompiéndolo— vete antes de que te mate yo mismo.

—Atrevidas palabras —volvió a sonreír malévolamente— ¿hablas mucho con tu madre?

Nada más pronunciar esas palabras, el puño de William impactó en la mandíbula de su progenitor derribándole en el suelo.

—¡Bowles! —gritó y esperó a que el hombre entrase— llévate a esta escoria de mi casa y que sea la última vez que atraviesa la puerta.

En ese momento salió de la biblioteca mientras su padre le gritaba que se lo quitaría todo, tal y como él se lo había quitado todo a él, que su mujer no era más que otra ramera que no dudaría en... sus palabras se hicieron ininteligibles y a tenor de cómo sonaba su voz, le habían puesto una mordaza. Aplaudió la idea, sin embargo, la ira le envolvía de tal forma que apenas podía controlarse.

Subió las escaleras de dos en dos y entró sin llamar en la habitación de Claire, esta se sobresaltó cuando cerró de un portazo y pasó la llave. No había dicho una palabra, pero por cómo la miraba sabía que estaba tan furioso que seguramente no sería capaz de razonar, de modo que tomó la determinación de seguir su ejemplo y no provocarle más.

Se acercó a ella con paso firme y seguro y entonces le sujetó la mandíbula con una mano.

—¿Confías en mí? —su voz era tan grave que retumbó en su propio pecho y asintió con un gesto— ¿estás asustada? —volvió a asentir— jamás te haría daño Claire, pero ahora mismo necesito algo de ti antes de que pierda la poca cordura que me queda.

Su mirada estaba tan llena de tantas emociones que eso la dejó aturdida, de modo que volvió a asentir y le puso las manos en el pecho.

—Confío en ti.

Su boca se apoderó de la de ella en un abrasador beso que la hizo temblar de la cabeza a los pies, se agarró a su chaqueta para no caer y entonces él la separó sujetándola por los brazos, acto seguido tiró del borde del escote del

vestido desgarrándolo, ella gritó presa de una mezcla de temor y excitación que la hizo dar un paso atrás, él la fulminó con la mirada, se volvió a acercar y tiró de la fina camisola que cubría sus pechos, hasta que estos rebotaron al verse liberados y entonces William la llevó hasta el enorme ventanal.

Le bajó el vestido hasta la cintura inmovilizando sus brazos y sin ningún miramiento la besó mientras sus manos le amasaban los pesados pechos y sus pezones se erguían por la anticipación. No podía moverse y aunque disfrutaba del tacto de su esposo, sabía que esto no era amor, no sabía lo que era, pero desde luego no era con lo que ella soñaba y sin embargo tampoco tenía la sensación de que estuviese mal. Se sentía demasiado confusa por las atenciones que recibía y por sus propios pensamientos.

En ese instante William la obligó a darse la vuelta y ella cayó de rodillas sobre el mullido almohadón que estaba sobre el saliente de la ventana. Le desgarró la falda y cuando su piel quedó totalmente expuesta, sus manos comenzaron una lenta tortura por su espalda. Le separó los muslos y comenzó a tocarla entre las piernas. Le oyó gemir al notar que estaba húmeda.

Entonces escuchó el sonido de su ropa cayendo al suelo y ahogó un gemido. En menos de un segundo, él se estaba introduciendo en su cuerpo tan lentamente que la hacía enloquecer, cuando por fin se introdujo hasta el fondo se quedó quieto y le pellizcó los pezones mientras la mordía en el hombro. Se estremeció y quiso apretar los muslos pero él estaba entre ellos y se lo impedía.

La sujetó por las caderas y tras una lenta caricia por su trasero, comenzó a salir y entrar de ella con una fuerza tal que ella se golpeaba contra el cristal, entonces él la sujetó con una mano por el hombro y con la otra por la cadera y siguió con sus embates tan firmes y rápidos que su cuerpo pronto comenzó a convulsionar, sin embargo, él parecía que no podía ni quería parar.

Salió de ella un instante antes de terminar de desgarrar lo que quedaba del vestido mientras ella intentaba recuperar el aliento, la cogió en brazos y la llevó a la cama donde la colocó como él quería, todo sin decir una sola palabra. Sus rodillas y sus manos estaban apoyadas en el colchón y antes de que pudiera decir nada, él la instó a que apoyase la cara también, cuando lo hizo, volvió a penetrarla con fuerza sujetándola por las caderas.

Se sentía tan vulnerable y a su merced que su cuerpo se tensó.

—No —le dijo él con un jadeo— no te alejes de mí —le apretó más las caderas sin dejar de moverse— dame esto Claire, deja que me alivie contigo

—le acarició la espalda— necesito esto.

Y esas fueron las palabras clave. Ella lo había necesitado y él cumplió con mucho más de lo que se esperaba de él y ahora la necesitaba, ¿cómo podría no hacer lo mismo? Realmente no tenía miedo pues estaba segura de que jamás la heriría más allá de que la rompiese el corazón. Y desde luego no podía decir que ella no estuviese disfrutando, de modo que se relajó y comenzó a disfrutar de verdad.

Cuando la oyó gemir su nombre de nuevo, estuvo a punto de perder el control, de modo que se inclinó sobre ella y comenzó a pellizcarle los pezones y a masajear sus pechos hasta que la oyó gritar, sólo entonces se dejó ir.

Permaneció dentro de ella unos instantes más hasta que la notó estremecerse. Se sentía como un animal, prácticamente había violado a su esposa porque los demonios que le perseguían eran tan crueles que le desgarraban por dentro.

Saliendo de la calidez de su cuerpo, se subió los pantalones y se puso los zapatos, no se atrevía a mirarla a los ojos, ¿cómo podrían superar lo que acababa de pasar? Él la había dominado brutalmente y había usado su cuerpo para liberar los demonios que habitaban en su alma aunque lo disimulase tan bien que nadie conocía su existencia.

—No te vayas —su voz le golpeó como un puñetazo— por favor William, no me dejes sola ahora.

Se quedó petrificado sin saber cómo reaccionar, su voz sonaba suplicante y eso le destrozaba. Cerró los ojos e intentó respirar profundamente, pero sabía que cedería porque no se veía capaz de negarle nada a ella.

De modo que dio media vuelta y se acercó a la cama.

—Tumbate conmigo —le dijo ella y su estómago dio un vuelco— por favor.

No podía hablar. Su boca se negaba a abrirse y tenía la sensación de que tenía la garganta llena de arena, sin embargo, se tumbó a su lado y casi gimió cuando ella no dudó en acomodarse a su lado apoyando su cabeza sobre su pecho.

Y así permanecieron casi una hora entera. En completo silencio, ella apoyada en él y William intentando encontrar las palabras necesarias para disculparse, para rogarle su perdón.

—¿Te encuentras mejor? —Claire se apoyó en un brazo para mirarle y vio el sufrimiento y la culpa en sus ojos, algo se rompió dentro de ella— no soy

experta en el tema, pero... ¿es habitual? —frunció el ceño— porque me ha resultado... estimulante.

—No hagas eso —cerró los ojos con fuerza— no intentes convencerte de que soy un buen marido —sintió como apretaba los dientes— si quieres denunciarme, te llevaré ante el jefe de policía de la calle Bow.

El miedo le atenazó el corazón. ¿Qué demonios creía él que acababa de pasar? Entonces se dio cuenta de que no la estaba tocando, que mantenía los puños apretados y que no la había mirado más que un instante.

—William —le acarició el rostro— no voy a negar que me has sorprendido, pero no me he sentido atacada en ningún momento.

—¡He utilizado tu cuerpo para aliviar mi rabia! —se levantó de un salto de la cama y comenzó a dar vueltas por la habitación.

Claire le observaba con atención. Era un hombre magnífico en todos los sentidos y aunque sabía que estaba totalmente fuera de lugar, sonrió.

—Creo que no te has dado cuenta de que yo he disfrutado mucho de tu energía —se levantó y se acercó a él, se mantenía de espaldas a ella, por lo que le abrazó la cintura y apoyó su mejilla contra su espalda— no me importa —murmuró— no me importa que vengas a mí para controlar tus demonios William —le sintió estremecerse— me dolería que acudieras a otra mujer —le besó— quiero ser tu esposa en todos los aspectos, ser la mujer que te ayude a superar los obstáculos, tal y como tú me ayudas a superar los míos.

—¿Por qué? ¿por qué eres tan buena? —le preguntó con el corazón encogido.

—Porque sólo me ha querido mi hermana y ahora no está aquí y porque jamás me han necesitado —le abrazó con más fuerza— ahora me necesitabas y he sido feliz proporcionándote aquello que te podía aliviar —volvió a besarle — acude a mí siempre y yo siempre te recibiré.

William se giró entre sus brazos y la abrazó con fuerza, luego la levantó del suelo y la llevó a la cama donde se acostó a su lado y volvió a estrecharla entre sus brazos. Durante un momento se permitió soñar con una vida que jamás tendría.

—Odio a mi padre —le dijo más de una hora después.

—A mí tampoco me cae bien —se acomodó contra su cuerpo.

—Él mató a mi madre y lo ocultó todo —ella se quedó inmóvil— y cuando mi tía vino a casa exigiendo ver a su hermana, él la golpeó —los recuerdos dolían tanto que sentía que se le volvía a romper el corazón— uno de los

lacayos de mi tía acudió en su ayuda y logró sacarla de allí —apretó con más fuerza su abrazo y apoyó su cabeza para poder oler el aroma de su pelo— mi tío casi lo mata de una paliza, sólo se detuvo porque me vio a mí.

Se quedó callado un poco más y ella no se atrevió a moverse, apenas respiraba.

—¿Te he hecho daño? —y el tono de su voz le indicó que se sentía tremendamente vulnerable.

—No —le acarició el brazo que la rodeaba a la altura de la cintura— jamás me harías daño.

—Soy hijo de mi padre —y la dureza de sus palabras la desarmó.

—También eres hijo de tu madre —le recordó ella.

Y se quedaron completamente en silencio hasta que el sueño les venció.

Al día siguiente cuando Claire entró en la salita de la condesa se encontró con un enorme ramo de flores y un pequeño paquete delicadamente envuelto, sonrió y lo abrió curiosa. Dentro había una preciosa pulsera de diamantes. Sorprendida porque ella jamás había tenido nada tan bonito, se la puso en un arrebató de vanidad antes de acercarse a oler las flores, entonces se percató de la tarjeta.

*“Lo siento. W.”*

Las lágrimas anegaron sus ojos comprendiendo lo que esas dos palabras significaban. Ella creyó que nadie podría sufrir más de lo que ella había sufrido en la vida y sin embargo acababa de darse cuenta de que su marido tenía el corazón roto. Rompió la tarjeta en dos en un ataque de furia femenina y se prometió a si misma que le ayudaría a sanar las heridas.

Tardó tres días en volver a ver a su marido. Y el alivio la inundó cuando le escuchó entrar en casa, pues se estaba volviendo loca. Todos los días se encontraba algún regalo al lado de un nuevo ramo de flores y siempre las mismas palabras. Estaba a punto de cometer alguna imprudencia.

Y apenas pudo controlarse.

Entró en su despacho personal sin llamar y cerró la puerta con llave tras ella.

—Claire —la miraba con tanta pena que la hizo enfurecer.

—No sé lo que estás haciendo —le espetó— pero ya basta —se acercó más a él— ya basta —las manos le picaban por la necesidad de tocarle — no me hiciste daño y no tienes nada que lamentar —le abofeteó cuando intentó protestar, se estremeció cuando él clavó sus ojos en ella— si vuelves a disculparte una sola vez más, te juro que voy a tirarte esos enormes jarrones a la cabeza —le golpeó en el pecho con los puños— ¡quiero que mi marido vuelva! —exigió presa de la frustración— no me gusta estar sola —sus ojos se estaban llenando de lágrimas que sabía que no podría controlar— odio

estar sola, odio que todo el mundo me abandone.

Y entonces él la abrazó con fuerza y la besó en el pelo.

—Lo siento —apretó más sus brazos cuando ella se revolvió— lo siento por haberte abandonado —su corazón latía violentamente— siento que te sintieras sola y siento haberme comportado como un imbécil —la besó de nuevo en el pelo— es sólo que... no quiero herirte.

—Es tarde para eso —se quedó helado— cada vez que te alejas de mí me haces daño.

William no supo qué responder. ¿Acaso ella le amaba? ¿Cómo podía haber ocurrido? Estaba empezando a ilusionarse cuando cayó en la cuenta de que probablemente ella confundía el amor con un profundo agradecimiento por haberla presentado como su esposa, por proporcionarle un futuro mucho más apetecible que el ser la mujer del depravo Tribane.

Sin embargo, continuó en silencio. Tan sólo la abrazó hasta que su mayordomo fue a avisarles de que la cena estaba lista.

\*\*\*

Dos días más tarde, el resto de sus compras llegaron y suspiró de alivio. Esa misma noche era el baile en casa de los Keyworth y Claire necesitaba salir y distraerse porque la convivencia con William estaba volviéndola loca.

Él se había refugiado en su estudio y sólo coincidían en las cenas, después la acompañaba a su habitación y se quedaba despierta esperando a que él atravesara las puertas y decidiera volver a compartir su cama.

Observó detenidamente todos los vestidos y sonrió al ver uno que había sido sugerencia de Candice, a ella le había parecido escandaloso, pero su amiga se rio a carcajadas y terminó cediendo.

Decidió que ese sería el atuendo perfecto para ella.

Unas horas más tarde se miraba en el espejo aún aturdida por haber sido capaz de ponérselo. La suave y delicada seda se rozaba contra su piel haciéndola estremecer. Múltiples capas de tul cubrían la falda rojo rubí atenuando la intensidad del color creando un curioso efecto óptico, el brocado dorado de su cintura abrazaba su cuerpo revelando sus curvas y el corpiño era tan escotado que tenía miedo de respirar profundamente y que sus pechos se saliesen de su encarcelamiento. La modista le había dicho que nada de

camisola con ese vestido y ahora entendía por qué.

Se miró una vez más y otra vez. Su doncella le había arreglado el pelo a la perfección, un sofisticado recogido en lo alto de su cabeza con varios tirabuzones sueltos que enmarcaban su rostro, como tocado, llevaba una enorme pluma de avestruz teñida del mismo rojo que era su vestido.

La doncella abrió un cajón de su escritorio y jadeó al ver la cantidad de joyas que allí había. Entendiendo que debía elegir una, se decidió por un camafeo de marfil encastrado en un gran medallón de oro. Al ponérselo, este descansaba sobre sus pechos.

—Si me permite el atrevimiento milady —la joven la miró con una sonrisa — está usted arrebatadora —hizo una reverencia y se marchó dejándola completamente a solas.

No se sentía arrebatadora en lo más mínimo. Una mujer arrebatadora no habría pasado en vela las últimas noches dándole vueltas a la misma pregunta una y otra vez. ¿Por qué William le daba lo justo para que ella le dejase entrar en su corazón y luego la abandonaba?

Sacudió la cabeza cuando sus ojos comenzaron a picarle.

No podía llorar, no esa noche. Le había costado muchas horas de conversación consigo misma aceptar el hecho de que Candice tenía razón, encerrarse en casa o vestir de negro riguroso no le devolvería a su hermana no haría que la pena fuese menor, así misma, el no cumplir con las normas sociales no quería decir que no la echase de menos. De modo que se recompuso y salió de su habitación dispuesta a bajar las escaleras y esperar a su esposo para acudir al baile de los Keyworth, por lo menos allí se distraería con su amiga Candice.

Caminaba sin ver por dónde iba mientras intentaba recuperar el lento ritmo de respiración que necesitaba para enfrentarse a su marido, pero entonces alzó la vista y le vio. La estaba mirando con los ojos como platos y el deseo llameó en su mirada haciéndola estremecer, terminó de bajar los últimos peldaños y cogió la mano que él le ofreció.

—Eres la mujer más hermosa del mundo —le susurró al oído mientras el colocaba el delicado chal sobre los hombros— me temo que tendré que mantenerte vigilada para que nadie se te acerque demasiado.

—¿Eso era un cumplido? —respondió coqueta y él suspiró.

—Desde luego que lo era.

En cuanto llegaron a la mansión, Claire supo que no podría mantener su



palabra de quedarse a su lado, pues nada más atravesar las puertas, varios hombres se acercaron a William y poco a poco la alejaron de él.

—¡Claire! —su amiga Candice se acercaba a ella con una preciosa sonrisa en los labios — ¡vaya! —la miró de arriba abajo y sonrió de nuevo— William está en un lío ¿verdad? — ella la miró confusa y rio más fuerte, se acercó a su oído — yo tengo uno parecido que me pongo cuando quiero castigar a Joseph.

Al tratarse de un baile privado su amiga Candice podía acudir. Era otra de las rígidas normas de conducta social, una mujer embarazada no debía mostrarse en público. Salvo en ocasiones como aquella.

Se quedó sorprendida porque ahora que su amiga lo había dicho en voz alta, se acababa de dar cuenta de que efectivamente ella quería castigar a William, quería que viera que no era una damita delicada que no pudiese enfrentarse a un hombre como él, deseaba que la viera como a su esposa y desde luego quería que se arrepintiera de esa estúpida idea de que de alguna forma la había lastimado cuando se acostó con ella.

Candice la condujo por el salón y comenzó a presentarle a algunas personas a las que conocía de oídas pero con las que nunca había coincidido. Sonrió abiertamente ante las alabanzas de su vestido y aceptó con agrado una copa del conde de Hatford, el cuál la sacó a bailar en cuanto las primeras notas comenzaron a tocar.

Ella tenía tantas preguntas que hacerle... sin embargo no se atrevía. Ese hombre la intimidaba demasiado.

—Puedes preguntar lo que desees —le había leído el pensamiento y rio cuando la vio hacer una mueca— mi mujer pone esa cara cuando alguna de sus extrañas ideas le cruzan la mente y siempre tiene mil preguntas que hacerme.

—¿La quieres mucho? —se ruborizó con fuerza al ser consciente de lo que había dicho— lo siento yo...

—Tranquila —giró una vez más con ella por la pista de baile— la amo con todo mi ser —su vehemente declaración la hizo tropezarse pero él la salvó de hacer el ridículo—Candice es la mujer de mi vida.

—Eso es muy bonito —le sonrió.

—Sea lo que sea que haya hecho William no te dejes convencer —ella frunció el ceño y él volvió a reírse a carcajadas— Candice me tortura de la misma forma que tú —desvió sus ojos levemente a su vestido— me desafía y me provoca —giró una vez más— y me encanta que lo haga, me vuelve completamente loco, pero me enamoro un poco más de ella cada vez que se

empeña en castigarme por algo.

Terminaron el baile en silencio y Joseph la llevó hasta donde estaba Candice que les recibió con su perpetua sonrisa.

—Gracias —le dijo al conde y este hizo un gesto solemne con la cabeza.

Hubo otro baile más antes de que les indicasen que la cena estaba servida. A ella la habían colocado entre Candice y el duque de Harlow, que según le había contado Candice dirigía el club más escandaloso de Londres, era sobrino del duque de Cornualles y un amigo tanto de Hatford como de Tillshire.

Durante la cena, Claire pudo comprobar que el duque era un hombre extraordinario, además de poseer un físico que provocaba más de un aleteo de pestañas por las damas de todas las edades que estaban con ellos, resultó ser un excelente conversador y se dedicó a amenizarle el tiempo con divertidas anécdotas.

Le contó que Eton le resultó un tremendo trauma pero gracias a que allí conoció a Joseph, Alexander y William, consiguió no morir de desesperación. De una forma muy dramática le dijo que ellos salvaron su vida. Y ella se esforzaba por no reír a carcajadas. Estaba disfrutando como nunca en la vida, hasta que su mirada se cruzó con la de su marido y entonces se quedó congelada.

En sus ojos había multitud de emociones y no todas ellas eran benévolas. William clavó los ojos en Harlow y este sonrió ladinamente haciendo que el conde apretara los dientes, después la acarició con la mirada y ella se ruborizó de tal forma que apenas podía estarse quieta.

—Siempre supe que William tenía un gusto excelente, pero con usted se ha superado —el duque le besó el dorso de la mano sin quitarle ojo a su marido — por lo que he podido comprobar, es usted justo la mujer que él necesita.

Antes de que ella pudiese responder, la anfitriona dio el aviso para que las damas se retirasen al salón de té y los hombres pudieran disfrutar de licores y puros. Claire estaba nerviosa y excitada pues después de ser partícipe de cómo se desenvolvía su marido cuando su estado de ánimo estaba alterado, sentía que la sangre le hervía en las venas y que todo su cuerpo estaba hipersensibilizado.

—Claire querida —su amiga enlazó su brazo con el de ella— debes aprender a controlar las emociones que sientes, tus ojos son como un libro abierto —se ruborizó aún más— aunque no puedo culparte, los primeros

meses de mi matrimonio con Joseph me pasaba el día con las mejillas ardiendo —la miró y esbozó una pícaro sonrisa— además de otros síntomas no tan evidentes.

Y aprovechando la coyuntura, Claire decidió que era el momento de atreverse a exteriorizar todos sus temores.

—Él aún no es... —su amiga le apretó el brazo y la llevó a un rincón de la sala.

—Querida —se acercó un poco a ella y bajó la voz— hay ojos y oídos en todas partes —le sonrió con cariño— pero lo que te preocupa no debe quitarte el sueño, sólo es cuestión de tiempo, ya está todo dispuesto, sólo quiere que tú estés preparada.

El resto de la velada fue tan dulce como se esperaba. Y cuando los hombres se unieron a las mujeres, William se acercó a ella y en un gesto claramente posesivo le rodeó la cintura con una mano y la besó en los labios. Algunas damas sonrieron y otras torcieron el gesto, a ellos no les importaba lo más mínimo.

Mientras sonaban las clásicas notas de una cuadrilla, William la guio por el salón para sacarla al exterior a través de las puertas francesas, caminaron en silencio hasta adentrarse en el exuberante jardín pese a estar a finales de Noviembre. Hacía frío pero no llovía, William le puso su chaqueta sobre los hombros y continuaron hasta que se abrió ante ellos una plazoleta con un cenador muy romántico en el cual había un sofá lleno de mullidos cojines y varios calentadores que alejaban el frío de ellos manteniéndoles en una idílica y romántica atmósfera.

William apenas podía controlarse, desde que había visto que el duque se sentaría al lado de Claire, los celos le estaban carcomiendo el corazón y apenas pudo probar bocado. Él se había adueñado de su cuerpo y ella le había insinuado que le amaba, pero quizá sólo era gratitud y no se podía negar que el duque era un partido mucho mejor para ella. La estrechó con fuerza entre sus brazos y se sentó poniéndola a ella en su regazo.

—William —le acarició el pelo— ¿estás bien?

—¿Qué te ha parecido el duque de Harlow? —la rabia se filtró a través de sus palabras y extrañamente ella se sintió reconfortada.

—Un hombre extraordinario —le pasó los brazos por el cuello— pero yo ya tengo un marido —se permitió el lujo de besarle en los labios y le miró a los ojos— estoy lista.

William tardó unos segundos en descifrar lo que ella quería decirle, aún sentía una extraña mezcla de celos y orgullo y su mente estaba embotada por tener a esa maravillosa mujer entre los brazos.

—Necesito que nos casemos —la besó con vehemencia hasta que sintió que se deshacía en sus brazos— pese a lo que digan los papeles, quiero oírte decir delante de un cura que quieres pasar el resto de tu vida a mi lado.

Claire apenas podía respirar. William era tan intenso y abrumador para todos sus sentidos que era como si una fuerte corriente la llevase y ella no era capaz de resistirse. Sólo sabía que después de todo lo que había pasado y de lo mucho que había sufrido, estar con él era como un alivio constante para su corazón. Con él a su lado se sentía capaz de superar la pérdida de su hermana y el abandono de su padre.

—Ojalá Christine pudiese estar conmigo —murmuró apoyando su cabeza en su hombro.

—Y una parte de ella estará —le acarició la espalda— ella siempre estará en tu corazón cariño, ella siempre formará parte de ti.

—Mi padre nunca me quiso —su corazón recordó cómo se había roto siendo una niña al comprender esta terrible verdad y se estremeció— sólo nos teníamos la una a la otra.

—Sé que no es un consuelo —la abrazó con más fuerza— pero al menos teníais eso, el vínculo de hermanas es más fuerte de lo que podría parecer.

Claire supo que en ese momento estaba hablando de su madre y de su tía. Ellas habían sido hermanas y por la tensión de sus músculos supo que estaba recordando la muerte de su madre y probablemente la pelea con sus primos. Esa parte aún no se la había contado y la tenía muy intrigada, pues Candice le había dicho que sería mucho mejor que él le contase lo ocurrido, pero que estaba convencida de que no le importaría. Y eso había azuzado su curiosidad.

—¿Cuándo y dónde podremos celebrar la boda? —le preguntó mimosa.

—Cuando tú quieras —la separó de él para mirarla a los ojos— ya te lo dije Claire, todo se hará como tú quieras, en cuanto a la ubicación, en Tillshire Manor en Lakesbury, tenemos una capilla que puede albergar a unas cincuenta personas.

—¿Cuánto se tarda en llegar? —le preguntó sonriendo y él la besó— estoy impaciente.

—Celebraremos la ceremonia en una semana entonces, déjame que envíe las notas oportunas para que todo esté preparado —le acarició el rostro y los

labios— ¿quieres invitar a alguien en especial?

—Sólo conozco a Candice —se encogió de hombros— mi tía es muy mayor como para asistir y tampoco entendería que celebrásemos la boda ahora cuando el anuncio de que estábamos casados se hizo público hace semanas — le besó dulcemente— no tengo a nadie más en el mundo, sólo a ti.

El corazón de William se estremeció con esas palabras y se prometió a sí mismo que haría todo lo que estuviese en su mano para hacerla feliz, que buscaría el modo de que siempre estuviese rodeada de gente para que no echase tanto de menos a su padre y a su hermana.

—Es hora de volver al baile —la sujetó por la nuca — no te acerques demasiado al duque de Harlow.

—No debes estar celoso —le besó de nuevo— me ha dado la impresión de que es muy leal con sus amigos y yo jamás traspasaría esa línea.

—Aun así —respondió secamente.

Y antes de levantarse con ella, la besó hasta que sus respiraciones se alteraron de tal forma que casi eran jadeos.

Llegaron al salón cuando las notas de un vals estaban sonando y para su sorpresa, el conde de Hatford se acercó a ella con una sonrisa en los labios y la sacó a bailar. William apretó los dientes pero la dejó ir y ella sonrió.

—Veo que has perdonado a mi primo —su voz sonaba extrañamente divertida— me alegro por él.

—En una semana nos gustaría que estuvierais en Lakesbury, en Tillshire Manor —apenas se atrevía a mirarle a los ojos— por favor.

—Será un enorme placer para nosotros estar a vuestro lado y quizá así Candice permita que vuelva a mi casa y me aleje de toda esta tortura.

Ella se rio mientras él la guiaba en un baile que la hizo olvidarse por un momento de que era una mujer a la que nunca habían querido, porque en ese momento, sentía que gozaba del amor de un marido que se preocupaba por ella y que podía decir que tanto el conde como la condesa de Hatford eran sus amigos.

—Gracias —le dijo cuando él la llevó al lado de Candice y él frunció el ceño— por aceptarme.

—Eres especial Claire —la besó el dorso de la mano— que nadie te diga jamás lo contrario —la miró intensamente como él solía hacer, como si pudiera leer en su corazón— mi esposa te considera de la familia y yo también.

Con esas palabras se despidió de ella con un gesto de cabeza antes de que otros hombres le interceptasen para comenzar a hablar apasionadamente. Candice enlazó su brazo con el de ella y sonrió mientras observaba la expresión adusta del rostro del conde.

—Creo que jamás se acostumbrará a estar en Londres —comenzaron a caminar por el salón— lo odia.

—Sin embargo está aquí —apuntó ella.

—Sí, Joseph haría cualquier cosa que yo le pidiese —sonrió tan

encantadoramente que Claire sonrió también. Sí, había sido testigo de la adoración que el conde sentía por su esposa.

Cuando la velada terminó, se despidió afectuosamente de los condes de Keyworth y acompañada por su esposo, pusieron rumbo a casa. Se sentía extraña en su propia piel, aún lloraba a veces por haber perdido a su hermana, pero no podía evitar la excitación y la emoción por la vida tan maravillosa que William le estaba mostrando. Miró a través del cristal hacia el cielo oscuro y en una silenciosa plegaria le pidió a su hermana que la perdonase y en lo más profundo de su alma supo que ella estaría sonriendo. Christine estaba llena de vida y habría sido tremendamente feliz en un baile como el de esa noche.

\*\*\*

Claire miraba fascinada el impresionante vestido que colgaba de la puerta de uno de los armarios de la mansión Tillshire Manor. Era una espectacular creación de múltiples capas de seda que se superponían creando unas ondas sujetas por preciosas rosas, el corpiño tenía unos delicados brocados en hilos plateados que brillaban con diferentes matices cuando la luz se reflejaba en ellos, un delicado tul hacía las veces de estrechas mangas que colgarían de sus hombros con delicadeza.

Tocó la tela y suspiró.

¿Cómo había llegado a este punto? Parecía que habían pasado mil años desde que había vuelto de su viaje al norte para ver a su tía y su padre le había anunciado que ya había concertado una cita con un pretendiente. Y después se desató el caos, su hermana murió, su padre la abandonó para dejarla al alcance del despreciable sir Laurence Tribane.

Sonrió al recordar cómo William se había ofrecido a ser su esposo. En aquel momento se sintió atrapada y sin muchas otras soluciones, sin embargo, hacía semanas que se despertaba en mitad de la noche ahogada por las pesadillas y daba gracias por tenerle a su lado. Sin darse cuenta se había acercado a la ventana y observaba encantada el tiempo que hacía, el cielo estaba completamente despejado y el sol calentaba la tierra después de las frías temperaturas de la noche. Era un día estupendo para una boda.

—Hola —Candice se apoyó en el marco de la puerta— ¿nerviosa? —ella

sonrió tan feliz que sentía que le iba a estallar el corazón — me alegro mucho por ti —se acercó a ella y la abrazó con fuerza— mi hermano también murió —notó como Claire se estremecía— él no era buena persona, no se parecía en nada a Christine —el corazón se le encogió en el pecho— pero era mi hermano y aún le echo de menos a veces —la miró a los ojos— pero, si no te importa, me gustaría estar a tu lado en el altar, no pretendo sustituirla, eso sería imposible...

—Gracias —Claire estaba a punto de echarse a llorar— ¿crees que está mal que sea tan feliz?

Candice sonrió y sopesó su respuesta unos instantes.

—Creo que después de tanto sufrimiento, la felicidad es necesaria —le cogió la mano con cariño— Christine lo aprobaría, lo sabes —sonrió al recordarla— y como tu padre no está, el marqués de Kerinbrooke ha decidido ejercer de tu padrino —ella se sorprendió— conmigo hizo lo mismo —se encogió de hombros— estoy deseando que Alexander vuelva, te encantará —sus ojos brillaban— estoy convencida de que pronto te convertirás en otra hermana para él y te prometo que disfrutarás cada instante. Jamás olvidarás a Christine, pero lograremos que vuelvas a ser absolutamente feliz.

—Gracias —la besó en la mejilla— le echas mucho de menos ¿verdad?

—Muchísimo —suspiró— y tanto mi suegro como mi marido están desesperados por tener noticias de él —se sentó en la cama— pero tenía que emprender su propio camino y cuando vuelva jamás permitiré que se vuelva a ir.

Las dos amigas reían encantadas cuando las doncellas llegaron para comenzar a vestir a la novia. Candice se quedó en la habitación a petición de Claire y continuaron conversando haciendo reír a las muchachas que intentaban no sonrojarse.

Al cabo de un par de horas, Claire estaba lista para casarse de verdad con William y cuando Candice bajó para anunciar al marqués que estaba lista, se miró al espejo y vio en sus rasgos matices que le recordaban a su hermana.

—Creo que ahora tengo más hermanos —murmuró con el corazón a punto de colapsar por la cantidad de emociones— pero tú siempre serás mi favorita —una lágrima se escapó de su control y se la limpió despacio.

A los pocos minutos el marqués llamó a su puerta y alabó su aspecto hasta que la hizo sonrojar y sonreír. Después le ofreció el brazo y bajaron la escalinata para atravesar la entrada y llegar hasta el carruaje abierto que la



llevaría hasta la capilla al otro lado de la hacienda. Durante todo el camino, el marqués la hizo reír contándole varias anécdotas de William cuando era un niño.

—Si quieres huir aún estás a tiempo —le dijo con una sonrisa— o si prefieres a otro caballero, yo soy marqués y me queda poco de vida —ella soltó una carcajada.

—Es usted un verdadero encanto —tenían las manos entrelazadas y ella sabía que sólo intentaba hacerla reír. El marqués era un hombre dulce y bueno. Le había cogido mucho cariño.

Pero en cuanto entró en la iglesia, se olvidó de todo. Porque él estaba allí esperándola y una profunda mueca de alivio cruzó su rostro cuando la vio y eso la hizo sonreír. Caminó segura de lo que estaba haciendo y casi podía sentir que comenzaba su verdadera vida.

La ceremonia fue emotiva y pronto llegaron a la mansión donde se celebraría el banquete de bodas. Claire estaba totalmente encantada, no podía dejar de sonreír e iba de un grupo a otro recibiendo felicitaciones, abrazos y besos. No había mucha gente, tan sólo la familia más cercana de William y sus amigos, el único que faltaba era su padre y sinceramente ella lo agradecía, porque aunque ahora era su suegro, no podría mirarle a la cara después de lo que William le había contado. Aún se estremecía al recordarlo.

El baile comenzó y disfrutaron el uno en los brazos del otro girando por el enorme salón mientras el resto de los invitados les miraban y sonreían.

Casi estaba terminando la velada cuando un alterado Bowles les llamó con un gesto impaciente.

—Un caballero les espera en su estudio milord —le dijo al conde— sir Laurence Tribane.

William se tensó al escuchar su nombre. Miró a Claire y pudo ver que el miedo se apoderaba de ella.

—¿Quieres que yo me encargue? —ella negó con un gesto.

La cogió de la mano y la llevó a través del pasillo hasta su estudio privado, antes de abrir la puerta la besó dulcemente en los labios y le aseguró que no podía hacerle nada, ahora era la condesa de Tillshire.

—Que inesperada y desagradable sorpresa —la voz del conde atravesó la estancia llamando la atención del hombre— ¿qué hace en mi casa?

—Venir a por lo que es mío —se puso en pie y le miró a los ojos— lord Dunmow me prometió la mano de su hija.

William sonrió y apretó la mano de Claire.

—Me temo que eso no es posible —le miró fijamente— Claire es mi esposa desde hace meses.

—Sin embargo parece que están celebrando la boda hoy —entrecerró los ojos y miró a la joven que parecía muy distinta de aquella que le había plantado en la confitería.

—Bueno —William se encogió de hombros— somos unos extravagantes, queríamos recordarle a toda la sociedad que somos recién casados y volver a disfrutar de una celebración rodeados de buenos amigos y familia.

—Su padre no está —miró al conde sólo un segundo para volver su vista de nuevo a la joven— ninguno de ellos están presentes.

—Lord Dunmow ha abandonado Inglaterra por lo que sabemos y no es ningún secreto que mi padre y yo no tenemos relación alguna —ocultó a Claire de la vista de ese hombre— ¿algo más que le inquiete?

—Pagué una suma considerable por ella —sir Tribane no estaba acostumbrado a que le dijeran que no— o me llevo a la mujer o me devuelve el dinero con intereses, usted elige.

La carcajada de William estremeció a Claire.

—Salga de mi casa antes de que le eche a puñetazos —soltó a su esposa y se acercó al hombre— no tendrá ni una cosa ni la otra, si tiene algún trato con Dunmow, le aconsejo que le busque y lo arregle con él —ahora le separaba apenas un palmo— no vuelva a molestar a mi esposa.

Tribane le miró lleno de ira, pero sabía cuándo debía retroceder ante un adversario y desde luego jamás podría vencer al conde de Tillshire, al menos no de frente y mucho menos delante de testigos. Cogió su sombrero y salió del despacho dando un fuerte portazo tras de sí que estremeció a Claire con tanta virulencia que William estuvo a punto de perseguirle para llevar a cabo su amenaza y darle una paliza.

Cuando ella consiguió serenarse volvieron a la fiesta e intentaron no pensar demasiado en ese hombre que claramente era una amenaza para su felicidad.

Una semana más tarde, los condes de Tillshire recibieron una nota para que acudiesen inmediatamente a Hatford Lane. No explicaban nada más, tan sólo que requerían su presencia.

Así que pese al terrible tiempo que hacía, no tardaron en subirse al carruaje que les llevaría hasta la casa de los Hatford, Claire estaba claramente nerviosa y no dejaba de retorcerse los dedos con mil preguntas en su cabeza y tal y como estaba de tenso William, no estaba mejor que ella.

En cuanto los caballos se detuvieron, ambos se bajaron rápidamente, un mayordomo ya tenía la puerta abierta y su corazón se saltó un latido al ver la tristeza en los ojos del hombre.

—¡Claire! —la voz angustiada de Candice casi la hace llorar, la condesa se echó en sus brazos.

—¿Qué ocurre? —William estaba a punto de explotar— ¿es Joseph?

—No —Candice comenzó a llorar desconsolada y entonces el conde apareció y la rodeó con fuerza entre sus brazos.

—Es Alexander —el dolor que atenazaba el corazón y el alma de Joseph era evidente— al parecer estaba en una misión y ha sido capturado por el enemigo —su mujer se estremeció entre sus brazos y él la besó en la cabeza— venga cariño —intentó consolarla— mi amor —apretó su abrazo y cerró los ojos un segundo.

Las últimas palabras estremecieron a los asistentes. Todos eran conscientes de lo mucho que se amaban los condes, pero sus palabras eran comedidas siempre. Esa declaración tan abierta y descarnada no era otra cosa que una manifestación de la esperanza que tenía Hatford de ser capaz de consolar a su mujer.

Pero no había consuelo para la condesa y William sabía bien por qué. Demasiadas muertes a su alrededor, también sabía que Alexander se había convertido en su mejor amigo y en un hermano como el que debió haber

tenido. Miró a su primo y su corazón se rompió. Era evidente que no les había contado todo e inmediatamente tuvo que esforzarse para no dejarse llevar por la tristeza, él también quería al joven que tantas veces le había hecho reír con su descaro y su vitalidad.

Nunca había comprendido el motivo que le llevó a embarcarse en un barco con rumbo a peligrosas misiones disfrazadas de eventos diplomáticos. Y tampoco se había atrevido a hablar abiertamente con Joseph, cualquier mención a su hermano le hacía endurecer la mirada y la voz.

—¿Tienes algún plan en mente? —la pregunta le sonó estúpida, entre los dos tenían dinero y poder suficiente como para exigir que fueran a buscar a Alexander, pero también conocía las normas por las que se regía el grupo de hombres que trabajaba para sir Roger.

Ese hombre había estado años rondando a los regentes, acumulando poder a su alrededor y finalmente había conseguido llevar sus planes a buen puerto. Y por irónico que fuese, el apoyo del marqués de Kerinbrooke había sido definitivo para conseguirlo. Y ahora su hijo pequeño se había perdido en los enredos a los que se dedicaba.

Joseph observaba el jardín a través de los cristales y la intensa lluvia.

—Lamento haberos estropeado la luna de miel —su voz estaba rota, se dirigió a una de las butacas y se dejó caer pesadamente— gracias por venir.

—Somos familia Joseph, sé que hemos estado distanciados, pero seguimos siendo familia —se sentó frente a su primo— ¿has hablado con Harlow? Quizá pueda preguntarle a su tío.

—No tienen trato desde hace años —meneó la cabeza— ¡no entiendo por qué demonios tuvo que irse! —lanzó el vaso contra la pared con tanta fuerza que se convirtió en astillas de cristal.

Cuando Candice había dejado de sollozar, Claire la había acompañado a su habitación y se había quedado con ella para acompañarla en lo que pudiese necesitar mientras él se había hecho cargo de darle algo de estabilidad a su primo. Los Hatford habían sido sus hermanos y él sabía que les debía mucho al marqués y a su hijo mayor.

—No soy capaz de pensar en un plan —su primo se giró y le miró— y no creo que Candice soporte otra pérdida —se recostó en el respaldo de la butaca —se estaba recuperando ¿sabes? Vuestra boda le devolvió las ganas de reír e incluso pasó todo el día sin recordar al hijo que perdimos —se frotó el

pelo con desesperación —la primera vez en meses. Ahora está cercana al parto y esto no es bueno para ella.

William se quedó paralizado. No sabía que la dulce Candice había estado embarazada y por el dolor que transmitía su primo, ninguno lo había superado. Apretó los puños con fuerza, sintiéndose tan impotente e inútil que le costaba respirar.

—¿Habéis hablado con el duque de Cornualles? —preguntó sin apenas moverse, no habían hecho interceder a su amigo, pero quizá podían hablar con él directamente.

—Sí, él fue quien nos notificó lo que había ocurrido —le miró con los ojos apagados— ¿te importaría acercarme una botella de licor? No me importa lo que sea.

William odiaba con toda su alma ver sufrir a un hombre como Joseph, lo detestaba con todas sus fuerzas. Él siempre se había sentido fascinado por su buen estar, por la nobleza con la que había aceptado sus obligaciones y la fortaleza de carácter que exigía hacerse cargo de sus múltiples propiedades.

—Me parece que la última vez que te ahogaste en alcohol las cosas no fueron bien —sin embargo, le sirvió un poco de whisky en un vaso y se lo tendió.

Joseph lo bebió de un trago sin decir nada más porque en realidad no había mucho más que decir, su primo tenía razón. Por mucho que a él le doliese en lo más profundo de su ser y por mucho que desease perder la consciencia en las poderosas brumas del alcohol, no podía dejarse llevar. Tenía que resistir y tenía que deshacerse por completo de la autocompasión. Su mujer le necesitaba y su padre también. El marqués se había quedado desolado.

William y Claire se quedaron en la residencia de los Hatford y se hicieron cargo de todo mientras ellos, todo lo dignamente que pudieron, pusieron rumbo a la residencia del marqués de Kerinbrooke para empezar a buscar soluciones. Faltaban menos de dos semanas para Navidad y todo era un caos en Londres.

—Estoy muy triste —le comentó Claire cuando se metieron en la cama de su propia casa— Candice está sufriendo mucho —se abrazó al fuerte y estable cuerpo de su marido— y ya ha sufrido más que suficiente —le besó en el centro del pecho— ¿sabías que perdió un bebé?

—Me lo ha contado hoy Joseph —la estrechó entre sus brazos— la familia ha sufrido mucho.

Claire apoyó la cabeza en el hombro de William e inhaló profundamente. En ese preciso instante se sentía completamente feliz. Aún echaba de menos a su hermana y había veces que le parecía verla paseando alegremente por el jardín trasero. Su muerte aún no había sido esclarecida y las investigaciones se habían detenido porque al parecer no había mucho más que saber. Todos parecían tener claro que la vivaz y divertida Christine, un día, sin venir a cuento, decidió quitarse la vida.

Un escalofrío la recorrió la espalda.

—¿Tienes frío? —mientras preguntaba, las manos del conde le acariciaban tiernamente la espalda desnuda.

—No, estaba pensando en mi hermana —respondió besándole en la mandíbula.

—Averiguaremos lo que le ocurrió cariño —la besó en los labios— ¿quieres que haga algo para localizar a tu padre?

—No, él se fue sin importarle lo que sería de mí —encogió un hombro con gracia— ¿por qué debería preocuparme por él? —le miró a los ojos— sin embargo, resulto ser una carga para ti y ahora mismo las propiedades de mi familia están abandonadas.

—No Claire —se separó un poco de ella para poder mirarla de frente— sir Tribane presentó un documento al legislador en el que se explicaba claramente que si tu boda con él no podía llevarse a cabo, en compensación, él se quedaría con la mansión de Londres, que actualmente es lo único que conservaba tu padre, todo lo demás lo ha ido vendiendo a lo largo de los últimos años.

Claire pensó detenidamente en las palabras de su esposo y en lo que eso significaba para ella y quiso escandalizarse, lo deseó de verdad. Pero todo lo que pudo hacer sin embargo fue perderse en sus hermosos ojos castaños provistos ahora de una intensidad que hacía que se derritiera por dentro. Deseó, por un instante, poder ser una dama normal y centrarse en lo que suponía ser despojada de lo que le correspondía por derecho de nacimiento y de la protección del buen nombre de su marido, sin embargo, se encontró a si misma acariciando indecentemente el torso desnudo de William sin dejar de mirarle a los ojos.

—Mañana podemos hablar de todo lo que desees —susurró— pero ahora,

¿podrías hacerme olvidar todo? —sus dedos se detuvieron a escasos centímetros de su erección y observó cómo apretaba los dientes con fuerza.

—Soy tu esclavo —murmuró antes de abalanzarse sobre ella.

Claire gimió abandonándose a las caricias y los besos y se entregó llena de dicha. Y William se prometió a si mismo que haría de esa noche, una velada gloriosa donde consiguiese que ella aunque sólo fuese por un instante, tan sólo se centrara en ser adorada y complacida.

Estaba amaneciendo cuando William se quedó dormido. Después de saciar a su esposa hasta tal punto que se quedó dormida mientras hablaba, él se quedó en silencio observando sus rasgos e intentando descubrir por qué se enfurecía tanto cada vez que tenían que hablar de Tribane. Claire era una mujer muy hermosa y aunque lo sabía, jamás había usado sus artes femeninas para atraer la atención de algún hombre, ni siquiera la suya, pese a que desde el primer momento le dejó claro que estaba a su servicio, por eso no acababa de comprender cómo era posible que se hubiesen desarrollado todos los acontecimientos que les habían llevado hasta ese momento.

Había hecho ciertas averiguaciones acerca del padre de Claire y con la ayuda de su primo, conocían al punto cuál era el alcance de las deudas de la familia Baker, en un principio, iba a acudir raudo para saldarlas, pero Joseph le había detenido y durante más de una hora le había relatado con una dolorosa tristeza, que el hermano de Candice había hecho lo mismo y que él en aras de protegerla, se había hecho cargo de todo. Lo único que consiguió fue perder una fortuna y que la condesa resultase herida de tal gravedad que perdió al niño que esperaba.

Y después se habían quedado en silencio aunque mil preguntas burbujeaban en la mente de William.

—Sé que quieres ser su paladín —le había dicho Joseph— créeme cuando te digo que lo comprendo, pero ella ahora es tu esposa, tu apellido la protege y será mejor que gastes tus energías en hacerle comprender que siempre serás su caballero —su voz era tan pausada y triste que le estaba encogiendo el corazón— haz que confíe en ti William, que confíe tan ciegamente en ti que jamás te oculte nada.

Y ahora, tumbados en la cama, mientras la rodeaba con los brazos, sintió el dolor que habían reflejado esas palabras. Candice se puso en peligro para proteger a Joseph y eso casi la mató. Él no era capaz de imaginar su vida sin Claire a su lado.

Todo había comenzado como un impulso sin consecuencias, él se casaría con ella para protegerla de un destino cruel, solo se había planteado la idea del matrimonio con seriedad en una ocasión y el resultado había destrozado su incipiente confianza en si mismo, si bien era consciente de que debía casarse, desde aquel tiempo no era una prioridad. Hasta aquél día en la biblioteca de los Hatford, algo se apoderó de él y su instinto se puso al frente sin dudar.

¿Se arrepentía?

No, la respuesta salía de lo más profundo de su ser. Jamás se arrepentiría de ser el marido de Claire y sin embargo, todo había resultado ser más complicado de lo que habían pensado en un principio. Siempre le había aterrorizado la idea de ser igual que su padre y aunque había empezado a creer en las palabras del marqués cuando le dijo que no era así, había un temor residual del que aún no había conseguido librarse.

Volvió a mirar a su esposa y entonces lo supo. Él jamás sería capaz de ponerle una mano encima de forma violenta, jamás podría hierla de esa forma. La abrazó más fuerte y se rindió al sueño sabiendo que algo muy fuerte había despertado dentro de su corazón.



Los condes de Hatford regresaron la semana siguiente con el corazón destrozado por lo que habían descubierto, se lo explicaron a los Tillshire mientras Candice no dejaba de llorar.

Alexander había partido hacia Francia y se había encargado de una misión diplomática encubierta, lo que significaba que se había hecho amigo de los enemigos y que por algún extraño motivo, éstos le habían descubierto hacía unas semanas. Y todo el mundo recordaba lo crueles que podían llegar a ser aunque hubiesen pasado varias décadas desde que acabó la guerra.

—No volveremos a Londres — les informó Joseph— no podemos hacer nada allí salvo desesperarnos, mi padre se quedará en la ciudad mientras el Parlamento esté en sesión —miró a su esposa con honda preocupación— así que nos quedaremos aquí.

—¿Alguna vez se repondrán? —le preguntó Claire cuando los condes salieron de la casa.

—Depende de si Alexander vuelve con vida o no —respondió con total sinceridad— creo que hacen bien en alejarse del bullicio y de los cotilleos, en casa estarán mucho más tranquilos y podrán prepararse para las noticias, sean estas las que sean.

La abrazó con fuerza y se armó de valor para hacerle la pregunta que le rondaba en la cabeza desde hacía días.

—Claire, ¿eres feliz? — ella le miró con los ojos muy abiertos— prácticamente te obligué a casarte conmigo y te he arrastrado de un lado a otro —cogió aire y lo soltó despacio— no hemos hablado del futuro.

Ella se tomó su tiempo en responder. Permanecía a su lado y podía sentir el calor que desprendía su dulce piel así como el delicado aroma floral que la envolvía. Se tensó a medida que pasaban los segundos y ella permanecía en silencio.

—Soy feliz —murmuró— es cierto que no estaba convencida de casarnos,

más que nada porque primero se hizo el anuncio de que estábamos casados y luego lo hicimos oficial —alzó el rostro y miró el alto techo del estudio— pero no me arrepiento, es cierto que todo fue muy precipitado —se encogió de hombros— no hemos hablado del futuro, pero... yo asumí que el mío estaba a tu lado.

William tardó varios minutos en responder a sus palabras. Le habían golpeado con fuerza y casi le habían derribado. ¿Era así de sencillo? ¿ella se entregaba a él sin más? ¿ninguna condición y ninguna demanda?

—No quiero que te sientas presionada —le dijo— si no quieres estar a mi lado, puedes decírmelo, no te reprocharé nada en absoluto y puedes elegir si quieres residir en Londres o prefieres hacerlo en Lakesbury —se pasó las manos por el pelo— aún no puedo ofrecerte la mansión de Stockbridge, pues mi padre aún vive.

Claire quiso echarse a llorar en ese momento. Quiso girarse y dejarse llevar por la pena y la tristeza que le estaban rompiendo el corazón, quiso hacer y decir muchas cosas, sin embargo, lo único que hizo fue asentir con la cabeza y tragarse las lágrimas.

—Residiré donde lo creas oportuno.

E inmediatamente se fue de allí. No soportaba estar a su lado, no cuando acababa de destrozar todos los sueños que ella había estado tejiendo en su mente. Una vez que estuvo en el pasillo, se lanzó en una carrera hasta su habitación y se encerró en ella. No quería pensar en lo que su marido acababa de decirle, sin embargo no podía dejar de hacerlo. Iba a deshacerse de ella igual que lo habían hecho todos sus familiares y lo iba a hacer sin una pizca de remordimiento.

Habían yacido juntos casi todas las noches y sin embargo a él no parecía preocuparle el hecho de que ella pudiera estar embarazada, simplemente la dejaría vivir en una residencia donde él no se encontraría.

Lloró y lloró hasta quedarse sin lágrimas. ¿Cómo había sido tan estúpida? Ella se había enamorado locamente como una debutante y no había visto que él simplemente había tomado lo que ella le ofreció tan alegremente.

Aquella noche, William no fue a buscarla.

La víspera de Navidad habían sido invitados a una recepción en casa de los Chilworth. El vizconde era un hombre alto y de mirada amable y su esposa era menuda pero muy bonita. Ambos les trataron con amabilidad y ejercieron como anfitriones excepcionales.

William bailó dos veces con su esposa y por más que lo intentó, no consiguió hacerla reír ni una sola vez. Estaba absolutamente deslumbrante con un vestido de varios tonos de verde, el escote era más bajo de lo que ella solía llevar pero sin duda le sentaba estupendamente y para su regocijo, se había puesto las joyas de su madre, las esmeraldas brillaban con fuerza contra su piel de nácar.

—Esa gargantilla fue el regalo de bodas de mi abuelo —la hizo girar— mi abuela jamás había tenido una piedra preciosa en sus manos y su marido se dedicó a cubrirla de ellas. Ha pasado de una condesa a la siguiente.

—Pensé que no te importaría que las usara —se defendió con un hilo de voz.

—Por supuesto que no —la acercó un poco más de lo que era aceptable— ahora son tuyas, ahora tú eres la condesa de Tillshire.

Claire se había sumido en una especie de trance y apenas respondía cuando él estaba presente, sabía que sólo le ocurría con él, pues el día anterior, la había visto paseando con lady Julia, una amiga que Candice le había presentado y ambas sonreían. Pensó que a lo mejor se estaban consolando la una a la otra por las pérdidas, pero le resultaba de lo más frustrante darse cuenta de que a él no le dedicaba ni una sola de sus deslumbrantes sonrisas, esas por las que él comenzaba a respirar con dificultad. Tampoco habían vuelto a tener intimidad conyugal entre ellos y eso tampoco le hacía feliz.

Cuando la música cesó, la acompañó hasta la mesa de los refrescos donde pronto fueron a buscarla para unirse a un grupo de damas que la hicieron sonreír nada más llegar. Sin duda se trataba del círculo íntimo de las amigas de Candice, unas amigas que la condesa había hecho en el último año.

Parecía ser una buena cosa que la aceptasen, pues si contaba con la compañía apropiada, quizá poco a poco se disiparía esa ola de melancolía que la cubría en cuanto estaban a solas.

Una carcajada hizo que varios de los invitados girasen la cabeza.

William se acercó al reconocer esa risa cantarina.

—Ermine Gilbert —la joven se giró y le sonrió con afecto.

—Milord —hizo una reverencia exagerada antes de partirse de risa— me alegra mucho verte William.

—Es todo un placer volver a tenerte en Inglaterra —la besó con cariño en la mejilla— creo que eres la única mujer que ha hecho un Gran Tour.

Ella rio de nuevo.

—Europa es magnífica —sus ojos seguían siendo del color del whisky templado, con ese brillo que les caracterizaba.

—Sin duda, ahora que has vuelto, Inglaterra también lo es.

—Eres un adulador insoportable —le golpeó el brazo con el abanico en un gesto juguetón— acabo de conocer a tu esposa —la miró de reojo — jamás pensé que fueras capaz de conseguir a una dama como ella.

—Sin duda alguna soy muy afortunado —él miró a su esposa que había vuelto a mirar al suelo— quizá tu padre y tú podáis venir a cenar esta semana, ¿el jueves te parece bien?

—Lo consultaré con mi padre y le enviaré una nota a lady Claire —le guiñó un ojo— le estaba contando que casi te ahogaste cuando te empeñaste en hacer una carrera a nado con Joseph en el Serpentine.

William sonrió mientras el pasado le bombardeaba con imágenes de pura felicidad rodeado de sus primos.

—Fue Alexander quien nos desafió y luego él se quedó en la orilla —una carcajada salió de su garganta— estuvimos recluidos una semana, de no ser por tus visitas clandestinas, hubiera sido tediosamente aburrido.

Compartieron recuerdos un par de minutos más haciendo reír a todo el grupo. Todos menos Claire, algo que no le pasó desapercibido ni a William ni a Ermine.

La condesa se mantuvo al margen de las conversaciones y tan sólo observaba a la hermosa mujer que conversaba con todos como si se hubiese criado entre ellos. Y aunque su madre había sido hija de un conde, su padre era el hijo segundo de un barón sin muchos recursos, por lo que el doctor Gilbert era el médico de las damas de más alta alcurnia, aunque no frecuentaba sus círculos, no así su hija que era invitada en todos los bailes, fiestas y reuniones. Después de conocerla, entendió por qué.

Ella era la mujer a la que todos los hombres amarían. Era tremendamente hermosa, tenía el pelo de un peculiar rojo intenso, la piel ligeramente bronceada aunque eso no estaba a la moda, un cuerpo lleno de voluptuosas curvas y una sonrisa de encandilaba a hombres y mujeres por igual, además de una vitalidad por la que era casi imposible no dejarse llevar.

Tres días más tarde, los Tillshire ofrecían una cena para el doctor Gilbert y su preciosa hija, afortunadamente también estaban invitados los condes de Hatford, el marqués de Kerinbrooke, además de los condes de Keyworth y la

vizcondesa Farley, amiga de Genoveva, tía de Joseph.

Candice seguía estando bastante apática y Claire se sorprendió con el cálido recibimiento que le ofreció al doctor y a su hija, estaba claro que su amiga era un alma pura y sentía afecto por aquellos que la rodeaban. No fue hasta que las damas salieron al jardín que se enteró de que había sido el doctor quien le había salvado la vida a Candice la primera vez que fue agredida por su hermano.

—Mi padre me lo contó —Ermine le cogió las manos— me alegro muchísimo de que usted saliese con vida —le sonrió con verdadero afecto— ilumina la vida de Joseph y eso es un milagro que siempre le agradeceremos.

Candice se ruborizó de la cabeza a los pies.

—Teníamos miedo de que se perdiese en su mundo, cada vez más implicado en el condado, en sus tierras y en su enorme invernadero, con sus animales... —la joven volvió a mirarla— ahora sonrío como cuando éramos jóvenes, por eso siempre le estaré agradecida.

—Querida —interrumpió Genoveva— estoy de acuerdo contigo en que Candice es la luz que ilumina nuestras vidas —la miró llena de ternura— pero cuéntenos, ¿qué tal por Europa? ¿Cuándo vas a casarte y darle a tu padre los nietos que desea?

Los ojos de Ermine se nublaron durante un segundo, pero se recuperó antes de que nadie se diese cuenta.

—Ay Genoveva —sonrió con picardía— ¡no creo que haya nacido el hombre que haga de mí una mujer decente! —suspiró con gran dramatismo.

Todas estallaron en carcajadas y Claire fue consciente de que era posible portar un profundo dolor como el que ella había vislumbrado en la joven y a la vez sonreír de tal forma que pareciese que nada más importase. Ella deseó con todas sus fuerzas ser capaz de hacer algo así, había sido criada como una dama, no debía permitir que sus emociones se mostrasen de forma tan evidente, pero no podía evitarlo, tenía el corazón roto.

Cuando los hombres se unieron a ellas, descubrieron con algarabía que William les había ocultado una sorpresa, pues en ese momento, un par de músicos comenzaron a inundar el salón con una suave melodía, no estaba hecha para bailar, pero sí para acompañar a una agradable conversación.

Claire observó a su marido mientras este hablaba con Joseph y el doctor. Durante los días anteriores se había convencido a si misma de que lo que sentía por él no era amor, que simplemente le estaba agradecida por salvarla

de tener que convertirse en la mujer de alguien tan desagradable como sir Tribane, que los episodios llenos de lujuria que habían vivido, no era otra cosa que una forma de canalizar la pena y el dolor que sentía por la muerte de su hermana o el abandono de su padre, había intentado convencerse a si misma con todas sus fuerzas. Sin embargo, al verle allí, bajo la luz de las velas que iluminaban el jardín, supo que sus esfuerzos habían sido en vano.

—Es un hombre realmente atractivo y guapo a rabiar ¿verdad? —la voz seductora de Ermine la hizo sentirse extraña— no tienes que preocuparte por nada —enlazó su brazo con el de ella— le he visto mirarte a escondidas —sonrió con picardía— jamás le había visto así, es plenamente consciente de ti en todo momento.

—Me parece que no sé de qué me hablas.

—Permite que me meta donde no me llaman —se pararon en un rincón alejado donde nadie podría oírlas— es evidente que ha hecho algo que te ha disgustado, pero también es evidente que te quiere con locura —ella se estremeció— ¿acaso no eras consciente? —negó con la cabeza— ¿cómo es eso posible?

—Jamás me lo ha dicho — confesó ruborizándose de los pies a la cabeza.

—¿Y acaso necesitas que te lo diga? —se mantuvieron las miradas unos segundos— en ese caso querida, te aconsejo que le provoques hasta que haga exactamente lo que quieres —la sonrisa de sus labios era traviesa— yo no estoy casada, pero conozco a los hombres y estoy convencida de que Candice también te daría un par de buenos consejos, a fin de cuentas, ha logrado domar a Joseph.

Ambas mujeres se rieron porque al mirar a la pareja, vieron como Candice le hacía un gesto a su marido con un dedo y él acudía a su lado para rodearla la cintura con los brazos y poco después depositar un dulce beso en sus labios pensando que nadie les había visto.

—¿Lo ves? —le preguntó Ermine.

—No sé si seré capaz —murmuró Claire.

—Es muy sencillo querida, si amas a William, tendrás que conseguir que se rinda, si no lo amas... bueno, en ese caso es mejor que lo dejes y viváis la vida aburrida de la mayor parte de los aristócratas.

En ese momento, unos criados colocaron un par de mesas para que pudiesen jugar todos a las cartas y la velada se alargó hasta la madrugada. Todos los invitados se despidieron con calurosas sonrisas y eso alegró un

poco a Claire.

No dejó de darle vueltas a las palabras de la hija del doctor. Algo le decía que si le hacía caso no se arrepentiría, además parecía conocer muy bien tanto a los Hatford como a los Tillshire y en ningún momento había percibido algo más que amistad entre ellos.

Habían pasado varios días desde que la cena había tenido lugar y aunque ella había albergado esperanzas de que quizá William fuese a buscarla para compartir su cama, eso no había sucedido, por lo que se sentía extrañamente frustrada. Al parecer el nuevo año que acababa de comenzar se regiría por las costumbres del anterior.

—Claire —la voz del conde la sobresaltó— lamento interrumpirte —se disculpó y se acercó a ella— no podemos volver a Londres aún, me temo que hay varios asuntos de los que debo ocuparme.

—Por supuesto —concedió ella.

—Tú puedes hacer lo que quieras —se sentó a su lado en la otomana— si prefieres volver a Londres y seguir la temporada, no tengo inconveniente.

Ella le miró en silencio durante unos instantes.

—No me quieres aquí, lo comprendo.

—¿Qué? ¡no! —le cogió de las manos— quiero decir sí... ¡maldita sea! Lo que quiero decir es que es tu elección, yo sería feliz teniéndote a mi lado cada día Claire, lo sabes, pero no te impondré un ritmo de vida.

—Entonces me gustaría quedarme —no se atrevió a mirarle a los ojos— me encanta estar aquí.

William se estremeció. Había deseado tanto que ella le acompañase que incluso se imaginó a sí mismo ordenárselo en caso de que se negase a ir con él, sin embargo, ella de nuevo le había sorprendido admitiendo que le gustaría volver.

—Magnífico —se puso en pie antes de abalanzarse sobre ella para devorarla— magnífico —repitió y volvió a besarla.

Ella asintió con un gesto de cabeza y observó atónita cómo su marido salía de la salita y cerraba la puerta tras él. ¿Sería posible que él la quisiera a su lado? Inmediatamente se puso nerviosa y sin saber muy bien por qué lo hacía, le escribió una nota a Ermine pidiéndole ayuda.



Sonrió al recibir la respuesta: *“nosotros también nos quedamos, tendremos mucho tiempo para hablar”*.

Y después de eso, subió con su doncella para prepararse para la cena. Esa noche William la acompañó a su dormitorio.

Se sentaron en el sofá y la observó detenidamente. Era preciosa, absolutamente arrebatadora. Él le había quitado las horquillas soltándole el pelo que ahora le enmarcaba el rostro iluminado por las llamas de la chimenea, tenía las mejillas sonrosadas, los labios enrojecidos pues se los había mordisqueado durante la cena, los ojos brillantes que nunca.

—Cada día que pasa eres más bonita —le dijo antes de acariciarle el rostro.

Se ruborizó de la cabeza a los pies y se movió incómoda en el asiento, William no quería sonreír, pero le estaba costando mucho. Después de todo lo que habían hecho, ella aún tenía candor virginal. Era adorable.

Hacía casi una semana que no había compartido la cama con ella y claramente eso le estaba trastornando, pues no podía dejar de imaginar que se abalanzaba sobre ella y la devoraba como se moría de ganas de hacer. En ese instante, ella comenzó a trenzarse el pelo para recogerse y le sedujo la idea de poseerla desde atrás mientras le sujetaba la larga trenza.

Se pasó las manos por el pelo y apretó los dientes para intentar controlar la erección que empujaba sus pantalones.

—Deliciosa —murmuró tras lamerle los labios.

Le temblaban las piernas. William nunca le había parecido amenazante, pero tenía un aura de poder e intensidad que la ponían nerviosa y sin embargo, también la hacía sentirse viva.

Pero todo desapareció de su mente cuando los labios de William se posaron en los suyos y comenzó a besarla con tanta pasión que ella apenas podía pensar. La estrechaba con fuerza entre sus brazos y con la lengua la instaba a abrir la boca, en cuanto lo hizo, la saqueó. La besó, mordió y lamió de tal forma que tuvo que agarrarse a él para no desfallecer. Se dio cuenta de que había anhelado profundamente las atenciones de su marido, se dejó llevar por la pasión y se pegó más a él.

Notó como las manos de su esposo bajaban por su espalda hasta que se detuvieron en sus posaderas para acto seguido sentarla sobre su erección, casi podía sentir su salvaje calor a pesar de la cantidad de tela que les separaba. Una de sus manos bajaba por su pierna y comenzó a subirle la falda.

Se sintió arder.

La estaba mirando tan fijamente que parecía que sus ojos eran negros en vez de castaños. La sentó de nuevo en el sofá y se arrodilló frente a ella.

—Levanta el pie —su voz era grave y ella obedeció.

Le quitó el zapato y sus dedos se colaron por debajo de su falda hasta dar con las medias que claramente eran su objetivo, poco después colocaba la fina prenda en el suelo. Repitió la operación con la otra pierna.

—Ahora quiero que disfrutes —le dijo y ella se estremeció.

Le abrió las piernas y se colocó en medio antes de comenzar a levantarle las faldas sin dejar de mirarla a los ojos.

—Ábrete el corpiño —por petición suya, todos sus vestidos se abrían por delante— déjame verte.

Claire estaba ardiendo, sus manos ya habían alcanzado las rodillas y permanecían quietas mientras ella tironeaba de los cordones de su parte delantera del vestido, en cuanto sus pechos estuvieron al aire, él tiró de sus piernas deslizándola hasta el borde del asiento y se las abrió sin ningún reparo.

—Tócate los pechos para mí Claire —le pidió pero ella negó con la cabeza— hazlo preciosa.

Comenzó a acariciarse lentamente mientras él le subió el vestido hasta la cintura y expuso su entrepierna a sus ojos, estaba claramente escandalizada pensó William, sin embargo, no se había negado.

Le abrió más las piernas y comenzó a tocarla en el centro de su ser, ella gimió.

Estaba maravillosamente mojada y tan lista para él que le dolía, pero no quería tomarla sin más, tenían toda la noche por delante y podía tomarse su tiempo con ella. Sin dejar de mirarla fijamente a los ojos, le introdujo un dedo mientras ella se mordía el puño con fuerza para no gritar, su mano libre se apoderó de sus pechos, no tuvo compasión de ellos, le retorció los pezones y se los amasaba mientras la penetraba con dos dedos, cuando ella comenzó a alzar las caderas, sacó los dedos y los sustituyó por su boca.

Comenzó a lamerla tan despacio que casi podía sentir la frustración de Claire. Su lengua exploraba, tentaba y la provocaba y ella tenía la sensación de que estaba a punto de explotar.

—Córrete para mí Claire —le susurró.

Volvió a meterle dos dedos mientras su lengua se ocupaba del centro

nervioso de su placer, en apenas un minuto su esposa se retorció y gemía totalmente embriagada de pasión.

William no perdió más tiempo, se desabrochó los pantalones y cuando se sentó de nuevo, se los bajó lo justo para liberar la pesada erección. Claire le miró con los ojos como platos pero con un solo gesto de él, ella se movió, la sujetó por las caderas y la sostuvo en silencio un par de segundos, hasta que entendió que quería que guiara su hombría hasta el cuerpo de ella.

—¿Podemos hacerlo aquí? —le preguntó cerca de sus labios.

—Si no te poseo me temo que vas a enviudar antes de tiempo —la besó con ardor al tiempo que se introducía en su cuerpo.

Claire volvió a morderse el puño cuando los dientes se cerraron en torno a uno de sus pezones y tiraron con fuerza, ella se dejó caer completamente sintiéndose empalada. Con las manos, él guiaba el movimiento sujetándola por las caderas en fuertes embestidas que eran todo lujuria y pasión.

—Eso es —la apremió apretándole las posaderas— cabálgame Claire —su boca se dedicó a torturar sus pechos de nuevo y ella se sintió poseída.

Comenzó a subir y bajar sobre el miembro viril con tal ímpetu que sus pechos se agitaban con violencia para deleite de conde, se sentía cerca del orgasmo pero sin llegar a alcanzarlo.

Entonces William le acarició en ese punto que le proporcionaba tanto placer y el mundo estalló en un millón de colores, él seguía entrando y saliendo de su cuerpo, ahora con tanta fuerza que ella se estaba mareando, pero aguantó y pronto él la apretó contra su cuerpo y le oyó gruñir al llenarla con su simiente.

Cuando llegaron a Tillshire Manor los dos estaban perfectamente vestidos y el recogido de Claire volvía a estar más o menos en su sitio, aunque al bajar se tuvo que apoyar en el brazo de su marido porque aún le temblaban las piernas.

—Hay algo escandalosamente erótico en el sexo llevando aún algo de ropa —le había dicho justo antes de entrar en el camino que les llevaría hasta la mansión.

Sí, se dijo a sí misma, había algo altamente erótico.

—Uno de mis administradores me ha comunicado que la casa de uno de mis arrendatarios se ha venido abajo y uno de los niños se quedó atrapado un par de horas hasta que pudieron sacarlo, quiero asegurarme de que todos están

bien y reciben la atención médica adecuada —informó a su esposa mientras se ponía la chaqueta, ella le miraba horrorizada— me gustaría que vinieses conmigo —ella asintió solemne.

Al cabo de unos minutos, ambos salían para dirigirse a los establos, el carruaje ya estaba preparado y en él irían a ver a los desafortunados arrendatarios. Caía una fina llovizna y hacía frío pero por lo menos no hacía viento.

Al llegar al lugar del desastre, Claire se quedó sin habla. El techo se había derrumbado completamente y al ver los destrozos, rezó para que el niño se salvase.

—¡Milord! —un hombre se acercó corriendo— gracias por venir.

—No faltaba más Jason —abrazó al hombre con fuerza— ¿cómo están tu mujer y tu hijo?

—Gracias a usted vivos —respondió con alivio y su rostro se iluminó al ver el carruaje del doctor Gilbert— ¡oh! —miró al conde con los ojos llenos de agua.

—Jason —William le abrazó de nuevo— cuidaré de vosotros ¿de acuerdo? No tienes nada de lo que preocuparte, te lo prometo.

El doctor se bajó en cuanto los caballos se detuvieron y el emocionado hombre le llevó hasta la casa de al lado donde se alojaban provisionalmente.

—Esto es un desastre —murmuró William— sólo espero que el chico sobreviva.

—Estoy segura de que así será —intentó consolarle ella.

Él le acarició el rostro y un segundo más tarde, se fue dejándola sola. Le vio alejarse para saludar a un hombre con el que entabló una apasionada discusión.

—Ven —las dulces manos de Ermine la rodearon— vamos a ver al pequeño, ahora eres la condesa.

Entraron en la casa y un par de chiquillos se lanzaron a los brazos de la hija del médico, hasta que repararon en su presencia y entonces se pusieron firmes y la saludaron con una torpe reverencia, una mujer salió rápidamente para disculparse.

—Por favor —le dijo Claire— hemos venido a ayudar, no a dar más trabajo —la mujer la miró con los ojos abiertos— soy muy buena preparando té y contando historias —se explicó— quizá sería bueno que me llevase a los niños a otro lugar y les mantuviese entretenidos.

—Milady —la mujer sollozaba— usted no tiene por qué hacerlo.

—En realidad, creo que sí —le cogió las manos a la mujer— todos formamos parte de la hacienda ¿no es así? Me gustaría poder ayudarla, si me lo permite.

—¿Quizá en casa de la señora Brown? —intervino Ermine.

La mujer la miraba de hito en hito pero finalmente asintió y les dio permiso a los pequeños para que siguieran a la condesa. La señora Brown les abrió las puertas de su casa y se disculpó por tener poco espacio y ningún sofá digno de la condesa ni asientos para todos los niños, ella les dejó con la boca abierta al sentarse en el suelo, los pequeños la observaron boquiabiertos pero no tardaron en imitarla.

—Bien, os contaré una historia... hace muchos, muchos años...

Les tuvo entretenidos más de una hora enrevesando una y otra vez una historia que se estaba inventando sobre la marcha, de vez en cuando sentía la necesidad de ir a ver a su marido que seguramente estaría ayudando a los hombres a retirar los escombros. Ermine permanecía en la casa donde el pequeño que había resultado herido estaba en cama.

Cuando fue evidente que los niños ya no soportaban más estar sentados, ella no supo qué hacer con ellos, de modo que se levantó y les instó a subir al carruaje, les llevaría a dar un paseo, pero mientras ellos se acomodaban, paró a uno de los hombres para informarle de que se llevaba a los niños y que los devolvería en un par de horas. El hombre la miró asombrado y asintió con la cabeza.

Nunca se había visto en una situación parecida y lo cierto era que no sabía cómo debía actuar, pero decidió dejarse llevar por su instinto mientras no se perdía un detalle de la reacción de los niños, de modo que todos entraron y cantaron hasta que llegaron a la mansión y una vez allí, les acompañó hasta la cocina. Recordó con una sonrisa que a ella le encantaba esconderse en la cocina de la escuela de Miss LeBlanc y que la cocinera siempre le daba un panecillo a escondidas.

—Lamento molestarla señora Perkins —le dijo a la cocinera— pero, ¿sería posible darles algo de comer a estos chiquillos?

—Por supuesto que sí milady —la mujer les sonrió y les señaló la mesa para que se sentaran— he hecho tarta de manzana y en un periquete puedo hornear unas galletas.

—Hágalo por favor —Claire la miró con una sonrisa— puedo ayudarla si

quiere.

La mujer se rio dulcemente a la par que la miraba con ternura.

—Será mejor que usted también descanse milady, no se preocupe.

Salió un segundo y al cabo de un momento un par de jóvenes se pusieron a trajinar por la cocina poniendo platos y vasos delante de las dulces criaturas que las miraban como si fuesen diosas del Olimpo.

Los pequeños disfrutaron como nunca y estaba claro que tanto las doncellas, como la cocinera y la propia condesa también. Habían pasado cuatro horas desde que se había llevado a los niños y pensó que sus padres podrían estar preocupados, de forma que volvió a llevarles a sus hogares.

Las mujeres salieron a recibir a sus hijos mientras le agradecían que se hubiese hecho cargo de ellos tanto tiempo. Los niños comenzaron a gritar que les habían dado pasteles y leche fresca y Claire se ruborizó.

—Yo... —comenzó a decirles a las madres— quizá no he obrado bien, pero tenían hambre y...

—¡Oh milady! —se apresuró a decir una de las mujeres— no podremos pagárselo nunca.

—No por favor —le cogió las manos a la mujer con los ojos llenos de lágrimas— era un regalo para los niños, sólo quería hacerles un regalo.

William había observado a Claire llegar con los pequeños y se sentía deliciosamente encantado al ver la turbación que sentía por el abrumador agradecimiento de las madres. Estaba claro que no tenía ni idea de como relacionarse con ellos, de modo que decidió intervenir.

—Agnes —la mujer le miró con cariño— sabes que jamás admitiríamos que nos pagaseis nada —le sonrió— mi condesa quería darles unos dulces a los niños y ahora está preocupada por el hecho de que os pueda haber ofendido.

Las mujeres se llevaron la mano a la boca.

—¡Por Dios! ¡Claro que no milady! —Agnes se acercó a ella— le agradecemos de todo corazón su bondad —miró al conde— tiene usted un tesoro como esposa milord, ¡un tesoro!

—Soy consciente de ello —la miró con una sonrisa y ella agachó la mirada.

Los niños comenzaron a tirar de su vestido para despedirse de ella y no dudó en arrodillarse para recibir encantada la multitud de besos y abrazos que le dieron. Todo el mundo observaba la escena sin saber muy bien cómo actuar.

Siempre habían sabido que William no era como su padre, pero en ese momento su parecido físico era tan grande que casi tenían la sensación de estar viviendo el pasado. Por eso les había sorprendido tanto la reacción de la condesa, la madre de William jamás lo hubiese hecho y no porque no fuese una bellísima persona, sino por las consecuencias que le traería con su esposo.

Todo el mundo se sentía desconcertado.

Mientras cenaban, Claire tenía un millón de preguntas y tras beber una copa de vino, encontró el valor para formularlas en voz alta.

—¿Qué les pasará ahora a los Beckett?

—Se alojarán en la pensión del pueblo hasta que su casa se levante de nuevo, mañana comenzarán las obras —le respondió— hoy has disfrutado con los niños ¿verdad? —ella asintió con una sonrisa que iluminó el salón— no sé muy bien cómo formular esta pregunta —tenía el ceño fruncido— ¿quieres tener hijos?

—Sí —volvió a sonreír— me encantaría —sus ojos brillaban con fuerza — mi hermana y yo éramos muy felices de niñas, nos pasábamos horas jugando con nuestra madre correteando por el jardín.

—Una bonita estampa, ya lo creo —el conde se recostó en el respaldo de la silla y la miró— yo me crie sin hermanos, pero tenía a los Hatford, al menos mientras éramos niños.

—¿Tú quieres hijos? —le preguntó retorciéndose los dedos.

—Sí, forma parte de las obligaciones de mi título, casarme y engendrar herederos que continúen con el linaje —se apoyó en la mesa— sin embargo, no había pensado en ello hasta que te conocí, sí, creo que me encantará tener hijos e hijas tan guapos e inteligentes como su madre.

—Gracias —murmuró sonrojada y él le hizo un gesto con la cabeza.

—Hemos conseguido limpiar casi toda la zona —cambió de tema al ver la turbación de su esposa— casi todo el pueblo ha venido para ayudar y Joseph ha enviado algunos recursos que fueron muy bien recibidos —le resultaba seductoramente fácil hablar con ella del día a día— lo que ha ocurrido ha sido una desgracia imposible de predecir, pero han sobrevivido y se espera que el niño se recupere.



Al día siguiente, William se levantó al amanecer y fue a ayudar personalmente en las obras de construcción, Claire se dedicó a pasear por la magnífica mansión para empaparse de sus detalles. La casa de Londres era magnífica, pero esta era especial, era evidente que la madre de William la había decorado con mucho amor y debía de ser una mujer increíblemente elegante, pues la mayor parte de los diseños aún podrían considerarse a la moda, lo cual era toda una hazaña.

Cuando estaban a punto de servirle el almuerzo, Candice y Ermine la sorprendieron entrando en el salón sin ser anunciadas, no es que ellas lo necesitasen, mientras se saludaban, dos cubiertos más fueron puestos a la mesa y las tres se dedicaron a charlar animadamente. Era evidente que la condesa estaba a punto de dar a luz, pues aunque seguía siendo hermosa, sus rasgos parecían diferentes y sin duda se movía de forma más pausada.

Ermine le dijo que se había enterado del enorme detalle que tuvo con los niños y Candice le sonreía orgullosa también. Después pasearon por el jardín mientras su amiga le contaba que Joseph se había unido a William y que varios de sus hombres también habían venido, de esa forma todo sería mucho más rápido.

Se alegró cuando la hija del doctor les aseguró que el niño se recuperaría completamente, ya que había ido a verle a primera hora, milagrosamente sólo se había roto una pierna y no había rastro de infección, por lo que tras el reposo recomendado, todo estaría bien, Candice le aseguró que no había nadie mejor que el doctor Gilbert, su mano no había sufrido consecuencias negativas gracias a sus cuidados.

—Me temo que tendremos que quedarnos más tiempo —William se acercó a ella y la abrazó— ¿quieres regresar para el resto de la temporada?

—No, me gusta más estar aquí —se giró entre sus brazos para mirarle a los ojos.

—Gracias al cielo —exclamó en un susurro antes de besarla.

Se había establecido una rutina entre ellos. William se iba al amanecer y no volvía hasta por la noche, cuando se bañaba y cenaba en su estudio, después subía a su habitación y se tumbaba a su lado, la abrazaba y si ella estaba despierta, hacían el amor apasionadamente.

Y ella le admiraba profundamente por el compromiso que sentía hacia las

personas que dependían de él. Le resultaba embriagador verle bañarse sabiendo que había dedicado sus esfuerzos a colaborar, no delegaba sin más, se implicaba con lo que le rodeaba y eso aumentaba la seguridad que sentía a su lado. Sin duda, William Carmichael, conde de Tillshire, era un hombre de confianza.

Claire sabía que no debía pedir nada más, que era más afortunada que muchas de las mujeres del mundo, pero no podía evitarlo, ella anhelaba más, pensó mientras pasaba los dedos distraídamente por el montón de cartas que había escrito y que jamás serían enviadas al correo. La decisión de permanecer en Lakesbury había sido la conversación más larga que habían tenido desde que llegaron. Se veían por las noches y hacían el amor si ella aún estaba despierta y William no se quedaba casi inconsciente nada más tocar la almohada, pero apenas cruzaban un par de palabras. Por no hablar de que ella se sentía completamente inútil encerrada en la casa todos los días.

Habían pasado dos semanas desde el derrumbe de la casa de los Baker, cuando Claire perdió la paciencia por completo, ya había leído hasta el aburrimiento, había ido a pasear, recorrido los jardines e incluso había hecho una visita a Candice en su casa. Pero estaba desesperada y ansiosa, nunca en su vida había vivido de una forma tan ociosa que el paso de las horas se convirtiera en una tortura.

Esa noche mientras cenaban juntos en el comedor, una rara excepción a los últimos días, Claire se armó de valor.

—¿Te importaría que mañana fuese a buscar a los niños de los arrendatarios? —le preguntó.

—¿Por qué harías una cosa así? —la miró con el ceño fruncido— lo del día del accidente fue algo excepcional.

—Ya... —William la miró y vio que su rostro estaba más pálido que de costumbre e incluso juraría que había perdido peso.

—¿Por qué no le pides a Ermine que te presente a la aristocracia rural? Conoce a todo el mundo desde siempre.

—Sí, son encantadores, les conocí a principios de semana —respondió mientras jugueteaba con la comida.

—No puedo permitir que mi condesa ejerza como institutriz —se levantó de la silla y la hizo levantarse— eso lo entiendes ¿verdad?

—Por supuesto que lo entiendo —tenía los ojos de un azul profundo, estaba muy triste.

—Dime qué necesitas para ser feliz Claire —la rodeó con los brazos— no me casé contigo para que fueras desgraciada.

No pudo soportarlo más. Se echó a llorar de forma desconsolada en sus brazos dejando a William completamente pasmado, no tenía ni idea de lo que hacer, de modo que se quedó como estaba, simplemente abrazándola y estando ahí para ella. Tardó varios minutos en serenarse.

—Soy terriblemente desconsiderada y egoísta —tenía el rostro adorablemente enrojecido— siempre te has portado bien conmigo y yo aquí, haciéndote exigencias —otro sollozo atravesó su garganta— es sólo que...

—Dímelo —le susurró al oído.

—La casa está tan bien gobernada por el ama de llaves que no tengo nada que hacer en todo el día — confesó por fin.

—¿Te pasas los días aquí sola? —le preguntó asombrado y ella asintió— ¡por el amor de Dios! No me extraña que estés así, yo habría muerto ya de desesperación.

Le acarició la cara y la besó en los labios que sabían a sal.

—Mañana estaremos juntos todo el día —su rostro se iluminó y él se sintió como un miserable— perdóname por no haberme dado cuenta.

—No, no... tú tienes que ocuparte de un millón de cosas —apoyó la cabeza sobre su fuerte pecho.

William no dijo nada más porque en realidad no sabía lo que podría decir para que ella se sintiese mejor. Lo cierto era que estaba tan acostumbrado a estar solo y a ser independiente que simplemente organizaba sus días sin ser consciente de que ya no se trataba sólo de él, que ahora estaba casado y que no era justo para su esposa esperarle durante todo el día sin otra cosa más que hacer que languidecer lentamente.

—Vamos a la cama —la besó de nuevo y abrazados caminaron rumbo a su habitación.

A la mañana siguiente cuando William se despertó, se sorprendió al darse cuenta de que Claire ya se había aseado y se había puesto un precioso vestido de paseo y esperaba pacientemente sentada en una butaca a que él se despertase.

“¡Maldita sea!” pensó. “¿Cómo he podido estar tan ciego?”

—Estaré listo en unos minutos —ella le brindó una sonrisa que le hechizó — ¿prefieres ir en carruaje o en caballo? En caso de que el tiempo lo permita,

por supuesto —le preguntó mientras se ponía en pie gloriosamente desnudo, a ella se le secó la garganta.

—A... a caballo —William sonrió con puro orgullo masculino al ver que se lo estaba comiendo con los ojos, se endureció de inmediato y ella se ruborizó.

—Si sigues mirándome así, me costará mucho salir de aquí.

Claire se levantó de un salto y se asomó a la ventana. Le escuchó salir de la habitación con una carcajada. ¿Cómo podía ser que después de llevar varios meses casada con él aún se avergonzara al verle? Desde el primer día supo que no era nada tímido, claro que con el espectacular físico que tenía, no tenía nada de lo que avergonzarse.

Observó el cielo esperanzada, era un fantástico día de invierno, el cielo estaba ligeramente cubierto pero no parecía que fuese a llover en breve, se giró para cambiarse el vestido de paseo por uno de sus nuevos trajes de montar.

Desayunaron rápidamente mientras les preparaban los caballos y William sonrió cuando ella le dijo que prefería montar a lo amazona y no a mujeriegas, hizo un gesto al mozo de cuadras para que le cambiase la silla y esperó paciente para ayudarla a subir, poco después salían de la mansión al galope.

Al cabo de casi dos horas, se adentraron en un precioso pueblecito llamado Fareham. Era una zona costera, por lo que se dedicaban a la pesca y a Claire pronto le quedó claro que allí adoraban a William.

Dejaron los caballos al cuidado del herrero que se hizo cargo de ellos con una sonrisa mientras ellos caminaban de la mano. Era un gesto increíblemente íntimo que no era frecuente en las familias de la alta sociedad. Claire lo miraba todo con los ojos como platos, era la primera vez que se acercaba tanto al mar y estaba tan impresionada que apenas podía hablar.

Era un precioso pueblecito pesquero con pequeñas pero adorables casitas de color blanco, había cuerdas, redes y aparejos de pesca por doquier y en las calles se respiraba la paz y tranquilidad de las gentes de bien. Le encantaba cada pequeño detalle que descubría.

A la hora del almuerzo, William la llevó a la posada El Pez Volador.

—¡Pero bueno! ¿a quién ha traído la marea? —un enorme hombre se acercó y abrazó al conde palmeándole la espalda con fuerza— serás bribón... hace meses que no sé de ti —entonces se percató de la presencia de Claire— mis disculpas —miró a William— lo siento de veras milord...

—No te preocupes Mark, puedes ser tan informal como siempre —le abrazó de nuevo— deja que te presente a mi esposa, lady Claire Tillshire.

—¡Oh vaya! Un placer conocerla milady —le hizo una reverencia y ella le sonrió— vaya... —miró de reojo al conde, pero no dijo nada— por favor, pasad.

—Aquí se comen los mejores arenques ahumados de toda Inglaterra —le explicó William mientras le ponía la mano en la espalda y la guiaba dentro de la posada.

Pronto los saludos de los parroquianos la separaron de él que les miraba con una sonrisa en los labios. Al cabo de un instante, todos se giraron a mirarla cuando William la presentó. Silbidos, vítores y alguna que otra expresión que prefirió no entender resonaron mientras ellos se sentaban en la mejor mesa del local.

Claire estaba encantada. La posada tenía el típico aire marinero pero estaba decorada con un gusto sencillo pero reconfortante. Las paredes eran de color blanco y las vigas de madera oscura, había cuerdas mostrando varios tipos de nudos, redes de pesca con figuras marinas de madera tallada e incluso un ¡timón de barco! La luz entraba a raudales por los grandes ventanales que si bien no estaban completamente limpios, añadían encanto a la estancia.

Las mesas del comedor no eran muy grandes y los bancos no tenían cojines para que fueran más cómodos, pero sin duda alguna lo compensaban con las muestras de amabilidad que estaban recibiendo. Se sorprendió al darse cuenta de lo querido que era William por la zona, pues ni una sola persona con la que se habían cruzado, había fingido la sonrisa que les había dedicado.

Disfrutaron de una comida muy sabrosa acompañada por una cerveza fría que era una delicia. El posadero se sentó con ellos y no dejó de bromear con William que de repente parecía diez años más joven. Incluso consiguió avergonzarle en un par de ocasiones que ella disfrutó como una niña. Jamás imaginó que el hombre con el que se había casado y que estaba lleno de contradicciones y tensión, pudiese sonreír con las mejillas enrojecidas ligeramente como si fuese un muchacho.

Fue fascinante para ella verle rodeado de esas personas. Gente que le quería por ser el hombre en el que se había convertido, por ser William Carmichael, no por ser el conde de Tillshire.

Se despidieron del posadero y de los hombres que aún estaban por allí y pasearon tranquilamente entre las tiendas de la calle principal. Al principio lo

hicieron en completo silencio, pero lo que le sorprendió es que era un silencio tranquilo, cómodo. Iban cogidos de la mano como si no fuesen otra cosa que un par de enamorados. Sonrió ante la idea.

—Eres muy querido por aquí —le miró sonriente.

—Sí, durante unos años viví aquí y como no tenía nada, me hice pescador —frunció el ceño— pero se me daba fatal, de modo que probé de todo.

—¿Un conde convertido en pescador? —le preguntó divertida pensando que le estaba gastando una broma.

La guio hacia un acantilado y permanecieron en silencio hasta que llegaron a la cima, una vez allí, lejos de los oídos de todos, William se sentó detrás de ella y la abrazó con fuerza. Las vistas eran espectaculares y la paz que se respiraba era... curativa. No se le ocurría otra palabra para describirla. El mar se movía con calma y las últimas horas de sol se reflejaban sobre su superficie mostrando todo un abanico de colores que contrastaba con la prístina espuma blanca cuando el agua chocaba contra las rocas. El cielo estaba completamente despejado y apenas había un par de nubes dispersas, las gaviotas volaban alrededor de la costa y durante un instante, Claire pensó que estaba mirando el mismo paraíso.

Ahí arriba, sentada en una loma con el mar a sus pies casi podía olvidar el dolor por la muerte de su hermana, la desolación por el abandono de su padre y desde luego no había ni rastro del miedo porque el despreciable Tribane acudiera de nuevo a molestarla. No, en un lugar tan idílico, las almas se desnudaban y se tumbaban al sol para disfrutar de la pureza de los sentimientos con los que se unían unas a otras. William era su esposo y pese a que tomó la decisión obligada por las circunstancias, no se arrepentía lo más mínimo. No estaba segura de si él era el amor de su vida, pero sí que sabía sin lugar a dudas que le tenía un afecto profundo y sincero.

—Ya te había contado que mi padre mató a mi madre y lo ocultó —las palabras del conde la sacaron de sus pensamientos— ellos eran los marqueses de Ranmore, mi padre aún conserva el título, pese a que el mayorazgo de las tierras son del condado y por lo tanto mías —hizo una pausa, ella apoyó su cabeza sobre él y permaneció en silencio— mi padre maltrataba a mi madre de forma habitual, pero el día que murió se dio la casualidad de que mi tía apareció exigiendo ver a su hermana, mi padre perdió los papeles cuando empujó al mayordomo y entró en la casa, la golpeaba con una furia tan brutal que pudo haberle roto varios huesos, afortunadamente los lacayos de mi tía la

salvaron y la sacaron de allí, mi tío no tardó en aparecer, si liaron a puñetazos y mi padre cayó como una masa sanguinolenta —la estrechó más fuerte entre sus brazos —entonces alzó la vista y me vio, yo sólo tenía quince años y también había probado los puños de mi padre en más de una ocasión.

—¡Oh William! —ella le acarició los brazos por encima de la chaqueta, pero sintió igualmente su calor.

Claire era muy consciente de que aún había mucho más que contar, por ejemplo el motivo por el cuál se había distanciado de los Hatford, imaginaba que tenía que estar relacionado con todo lo que le había contado, sin embargo, no mencionó a sus primos cuando era evidente que les adoraba. Estuvo a punto de preguntárselo, pero se reprimió a tiempo. William le acababa de hacer un magnífico regalo y como tal tenía que ofrecerse libremente, así que decidió no presionarle lo más mínimo. Tan sólo alzó una de sus manos y le besó en la muñeca, después sus brazos volvían a envolverla con fuerza.

—En cuanto mi tío se fue, cogí algo de ropa en una bolsa y me largué de allí sin mirar atrás, caminé durante horas, hasta que tenía los pies destrozados, entonces llegué a aquella casa —le señaló una casita al otro lado de la pequeña bahía— la casa de Mark, el posadero. Él me acogió aun sabiendo quién era, me dio de comer y me dejó su cama para que durmiese, me quedé con él sin salir de casa tres días, al cuarto me dijo que si pretendía esconderme de mi padre, tendría que trabajar como todo el mundo —ella se giró y le vio sonreír— no te haces una idea de lo mucho que aprendí de él.

Claire se acurrucó más contra su cuerpo.

—Sin embargo mi aventura duró poco, al cabo de un par de semanas mi padre apareció para llevarme de vuelta a Eton, sin embargo, en las vacaciones y en verano, me dejaba estar aquí.

—Gracias —quería decirle algo más, pero no encontraba las palabras apropiadas.

—Lamento no haberme dado cuenta de lo sola que te encontrabas —la besó en el pelo.

—Con esta maravillosa excursión, puedo permanecer en la casa ¡durante meses!

Ambos rieron a carcajadas mientras el sol se ponía en el horizonte. Entonces se pusieron de pie, fueron a buscar los caballos y volvieron a casa haciendo pequeñas carreras, bromas y divirtiéndose como nunca.

Lo que habían compartido durante todo el día había sido un regalo y los

dos lo entendieron como tal. Por supuesto aún quedaban muchas cosas por decirse, muchos secretos por revelarse, pero Claire tenía claro que el paso más importante ya lo habían dado y se sentía exultantemente feliz por ello. Su marido era un hombre maravilloso que a medida que pasaban los días le demostraba que era el epítome del buen caballero, era leal, servicial, honesto, noble... sí, no sería difícil enamorarse completa y absolutamente de él. Ya tenía ciertos sentimientos que apuntaban en esa dirección, si bien aún no se atrevía a ahondar mucho en el tema.



En los días que siguieron, Claire se percató de que tanto el ama de llaves como los criados acudían a ella para preguntarle o consultarle los temas del día a día, ella les daba su opinión pero sonreía al ver el esfuerzo que les suponía, estaba claro que llevaban muchos años haciéndolo sin pedir la opinión de nadie.

Uno de esos días, Candice y Ermine volvieron a visitarla y la invitaron a una cena que se celebraría en poco más de una semana, en casa de los condes de Courtland, sus amigos Jack y Julia a los que ella había conocido hacía varias semanas. Se sintió emocionada ante el evento, pese a que Candice le aseguró que no sería nada tan formal como en Londres.

Cuando llegó el día de la cena, Claire se decidió por un vaporoso vestido de color rosa con delicadas flores bordadas a lo largo de la falda de seda, el corpiño era como todos sus vestidos, se abría por delante, sólo que en vez de tener lazos, tenía unos enganches que permanecían ocultos dando la sensación de que la pieza no tenía ninguna abertura. William la esperaba en el recibidor y sonrió al verla, le ofreció el brazo y entraron en el carruaje en completo silencio. Claire se dio cuenta de que su marido tenía el ceño fruncido.

—Si no es una buena noche para salir, no pasa nada —le ofreció con una sonrisa, él la miró confuso y entonces comprendió lo que ella le decía.

—No, lo que no sé es cómo diablos voy a quitarte esa cosa que llevas —le miró fijamente el pecho— al ponerte el chal no vi lazos en la espalda.

Ella sonrió y con un movimiento de muñeca soltó el primer enganche.

—Fascinante —murmuró el conde— las mujeres cada vez contáis con más artimañas para volvernos locos de deseo ¿puedes abrir otro? —ella lo hizo y sus pechos resaltaron ante la tibia luz del interior del carruaje, él tragó con fuerza— bien, será mejor que te adectes antes de que te devore —fue el turno de ella de tragar con dificultad.

Los Courtland resultaron ser tan encantadores como cuando ella les

conoció y tal y como le había anunciado su amiga, la cena era espléndida pero la casa no estaba abarrotada de gente, lo cual era un alivio, no había disfrutado demasiado de los bailes y galas a las que había acudido en la ciudad.

Durante la cena conversó animadamente con lady Ortham y lord Coltan, era evidente que estaban ansiosos por conocer su historia y todos los detalles de su noviazgo y posterior boda con William, pero ella se dedicó a darles grandes pinceladas sin concretar en nada. No lo hizo sólo porque no conocía a esas personas y no confiaba en ellas, sino porque su relación con su esposo era sólo de ellos, algo que no le gustaba compartir con nadie más.

El baile fue maravilloso, pero su momento favorito fue cuando William la sacó a bailar un vals. En ese instante, el mundo entero desapareció, tan sólo estaba él y ella entre sus brazos, mirándose a los ojos y disfrutando de un momento mágico. Para su desgracia, la música cesó demasiado pronto.

Conversaron y rieron con varios de los invitados y Claire se sorprendió al darse cuenta de que aunque todos conocían que los Hatford y los Tillshire se habían distanciado, nadie conocía las causas, pues varias personas le habían preguntado a ella de formas más o menos sutiles.

Bailó con Joseph e incluso la hizo reír, lo que sólo aumentó el cariño que sentía por él, debía estar sufriendo mucho por la captura de su hermano y sin embargo, ahí estaba, bailando y riendo y sobre todo, haciendo reír a su esposa. Candice resplandecía esa noche aunque le había visto hacer algún gesto de dolor y continuamente se acariciaba la prominente barriga.

—Estás demasiado pensativa —le dijo Joseph.

—No se preocupe milord —le sonrió— simplemente estaba contemplando a mi amiga y me alegra que usted sea su marido, se merece a alguien que la quiera.

—Entonces es afortunada, pues muchos la queremos —la hizo girar rápidamente haciéndola reír— ¿crees que sería muy inapropiado que me llamas Joseph?

—No, si tú me llamas Claire.

—Excelente idea Claire — volvió a hacerla girar y ella volvió a reír.

Al final de la velada, tenía los pies destrozados de tanto bailar y le dolía la cara por lo mucho que había reído. Había sido una noche mágica.

William la ayudó a subir al carruaje y en cuanto la puerta se cerró detrás de él, le levantó el pie y le quitó el zapato, sonrió al verla sonrojarse

intensamente, sin duda recordaba la experiencia que vivieron en su habitación cuando comenzó a desnudarla por los zapatos.

—Estás demasiado cansada para repetir lo de aquella noche —ella intentó apartar el pie y él se rio a carcajadas— déjame que te alivie el dolor.

Suavemente comenzó a masajearle los pies y ella gemía por el placer que le suponía, se recostó en el asiento y le costó toda su fuerza de voluntad no quedarse dormida.

Al día siguiente, muy temprano, un lacayo les llevó una nota que les hizo sonreír. No tardaron en prepararse y subir en el carruaje con destino a Hatford Lane.

Les recibieron con risueñas expresiones y sonrisas, les hicieron pasar al salón y les ofrecieron té y pasteles. Habían preguntado cuál era el estado de la condesa y el paradero de Joseph, el ama de llaves les había respondido riendo que la condesa estaba demostrando toda su fuerza y que el conde estaba con ella.

—¡Joseph! —gritó Candice— no deberías estar aquí —le regañó cuando la contracción la dejó respirar de nuevo— ¿qué demonios haces?

El conde se había situado detrás de ella, con una pierna a cada lado y mientras la besaba en el cuello, comenzó a masajearle la parte baja de la espalda.

—Soy granjero cariño —le susurró al oído— conozco algunos trucos.

—¡Tú y tus malditos animales! —gritó Candice antes de que todo su cuerpo se tensara de nuevo— no puedo hacerlo, no puedo...

—Por supuesto que puedes mi amor —la besó de nuevo.

—Bien milady —dijo el doctor Gilbert— es hora de empujar, con fuerza.

Joseph le alzó las piernas a su mujer por debajo de las rodillas y la sujetó con fuerza mientras él mismo le servía como apoyo.

—Venga mi amor —le murmuraba sin cesar— te quiero.

Claire se había echado a reír aunque estaba ligeramente escandalizada. Jamás había oído que un hombre acompañara a su esposa mientras esta daba a luz, sin embargo los Hatford nunca se habían comportado como lo harían los típicos aristócratas. William se paseaba por la estancia claramente nervioso.

—Jamás imaginé que estaría viviendo este momento —murmuró, ella le

miró con el ceño fruncido, entonces se sentó a su lado y la recostó contra él— mis primos y yo éramos unos rufianes —sonrió ante los recuerdos— la señora Lash no sabía donde esconder los pasteles para que no acabásemos con todos —la abrazó más fuerte y depositó un suave beso en su cabeza— cuando mi madre murió yo tenía quince años.

—Tan sólo eras un niño — musitó Claire.

—Joseph sólo es un año mayor que yo ¿sabes?, por aquél entonces tan sólo tenía dieciséis años, pero no dudó en coger su caballo y presentarse en la casa de mi padre para decirle que si volvía a tocar a su madre, él mismo le mataría con sus propias manos.

—¡Dios bendito! —exclamó.

—Joseph es terriblemente protector con los que quiere —sonrió— siempre lo ha sido, como mi madre decía, nació para ser el paladín de la familia.

—Sigo sin entender por qué se enfadaron tanto contigo.

—Porque se tuvo que dar parte a las autoridades y aunque el cuerpo de mi madre estaba claramente golpeado, mi padre insistió en que había sufrido una caída y se había roto el cuello —notó como se estremecía— vinieron a buscarme para preguntar qué había ocurrido, Alexander me suplicó que contase la verdad, mi tío me observaba tan duramente que me sentí intimidado, pero mi padre me miraba con tal odio en los ojos que me eché a temblar —suspiró— y mentí. Dije que mi madre se había caído tal y como mi padre había dicho y cuando el juez me preguntó si mi padre había pegado a mi tía, volví a mentir diciendo que no sabía nada, sin embargo, sí que confesé que estaba delante cuando mi tío le pegó una paliza a mi padre. Jamás olvidaré la expresión en el rostro de Joseph.

Claire entendió de repente el sentimiento de traición que les habría embargado a todos, sin embargo, también comprendió que un chiquillo atemorizado podía cometer muchos errores.

—¿Sabes qué fue lo peor? —le preguntó William y ella negó con la cabeza — que apenas unos días antes mi tía había ido a buscarme a casa de Mark, no dijo nada, tan sólo me abrazó con fuerza y me besó —se pasó las manos por el pelo— después me llevó a casa y me dijo que no tenía por qué esconderme, que yo era el conde de Tillshire y que ella me protegería. Y yo la traicioné.

Claire se mantuvo en silencio a base de fuerza de voluntad, se sentía demasiado triste. Quería gritar por el dolor que William había tenido que

sufrir, pero lo que él necesitaba en esos momentos era que le abrazara y que se mantuviese a su lado, algo que podía hacer sin duda alguna.

No conoció a ninguna de las marquesas ni al joven Alexander por el que Candice aún suspiraba llena de tristeza, pero tras conocer a Joseph y a los dos marqueses, no le cupo duda de que su suegro habría hecho todo lo posible para amargarles la existencia a todos ellos. Pese a la bondad de Kerinbrooke y su esposa.

Permanecieron en silencio hasta que el llanto desconsolado de un bebé les arrancó una sonrisa. Estaban muy nerviosos y esperaban impacientes las noticias.

Joseph no se hizo esperar, al cabo de un cuarto de hora, bajó al salón con un pequeño bulto entre sus brazos y una expresión en su rostro que era una mezcla del más puro terror, alegría, inquietud, absoluta dicha y amor, muchísimo amor.

—Os presento a Sylvester Alexander Aldridge, vizconde de Pelham—el orgullo se filtró en sus palabras.

—¡Oh! —exclamó Claire— te felicito.

—¿Quieres cogerle? —se lo ofreció con una sonrisa y ella aceptó con lágrimas en los ojos.

—¡Felicidades! —William le abrazó con fuerza y le palmeó la espalda— me alegro muchísimo, ¿cómo está Candice?

—Radiante —resopló— te juro que esa mujer es más fuerte que nadie que conozca —se pasó las manos por el pelo— llevaba con contracciones varios días pero aun así anoche decidió asistir al baile, sin duda se ha propuesto llevarme a la tumba antes de tiempo. Estaría furioso con ella, pero ¿cómo podría? Me ha dado el mejor regalo de todos.

Todos rieron porque Candice nunca se había dejado llevar por las conveniencias sociales, en Londres hubiera sido casi imperdonable, pero en el campo las normas se relajabas mucho, aun así, cuando la vieron en las puertas de la mansión de los Courtland, Claire estaba segura de que a más de uno había estado a punto de sufrir una apoplejía. Lo normal hubiese sido que a partir de sexto mes de embarazo, Candice se hubiese recluido en su propiedad y hubiese recibido sólo visitas de la familia y amigos íntimos, sin embargo se había paseado por el pueblo y no dudaba en conversar con todos aquellos que se paraban a hablar con ella.

Poco después de conocer al bebé, la matrona fue a buscar al recién nacido.

Subieron tras ella, pues se morían de ganas por ver a la feliz madre.

Claire no pudo reprimir las lágrimas. Se sentía profundamente orgullosa y feliz de ser parte de la vida de su amiga. Candice estaba recostada en la enorme cama, con su pequeño hijo en brazos. Estaba despeinada, con la cara hinchada y surcos de lágrimas brillando sobre su rostro, los labios enrojecidos y la mirada risueña. Era la imagen de la más pura felicidad.

Se acercaron a ella y tras las felicitaciones de rigor, ella les invitó a quedarse un rato mientras Joseph se recomponía, él la fulminó con la mirada y ella sonrió. Era fascinante verles juntos.

Las doncellas entraban con timidez mientras se ocupaban de la condesa en la medida de lo posible, pues ella se negaba a soltar a su hijo pese a las advertencias de la matrona. El doctor Gilbert había atendido el parto y sonreía al mirarla, Ermine no había llegado aún, pues estaba realizando las tareas de su padre.

William sabía que estaba viviendo un momento único e irrepetible. Era evidente que su primo le había perdonado, de lo contrario jamás le habría avisado de que su hijo estaba naciendo, le habrían enviado una nota cortés varios días después.

Algunas horas después estaba sentado en una butaca de la biblioteca y observó a Joseph que no dejaba de pasearse con su hijo en brazos.

—Gracias —le dijo abiertamente— gracias por este regalo.

—Somos familia —respondió el conde.

—Nunca te pedí perdón como correspondía, nunca te conté la verdad — intentó controlar su respiración.

—No es necesario Will —su corazón se retorció ante el apodo de cuando eran niños— éramos unos críos superados por el hacer de los adultos, no son necesarias las disculpas.

—Entiendo que me odiaras —se pasó las manos por el pelo— y lamento mucho lo que padeció tu madre.

Joseph suspiró.

—Mira Will, mi madre tomó la decisión de enfrentarse a tu padre, mis padres eran conscientes de lo que ocurría en tu casa, por eso pasabas tanto tiempo aquí —seguía paseando con su hijo y acariciándole la espalda con ternura— tú no hiciste nada, podrías haber contado la verdad, es cierto, pero no hubiese cambiado nada, tu padre era el marqués, ¿crees que alguien le habría acusado de algo? —negó con la cabeza— y habría dirigido su ira hacia

ti, te protegiste, lo comprendí hace mucho, pero hasta que no he tenido a mi propio hijo en brazos no he sido consciente de todas las implicaciones. Te protegiste e hiciste bien, eres un buen hombre.

—Alexander volverá —no supo por qué había dicho eso.

—Sí, lo hará —le miró fijamente— mi hijo necesita a toda su familia, un abuelo, dos tíos y una preciosa tía para que lo malcríen mientras su madre y yo intentamos meterle en vereda.

El corazón de William se paró en seco y comenzó a latir desaforado al momento siguiente. Siempre había pensado que sus primos eran como sus hermanos, pero ahora Joseph lo había declarado abiertamente y eso le hizo sentir humilde. Agradeció el magnánimo gesto con un asentimiento de cabeza, pues las palabras se le habían quedado en la garganta.

—Y por supuesto —Joseph prosiguió— espero que pronto tenga un primo o prima para jugar.

Le sonrió pícaramente y él le correspondió.

¿Un hijo? Pensó mientras volvían a casa. Un hijo de él y Claire. Un niño guapísimo con el precioso pelo de su madre y sus vívidos ojos azules, un niño que al sonreír hiciese que su mundo se tambalease. Sí, ansiaba un hijo con todas sus fuerzas.

—¿Sabes? —le preguntó Claire cuando entraban en la salita de la condesa en su propia casa— Candice me ha contado que Joseph no se ha separado de ella en ningún momento y que cuando el bebé salió, él fue quien cortó el cordón y no esperó a que limpiasen al niño, se arrancó la camisa y se lo puso al pecho un segundo antes de llevárselo a ella.

—Joseph es así —la miró a los ojos— ya te lo dije, el paladín de su familia.

—Es tan bonito —suspiró— que se olvide de las estúpidas normas sociales para complacerla, que se olvide del mundo entero porque tiene a su hijo en brazos.

—Quiero que tengamos hijos —la abrazó con fuerza— no sé si estás utilizando algún remedio para no quedarte embarazada, pero quiero hijos Claire, quiero niños que se parezcan a ti y que hagan que mi mundo se tambalee tal y como haces tú.

No supo qué decir durante varios minutos. ¿Hijos? Sí, ella también los quería. Tener en brazos a un recién nacido era una experiencia que ella jamás había vivido, pero que sin duda alguna había despertado en ella su intenso

deseo por ser madre.

Entonces se dio cuenta de que había vivido siempre con tanto desapego por la vida que jamás se había planteado en serio tener una familia propia y ahora ahí estaba, siendo la condesa de Tillshire, entre los brazos de su marido y sintiendo el descarnado deseo de sostener entre sus brazos a su propio hijo. Y fue cuando en su conciencia se filtraron las últimas palabras de William.

—¿Yo hago que tu mundo se tambalee? —le preguntó con una radiante sonrisa.

—Por supuesto que lo haces, desde el mismo instante en el que entraste en mi biblioteca y me exigiste que llamara a Candice a tu presencia —le hizo un mohín y ella se echó a reír a carcajadas.

—¡Por Dios bendito! —se limpió los ojos— me comporté como una lunática ¿no es cierto? Pero gracias, gracias por no enviarme a Belham de una patada.

—Jamás te enviaría tan lejos —la abrazó con más fuerza— pretendo estar a tu lado durante muchísimos años.

Claire no respondió, tan sólo apoyó su cabeza en el fuerte hombro de su marido y sonrió. Puede que aún no estuvieran locos de amor el uno por el otro, pero sin duda alguna llegarían a estarlo. Era completamente feliz.



Un mes más tarde ambos se encontraban aún en Lakesbury, pues habían ido encontrando una excusa tras otra para no volver a Londres, finalmente ambos se dieron cuenta de que no querían volver, que eran mucho más felices allí.

William había accedido a regañadientes que ella se hiciese cargo de los niños de los arrendatarios, pero finalmente cedió. Claire era feliz, dos tardes a la semana iba al salón parroquial para leerles cuentos y jugar con ellos mientras su marido se encargaba de sus obligaciones.

Había ido a visitar a Candice prácticamente todos los días y siempre la descubría con un intenso brillo en los ojos y una sonrisa deslumbrante. Joseph apenas salía de la casa y según le había contado su amiga, era muy partidario de darle muchísimo tiempo libre a la niñera para encargarse él mismo de su retoño. Le contó entre risas que ya había mandado misivas a las principales cuadras de Inglaterra solicitando información sobre algún pony que pudiese montar su heredero.

El marqués de Kerinbrooke había aparecido a día siguiente del nacimiento cargado con un millón de regalos para el pequeño y para la condesa. Había decidido instalarse en Hatford Lane y pasaba todo el tiempo que podía en el cuarto infantil, eso cuando Joseph se lo permitía. Incluso el esquivo y misterioso duque de Harlow había ido a felicitar a Candice en persona y había llevado regalos: un precioso sonajero de plata para el bebé y para la feliz madre, un enorme ramo de rosas rojas, una caja escandalosamente grande de bombones y una bella caja de madera tallada para que guardara allí sus recuerdos. Candice lloró de felicidad aunque Joseph no parecía tan agradecido.

Claire disfrutaba muchísimo de su tiempo con otras personas, sin embargo, varias veces al día se sorprendía a si misma contando las horas que faltaban para la cena, pues salvo que acudiesen a algún evento, ella y su marido subían a sus habitaciones y se amaban con fiereza, como si los días no fuesen lo

suficientemente cortos, como si la necesidad que tenían el uno por el otro aumentase de intensidad con el paso del tiempo.

Al igual que sus sentimientos. Era consciente no sólo de que respetaba profundamente a William, sino que además cada vez que le veía, su corazón latía más deprisa y el hecho de que ya no se pasase los días encerrada le alegraba de tal forma que a menudo se colaba dónde él trabajaba sólo para robarle un beso a escondidas. Era feliz, tremendamente feliz.

Habían pasado tres meses desde el nacimiento del joven Sylvester, el tiempo era cálido y las incesantes lluvias del invierno habían dado paso a la una hermosa primavera salvo ese día, que se había desatado una fuerte tormenta, aun así como casi era costumbre, habían ido de visita a Hatford Lane pese a la intensa lluvia que estaba cayendo, estaban disfrutando de una tranquila velada cuando el mayordomo avisó a Joseph de una visita inesperada.

La cara del conde se transformó. Sostenía a su hijo de forma protectora y le besó en la pequeña cabecita antes de entregárselo a Candice que se había percatado de que algo no iba bien, aunque se mantuvo en silencio.

—Tu padre está aquí —informó a William que apretó los labios con fuerza — no es bien recibido.

—Déjame que le eche por ti —se puso en pie y se dirigía a la puerta cuando el marqués le detuvo.

—Es cosa de familia William, no tienes por qué estar solo —le apretó el hombro— además, estas son nuestras tierras.

Salieron de la estancia y Candice le pidió a su amiga que se acercase y se sentase a su lado, cosa que hizo sin dudar pese a que el corazón le latía con fuerza.

—Lo siento tanto por Will —murmuró la condesa— ese hombre está decidido a destrozarle de nuevo y no se lo merece —acunó a su hijo y le besó.

Claire no se atrevía a decir nada pero estaba totalmente de acuerdo con su amiga. Su esposo había sufrido demasiado y todo por aquél que debía protegerle. Aún había detalles de la historia que desconocía, pero con lo que sabía era más que suficiente para sentir un odio visceral hacia su suegro.

William no podía creer que su padre se hubiese atrevido a llamar a las puertas de Hatford Lane. Siempre había sido cruel y no era dado a sopesar las

consecuencias de sus actos, pero eso era rayar la locura. La rabia del marqués de Kerinbrooke y de su primo Joseph era tan palpable que le asfixiaba.

Más allá del pórtico que les protegía de la lluvia se vislumbraba el aguacero que estaba cayendo, no es que fuera raro en esas alturas del año, pero sin duda era realmente un incordio. Sobre todo cuando tenía a su padre delante de él.

—¡Hijo! —gritó con alegría, estaba borracho.

—¿Qué haces aquí? —la voz de Joseph era tan fría que apenas la reconocía.

El pasado se abría paso a patadas a través de su conciencia para burlarse de él, para dejarle claro que jamás escaparía de las redes de su padre. Su abuelo, en una jugada maestra había logrado quitarle el control sobre todos los bienes para que no dilapidase la herencia familiar dándoselo todo a él para que lo protegiese, pero eso es todo lo que había conseguido. Jamás se alejaría bastante de él.

—He venido a presentar mis respetos al vizconde, ¡por supuesto! —soltó una carcajada— ¡Eliseo! —gritó de nuevo— dime... ¿qué tal tu heredero? —la maldad en sus ojos le hizo revivir su pasado.

—Es el heredero de mi hijo, no el mío —dio un paso al frente— Caspar —se dirigió a él por su nombre— te aconsejo que te largues de aquí antes de que te eche a patadas.

Su padre comenzó a reír a carcajadas mientras se tambaleaba. Estaba completamente ebrio, miró detrás de la lamentable escena y casi suspiró al comprobar que al menos había ido en carruaje y no a caballo. El joven que permanecía en el pescante bajo una capa de cuero curtido para protegerse del agua, hacía lo posible por ocultar su rostro y él lo comprendía. El espectáculo era bochornoso.

—Dime una cosa... hijo —hipó y le miró con tanto odio como solía hacer cuando era un niño— ¿qué tal te tratan aquí? —Eliseo dio otro paso al frente — ¡ah! protegiendo a tu bastardo —escupió las palabras helándoles a todos— ¿no lo sabías? —le miró fijamente y volvió a reírse— he tenido infinidad de amantes y ninguna se quedó embarazada, tu madre me notificó su estado después de pasar aquí un par de meses —volvió a hipar— ¿hace falta que te lo explique? —se rio de nuevo— no era más que una put...

Eliseo lanzó un derechazo que le tumbó de espaldas y después, William simplemente no fue capaz de reprimirse. Empujó a su tío y levantó a su padre

cogiéndole por la ropa le estampó contra una de las enormes columnas, comenzó a golpearle con tanta saña que pronto se desolló los nudillos, pero no sentía el dolor, tan sólo podía sentir una ira incontrolable y odio, mucho odio.

De pronto se había transportado al pasado, cuando en innumerables veces le oía perseguir a su madre por el ala donde estaban sus habitaciones y los gritos le hacían temblar. En aquella época él no era más que un niño, pero ahora era un hombre y en ese preciso instante se juró que jamás permitiría que volviese a hacerle daño a alguien. Ahora él era el conde de Tillshire y podría proteger a los demás de un ser tan despreciable.

—¡Basta! —Joseph le sujetó con fuerza y le apartó, su padre cayó de nuevo al suelo, estaba inconsciente— basta Will, basta —le abrazó con fuerza — no merece la pena que cargues en la conciencia con su muerte.

Eliseo lanzó una moneda al chico que ahora les miraba fijamente con los ojos como platos y que se había resguardado en un rincón del gran pórtico de entrada, en cuanto atrapó la moneda salió corriendo para abrir la portezuela del carruaje. Joseph y su padre no tardaron en lanzar dentro a la masa sanguinolenta que era su cuñado. Le dio instrucciones para que le dejara en la puerta de su casa y le instó a que avisara a un médico si se sentía en la necesidad de hacerlo, obviamente ninguno de los presentes sentía el más mínimo aprecio por el hombre que tanto daño había provocado. El chiquillo espoleó a los caballos y salió de allí a gran velocidad. Al cabo de unos instantes el perfil del carruaje apenas se distinguía en mitad de ese aguacero.

El marqués se giró y miró fijamente a su sobrino. Cuánto odio albergaba en su interior, cuánta rabia... le hizo un gesto a su hijo y Joseph fue a tranquilizar a las mujeres y a pedirles que les dieran tiempo, ellas aceptaron con una tensa sonrisa. Mientras tanto, William caminaba detrás de su tío con las manos doloridas y el corazón roto. Se sentía vacío.

William no se atrevía a mirar a su tío a los ojos, todo lo que había escupido su padre no era más que veneno, su madre no le habría engañado jamás, pese a lo mal que la trataba, ella le quería, estaba seguro de eso, pues de lo contrario podría haberle abandonado con la protección de su hermana y de su marido. Pero jamás lo hizo, jamás le dejó.

—Siéntate —le ordenó Joseph mientras le colocaba un trapo helado en las manos, no tenía ni idea de dónde había salido.

—No eres mi hijo —la voz del marqués era firme como siempre— es cierto que tu madre se alojó con nosotros un tiempo justo antes de notificar que

estaba embarazada —se sentó pesadamente en una butaca— pero eres hijo de tu padre, él la hizo llamar una noche y ella acudió —rio tristemente— siempre acudía a sus llamadas, por lo que mi mujer me contó después, discutieron y él... bueno, digamos que hizo uso de su derecho como marido —resopló— algunas semanas después nos dijo que estaba embarazada. Te juro que jamás engañé a mi esposa.

—¿Cuánto daño puede provocar un hombre? —preguntó al aire— ¿cuánta maldad es capaz de escupir en todas direcciones? —nadie le respondió, entonces miró a su primo— lo lamento, lamento haberle traído a tu casa, lamento que haya mancillado tu hogar.

—¡No digas tonterías! —le ofreció un vaso bastante lleno de whisky— tú no eres él y no eres responsable de sus actos.

—Lo siento —miró a su tío— lamento haber mentido para protegerle, lamento no haber hecho algo.

—No había nada que hacer —su tío le miró a los ojos— jamás te hemos culpado, mi amada esposa me dijo que fue a verte y que necesitabas tiempo para convertirte en el hombre que debías, para ser el hombre que eres, lo que ocurrió después... bueno, cuando la perdí, creo que perdí también algo de humanidad, te dejamos solo.

—¡Oh por Dios! —apenas podía respirar, iba a decir algo más pero la puerta se abrió de par en par.

—¿Qué te ha pasado? —la voz de Claire le calentó el corazón, se arrodilló enseguida a sus pies— ¡válgame Dios! —le acarició los nudillos y le miró a los ojos— ¿cómo te encuentras?

—Creo que sería conveniente que tuvieran un poco de intimidad —la suave y dulce voz de Candice les hizo reaccionar, al cabo de unos segundos estaban solos.

—Habla conmigo —le pidió en un susurro.

Y habló. Le contó que su padre le había llamado bastardo y que había insinuado que Eliseo le había engendrado, le relató sin ahorrarse los detalles que aunque el primer puñetazo había sido de su tío, él casi lo había matado de una paliza. Habló sobre su madre y cómo esta siempre encontraba una excusa para justificar los golpes y las palizas, habló de cómo le quería y de lo poco que le importaba estar con él a todas horas, de cómo le instaba a que acudiese a casa de sus primos y se reía cuando él le pedía quedarse a dormir, accedía siempre. Le explicó que creció pensando que ella le quería tanto que le

permitía toda clase de caprichos.

Tardó mucho tiempo en descubrir la verdad. Que ella le hacía salir de su propio hogar con el fin de protegerle de su padre. Si bien no entró en detalles, le explicó que una vez que ella murió, se dedicó a atormentarle con todo lo que se le ocurría, pero que hasta que no cumplió los veinticinco años no comprendió realmente cuánto le odiaba.

Claire lloraba en silencio. Le estaba rompiendo el corazón escucharle, sabía que tenía que desahogarse, que debía sacar todo ese dolor de su interior y aunque se alegraba sobremanera por ser ella con quien desnudase su corazón, lloraba por todo el sufrimiento del que había sido objeto. Y casi se sintió con la obligación de dar gracias por el padre que ella tenía.

—No soy digno de ti —murmuró acariciándole el pelo— pero no me abandones, por favor.

—¿Cómo podría hacerlo?

Se quedaron unos minutos en silencio y cuando William recobró la compostura, anunciaron a los Aldridge que se iban a su casa. Nadie les detuvo, era evidente que necesitaban la soledad de su hogar.

Ella le llevó hasta sus habitaciones, le desnudó lentamente y le instó a meterse en la cama, no tardó en quedarse desnuda y se meterse bajo las sábanas con él, le abrazó con fuerza y esperó a que él decidiese lo que hacer. Si quería aliviar la tensión con su cuerpo, ella estaba más que preparada, si quería permanecer así, tan sólo en su compañía, también le parecía bien.

A William le costó coger el sueño, pero finalmente se quedó profundamente dormido. Claire se aseguró de taparles a ambos antes de rendirse también en los brazos de Morfeo.

Despertó con la sensación de tener un gran peso en el corazón. Claire se había quedado a su lado, aún sabiendo casi todo lo malo de él, se había quedado. Otro resquicio de su interior se rompió con fuerza.

Salió de la cama y se dirigió a sus aposentos en silencio, estaba amaneciendo y él necesitaba pensar. Por lo que se vistió en silencio y salió en busca de uno de sus sementales, necesitaba una vigorosa cabalgada por las colinas. Pero al salir con su mejor bayo se encontró con que un jinete le esperaba.

—Buenos días —la voz de Joseph le sorprendió— ¿vamos?

No hacía falta hablar entre ellos pensó, sintiendo que el peso de su corazón se aliviaba un poco. Al cabo de unos segundos ambos volaban sobre

los campos apenas humedecidos por el rocío de primera hora de la mañana. Cabalgaron en silencio, tan sólo concentrándose en lo que tenían delante, saltando cercas y dejando que el aire les refrescase el rostro.

Casi dos horas más tarde, ambos estaban tumbados sobre la hierba resoplando por el esfuerzo, los caballos estaban ejercitados y por lo que pudieron comprobar, se sentían felices. Nada que ver con lo que ellos sentían.

El silencio entre ellos se hizo intenso pero no incómodo. Simplemente estaban el uno con el otro. Igual que cuando eran niños, pensó William sintiendo cómo se le encogía el estómago.

—Gracias —le dijo cuando volvían.

Su primo no respondió, sólo inclinó la cabeza y sonrió.

—¿De nuevo mañana? —asintió con la cabeza antes de verle salir al galope en dirección a su casa.

Claire había estado muy nerviosa desde que se despertó sola en la cama, se había vestido a las carreras y le había buscado por toda la casa, cuando no le encontró, acudió a las caballerizas y un mozo le dijo que había salido a cabalgar con su primo, pero que no le había indicado cuándo volverían. Entonces respiró con mayor facilidad, al menos no la había abandonado ni estaba solo.

Pero ahora volvía a estar nerviosa. Estaba anocheciendo y no había rastro de su esposo, llevaba paseándose por el salón de las visitas desde hacía horas, había escogido esa estancia porque desde ella se veía perfectamente el camino que llevaba a la mansión. Sin embargo, no había rastro de él. Se retorció los dedos con fuerza y se obligó a darle otros quince minutos antes de salir a buscarle.

Y justo cuando faltaba un minuto para que se cumpliese el plazo, William apareció por el camino trotando con su semental. Suspiró de puro alivio y después se sentó para esperarle. Se había prometido a sí misma que no le presionaría. Se esforzaría al máximo en ser todo lo que su esposo necesitara porque por más que quisiera negarlo, le amaba con locura y no había palabras suficientes para explicar cómo la hizo sentir el hecho de que confiase en ella.

La desagradable visita de su padre corrió de boca en boca como la pólvora, esa tarde recibieron innumerables visitas que aseguraban que jamás creyeron una palabra de lo que ese hombre contaba, que siempre habían sabido que lady Tillshire era una dama de los pies a la cabeza y que él había sido un chiquillo atormentado, pero que gracias a su fuerza, se había convertido en un hombre del que todos se sentían orgullosos.

Fue un par de días más tarde, mientras Claire leía a los niños en el salón parroquial, que una de las damas más elegantes del pueblo se acercó a ella con la clara intención de hablarle de algún tema.

Y no se equivocó. Le extendió una invitación para un baile informal que se



celebraría en casa de los Mirtown. El nombre no le sonaba de nada y no creía haberles conocido, sin embargo aceptó la invitación con una sonrisa y siguió con sus quehaceres. Esa misma noche le comentó a William el tema de la fiesta y no tardó mucho en convencerle.

Durante las siguientes dos semanas Claire habría podido explotar de felicidad. Por el día hacía visitas, leía o jugaba con los niños de los arrendatarios o si no, iba a visitar a Candice y al pequeño Sylvester. Jamás se acostumbraría a ver al poderoso conde de Hatford paseando con su hijo apoyado en el hombro y susurrándole al oído, por lo que su amiga le había comentado, Joseph jamás había sido un hombre corriente y aunque aún le imponía demasiado respeto, comenzaba a verle con otros ojos.

Pero por las noches era cuando su mundo se llenaba de color. William y ella disfrutaban de estar juntos, de amarse el uno al otro. Los recuerdos de la noche anterior la sobresaltaron. Su marido le había propuesto dar un paseo por el jardín trasero tras la cena, de modo que se puso una capa porque aún refrescaba por las noches pese a estar a finales de mayo y fue con él, pasearon entre las flores y hablaron de cómo les había transcurrido el día, pero cuando llegaron a la fuente, William le enmarcó el rostro y la besó. Y su sangre se hizo lava.

Sus manos pronto se posaron en su trasero y la apretó contra él, no perdió demasiado tiempo en quitarle el vestido suavemente, simplemente apartó la capa hasta que colgó tras sus hombros y después le desagarró el delicado y fino vestido de muselina. Por las noches ella no se ponía camisola, sólo un vestido tan ligero que no dejaba nada a la imaginación, pero él le había dicho que le volvía loco verla así y decidió que la recompensa merecía el esfuerzo.

Sus pechos se agitaron ante la golosa mirada de su esposo que pronto se apoderó de ellos, se excitó al instante, le abrió la camisa y metió sus manos, acariciarle la piel era un afrodisíaco en sí mismo y entonces William le metió la mano entre las piernas.

—Quiero que me des placer con la boca —le murmuró contra los labios— por favor.

—No sé cómo —sus gemidos llenaban el jardín— dime lo que tengo que hacer.

—Ponte de rodillas, abre la boca y chúpame, saboréame a fondo —sus dedos la estaban matando de placer— quiero correrme en tu boca y luego hacerte el amor lo más fuerte que puedas soportar.

Claire llegó al orgasmo mientras los dedos de su esposo entraban y salían de su cuerpo, las piernas le temblaron tanto que a punto estuvo de caer. No tardó en complacerle, se puso de rodillas y se metió el enhiesto miembro en la boca, nunca se había imaginado haciendo algo parecido, pero en ese momento se sentía poderosa. William gruñía cuando ella le acariciaba con la punta de la lengua y maldecía cuando sus dientes le rozaban. Pronto comprendió lo que le gustaba y al cabo de pocos minutos le gritó que estaba a punto de correrse, un segundo después se descargaba en ella.

Se sentó sobre los talones a la espera de la reacción de su marido que no se hizo esperar. La levantó del suelo, le chupó los pezones y volvió a tocarle en la entrepierna mientras ella se deshacía en sus brazos. Entonces la giró y la hizo apoyarse en la fuente de manera que su trasero quedaba inclinado.

Gritó cuando la embistió con fuerza, no porque le doliese, sino porque no le había oído desnudarse. William la embestía una y otra vez con tanta fuerza que temió terminar dentro de la fuente, quería decirle que la sujetase, pero no era capaz de encontrar su propia voz, jadeaba y tenía serios problemas para respirar. Estaba a punto de alcanzar el clímax cuando él salió de su cuerpo.

—Quítate el vestido —sus ojos oscuros eran como la noche.

Mientras ella forcejeaba con la delicada tela, él le había quitado la capa y la había extendido sobre el césped.

—Túmbate y ábrete de piernas —la crudeza de sus palabras rivalizaba con el deseo que ardía en su mirada.

Ella le obedeció y pronto él se puso entre ellas, le mordió los pechos, se los amasó con fuerza y antes de que pudiese decir algo, su boca se apoderó de su entrepierna y no fue gentil, la hizo estallar en menos de un minuto y justo cuando aún estaba cabalgando la impresionante ola de placer, él volvió a llenarla, se movía con tanta fuerza que sentía que la iba a partir en dos. Finalmente se dejó llevar por el placer y se desplomó sobre ella.

Se quedaron así varios minutos, hasta que ambos empezaron a respirar con normalidad.

—Necesitas muchos más vestidos como este —le murmuró al oído mientras intentaba cerrarle la parte frontal que él había desgarrado, ella sólo pudo reírse ligeramente.

Caminaron en silencio de vuelta a la casa cogidos de la mano.

Para Claire era el paraíso.

Volvió al presente y comenzó a cepillarse el pelo, estaba completamente

desnuda, pues para esa noche se había propuesto seducirle. Aún estaba ruborizada mirándose al espejo cuando William entró en la habitación y se la quedó mirando, tenía una extraña expresión en el rostro que la asustó, se giró para mirarle.

—¿Por qué no me dijiste que te estaba haciendo daño? —le preguntó en un tono tan gélido que sintió un escalofrío— tienes la espalda destrozada.

Ella no se había dado ni cuenta. El encuentro había sido tan sumamente intenso que aún estaba temblando por las emociones, el conde se acercó a ella y le tendió la mano con gentileza, después la llevó hasta la cama, le apartó el pelo a un lado y la hizo tumbarse boca abajo, fue hasta la puerta la abrió apenas una rendija y gritó a una doncella que quería el ungüento para las heridas y esperó paciente hasta que la chiquilla se lo llevase.

No pronunció una palabra y ella tampoco. No comprendía por qué motivo parecía tan furioso con ella, porque pese a que sus caricias eran delicadas y tiernas, no había podido ocultar que la ira era la emoción que le dominaba en esos instantes.

William estaba a punto de estallar. Llevaba varios días con la sensación de que sus problemas no habían hecho más que empezar, él solo quería vivir una vida tranquila en el campo con Claire a su lado, formar una familia si ese era su destino y no tener más problemas, encuentros indeseados o discusiones con nadie. Ver la espalda llena de arañazos y pequeños moretones de su esposa le había puesto al borde del abismo.

—Quiero hacerte una pregunta —le dijo mientras abría el tarro— ¿alguna vez te he forzado?

Claire se quedó paralizada y le costaba respirar. ¿De dónde demonios se había sacado esa ridícula idea?

—¡Por supuesto que no! —le miró por encima del hombro— ¿a qué viene esto?

—Mi padre solía violar a mi madre —le extendió la crema con delicadeza — no sé si de alguna manera te he obligado a estar conmigo, anoche te hice daño.

—Jamás me has hecho daño —seguía mirándole— y jamás me has obligado a nada, me entregué a ti libremente.

—¿Te hago disfrutar? —había tanto temor en esas palabras que el corazón de Claire dio un vuelco.

Se movió para ponerse de rodillas frente a él.

—Siempre —le besó en los labios— siempre me haces disfrutar tanto que necesito varias horas para recomponerme —volvió a besarle— estoy deseando repetir lo de anoche —murmuró en su oído y sonrió al percibir la erección que empujaba dentro de los pantalones.

William la abrazó con delicadeza para no hacerle daño en la espalda y la besó con tanta ternura que Claire se derritió, después se tumbó y la puso sobre él mientras sus dedos continuaban acariciando la delicada espalda femenina. Ese día decidieron que no saldrían de la cama y cuando tuvo la osadía de preguntarle en qué invertirían el tiempo, su marido se dedicó a hacerle el amor lentamente, muy lentamente.

Una semana más tarde, los condes de Tillshire llegaban ante la puerta abierta de par en par de la mansión de los Mirtown. William le había contado que Lucian Mirtown, lord Welcox, era un hombre unos diez años mayor que él y que se había retirado a esa parte de Inglaterra tras casarse hacía cosa de cuatro años. Al parecer habían sido presentados si bien no tenían negocios en común, pues el vizconde Mirtown tenía un carácter demasiado hosco para su gusto. No conocía a su esposa ni nadie le había hablado de ella.

Nada más atravesar las puertas, William fue consciente de su error. Durante un segundo pensó en dar media vuelta, subir a su tálburi con su condesa a su lado y correr lo más rápido que pudiese hasta su casa, donde nadie pudiera herir a Claire, sin embargo, era demasiado tarde.

—Lo siento mucho Claire —le murmuró al oído justo antes de que presentaran sus respetos a los anfitriones dejándola confundida y sin poder hacer otra cosa que mirarle de refilón.

—¡Ah querido William! —la despampanante mujer que saludaba al conde tenía una voz un tanto chillona— ¿verdad querido, que es un placer que hayan podido venir? —le preguntó a su marido que les estaba fulminando con la mirada.

—Tillshire —el seco saludo del hombre sorprendió a Claire.

Sin embargo, a ella sólo la dedicaron una mirada de difícil interpretación antes de que la mujer se llevase a William según ella, para presentarle a algunas personas influyentes. Se quedó unos instantes frente al vizconde que no le quitaba el ojo de encima antes de hacer un pequeño gesto con la cabeza y avanzar hasta el salón de baile.

Dada la formalidad y elegancia con la que estaban vestidos los anfitriones,

Claire se había esperado que la decoración fuese del mismo estilo, sin embargo sonrió al entrar en el salón de baile y descubrir que en las paredes había infinidad de ramilletes de lavanda y madre selva colgando de hermosas cestas, el resto de la decoración era igual de sutil. Rezumaba buen gusto.

Lady Julia y su marido también estaban invitados y supuso un alivio para ella, al menos tendría con quien hablar, se acercó a ellos y les saludó cariñosamente, sin embargo, se percató de que todo el mundo la miraba fijamente.

Decidió dejarlo pasar asumiendo que se debía a que era la esposa del conde de Tillshire y se dispuso a disfrutar de la velada. Últimamente habían estado sometidos a mucha presión y tener una noche para distraerse y relajarse sería maravilloso.

Un caballero al que le habían presentado hacía algunas semanas pero del que no recordaba el nombre, le solicitó bailar con ella en cuanto la música comenzó a sonar. Y durante cuatro bailes no abandonó la pista, al último de sus acompañantes le pidió que la llevase hasta la mesa de los refrescos.

—Querida —lady Mirtown se acercó a ella— me alegra ver que te diviertes.

El hecho de que le hablase con semejante familiaridad no le gustó lo más mínimo, pero como se trataba de la anfitriona decidió no corregirla. Sin embargo, esa mujer tenía algo que provocaba su rechazo.

—Sí, adoro bailar —sonrió— la felicito por la decoración del salón, está claro que domina el arte de la elegancia basada en la sencillez.

—Bueno —encogió un hombro— tengo que adaptarme, no todos los maridos son tan ricos como Tillshire —le dedicó una sonrisa que le puso los pelos de punta, acto seguido se fue de allí sin despedirse.

Claire se sentía confusa. Le había hecho un cumplido a la dama y ella había respondido como si la hubiese insultado, para colmo, las miradas que no la perdían de vista habían aumentado y llevaba más de una hora sin ver a su marido. Imaginó que podría estar en la sala de juegos, pero nunca la había dejado tanto tiempo sola. Se sentía inquieta. Sin embargo decidió buscar la compañía de lady Julia y no tardó en encontrarla, al parecer ella tampoco estaba disfrutando de la velada.

Se unieron a un grupo que les comentó que el invernadero era una maravilla, pues lord Mirtown era un entendido en flores exóticas. Los condes de Courtland y ella decidieron salir a pasear y comprobar las aseveraciones

de aquellas damas ya que se habían sentido ligeramente empujados a hacer precisamente eso. Todo le estaba resultando terriblemente extraño. Ojalá los Hatford hubiesen acudido también, pensó Claire, seguro que no tendría esa extraña sensación en la boca del estómago.

Jack y Julia eran una pareja encantadora, su conversación era interesante y los dos hacían gala de una tremenda elegancia que la hacía sentirse muy cómoda. Estaban llegando al invernadero mientras hablaban acerca de las maravillas que el conde Hatford tenía en su residencia, los jardines de Hatford Lane eran la envidia de toda la comarca y posiblemente de toda Inglaterra. Lady Courtland comentó con una enorme sonrisa que el conde Hatford le había regalado una preciosa planta con unas hermosas y delicadas flores cuando volvieron de su viaje de bodas.

Entraron en la estancia pensando que estaban solos, la imagen de las decenas de flores y plantas les dejó impresionados. Unas frondosas palmeras enanas que tenían delante les resultaron de lo más encantadoras, fue en ese momento cuando escucharon un gemido y se miraron entre ellos, era evidente que había alguien tras aquellas plantas. Una pareja a la que no podían ver, pero para su desgracia, ni plantas ni flores ocultaba sus voces. A Claire se le heló el corazón.

—¡William! —la voz femenina era una mezcla de burbujeante diversión y sensualidad.

Lady Julia intentó detenerla pero consiguió zafarse de ella, avanzó por el pasillo hasta que les tuvo delante. Lady Mirtown tenía el vestido bajado y mostraba sin vergüenza ninguna sus pechos que estaban contra la boca de su marido, el resto de su cuerpo se apoyaba en él que la sujetaba por los hombros. Parecía que ninguno se había percatado de que estaba allí.

—Te odio —murmuró con el corazón roto.

Quiso gritar y quiso arañarle y destrozarle por lo que le había hecho, sin embargo, todo lo que hizo fue darse media vuelta y salir en el más absoluto silencio seguida de los condes de Courtland. Ninguno dijo nada y tampoco hacía falta en realidad ¿porque qué podrían decir? Lo que habían visto era bastante explícito.

Obviamente no iban a despedirse de los anfitriones y ni siquiera volvieron a entrar en la mansión, la rodearon para llegar a la entrada donde los carruajes esperaban pacientemente. Jack la ayudó a subir al suyo y la llevaron a casa, Julia había intentado que se quedase con ellos unos días, pero Claire se negó

en redondo, lo último que necesitaba era ser una invitada indeseada.  
Entró en su casa como si fuese un fantasma.

—¡Milady! —el ama de llaves se acercó a ella y le cogió de las manos — ¿se encuentra bien? ¿dónde está el conde?

—Se ha quedado en la fiesta —intentó sonreír pero no fue capaz— sé que es muy tarde, pero... ¿te importaría prepararme un té? No me siento bien — ese era el eufemismo del año, pensó.

Sin embargo la amable mujer la acompañó hasta su habitación, la ayudó a desvestirse y cuando se metió en la cama se fue para preparar el té.

Claire realmente se sentía enferma. El estómago se le retorció y su corazón palpitaba tan rápido que apenas podía respirar con normalidad, las náuseas no tardaron en aparecer y justo cuando una doncella abría la puerta, ella comenzó a vomitar.

Rápidamente la llevaron al cuarto de baño donde pese a las horas que eran le prepararon un baño y dos de las doncellas no se separaron de su lado. La miraban con lástima y le sonreían con compasión. Se asqueó de sí misma. ¿Es que acaso era tan evidente que su marido la engañaba? ¿Es que ella era la única que pensaba que se estaban enamorando? ¿Qué todos los días que William pasaba lejos era porque estaba haciendo algo de provecho? ¡qué estúpida se sentía!

Se encontraba tan débil que ni siquiera se molestó por la actitud del servicio, simplemente se dejó hacer porque la verdad era que estaban cuidando de ella y lo necesitaba, jamás había necesitado tanto que la cuidaran. Acababa de terminar de ponerse un camisón y parecía que se encontraba mejor cuando la puerta se abrió de par en par y William ocupó todo el espacio.

—¿Qué te ocurre querida? —se acercó a ella y en cuanto la tocó, comenzó a retorcerse presa de las náuseas.

El ama de llaves indicó al conde que sería mejor que las dejase a ellas, que se ocuparían de su esposa y él decidió hacerle caso porque no tenía la más mínima idea de cómo cuidarla.



Claire estaba sentada en el suelo, no vomitó más, pero las lágrimas comenzaron a caerle por el rostro. Lágrimas saladas que le quemaban la piel a su paso, el ama de llaves le ordenó a las doncellas que las dejaran solas y cerró la puerta con llave.

—¿Qué le ocurre señora? —se sentó a su lado y la abrazó mientras ella convulsionaba a causa del llanto— no está embarazada por lo que yo sé —le acarició el pelo con ternura, pues le había cogido mucho cariño— ¿es por eso? —ella negó con la cabeza— shhhh, venga milady, tiene que tranquilizarse o se pondrá enferma.

Y quiso decirle que ya estaba mortalmente enferma, si bien siempre le habían dicho que no se podía morir de amor, ella en esos momentos lo dudaba seriamente. Se quedó entre los brazos de esa mujer y poco a poco se fue calmando.

—Eres muy buena conmigo —le dijo cuando por fin pudo ponerse en pie — nunca podré agradecértelo.

—¡Ay milady! —suspiró la mujer, pero no dijo nada más.

Salió del cuarto de baño y vio a su marido apoyado contra la pared y si le quedasen lágrimas habría vuelto a llorar. Estaba impecable vestido en mangas de camisa, con los brazos cruzados y ese aire de hombre poderoso y terriblemente atractivo. Ella se sentía como un gorrión mojado.

—Hoy deseo estar sola —las palabras salieron de su garganta con un hilo de voz.

—Dime lo que te ocurre —le pidió él y la sujetó del brazo, pero ella se soltó con un tirón.

—No me toques —ni siquiera le miró a los ojos— jamás vuelvas a tocarme, si necesitas una mujer vuelve con lady Mirtown.

William cerró los ojos y los puños con tanta fuerza que la cabeza comenzó a dolerle y las uñas se le clavaban en las palmas de las manos. De algún modo Claire se había enterado de que él había estado a solas con Marcia en el invernadero y se habría puesto furioso si no le hubiese roto el corazón la tristeza que se filtraba en las palabras de su esposa. ¿Qué sería lo que estaba imaginando? ¿qué le habrían contado?

Quiso retenerla y contarle todo. Desnudar su alma hasta que su último secreto saliera a la luz, sin embargo no lo hizo porque Claire no parecía ella misma, de pronto se había convertido en una mujer delicada y frágil y no tuvo el coraje suficiente como para hacerla sentir aún peor.

Lo que había ocurrido con Marcia era tan depravado y difícil de explicar que él mismo que lo había vivido apenas encontraba las palabras para definir lo que les unía y lo que les separaba. Una parte de él quería contárselo, pero otra parte de él se negaba a tener que dar explicaciones a nadie. Le había costado la misma vida recuperarse de la traición, jamás le daría a otra mujer el poder para destruirle, por desgracia, eso incluía a Claire.

Bajó a su estudio personal con la intención de beberse una copa y encontrar el valor para acudir a la habitación de su esposa, no le daría explicaciones, pero podría asegurarle que le era fiel. Y rezaría para que eso fuese suficiente.

Al cabo de media hora llamó a la puerta de la habitación de su esposa y antes de que respondiese, abrió y entró. Ella gritó y le miró con la cara llena de lágrimas y un aspecto deliciosamente alterado.

—Dije que quería estar sola —le dijo con tanto dolor que notó como el estómago se le encogía.

—No puedes privarme de visitarte —comprendió el error de sus palabras en cuanto las pronunció.

—Así que has venido a eso —de pronto su mirada que siempre había sido cálida se tonó glacial y con todo el descaro del mundo se quitó el camisón en un segundo.

William no entendía lo que ocurría, no podía ser que sólo por los rumores su esposa que siempre había sido deliciosamente dulce, ahora le tratara con semejante frialdad.

Se quedó de piedra cuando la vio tumbarse en la cama y abrir las piernas quedándose totalmente expuesta ante él, era cierto que le gustaba traspasar ciertos límites a la hora del sexo, pero lo que Claire estaba haciendo le provocaba un millón de sentimientos a los que no quería enfrentarse, se estaba humillando y degradando de la peor forma posible.

—Venga —le incitó— no tienes que quitarte la ropa, tan sólo asegúrate de hacer lo posible para que engendre a tu heredero.

—¡Por Dios Claire! —se acercó a ella y le arrojó el camisón— tápate — le ordenó— entre Marcia y yo no ha pasado nada.

Claire le lanzó la lamparilla de la mesita, afortunadamente estaba apagada pues de lo contrario podría haber provocado un incendio. La esquivó de milagro.

—¡Eres un maldito mentiroso! —gritó hecha una furia— ¿no pasó nada

después de que ella se desnudara? ¿no pasó nada después de que te pusiera los pechos en la boca? ¿acaso crees que a estas alturas no conozco tus instintos?

Se quedó congelado. Claramente no se trataba de un rumor, ella les había visto. De alguna forma Marcia lo había ideado para que su esposa le pillase en el invernadero con ella, por eso se desnudó tan rápido y era cierto que le había puesto los pechos en la boca mientras él trataba de zafarse de ella sin hacerla caer del taburete en el que se había subido. ¿Cuándo les vio? ¿Cuánto había presenciado y oído? No se sentía con fuerzas para mantener esa conversación en esos momentos.

—Si no vas a utilizarme, te ruego que me dejes sola.

¿Cuándo había adquirido su dulce Claire ese tono tan gélido? Por más que la miraba apenas la reconocía. Seguía siendo su bella esposa por supuesto, pero de algún modo ya no era ella misma, la ira y la traición la envolvían dándole el aspecto de las antiguas valquirias, sólo le faltaba la armadura de cuero y un caballo alado. Sin embargo su mirada la delataba. La había herido y él comprendía perfectamente lo terrible que era esa traición.

No fue capaz de pronunciar una sola palabra. Tan sólo se dio media vuelta y se fue a su habitación sintiéndose el peor hombre del mundo. Era cierto que se había casado con Claire en un arrebato motivado por algo a lo que hacía mucho que se había negado a ponerle nombre, pero había sido feliz, había sido delirantemente feliz. Su esposa era como un espléndido amanecer en un cielo despejado un día de calor tras una terrible y fría tormenta.

No había sido consciente de lo mucho que la necesitaba para que sus días merecieran la pena. Ahora comprendía cómo se había sentido su primo al principio de su matrimonio, él mismo le había dicho que al principio era como una necesidad constante de estar cerca, de vigilarla, de no perderla de vista, había tardado mucho en darse cuenta de lo que sentía en realidad. Afortunadamente todo salió bien, pero Joseph siempre decía que se arrepentía del tiempo que había perdido.

Durante los tres días siguientes Claire se negó a bajar a desayunar, almorzar o cenar con él. Según le comunicaba su doncella, se encontraba enferma. Él sabía la verdad, no estaba enferma ni mucho menos, simplemente le asqueaba tener que verle, sin embargo su paciencia tenía un límite, decidió que esa noche si ella no bajaba, él subiría a buscarla.

Sin embargo, media hora antes de que se anunciara la cena, la condesa apareció en su biblioteca, entró sin llamar y sin pedir permiso. Aún seguía

furiosa dedujo a tenor de la fría mirada que le dedicó.

—No te robaré mucho tiempo —le dijo antes de que él pudiese saludarla — tu secretario me ha dicho que tienes una casita cerca de Dover —él asintió con la cabeza— bien, estas son mis condiciones, podrás visitarme una vez al mes hasta que te asegures de que estoy embarazada, después las visitas cesarán hasta que pueda quedarme embarazada de nuevo, si ambos embarazos resultan ser varones, jamás volveremos a vernos —William no daba crédito a lo que estaba escuchando— sé que te debo una vida llena de lujos y que debo ser agradecida por haberme librado de Tribane, pero soy la hija del conde Dunmow, no me quedaré siendo el hazmerreír de la alta sociedad mientras tú te dedicas a seducir a esa mujer.

Se miraron en silencio durante unos instantes.

—No —le espetó, se sorprendió a sí mismo al descubrir que estaba furioso— no me abandonarás, no tengo nada con Marcia —se acercó a ella que le miraba echando chispas por los ojos— te soy fiel.

—Esas son mis condiciones —le repitió rogando poder salir de allí antes de deshacerse en lágrimas.

—No —la sujetó por los brazos— no vas a ir a ninguna parte ¿me oyes? Vamos a aclarar todo esto, además ¿cómo sabré si son hijos míos si estas a varias horas de distancia?

La bofetada resonó en la estancia.

No se quedó para responder, se dio media vuelta y salió de la biblioteca dando un fuerte portazo tras ella. ¡Dios! ¡cómo le escocía la cara! Ya hacía tiempo que sabía que su esposa era puro fuego, pero jamás pensó que sería capaz de cruzarle la cara de una bofetada. Le escocía horrores, pero ella había estado magnífica. Y había sido culpa suya que le golpease, no había soportado por más tiempo la frialdad en su tono ni en sus gestos y como si fuera un chiquillo, la había provocado.

Era consciente de que aunque ella se fuese a Dover, jamás le engañaría. No era su naturaleza y él era tan consciente como ella, por eso se había sentido tan ofendida cuando insinuó que no reconocería su paternidad.

¡Dios bendito! ¿desde cuándo se comportaba como un imbécil con las mujeres? Es más... ¿desde cuándo sentía esa necesidad de provocar a su esposa? No alcanzaba a comprender el porqué de sus actos, pero desde que ella entró en la estancia con el porte de una reina, había intentado intimidarla y provocarla y finalmente lo había conseguido.

Sacudió la cabeza y sonrió. Lo había hecho porque la prefería furiosa con él al hecho de que le ignorase, porque la furia provenía de algún sitio y una ira tan orgullosamente femenina tenía que proceder de lo más recóndito de su corazón. Quizá aún hubiese esperanza para ellos.

Claire se despertó al día siguiente con un terrible dolor de cabeza pues apenas había podido dormir. Había tardado tres días en encontrar el valor suficiente para ir a hablar con él y explicarle su sencillo plan de matrimonio, pero a ese pretencioso e infiel marido suyo le habían bastado pocos minutos para negarse en redondo.

¿Cómo se había atrevido a insinuar que los hijos no serían de él? La ira la inundó de nuevo, ¡el único infiel era él! ¿cómo había sido capaz siquiera de pensarlo? Pese a las circunstancias de su matrimonio, ella siempre se había mostrado como la esposa perfecta.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana, fue entonces cuando se percató de que había una nota lacrada sobre su escritorio. Lo cogió y los dedos le temblaron al ver la pulcra y estilizada letra de su marido.

*“No huirás de mí o te perseguiré, tu lugar está a mi lado Claire, cada día del resto de tu vida. Estas son mis condiciones”.*

Gritó de frustración. Rompió la nota en varios pedazos y los tiró a la chimenea aunque estaba completamente apagada.

¡Sinvergüenza! ¡Malnacido! ¡Desgraciado! ¡Cretino! Se pasó más de una hora dando vueltas en su habitación, tirando aquello que se cruzaba en su camino contra las paredes mientras las palabras de ese... la torturaban una y otra vez. Y lo peor de todo era saber que si él se negaba a dejarla ir podía hacer cualquier cosa para impedirselo, pues ella era propiedad suya y si decidía encerrarla en una torre podría hacerlo con el beneplácito de la ley, pues todo hombre tenía derecho a hacer lo necesario para educar a su mujer.

Más humillante aún fue cuando al anoecer, una de las doncellas llamó a su puerta y una vez que le dio paso, le entregó una enorme caja. Esperó hasta estar sola de nuevo y la abrió. Dentro había una nota sobre la prenda más indecente que ella había visto jamás.

La prenda estaba hecha de transparente seda negra con bordados dorados,

al sacarlo por completo de la caja se dio cuenta de que apenas le llegaría unos centímetros por encima de las rodillas y tenía un escote que mostraría sus pechos sin pudor alguno. Le temblaban las manos.

Sacó la nota y enrojeció. Aunque no sabía muy bien por qué, era una mezcla de ira, deseo, anticipación y furia femenina.

*“Espero impaciente a vértelo puesto. Ninguna mujer puede compararse contigo y Marcia menos aún. Tambaleas mi mundo Claire.”*

¿Por qué? ¿Por qué le hacía siempre lo mismo? Era capaz de llevarla de un extremo a otro de sus emociones sin esfuerzo. En esos momentos necesitaba odiarle con todas sus fuerzas porque sin saber cómo se había enamorado de su marido hasta la médula, el amor que sentía por él lo eclipsaba todo y sin embargo, no había dudado en acudir a esa otra mujer y tener una cita clandestina con ella.

Necesitaba odiarle, porque ya no quedaba nada de la mujer que había sido antes de conocerle. La antigua Claire Baker se había perdido en algún punto del camino. Ahora sólo existía Claire Carmichael y no tenía ni idea de quién era esa mujer, sólo sabía que la luz que iluminaba su vida era un hombre alto, de pelo castaño con ojos de color miel, preciosa sonrisa y voz de barítono.

¿Por qué tenía que recordarle esas palabras? *“Tambaleas mi mundo Claire”*... ¿él decía que ella tambaleaba su mundo? ¡él era capaz de arrasarlo de ella! ¡Y lo hacía con regalos escandalosos y notas provocativas! ¡Era un demonio! ¡eso es lo que era!

Se sentía tan humillada y avergonzada de sí misma que le dijo a su doncella que no saldría de su habitación hasta el día siguiente y después se encerró colocando la butaca y el sofá contra las puertas de entrada y del vestidor. Conseguiría dejar al demonio con el que estaba casada fuera de esa habitación.

Y después se puso el camisón más conservador y sobrio que tenía y se metió en la cama, en un principio se dispuso a dormir, pero el hecho de que William consiguiese entrar y la pillara desprevenida la hizo levantarse de un brinco, no, mejor estar despierta. Se envolvió en una colcha y se sentó en el alféizar de la ventana dispuesta a velarse a sí misma toda la noche.

Sin embargo se despertó al rayar el alba y para su vergüenza el sofá que debería haber prohibido la entrada desde el vestidor estaba movido y la puerta abierta. William había ido a verla y ella ni se había enterado.

Se puso en pie y observó que había otra caja sobre la cama, esta era de

color rojo y al abrirla descubrió otra nota. Debajo del papel estaba la gargantilla más bonita del mundo. Si decidía ponérselo, una sucesión de diamantes le rodearía el cuello y un precioso rubí en forma de pirámide se acomodaría sobre su pecho. Era magnífico.

Se quedó observándolo durante lo que le parecieron horas. Abrió la nota y los ojos se le encharcaron de lágrimas. *“No es necesario que te encierres, jamás me acercaré cuando sé que no soy bien recibido. Creo que estarás radiante con ella puesta, aunque no creo que brille más que tu sonrisa.”*

¡Cómo le odiaba! Guardó delicadamente la gargantilla de nuevo en su caja y llamó a su doncella y cuando se aseguró de que William había salido de la propiedad, se dio un baño y se vistió. Estaba muerta de hambre pues el día anterior se había negado a comer.

En la mesa de desayuno había café recién hecho, té, pastas y una fantástica selección de sus platos favoritos, otra nota apoyada en la cafetera. *“Disfruta del desayuno, mi querida condesa”*.

Quiso gritar por la frustración. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo era posible que con tan sólo unas estúpidas palabras consiguiera hacerla plantearse sus decisiones? Porque para su vergüenza así era, se estaba planteando si la separación que había impuesto era buena idea.

Después de desayunar decidió pasear por los jardines a pesar de que se sentía completamente enferma. Se recompuso lo mejor que pudo y caminó durante horas entre las plantas que mostraban orgullosas sus flores, sonrió con tristeza, si su ánimo fuese otro, se sentiría como un hada en mitad del jardín del Edén. ¿Cómo podía la vida continuar como si nada hubiese ocurrido? Su corazón se estaba rompiendo con cada aliento que cogía y sin embargo, miraba a su alrededor y nada cambiaba. Se sentía completamente insignificante.

Los días se sucedieron uno tras otro de la misma forma. Cada día al despertar, sobre la mesilla había una caja con una nota y un regalo dentro. Notas que la hacían llorar a lágrima viva y que le provocaban un millón de sensaciones que le retorcían el corazón. Y regalos que la hacían enfurecer o que le provocaban carcajadas durante varios minutos.

Pero al cabo de diez días fue consciente de una cosa. Cada una de sus palabras y cada uno de sus regalos la habían hecho sentir. Sonrió mientras olía la delicada rosa que tenía entre las manos, el regalo de aquella mañana. Y sobre todo, el ladino conde se aseguraba de que ella no dejase de pensar en él ni por un momento.



El único problema era que cada vez que se armaba de valor para ir a hablar con él, la imagen de los pechos de esa mujer contra su boca le provocaba náuseas. Lo había intentado todo, pero no encontraba la forma de quitarse esa imagen de la cabeza.

Suspiró y salió de su habitación para acudir al salón parroquial para estar con los niños, en las últimas semanas ellos eran los únicos que la hacían sonreír sin sentirse una mujer débil después.

William la vio subir al carruaje y se pasó las manos por el pelo como muestra de la frustración que le invadía. Era martes, por lo que ella iría a leer a los niños de los arrendatarios al salón parroquial, donde poco a poco Claire había ido montando una escuela. No había muchos niños en ese momento, pero parecía que eso no importaba pues se dedicaba a ellos en cuerpo y alma.

—¡Maldita sea! —cerró los ojos un instante y apretó la mandíbula.

La echaba tanto de menos que le dolía. Desde aquella noche que le impidió entrar en su cuarto poniendo un sofá tras la puerta, jamás las había vuelto a cerrar, pero eso no significaba que él tuviese libre acceso a ella, sólo significaba que sabía que era capaz de entrar siempre que quisiera hacerlo.

Se apoyó en una columna de las caballerizas cuando ella ya no pudiese verle y se metió las manos en los bolsillos. El día se había levantado especialmente cálido y por lo que había podido ver, Claire llevaba un precioso y delicado vestido de paseo que la favorecía especialmente y que no hacía más que avivar el anhelo que sentía y la angustiada necesidad por volver a tenerla entre sus brazos. Debería ir tras ella y obligarla a ponerse un vestido que fuese mucho menos sugerente que la pudiera proteger de las miradas de otros hombres. Sin embargo no se atrevió. No podía forzarla, si ella le perdonaba se lo haría saber.

Unos días más tarde recibieron una invitación para cenar en Hatford Lane y aunque William estuvo a punto de declinar la oferta, decidió que sería buena idea consultarle a su esposa, no quería darle más motivos para que su enfado aumentase, a esas alturas comenzaba a perder la paciencia. Se sorprendió cuando Claire le informó a través de su doncella, eso sí, que le apetecía acudir a cenar con sus amigos, se preguntó si se había dado cuenta de que tendrían que asistir los dos, juntos... pero decidió no preguntárselo. Era mejor enfrentarse a ello cuando llegase el momento.

Estaba claro que el conde de Tillshire no era un hombre que aceptase un

no por respuesta pensó Claire, aunque también era cierto que no la estaba forzando a nada, tan sólo estaba... ¡Dios bendito! ¿acaso la estaba cortejando? No podía ser ¿verdad? Ellos ya estaban casados y aunque de momento le había permitido que siguiera enfadada con él, no podía dejar que la situación permaneciese así eternamente. Seguramente ambos eran conscientes de ello.

La noche de la cena en Hatford Lane la lluvia de una fuerte tormenta de verano no dio tregua. Los caminos eran transitables pero si seguía lloviendo de esa forma, pronto dejarían de serlo. William estuvo a punto de mandarle el recado a su esposa y decirle que no saldrían, sin embargo sabía que no lo hacía por el estado de los caminos, lo hacía porque sería la primera vez desde el dichoso baile en casa de los Mirtown que volvería a estar a solas con Claire en un carruaje y ¡maldita sea! ¡estaba nervioso!

La vio bajar las escaleras y contuvo el aliento. Estaba maravillosa. Se había puesto un vestido azul cielo que rivalizaba con el color de sus ojos, tenía delicados bordados plateados y se había recogido el pelo en un moño elegante que hacía resaltar la belleza de su esbelto cuello. Unas delicadas flores de plata le adornaban el peinado.

—Estás preciosa —le dijo cuando recuperó el habla, ella ya había llegado hasta él— permíteme —le puso el delicado chal de seda sobre los hombros y le ofreció el brazo para llevarla hasta el carruaje.

Ella ni siquiera le miró y para su eterna humillación se sintió como un niño herido. Ansiaba escuchar su voz de nuevo, anhelaba hasta el dolor volver a abrazarla y perderse en su aroma y calidez, las manos le picaban por volver a acariciarla... ¡maldita fuera! Le estaba torturando hasta tal punto que empezaba a plantearse dejarla irse a Dover.

Subieron al carruaje y enseguida se pusieron en marcha.

—Hace una noche horrible — comentó el conde pero ella se mantuvo en silencio— venga Claire... ¿no vas a volver a hablarme nunca?

Le fulminó con la mirada y su corazón se saltó un par de latidos. Al menos le había mirado.

—No puedo ir a cenar con Candice y Joseph y no hablarte —le dijo fríamente— pero hasta que estemos allí no es necesario que lo hagamos.

—¿Por qué no me crees? —le preguntó desesperado— ¡te juro que soy

fiel! Que no hay nada entre esa mujer y yo.

—Te vi William, te vi... y no puedo borrar esa imagen de mi mente ¿sabes? Lo he intentado todo, pero cada vez que te miro... sus... ella... — cerró los ojos e inspiró con fuerza— no puedo.

El conde estaba más que harto de toda la situación. Echaba de menos a su esposa, no sólo por compartir la cama que también, sino porque ella se había convertido en su mejor amiga, en su confidente y la echaba de menos ¡maldita sea! Quería volver a sentirse conectado a ella, quería poder mirarla y sonreírle a cualquier hora del día, ansiaba con desesperación volver a compartir risas, sueños, comidas y demás con ella.

—De acuerdo —claudicó— si no quieres hablar conmigo no lo hagas, pero yo si hablaré contigo —era probable que jamás volviese a tener una oportunidad como esa y tenían tiempo de sobra para llegar a Hatford Lane— Marcia y yo estuvimos prometidos hace cinco años, teníamos pensado casarnos una semana después de mi veinticinco cumpleaños, ella tenía veintidós —se pasó las manos por el pelo— no es que la amara con locura, ni siquiera estoy convencido de que estuviese encaprichado, simplemente era la mujer que todos creían que me convenía y me dejé llevar... mi padre había hecho el esfuerzo de ir a buscarme a Londres y pedirme perdón y le creí... a las pocas semanas Marcia aparecía en cualquier lugar en el que yo estuviese y parecía que el destino jugaba a favor de que estuviésemos juntos... y supongo que yo aún no sabía lo que quería de la vida, pero tenía la sensación de que con ella todo sería más fácil, de modo que le pedí matrimonio y ella aceptó.

Claire no había dicho ni una sola palabra, de hecho apenas estaba respirando, pero sabía que le estaba prestando atención, sus ojos no se habían desviado de los suyos ni un centímetro. Tenía las manos entrelazadas en su regazo y se retorció los dedos con nerviosismo, eso era lo único que delataba su estado anímico.

El corazón le martilleaba en el pecho. No había sido consciente de lo muchísimo que le había echado de menos hasta que se le vio al pie de las escaleras esperándola. Su voz había sido una tierna caricia sobre su piel. Las primeras palabras que cruzaban en semanas. Había esperado que estuviera furioso pero su reacción había sido todo lo contrario, parecía aliviado cuando la vio, como si durante un momento hubiese pensado que ella se echaría atrás. Casi derribó sus defensas.

Pero cuando subió tras ella en el carruaje fue cuando sus pulmones se

negaron a funcionar correctamente y su pulso se aceleró. ¿Por qué en ningún momento había pensado en que irían juntos y solos? Y entonces él comenzó a hablar y ella sólo podía escucharle, porque su corazón se rompía a cada palabra que decía.

—La noche anterior a la boda celebramos un baile en Tillshire Manor, todo el mundo estaba allí, bueno, todos menos los Aldridge, mi padre se negó a invitarles y yo tampoco me atreví a hacerlo, aunque acusé su ausencia toda la noche y esperé lo imposible, que mi tío y mis primos apareciesen para estar conmigo en un acontecimiento tan importante —apretó la mandíbula un momento— obviamente no aparecieron —clavó sus ojos en ella— lo siento, los recuerdos a partir de aquí son algo confusos —le explicó— en algún momento de la noche Marcia desapareció del salón y como un estúpido fui a buscarla por toda la mansión, ya habíamos... intimado en varias ocasiones y pensé que sería uno de sus juegos —rio tristemente— así de estúpido era... la encontré por supuesto... con el vestido en la cintura cabalgando a mi padre que tenía las manos en su trasero —la oyó ahogar un grito pero no se detuvo, tenía que contarle todo de una vez— ella no se percató de que yo había entrado, pero mi padre sí, la golpeó en las nalgas con la mano abierta mientras me miraba a los ojos y sonreía... creo que les insulté o tiré algo y entonces Marcia se giró y me vio —se pasó las manos por el pelo de nuevo— sé que dijo algo pero si te soy sincero no recuerdo el qué, sólo sé que bajé al salón y anuncié que el compromiso estaba roto, eché a toda esa panda de cotillas y me fui... —se encogió de hombros— me refugié en casa de Mark y bebí hasta perder el sentido. No he vuelto a verla hasta el día del maldito baile, no sabía que se había casado con Mirtown y lo que viste no fue más que otra de sus manipulaciones, es cierto que cometí la imprudencia de ir al invernadero pero no para tener una cita con ella, sólo que ella apareció se subió a un caldero y se abrió el vestido, yo le sujeté los brazos para alejarla de mí y ella se arqueó para que sus... en fin, imagino que fue entonces cuando nos viste y ella lo sabía, de algún modo lo sabía, pero no te debiste quedar mucho tiempo, porque acto seguido la cogí en volandas, la senté sobre la mesa y me fui sin decirle nada, te busqué en el baile pero su madre, la señora Hoks me dijo que te habías ido con los Courtland.

“Por fin” pensó William, “por fin se lo he contado todo” y por extraño que pareciese, se sintió aliviado, durante todos esos días se había sentido como un miserable porque ella sufría por algo que no pasó, por una encerrona de una

mujer que debía odiarle muchísimo para haberle hecho tanto daño. Apenas estaba enfadado por lo de su fallida boda, pero sí que lo estaba por el hecho de que ella había sido la responsable de que Claire se alejara de él. Eso no se lo perdonaría en la vida.

Le miró fijamente apenas sin pestañear durante lo que le pareció una eternidad. Su mente bullía con preguntas, respuestas e incluso imágenes, pero su corazón estaba confuso porque le invadían un sinfín de sentimientos que la abrumaban.

¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? ¿Por qué no podía volver a los pacíficos y sencillos días de la escuela de Miss LeBlanc? ¿Por qué su padre la había abandonado? ¿Por qué había muerto su hermana? Siempre había sido una buena persona, de eso estaba segura, por eso no conseguía comprender por qué motivo le ocurrían esas cosas a ella.

William ya no la miraba, estaba mirando por el cristal del carruaje mientras las gruesas gotas salpicaban el cristal e impedían ver más allá de un palmo. La tormenta estaba arreciando pues el coche se zarandeaba más a cada momento que pasaba, puede que incluso hubiese rayos y truenos, pero Claire sólo podía escuchar el zumbido de su sangre en los oídos y el latir errático de su corazón.

Su marido era un misterio para ella. Había intentado conocerle, lo había intentado con todas sus fuerzas y había fracasado estrepitosamente en el empeño. Por más que le miraba, no le conocía. Había tenido una infancia marcada por el maltrato a su madre y había traicionado a sus primos y a su tío que siempre le habían adorado en favor de su padre que siempre le había odiado... había elegido casarse por motivos que ella no comprendía y había sido víctima de otra traición más y sin embargo se había casado con ella para protegerla de sir Laurence Tribane. No lograba comprenderlo.

Por más vueltas que le daba, no lo entendía y cuando quiso hablar, el carruaje comenzó a detenerse. Habían llegado a Hatford Lane.

Bajaron y rápidamente entraron en la casa. Debían estar pendientes de su llegada pues la puerta estaba abierta y el mayordomo les esperaba con un par de paraguas.

La mente de Claire bullía con la historia que William le había contado. ¿Sería cierta? ¿Por qué iba a mentirle? Si todo era verdad, ¿por qué esa horrible mujer se había abalanzado sobre él? ¡No! No podía culparla solamente a ella. Deseó con todas sus fuerzas poder volver atrás en el tiempo

y despertar una mañana cualquiera de hacía diez años, cuando su vida era sencilla, tranquila y sin ninguna complicación.

Nada más darle su capa al mayordomo, Candice apareció para saludarles y como ya era habitual, tenía al pequeño Sylvester en sus brazos.

Pasaron al salón para charlar y hacer tiempo hasta que llegasen los otros invitados, tal y como estaba explicando Candice, no sería una cena formal, sólo faltaban el doctor Gilbert y su hija Ermine.

Acababan de servir unas copas de vino cuando el doctor y su hija hicieron aparición y Claire lo agradeció en el alma. Se sentía muy confusa y necesitaba hablar con sus amigas, sin embargo, por la mirada de Ermine, ésta ya se había enterado de lo ocurrido en el baile de los Mirtown.

Pasaron al comedor y disfrutaron de una magnífica cena aderezada con los mejores vinos de la bodega de Hatford, Claire disfrutaba escuchando hablar al marqués de Kerinbrooke, Eliseo le estaba contando una anécdota divertidísima de cuando Joseph, William y Alexander eran pequeños. Se rio casi continuamente. Comprendía por qué su amiga adoraba a su suegro, era un hombre maravilloso y lamentó no haber conocido a su esposa, tenía que amarla muchísimo pues cada vez que hablaba de ella sus ojos brillaban. Era encantador ver que a veces el amor es tan fuerte que ni siquiera la muerte podía con él.

Tras degustar el postre, las damas se levantaron y se fueron juntas a la salita de la condesa donde cada una ya casi tenía un lugar establecido, allí les habían llevado té, pastas y un poco de vino.

—Bien —comenzó Ermine en cuanto tomaron asiento y comprobó que la puerta estaba cerrada— ¿qué pasó en casa de los Mirtown?

Candice la miró con los ojos como platos. Al menos no todas sus amigas lo sabían pensó para sí misma, de lo contrario la humillación sería horrible.

—¿Lo sabe todo el mundo? —preguntó a su vez y la joven asintió— estupendo —suspiró y comenzó a retorcerse las manos sobre el regazo— fue un baile de lo más extraño, había mucha gente a la que no conocía, si no hubiera sido por los Courtland nos hubiéramos ido tras la segunda pieza —cerró los ojos un instante y luego miró a sus amigas— William desapareció y los condes y yo fuimos a ver el invernadero pues una señora nos incitó a ello, al llegar... —cogió aire y lo expulsó despacio— al llegar oímos a una pareja y escuché el nombre de William, me asomé y vi a... a esa... esa... —soltó un grito ahogado— a lady Welcox medio desnuda y con los... —se señaló sus

propios pechos— en la boca de William.

—¡Por el amor de Dios! — exclamó Candice— ¿y qué hiciste?

—¿Qué querías que hiciera? —la fulminó con la mirada— me di media vuelta y me fui de allí corriendo, Jack y Julia fueron muy amables y me llevaron a casa.

—¿Qué explicación te dio William? —los ojos se le llenaron de lágrimas y Candice se tapó la boca con las manos— ¡por Dios! ¡dime que hablaste con él!

—¡Por supuesto que lo hice! —estaba tan alterada que sólo deseaba ponerse a gritar.

—¿Eso fue todo lo que ocurrió? —la pregunta de Ermine la sorprendió y asintió con la cabeza— en el pueblo se dice que les pillaste en su cama y que aunque te vieron, siguieron con lo que estaban haciendo.

—¡Por Dios! ¡voy a vomitar! —Claire salió corriendo de la salita en dirección al cuarto de baño.

Sus amigas la siguieron también a las carreras, Candice solo se detuvo para pedirle a una doncella que les llevase paños limpios y que sirviera más té en su salita.

Claire lo veía todo borroso y ya no sabía si era por las lágrimas o porque se sentía tan enferma que las piernas apenas podían sostenerla. Ermine le apartaba los mechones de pelo que se habían soltado de su recogido mientras Candice le ponía la mano en la frente para sujetarle la cabeza.

Al final estaba tan agotada que se dejó caer al suelo sin apenas poder respirar.

—Voy a notificar que estás enferma —aseveró Candice— será mejor que esta noche la pases aquí, no creo que un paseo a través de una tormenta sea lo más adecuado en tu estado.

Cruzó una mirada con Ermine que asintió levemente con la cabeza y la condesa se fue.

—¿Hace mucho que te encuentras así? —le preguntó mientras le acariciaba el pelo.

Claire quiso llorar, de verdad que quería hacerlo, pero debía haberse quedado sin lágrimas. Estaba sentada en el suelo de un cuarto de baño con Ermine sentada a su lado, tenía la cabeza apoyada en el hombro de su amiga y esta le acariciaba el pelo suavemente.

No quería contestar. No quería porque sabía cuál sería la conclusión a la



que llegarían ambas y en la que no había querido pensar en ningún momento desde hacía más de una semana.

—Vamos cariño —la dulce Candice le tendió una mano y la ayudó a ponerse en pie— será mejor que hablemos de todo esto en otro momento.

La acompañarían hasta la habitación y la dejarían dormir, pero al salir se dieron de bruces con William que estaba blanco como el papel.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó más bruscamente de lo que hubiese querido.

—Tillshire —escuchar su título de boca de Candice le dolió— tu esposa está enferma, será mejor que la dejes descansar —quiso protestar pero sintió la mano de Joseph en su hombro apretando con fuerza.

Las damas pasaron de largo y atravesaron un pasillo hasta que finalmente entraron en una habitación y cerraron tras ellas.

Los hombres estaban en silencio, el marqués miró a su sobrino y le hizo una mueca desaprobatoria, su primo le palmeó en la espalda y le hizo un gesto para que le siguiera. El doctor se disculpó y se alejó en dirección a la habitación para asegurarse de que la joven estaba estable.

Eliseo, Joseph y William estaban sentados en las butacas de la sala de juego. Todos tenían copas de licor en las manos pero ninguno bebía y ninguno hablaba, era evidente que esperaban que fuera William el que rompiera el silencio.

—Marcia me tendió una trampa y Claire me sorprendió con ella en una actitud... muy comprometida —confesó sin atreverse a mirarles a los ojos.

—Lo sabemos —aseguró Eliseo— hay mil versiones de los hechos, van desde un simple beso a que Claire os pilló en la cama de Marcia y no parastéis pese a que sabías que tu esposa estaba allí.

—¿Cómo?! —la voz de William era apenas un murmullo.

—Marcia siempre fue una zorra sin corazón —sentenció Joseph— jamás entendí como llegaste a comprometerte con ella —se encogió de hombros.

—Ni siquiera la besé y estábamos en el invernadero, sólo que ella se desnudó y... bueno, Claire entró cuando ella pegó sus pechos a mi boca.

—Estupenda imagen que jamás podré borrar de mi memoria —el sarcasmo no le pegaba a su primo pensó William.

—¿Desde cuándo está enferma Claire? —la pregunta del marqués le hizo alzar la vista.

—Desde aquella noche.

—Tendrás que encontrar la forma de que te perdone —su primo bebió un sorbo del licor.

Y William estalló. Les contó a gritos que lo había intentado todo, hablar con ella, ser cariñoso, les explicó que le había hecho regalos de todo tipo que le había dado el espacio que al parecer ella necesitaba pero que nada surtía efecto, se negaba a hablar con él o incluso a estar en la misma habitación. A punto estuvo de lanzar el vaso contra la pared cuando llegó a la parte en la que la vio por primera vez en semanas esa misma noche ya que obvió contarles que se escondía por los rincones para deleitarse, aunque fuese desde lejos, también les relató la conversación que habían tenido en el carruaje. Conversación que parecía que no había servido de nada porque claramente se esposa no estaba a punto de perdonarle.

Tanto su primo como su tío le escucharon hablar y hablar durante lo que le pareció media noche, sin embargo una mirada al reloj de pared, le indicó que sólo habían pasado cuarenta minutos.

La tormenta no había amainado y cuando dieron las doce, todos decidieron que era una hora más que respetable para retirarse, por supuesto, todos se quedarían a pasar la noche, pues los caminos debían haberse convertido en ríos de lodazal.

Candice le había notificado que si su esposa no le quería en la misma habitación debía dejarla sola, después de eso se dio media vuelta y se alejó en dirección a sus propios aposentos. A William se le encogió el corazón. Al parecer todo el mundo sabía lo que había ocurrido.

Llamó a la puerta y esperó, pero al no recibir respuesta abrió con cuidado y entró en silencio. “*Sólo quiero verla*” se dijo a sí mismo. Pero no era cierto, bueno sí, pero lo que quería era desnudarse y tumbarse a su lado, quería consolarla y quería convencerla de que jamás estaría con otra mujer, que lo que él sentía por ella era... ¿qué es lo que era? No lo sabía, pero sí sabía que la echaba de menos y que languidecía por ella cada día con más intensidad.

Su esposa estaba metida en la cama, tumbada de lado y con una pequeña lamparita en la mesita. Apenas podía distinguirla en la oscuridad que reinaba, pero se acercó con cuidado y comprobó que estaba dormida. La ternura de la imagen se grabó en su corazón. Estaba preciosa. Se acercó más a ella con mucho cuidado para que no se despertase y la besó muy delicadamente en el pelo.

—Te echo de menos cariño —murmuró— lo siento, lo siento mucho.

Sabía que debía irse, que no estaba bien que permaneciese con su esposa si ella no le había dado permiso para entrar en su alcoba, pero es que le resultaba tan difícil que apenas podía pensar. Le acarició un mechón de pelo que se había soltado de la trenza.

—En cuanto vi que era su casa debí cogerte e irnos de allí —seguía murmurando— no puedo cambiar el pasado, pero te prometo que te soy fiel, que no le puse una mano encima salvo para apartarla de mí —la besó en la sien— ¿cómo iba a fijarme en otra cuando mi esposa es la mujer más hermosa del mundo?

No sabía cómo había llegado hasta la butaca, pero allí estaba. Observando a su esposa dormir y por primera vez en semanas se sentía ligeramente en paz. No pudo irse, se quedó mirándola.

Cuando Claire despertó fue consciente de dos cosas, que no estaba en su cama y que William estaba a su lado. Quiso cerrar los ojos con fuerza y obligarse a dormir de nuevo, quizá así cuando él se despertase se fuese sin tener que hablar con ella. Pero no fue posible porque en ese momento se dio cuenta de que su marido la miraba fijamente.

—Buenos días cariño —hizo el ademán de acariciarle el pelo pero se contuvo— ¿puedes decirme lo que te ocurre?

Parecía realmente preocupado. Y ella se sentía lo suficientemente humillada y dolida como para pensar en vengarse, sin embargo observó con más detenimiento a su marido y descubrió que tenía profundas ojeras y que aunque seguía siendo pecaminosamente atractivo, sus facciones estaban más marcadas, debía de haber perdido peso.

—Estoy... —quiso decírselo pero las palabras se le atravesaron en la garganta— bien —cerró los ojos sintiendo como su corazón lloraba de nuevo.

—Entiendo —él sabía que mentía y eso le rompió el corazón— dime lo que tengo que hacer Claire, dime lo que necesitas para volver a confiar en mí —se puso de rodillas— te juro que sucedió tal y como te conté —se moría de ganas por acariciarla— ¿no te das cuenta de que sólo me interesas tú?

—Yo no... —cerró los ojos un instante— somos desconocidos.

—No es verdad —rebatió— eres mi esposa y te conozco, sé que adoras las tostadas poco hechas y con mantequilla casi derretida pero sin nada de mermelada, sé que odias el champán pero finges que te encanta, sé que prefieres las glicinias y los lirios a las rosas, aunque es el aroma que más te gusta, sé que cuando el sol te baña con su luz tu pelo se llena de hebras doradas y parece que seas tú quien emita la luz, sé que disfrutas mucho de trabajar con los niños, sé que sólo te gusta la miga del pan, sé que siempre te pones primero el zapato derecho y luego el izquierdo, sé que te encanta bordar en el jardín, que le escribes cartas a tu hermana porque imagino que es una

forma de comunicarte con ella y sé, que cuando duermes prefieres acurrucarte entre mis brazos y que no tienes pesadillas cuando lo haces. Te conozco Claire.

Se quedó mirándole durante varios minutos sin saber qué decir exactamente, él lo sabía casi todo de ella, ¿cómo era posible? ¿cuándo había descubierto que le escribía cartas a su hermana? Ni siquiera se lo había contado a sus amigas. Era algo sólo para ella, para tenerla siempre presente y mantenerla en su vida. Al parecer le había prestado mucha atención a todo lo que hacía pues nunca había confesado que odiaba el champán... ¿y cuándo se había fijado en que sólo comía la miga del pan? Pero lo peor fue que tenía razón en todo, la única forma de mantener lejos las pesadillas era cuando dormía entre sus brazos.

Quería llorar.

William se sentía destrozado. Ya no le quedaba nada más dentro que darle, se lo había contado todo, prácticamente le había dicho que la amaba y era cierto, la amaba más que a su vida pero sabía que si se lo decía antes de que ella volviese a confiar en él, jamás le creería... pero tenía que darse cuenta ¿verdad? Las mujeres sabían cuando un hombre las amaba, sobre todo cuando ese hombre acababa de confesar que no se perdía un solo detalle de su día a día porque se la comía con los ojos cada vez que tenía la oportunidad.

—No puedes perdonarme ¿verdad? —su voz era tan triste... y en ese momento ella comprendió por qué no creía lo que le decía.

—Jamás me has pedido que te perdone —rebatíó— me has hecho regalos y escrito notas, me has explicado lo que pasó, pero jamás me has pedido mi perdón, jamás has pedido que vuelva a confiar en ti. Simplemente esperas que acepte tu palabra y que olvide mis sentimientos y no puedo hacerlo sin más, ponte en mi lugar, imagina que un caballero me tiene rodeada con los brazos y su boca me besa, ¿serías tú tan razonable como me exiges que yo sea?

—No —no tuvo ni que pensarlo.

La imagen de Claire en brazos de otro le enfureció. No, jamás la perdonaría, hacía tiempo que había aceptado que no era como su padre y él jamás le pondría una mano encima, ahora al hombre en cuestión lo mataría con sus propias manos sin dudar y sin lamentarlo.

—Tienes razón —se puso en pie y cogió aire— lo siento mucho, siento haberme dejado manipular por esa mujer, siento no haber sido capaz de detenerla y siento el dolor, la vergüenza y la humillación por las que te he

hecho pasar —se soltó el nudo de la corbata— pero sobre todo, lamento haber perdido tu confianza y espero que en los años que nos quedan sea capaz de volver a ser merecedor de la misma.

Claire se incorporó un poco en la cama.

—Lo lamento muchísimo —le acarició un mechó suelto— no te mereces por lo que estás pasando y te juro que lo enmendaré, encontraré la forma, lograré ser el hombre con el que sueñas. Lograré que vuelvas a confiar en mí y que... —¿qué estaba a punto de decir? Sopesó mejor las palabras— y que dejes de arrepentirte de haberte casado conmigo.

Le cogió la mano y le besó los nudillos justo antes de salir por la puerta y cerrar en el más absoluto silencio.

Claire se quedó destrozada. Ansiaba correr detrás de él y decirle que sí que le había perdonado que ya conseguiría olvidarlo todo y que estaba convencida de que podrían ser felices, que no se arrepentía de ser su esposa y que... bueno, había noticias que debían darse sin un ataque de histeria por su parte.

Tardó algo más de lo que pensaba en bajar a desayunar, pues se encontraba apenas sin apetito y aún algo revuelta, no obstante no quería hacerles un desprecio a los condes de Hatford, al entrar en el salón matinal, una doncella le puso delante un plato con una flor en el centro, era un lirio, sus ojos comenzaron a escocerle. Claire alzó la vista y miró a su amiga.

—William la pidió para ti, como también pidió eso —hizo un gesto y vio como una doncella ponía frente a ella tostadas exactamente como a ella le gustaban y un pequeño bol con mantequilla casi derretida— sé lo que parece Claire, pero yo le creo y Joseph también.

—¿Crees que debo perdonarle? —le preguntó con esperanza.

—Eso depende de ti cariño, pero... si Joseph no me hubiese perdonado todas las veces que le mentí... bueno, no sé lo que habría hecho.

—¡Pero tú lo hiciste para salvarle! Porque tenías miedo de que le hiriesen —protestó.

—Perdonar es perdonar cariño —sonrió con tristeza— es cierto que hay situaciones más dolorosas que otras, pero... —se encogió de hombros— tienes que mirar en tu corazón y ser sincera contigo misma.

Después de esa conversación tan introspectiva, su amiga se fue dejándola sumida en un millón de pensamientos que la estaban destrozando por dentro. Le dolía tanto el corazón que no sabía qué podía hacer.

La lluvia por fin había parado y el sol brillaba con fuerza. No obstante, Claire se puso un fino chal y salió a caminar sobre el camino de losas que discurría entre el jardín cubierto en el lateral este de la mansión. Se sorprendió a ver allí a William. Este se giró y la miró en cuanto la oyó caminar.

—Te dejaré sola —le hizo un gesto con la cabeza que le rompió el corazón de nuevo.

—Quédate —le pidió con un hilo de voz, pero él la escuchó y durante un instante, su rostro se llenó por la luz de la ilusión, aunque no tardó en ponerse esa máscara en la que ella no podía leer, se situó a su lado y miraron al horizonte.

El cielo estaba de color azul claro y totalmente despejado, lo que indicaba que no volvería a llover en breve, pero una sonrisa se escapó de sus labios cuando descubrió a lo lejos un arcoíris, estaba bastante difuminado, pero podía distinguirse sin problemas.

—Christine creía que los arcoíris eran puentes a otros mundos —comentó en voz alta— incluso una vez siendo niñas me convenció para ir a buscar el inicio de uno, caminamos durante horas sin éxito.

William estaba mortalmente quieto, apenas se atrevía a respirar. Era tan maravilloso volver a estar con ella a solas que no quería moverse por si así se rompía el hechizo, aunque le extrañaba que su esposa no escuchase el loco retumbar de su corazón.

—Yo creía que eran los toboganes\* de los ángeles —se encogió de hombros— creía que si podíamos verlos era porque Dios así lo quería, para que no perdiésemos la fe. ¿Tú qué crees que son?

—No lo sé —mintió— pero me encanta la idea de que pequeños y dulces ángeles tengan la oportunidad de divertirse —tragó con fuerza a la espera de que ella volviese a hablar.

—William —se giró para mirarle y él hizo lo mismo — tengo algo que decirte...

—No por favor —la interrumpió él— no me pidas que te deje irte a Dover o al otro extremo del mundo porque lo haría, no me lo pidas por favor, dame la oportunidad de demostrarte que no soy un hombre que busca los favores de otras damas cuando su mujer es perfecta.

—No era eso lo que iba a decir —le puso la mano sobre el brazo y le sintió tensarse— aún me siento algo confusa, pero te creo, si dices que ella fue

la instigadora de esa bochornosa escena, te creo —hizo un gesto para que la dejase terminar de hablar— William, estoy embarazada.

Y el mundo se abrió bajo sus pies.

¿Qué era lo que acababa de decirle? Estaba seguro de que la había visto mover los labios y pronunciar una palabra detrás de otra, pero no alcanzaba a comprender el significado, hasta que la vio sonreír y acariciarse el vientre, entonces el entendimiento llegó de golpe desatando en su interior una tormenta que sacudió sus emociones de tal forma que pensó que un rato le había atravesado, no obstante de repente todo estaba perfectamente claro para él.

—¡Santo Dios! —la abrazó con fuerza y la alzó en el aire— ¿es cierto? —ella asintió con un gesto— ¡gracias a Dios!

Y entonces la besó. Ambos se quedaron paralizados durante un instante, separó sus labios de los de ella y la depositó en el suelo lentamente.

—Lo siento —se disculpó— ha sido... lo siento.

—Me alegra que te haga feliz —se acercó a él de nuevo— y tengo entendido que es una buena cosa que los maridos besen a sus esposas cuando estas les dan la buena nueva.

—Voy a hacer que seas la mujer más feliz del mundo, te lo prometo —le dijo con gran vehemencia y ella le creyó.

Claire se sentía bien. Sentía que había hecho lo correcto. Aún tenía la imagen de esa mujer con William, pero ya había empezado a desvanecerse y cobraba más fuerza el hecho de que parecía que había rejuvenecido diez años cuando le confesó que estaba embarazada. Iban a formar una familia y ella ya amaba a su bebé con tanta fuerza que le dolía el corazón. Podrían conseguirlo, se dijo a sí misma, podrían superarlo porque iban a tener un hijo o hija y a William la noticia le había hecho tan feliz como a ella misma.

—¿Podemos anunciárselo a todo el mundo? —Claire se echó a reír, tenía una expresión tan dulce que no pudo evitarlo.

—Pareces un niño la mañana de Navidad —le dijo entre risas, entonces él la cogió de nuevo por la cintura y la elevó del suelo.

—¿Cómo no parecerlo? —la besó en los labios y volvió a girar con ella en el aire — ¡me has perdonado y vamos a tener un hijo! ¡soy el hombre más feliz del mundo!

—¿Has pensado que puede que sea una niña? —ella le echó los brazos al cuello y le besó— puede que no sea tu heredero.

—No me importa que sea niño o niña Claire, sólo me importa que es



nuestro o nuestra y le pido a Dios que venga sano y que tú estés bien —la intensidad de su mirada la estremeció— no quiero perderte — tragó con dificultad— no quiero perderte jamás —le repitió.

Y ella por mucho que quiso no fue capaz de hablar. Tan sólo se aferró más fuerte a él y durante varios minutos la sostuvo en el aire con sus cuerpos tan pegados que casi parecían uno solo.

Al final acordaron que de momento no dirían nada pues en realidad era muy pronto y Claire le advirtió del hecho de que a lo mejor era demasiado pronto, pero tenía una falta de dos semanas y las esperanzas la hicieron cometer la imprudencia de contárselo.

—¡Benditas esperanzas! —respondió William antes de besarla.

¡Cuánto le había echado de menos! No quiso seguir pensando en si había tenido una aventura o no con aquella desagradable mujer, había decidido creerle y él le había prometido que fue una encerrona y ahora, mirándole a través de la ventana bromear con su primo Joseph mientras éste alzaba a su heredero en el aire, el corazón se llenó de júbilo y todo el miedo que había pasado desapareció de su mente y de su alma.

Habían vuelto hacía un par de horas de su paseo por los jardines exteriores y ella prácticamente le había tenido que suplicar que la dejase un rato a solas y que se comportase de forma natural, pues tendrían que dar muchas explicaciones si se empeñaba en llevarla de un sitio a otro en brazos, razonó llena de lógica que no era nada práctico y él le respondió que durante el resto de su vida, ella era lo más importante del mundo, fuera práctico o no.

¿Cómo lo hacía? Siempre era capaz de hacerla reír y a su lado se sentía la mujer más hermosa e importante del mundo. Tenía que creerle, tenía que hacerlo porque su corazón y su mente así se lo exigían... ¿cómo iba a tener una amante si sólo tenía ojos para ella? Desde el día que le conoció siempre había tenido esa sensación de cuando William la miraba, sólo la veía a ella, que el mundo desaparecía para él... era una sensación que la hacía sentir... viva. Deliciosamente viva.

Subió a su cuarto y sonrió al comprobar que tenía papel, pluma, tinta y papel secante y por supuesto una nota de William. *“Imagino que arderás de ganas de contárselo a Christine”*, se puso a llorar como una tonta. Era cierto que la conocía. Y era cierto que aún no se lo había escrito en ninguna carta. Ella jamás las leería, era muy consciente de ello, pero al sincerarse con ella era como si pudiera retenerla a su lado más tiempo... había sido muy poco,

cogió la pluma. Se estaba engañando, toda una vida con ella en su vida no sería suficiente, había sido la mejor hermana del mundo y su mejor amiga. La echaba de menos. Mientras las lágrimas caían por su rostro comenzó a escribir.

Almorzaron todos juntos en el salón acristalado, una de las ideas de Candice para mejorar la propiedad, según les explicó el conde haciendo que ella se ruborizara. Y mientras comían y hablaban de varios temas, fue cuando Hatford les informó de que había ido a inspeccionar los caminos y estos estaban intransitables y como la lluvia seguía cayendo aunque de forma intermitente, seguramente tendrían que quedarse al menos un día más, obviamente estaban más que encantados de acogerles.

Sin embargo el ambiente era muy diferente al de la cena anterior. Ya no había tensión y todos sonreían de forma sincera, pero lo que había cambiado era que William no dejaba de mirarla y sonreírle así como tampoco dejaba de ofrecerle lo mejor de cada bandeja de comida. Ella intentó regañarle con la mirada pero sólo consiguió que se riese a carcajadas sorprendiendo al resto de los comensales.

Las damas se retiraron a la salita de la condesa para descansar un rato y tomar el té a solas, o eso fue lo que les dijeron a los hombres, pero en realidad la niñera les esperaba con el joven Sylvester y de esa forma pudieron disfrutar a solas de él durante casi dos horas. Hasta que Joseph seguido por Eliseo, el marqués de Kerinbrooke, irrumpieron en la estancia blancos como el papel.

—¡Por Dios Candice! —le recriminó el conde— ¡pensé que había desaparecido!

La condesa le miró un instante y se echó a reír a carcajadas, después se acercó y aunque tenía a su hijo en brazos, besó a su esposo.

—También es mi hijo —intentó poner expresión adusta pero era evidente que estaba encantada— te lo recuerdo porque parece que eres tú el que lo ha llevado en su vientre y el que le dio a luz —Joseph cogió a su hijo en un brazo y rodeó con el otro a su condesa— también tengo derecho a estar con mi hijo.

—Todo el derecho del mundo —le dijo antes de besarla de forma escandalosa obligándoles a todos a apartar la vista— me lo llevo para

enseñarle a ser un hombre —le dijo con una pícaro sonrisa.

—¡Pero si sólo tiene seis meses! —protestó Candice riéndose.

—¿Ya tiene seis meses? —le preguntó jocoso— pues tiene mucho que aprender, en particular como evitar a las brujas que podrían hechizarle —hizo algo totalmente escandaloso al darle una palmada en el trasero a su mujer— mi condesa...

Se fue riendo a carcajadas al ver la cara furiosa de Candice. El marqués intentaba no reírse pero perdió la batalla y ambos estallaron de nuevo en escandalosas carcajadas antes de cerrar la puerta llevándose al bebé con ellos.

—¡Es incorregible! —protestó Candice que estaba completamente ruborizada.

—Pero es tan atractivo y viril... —la dramática voz de Ermine las hizo reír— además, no intentes engañarnos, disfrutas de cada una de sus maldades.

—¡Por supuesto que lo hago! —respondió divertida— pero también disfruto mucho fingiendo que estoy molesta con él —las miró con los ojos entrecerrados y suspiró.

Todas estallaron de nuevo en carcajadas. Lo cuál era bueno para los Hatford, pensó Claire, necesitaban esas risas para no abandonarse a la desesperación por desconocer el paradero de Alexander. Tanto Joseph como Candice tenían signos evidentes de que la preocupación les estaba ganando terreno, pero cuando estaban con más gente, de algún modo conseguían serenarse lo suficiente como para vivir y disfrutar a pesar del dolor que debían estar sintiendo.

Inesperadamente, al día siguiente el sol brillaba con tanta fuerza que los caminos dejaron de ser lodazales para ser caminos de difícil tránsito. Y aunque todos disfrutaban de la compañía de los Hatford porque eran unos anfitriones magníficos, Claire estaba deseando llegar a su casa, darse un buen baño y cambiarse de vestido.

Y eso fue exactamente lo que hizo nada más llegar, lo único que no había planeado era que su esposo insistiría en permanecer a su lado a cada momento, situación que hizo sonrojar a sus doncellas. Aunque a William parecía no importarle.

Se encargó de quitarle el vestido muy lentamente y todas las horquillas del pelo, comprobó él mismo la temperatura del agua y la bañó con tanto mimo que se sintió como una delicada figurita de porcelana mientras él la observaba

con ojo crítico.

—¿Por qué me miras de esa forma? —le preguntó muerta de vergüenza.

—Porque no veo ningún signo de cambios en tu cuerpo —le pasó la suave esponja entre los pechos.

—Es demasiado pronto en el caso de que realmente esté embarazada claro... —sin embargo no pudo evitar acariciarse el vientre con las manos.

—Si no lo estás aún, pronto lo estarás —sentenció William.

El resto de la tarde fue mágica. Si esposo no escatimó en preciosos detalles con ella, la llevó en brazos desde el baño hasta su habitación provocando que se sonrojara intensamente así como las risas nerviosas del personal de servicio con el que se cruzaron. La dejó suavemente en la cama y procedió a acariciarle el cuerpo con delicadez.

Apenas hablaron, pero William se aseguró de solicitar permiso con su mirada antes de tocarla o besarla, permiso que le fue concedido sin ninguna duda. Y por primera vez desde que se conocieron hicieron el amor lánguidamente hasta fundirse en una ola de placer que les inundó a los dos.

Se quedaron dormidos el uno en brazos del otro y como siempre ocurría, protegida por él no había lugar para las pesadillas.

Vivieron unos días de auténtica luna de miel. Salían a pasear siempre que no llovía y si el clima no les permitía disfrutar del exterior, se pasaban la mañana o la tarde remoloneando en la cama disfrutando el uno del otro. Lo único que había empañado su felicidad era que finalmente no estaba embarazada, todo había sido un error por su parte y aunque lloró cuando fue consciente, su marido no se separó de ella, después le hizo la solemne promesa de dejarla embarazada en las siguientes semanas. Y aunque se sentía muy triste, lo cierto era que consiguió hacerla sonreír.

William vivió la noticia de las falsas esperanzas de embarazo como si le hubiesen disparado. Se sorprendió a si mismo deseando más que nada en el mundo tener a su bebé en brazos, sin embargo al ver las lágrimas en el rostro de Claire, no fue capaz de reconocer que él también se sentía decepcionado, simplemente la abrazó y le aseguró que la dejaría embarazada lo antes posible mientras ocultaba su propia decepción para hacerla sonreír.

¡Habían estado tan ilusionados! Hubiera sido algo perfecto. Un bebé que les uniese para toda la eternidad. Un vástago con el que poder pasar todo el tiempo que pudiese y al que enseñarle que en el mundo había mucho más que

padres terroríficos, madres que se morían antes de tiempo y mujeres casquivanas que rompían corazones... le enseñaría a sus hijos, ya fueran niñas o niños, que existía luz y bondad, que había padres que les amaban incluso antes de verles por primera vez, que había madres que tenía tanto coraje y valor como para defenderles incluso de dragones, les aseguraría que el amor existía y que era una emoción y un sentimiento que robaba el aliento y que les haría sentirse vivos... sus hijos jamás dudarían de lo mucho que les amaría.

Sin embargo se tragó todas sus ilusiones y se concentró en su esposa.

Claire se despertó antes que él y se sentó en la butaca envuelta en el batín masculino. Le observó dormir y disfrutó de cada segundo. Tenía una expresión de auténtica paz en el rostro que la hizo sonreír. Era muy afortunada y lo sabía. Su marido era un hombre magnífico de la cabeza a los pies, ya se había percatado del hecho de que si ella no estaba en la cama, él se tumbaba boca abajo, con la cabeza ladeada y los brazos bajo la almohada. A punto estuvo de suspirar.

Con una sonrisa silenciosa tiró suavemente de la sábana y dejó al descubierto todo el cuerpo de William. Tenía los hombros anchos y desarrollados y unos musculosos brazos y piernas que eran toda una tentación, la espalda era fuerte y desembocaba en un trasero firme y bien formado. Sí, tenía mucha suerte.

Subió los pies a la enorme butaca y se abrazó las piernas. No tardaría mucho en despertarse, parecía que siempre presentía cuando ella ya no estaba en la cama a su lado. Y como se temía no tuvo que esperar mucho.

—¿Te gustan las vistas? —le preguntó sin vergüenza ninguna y ella asintió, entonces se dio la vuelta y ella ahogó un jadeo.

—Está claro que te encanta despertarte —soltó con una risa nerviosa.

—Me encanta despertarme contigo —le tendió una mano— ven.

Y fue.

En ese momento mientras él la besaba con pasión, ella se dio cuenta de que siempre iría donde él le pidiese, ya no sólo porque fuese su mujer o porque estuviera segura de que no tardaría en llevar a su hijo en su vientre, sino porque le amaba más allá de lo que era razonable. Porque William se había ganado su corazón para siempre.

El mes de agosto seguía su curso y llegó el esperado baile en casa de los Standford, él era baronet y ella hija de un vizconde y a Claire le caían de maravilla. Además, habían ido a invitarles en persona y eso era un detalle por su parte. Por lo que les informaron se trataría de un baile informal y sin demasiadas pretensiones, sin embargo Claire sabía que siempre eran un éxito, lady Standford era una magnífica anfitriona.

Y así fue como la noche siguiente, los Tillshire y los Hatford se encontraron en el baile y se saludaron afectuosamente.

—¿Quién se queda con Sylvester? —preguntó Claire con una burlona sonrisa en el rostro.

—¡Su abuelo! —protestó Candice— ¿te puedes creer que mi hijo es el único vizconde del mundo que tiene cuatro niñeras a su disposición día y noche y su abuelo es quien le arrulla y le canta las nanas?

—¡Me lo creo! —Claire estaba disfrutando una barbaridad de ver la contrariedad en el rostro de su amiga y también el orgullo ufano de Joseph.

—Deja de quejarte y vamos a bailar —su marido la arrastró a la pista de baile y ambos reían al cabo de pocos segundos mientras se movían con elegancia al ritmo de la música.

William no tardó en seguir su ejemplo.

El salón comenzó a abarrotarse. Pudiera ser que la idea de la baronesa fuese un baile informal, pero era evidente que se le había ido de las manos, habían acudido familias de los pueblos de alrededor y debía haber más de doscientas personas allí congregadas y claramente la casa no estaba pensada para tanta gente.

El calor era agobiante pese a que los ventanales estaban abiertos, pero no corría ni siquiera una delicada brisa que pudiera aligerar el cargado ambiente.

Candice y ella comentaron el buen gusto de la baronesa al decorar el salón con multitud de cestas llenas de hortensias de variados colores y jarrones con altos gladiolos y lirios que emitían un delicioso aroma, las enormes arañas del techo estaban repletas de velas que lo iluminaban todo con esplendor. En cada terraza, enormes jardineras con gencianas, el intenso color azul destacaba a la luz de la luna que se mostraba altiva y en todo su esplendor.

Comenzó a sonar una cuadrilla y para su sorpresa y disgusto, el vizconde Welcox la invitó a bailar. Claire estuvo a punto de negarse, pero no quería montar un escándalo en una casa ajena y se mordió el labio antes de cogerse al brazo que el hombre le ofrecía. Se colocaron en la pista de baile y pronto se

dio cuenta de que no era más que otra estratagema para las artimañas de esa horrible mujer. Marcia bailarían con el baronet.

La música comenzó a sonar y aunque ella se esforzó, apenas era capaz de sonreír sin parecer cínica. Pero todo empeoró cuando los grupos comenzaron a juntarse en el centro. Marcia estaba en su mismo grupo y no tardó en sonreírle con descaro, la segunda vez que se juntaron en el centro la provocó mirando a William de arriba abajo. La tercera fue lo que le hizo perder los papeles.

—Te felicito —le dijo mientras saltaban y ella arqueó una ceja— es normal que le perdones las infidelidades, ¿es un amante magnífico!

Antes de ser consciente de lo que hacía, le dio una bofetada que a pesar de la música de la orquesta resonó en todo el salón. Todos se detuvieron en el acto.

Claire quiso morir allí mismo, ¿qué había hecho? Todos los presentes la miraban horrorizados, la música cesó de golpe y esa... es mujer la fulminaba con la mirada mientras se frotaba la mejilla.

—Lo lamento mucho —le dijo al baronet anfitrión y luego la miró a ella— ¿eres una sinvergüenza! ¿es que no sientes el más mínimo respeto por tu marido? —le espetó— sé lo que hiciste hace cuatro o cinco años, sé lo que hiciste en el baile que ofreciste y sé que con mentiras y artimañas es cómo te relaciones con los hombres, aunque estos estén casados —sentía tanta ira que apenas podía pensar— ¡aléjate de mi marido y demuestra un poco de dignidad antes de mostrarte como una prostituta barata en mitad de un baile de gente decente!

Acto seguido, alzó la cabeza y se giró para encontrarse cara a cara con William que la miraba con una expresión indescifrable en el rostro, pero antes de que pudiese defenderse, él la cogió por la cintura y la besó. ¡La besó! Delante de todo el mundo. Se puso más colorada que las amapolas que florecían en los campos.

—Vámonos a casa cariño —su voz resonaba porque todo el mundo estaba en silencio y reteniendo el aliento, estaba segura de ello, al menos ella estaba así.

En cuanto William la soltó miró a los ojos de lady Standford.

—Lamento el bochornoso espectáculo —le dijo Claire sinceramente a lady Standford— pero nos iremos ahora mismo y si usted así lo desea, no volveremos a cruzarnos en su camino.

Dio un paso al frente cuando la mujer que la observaba con atención la



detuvo.

—Los condes de Tillshire no se irán de mi casa porque una casquivana les haya ofendido milady —le cogió de las manos —le ruego que disculpe mi falta de tacto al invitarles, sinceramente pensé que lord Welcox podría controlar a su esposa y le agradezco de todo corazón que haya fingido que usted era la responsable. Por favor milady, quédense e intenten disfrutar de lo que queda de velada.

Claire miró confusa a su amiga que se había abierto paso hasta ellos y con una sonrisa le indicó que aceptara. William se había puesto a su lado y se había puesto su mano libre sobre su brazo en una clara señal de apoyo.

Terminó aceptando con un gesto apenas perceptible.

—¡Esto es... —la protesta de Marcia quedó silenciada por su marido.

—¡Vámonos! —la arrastró por el salón hasta sacarla de él y como los criados cerraron las puertas tras ellos no supieron lo que ocurrió después.

Al cabo de unos segundos, la música volvía a sonar y las distintas parejas intentaban volver a sus posiciones y disimular que jamás habían visto nada tan escandaloso.

Claire se sentía bastante humillada por su propia reacción. Recordó con furiosa claridad las interminables lecciones con Miss LeBlanc en las que le enseñaron que una dama jamás debía mostrar sus sentimientos en público y que bajo ningún concepto debía ser el centro de atención por un escándalo. Sus mejillas ardían y por más que intentó esconderse tras el enorme cuerpo de William, seguía sintiendo que todas las miradas la atravesaban.

¡Oh por Dios! Se había comportado como una vulgar mujer de los bajos fondos. Esa... lady Welcox había conseguido ponerla a su nivel. ¡Qué vergüenza! Se sentía tan humillada que le costaba respirar y en cuando su marido bajó la guardia corrió a esconderse en una salita que estuviese vacía, sin embargo varias damas la siguieron hasta allí y pensó que sería el final perfecto, estaba segura de que estaban a punto de excluirla de la nobleza por su comportamiento.

Se sorprendió cuando empezaron a felicitarla por tener el coraje de defender lo que era suyo. Y se sorprendió aún más cuando algunas de esas damas que eran mayores que ella le aseguraron, muertas de vergüenza eso sí, que la vizcondesa Welcox había seducido a muchos de los hombres de la zona.

Se sentía obligada a defender a William, a fin de cuentas a él no le había llegado a seducir, tan sólo le engatusó para que lo pareciese, pero se contuvo a

tiempo. Cada una de esas mujeres se lo tomaría como una devoción ciega hacia él que no les gustaría lo más mínimo. Decidió guardar silencio.

Para desgracia de lady Standford, el baile terminó demasiado pronto, incluso para tratarse de un baile rural. Sin embargo se sentía feliz porque estaba segura de que hablarían de él durante meses. Que era justo lo que Claire más temía.

De vuelta en el carruaje, William se esforzó por intentar mantener una conversación con ella, pero era evidente que no era el momento pues no pasó de responderle con monosílabos.

—¿Por qué no te has enfadado? —le preguntó cuando estaban a solas en su habitación, él la miró con una ceja arqueada— he provocado un escándalo — le explicó— ¡por Dios! ¡si la he abofeteado!

—Sí, lo hiciste y sé por propia experiencia lo bien que se te da —le fulminó con la mirada pero él le sonrió— no voy a enfadarme contigo hagas lo que hagas y mucho menos por admitir ante todo el mundo que me quieres lo suficiente como para advertir a una... ¿cómo la llamaste? —tenía un brillo intenso en la mirada— ¡ah sí! Prostituta barata que se aleje de mí —el orgullo masculino rebosaba en cada palabra.

—Yo no he dicho que te quiera —protestó ella sin mucha convicción.

—A veces las palabras no son necesarias —la abrazó con fuerza— creo que jamás me había sentido tan halagado ¿sabes? —la besó en los labios— jamás nadie ha peleado por mí, nunca me he sentido unido a alguien —la volvió a besar— hasta ahora.

Para mortificación de Claire, una semana después su bochornoso comportamiento seguía siendo el principal tema de conversación entre todos los habitantes de la comarca. Y así se lo explicó a William después de advertirle que se negaría a salir de su cuarto en lo que le quedaba de vida.

El conde se rio a carcajadas mientras la cogía de la mano.

—¿Sabes? —le dijo con la mirada risueña— mi primo Alexander diría algo así como que todos los caballeros se morían de envidia al verte defender mi honor de una forma tan apasionada.

—Ciertamente lo haría —la voz de Joseph les sorprendió, no le habían oído entrar, claro que ninguno se anunciaba en casa del otro— de hecho, en una ocasión me dijo algo parecido.

Candice se puso de color escarlata y Joseph se rio más fuerte aún.

—¿Jamás vas a olvidarlo? —le reprochó.

—No —le pasó un brazo por los hombros y la acercó más a él— ¿sabes Claire? Mi mujer aquí donde la ves que es toda luz y candor, le puso las cosas claras a mi jefe de cuerdas y eso que es un francés pomposo —la carcajada que se escuchó a continuación quedó cortada por el fuerte codazo que Candice le dio en el estómago— ¡eso duele! —protestó el conde.

—¡Pues deja de contar esa historia! —le regañó ella.

Todos terminaron riendo cuando Joseph, ignorando la orden de su esposa les relató lo ocurrido y repitió en varias ocasiones aquella frase que mortificaba a Candice pues al parecer su marido la recordaba con todo detalle. “...de esa actividad en concreto, tengo la completa confirmación y satisfacción de que mi esposo es un hombre altamente capacitado...” ¡Por Dios! ¿cómo había podido decir algo así?

Claire miraba a su amiga y aunque la veía casi feliz y riendo, sabía que en aquellos momentos debió desear que se la tragara la tierra, pero se rio más fuerte cuando la condesa confesó que hasta Ermine había oído que de los

propios labios de la esposa de Hatford había salido que Joseph era un habilidoso amante, lo que le colocaba el primero de la lista en las fantasías libidinosas de las damas de toda la comarca.

Le dolía el estómago de tanto reír. Y les costó un buen rato parar de hacerlo.

Cuando dejaron de reír, decidieron dar un paseo por el pueblo, pues hacía un par de días que no llovía y todos querían cambiar ligeramente de aires. Fueron todos juntos en un carruaje que les llevó lo más rápido que pudo sin poner en peligro la estabilidad del coche y de los caballos. La conversación era apacible.

Una vez que llegaron al pueblo, las damas se cogieron del brazo y caminaron delante de sus maridos. ¡Había tanto que ver! No habían caído en la cuenta de que ese día se celebraba el mercado semanal, por lo que la avenida principal del pueblo estaba atestado de puestos con todo tipo de objetos, ¡incluso había uno en el que vendían comida!

Las mujeres fueron de un lado a otro mirando, comparando y comprando todo lo que aseguraban que necesitaban con urgencia, para mortificación de los hombres que se aburrían soberanamente. Sin embargo, no protestaron.

Al cabo de tres horas, Claire propuso ir a tomar un tentempié en alguna cafetería y así disfrutar de un té y algunos dulces, pues caminar les había dado hambre y sed. Todos aceptaron la sugerencia encantados.

Para su regocijo, había una preciosa confitería en la que estuvieron encantados de atenderles. Les dieron una espaciosa mesa cerca de los ventanales y pronto pudieron disfrutar de un té delicioso y de una muy acertada selección de pasteles y dulces variados.

Claire salía tan emocionada hablando con su amiga que no miraba por dónde iba y nada más poner un pie en la calle se chocó con otra dama.

—¡Oh! Lo lamento —se disculpó.

—¿De verdad? —la voz algo chillona de lady Welcox le erizó la piel— ¿por qué exactamente lo siente milady? —sus palabras destilaban veneno.

—Marcia —intervino William — déjalo de una vez.

—¡No! —le miró llena de rabia— ¿tienes idea de lo que me costó que rompieras el compromiso? Es más, ¿acaso te importó? —se acercó a él y le clavó un dedo en el pecho— ¿sabes lo que supone para una dama que la abandonen la noche antes de la boda?

—Sabes por qué lo hice —se apartó de ella— y te aconsejo que lo dejes

estar y que te alejes de mi esposa y de mí si no quieres que todo el mundo se entere.

—¡Pero se enteraron! —gritó— todo el mundo lo sabía, todos sabían que te concedí mis favores y que después cancelaste la boda.

—También se los concediste a mi padre —le recordó— por eso cancelé la boda.

—¡Miserable! —fue a cruzarle la cara de un bofetón pero él le detuvo la mano en el aire.

—Te estás poniendo en ridículo Marcia —le soltó la mano despacio— te aconsejo que vuelvas con tu esposo y que procures pasar desapercibida, después de ofender a mi esposa, no creo que seas bien recibida en ninguna parte.

—¿En serio? —entonces se soltó las cintas que sujetaban su sombrero mostrando el fuerte color morado de su mentón.

Claire se sintió enferma y Candice se estremeció.

—¿Tu marido? —preguntó Joseph y ella asintió sin desviar la mirada de William — no debió hacerlo, pero tu comportamiento es del todo reprochable.

—¡Por supuesto que lo es! —miró a Joseph con odio— yo debía estar paseando de su brazo como la condesa de Tillshire —Claire se estremeció— pero tuve que conformarme con Welcox.

—No consentiré que sigas molestando a mi familia Marcia —sentenció William— déjalo ya o tendré que ir a visitar a tu marido y en vista de su actitud, no creo que te gustase.

—¡Eres un canalla! —le gritó mientras se alejaban de allí.

El silencio se apoderó de ellos y sin palabras acordaron que la excursión ya había terminado. Candice estaba mortecinamente blanca y se apoyaba en su marido que la había rodeado con los brazos. Sin embargo William y ella se habían cogido de la mano si bien cada uno miraba por una ventada diferente.

Claire se sentía desamparada, ¿es que jamás podría volver a salir de casa sin tener que cruzarse con esa mujer? Pero también se sentía profundamente triste y preocupada, Candice le había contado que su hermano la maltrataba y si bien no le contó los detalles, ella comprendió que requirió de muchísimo valor y coraje ser capaz de casarse con Joseph, pues el conde de Hatford era un hombre dominante y que resultaba de lo más intimidante, sin embargo su amiga se había enamorado de él y por increíble que pareciese, él la amaba con

locura como se podía deducir de todos los gestos y las miradas que no se privaba en prodigarle. Odiaba a la vizcondesa de Welcox por haberse insinuado a su marido y sin embargo... sentía tanta pena por ella que tenía ganas de llorar.

William había estado enfadado con ella, pero por más que lo intentó no podía recordar que jamás la hubiese gritado u ofendido en forma alguna y por supuesto, siempre que la tocaba era de forma muy placentera.

¿Por qué se la tenían que haber encontrado? Le había costado Dios y ayuda ser capaz de olvidarse de la imagen de esa mujer medio desnuda restregándose contra William. Volvía a estar furiosa y sin embargo... tenía la sensación de que desde que salió de la escuela de Miss LeBlanc no había sido capaz de determinar cómo se sentía pues las emociones se enredaban en su corazón y no podía definir las. Era muy frustrante.

El conde de Tillshire quería maldecir a gritos. ¿Cómo era posible? Volver a ver a Marcia había removido antiguos sentimientos y si bien era cierto que no tenía el más mínimo interés en ella, odiaba con toda su alma en lo que parecía que se había convertido. Rememoró una vez más lo que ocurrió en el baile anterior a su boda y para su sorpresa, se dio cuenta de que ya no albergaba resentimiento alguno, ni siquiera sentía que le habían traicionado. Aunque no podía dejar de pensar en lo triste que era la vida de la mujer que estuvo a punto de convertir en su esposa.

Se sentía muy alterado. Siempre había tenido miedo de ser como su padre y había necesitado las palabras de su tío y su primo para permitirse el lujo de pensar que a lo mejor la herencia paterna no pesaba tanto como la materna, pero había necesitado a Claire para darse cuenta de que un hombre que maltrata a su esposa no es un hombre. Se había pasado muchas noches observándola dormir y había estado furioso con ella por negarle el acceso a su calor, por rechazarle, pero jamás se le pasó por la cabeza forzarla o hacerle daño de alguna manera.

Lo malo de tener a Claire como esposa y que hubiese llenado su vida de emociones, luz, color e intensidad, era que también había despertado su conciencia. Hasta que la conoció no sentía el irrefrenable deseo de ayudar a todo el mundo, sólo Candice había despertado su curiosidad.

Al pensar en ella la observó y se enfureció. Estaba pálida y era evidente que hacía lo imposible por mantener los nervios a raya pero no lo estaba consiguiendo, prácticamente estaba sentada en el regazo de su esposo que la

abrazaba con fuerza. A juzgar por la expresión de Joseph, los vizcondes de Welcox harían bien en huir de Inglaterra.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Hatford a su esposa.

—Lamento...

—¡Nada de lamentos! —bramó Joseph y la apretó más contra sí— ¡jamás nadie volverá a hacerte daño! —la besó con fiereza.

Claire observaba atónita al conde de Hatford. Se habría echado a temblar si no estuviese segura de que podría dirigir su ira hacia ella. Le había gritado a su esposa y ahora la besaba de esa forma tan... no se atrevía a definirla.

Sin embargo su amiga no intentaba alejarse, más bien todo lo contrario. Enlazó los brazos en el cuello de su marido y le devolvió el beso. Estaba confusa.

—Perdón —se disculpó Candice sonrojada— verla así... me ha recordado... el pasado.

Era evidente que Joseph hervía de furia y sin embargo, mantenía a su mujer pegada a él y la consolaba con tiernas caricias. ¿Eso era el amor? ¿Emociones entremezcladas que provocan el caos pero que carecen de importancia ante el sufrimiento de la persona amada?

Como habían ido en el carruaje de los Hatford, los primeros en llegar a su casa fueron los Tillshire que entraron como si el mundo entero dependiese de ellos para seguir con vida.

—Claire —la voz del conde hizo que ella se girara a mirarle— yo... no sé cómo decirte esto sin que te ofendas.

Le observó durante unos segundos. Su expresión era adusta y sin embargo seguía siendo tan atractivo que casi se sintió tentada a sonreír. Se había despeinado ese precioso pelo castaño al pasar sus manos de forma incesante por él, sus ojos era dos pozos de cálida miel que rebosaban emociones y si no lo había interpretado mal, la culpa era una de ellas.

—Quieres ir a comprobar que la vizcondesa está bien —le dijo.

William intentó encontrar algún matiz en su voz que implicara ira, furia, dolor, traición... pero no encontró nada, tan sólo... aceptación. ¿Cómo era posible que aceptara que necesitaba comprobar su bienestar? ¿Cómo había sobrevivido en la vida sin tenerla a su lado? La observó y se maravilló de nuevo con el color dorado de su pelo en un elegante recogido y se ahogó en esos preciosos ojos de un azul tan claro como el cielo de verano.

—Te juro... —sin embargo Claire alzó una mano y le hizo callar.

—Por extraño que parezca, viniendo a casa con Candice en el carruaje me he dado cuenta de algunas cosas —se sentó en el sofá de la salita— debió sufrir muchas veces la ira de su hermano y sin embargo se casó con Joseph que es mil veces más intimidante de lo que lo era George, aun así, cuando ella sufre por los recuerdos o lo que sea, siempre se refugia en él.

—Sí —asintió William sentándose a su lado— sabe que él la protegerá de todo —su mujer negó con la cabeza.

—No, ella depositó el corazón a sus pies cuando se enfrentó a su hermano por última vez, se arriesgó a todo por él —cogió aire y lo soltó despacio— y yo voy a hacer lo mismo contigo. Depositaré mi corazón y mi alma a tus pies —la miró confuso— sé que tienes que ir a comprobar el estado de esa mujer y lo entiendo, no quiero cambiarte William, no quiero hacer de ti un hombre diferente al que conocí.

—Claire —quería decirle tantas cosas que se le atragantaban las palabras en la garganta.

—Vete —le sonrió tristemente— haz lo que tengas que hacer y... —volvió a coger aire— y si lo deseas vuelve conmigo.

Acto seguido se levantó del sofá y salió de la estancia con la cabeza en alto. William se sintió abatido y aunque no era una situación alegre, sonrió. Jamás tuvo una oportunidad... desde el mismo momento en el que Claire había puesto un pie en su biblioteca exigiendo ver a su amiga, él había caído preso de sus cadenas.

Y jamás había estado tan orgulloso de su esposa como en ese mismo instante. Era cierto que las palabras más importantes de todas no se habían pronunciado, pero ¿hasta qué punto las necesitaba? Ella había dicho que pondría su corazón y su alma a sus pies... se sintió humilde y anhelante. Y extrañamente liberado de todo lo que le había atenazado el alma hasta entonces. Era muy consciente que sin Claire, jamás se habría sentido así.

Se dirigió con paso rápido a los establos, esperó impaciente hasta que le ensillaron uno de sus sementales y salió al galope. El hogar de los Welcox no estaba muy lejos de su finca.

Claire vio cómo se alejaba de la casa y quiso llorar. Sin embargo, todo lo que hizo fue sentarse en la butaca con las piernas subidas y se rodeó las rodillas con los brazos. Por fin lo había comprendido, pensó con un triste amago de sonrisa. Se había pasado la vida viviendo a la sombra de lo que sentía por los demás, era alegre porque tenía a su hermana para iluminar su



vida, sin embargo la perdió... tenía miedo a la soledad porque su madre murió al dar a luz a Christine y jamás llegó a conocerla... sentía lástima de sí misma porque su padre la había abandonado... cerró los ojos un instante. Ahora que amaba a su esposo más de lo que podía soportar, él salía corriendo en busca de la mujer que fue su primer amor y que tal vez lo siguiese siendo.

—Por eso le he dejado marchar Christine —dijo a media voz— porque el amor no se trata de encadenar a nadie —sus ojos se llenaron de lágrimas— ni de retenerlo a cualquier precio —le costaba respirar— y por eso te voy a dejar marchar a ti también —las lágrimas corrían por su rostro— porque eras lo que más quería y mereces ser libre. Adiós mi querida hermana.

William esperaba en la entrada a que el mayordomo fuese a comprobar si el vizconde estaba en casa, sonrió cuando le vio aparecer por las escaleras.

—Una visita inesperada —le dijo secamente— ¿a qué debo esta cortesía?

—No es una cortesía, como bien se ha imaginado —era evidente que no le había hecho gracia la visita — ¿quiere que hablemos aquí o prefiere un lugar más privado?

Welcox hizo una mueca y le indicó con un gesto que le siguiese. Entraron en una pequeña biblioteca que si bien estaba llena de cuadros con escenas de caza, no había demasiados libros. Sin embargo, los muebles eran de buena calidad y estaban en perfectas condiciones, así como la alfombra que cubría el suelo.

No esperó la invitación del anfitrión, se sentó en la butaca y esperó paciente y en silencio a que el otro hombre le imitara. Por supuesto lo hizo y tal y como había aprendido de su primo, se mantuvo en silencio con la mirada fija en Welcox. Ahogó una sonrisa cuando le vio bufar. Sabía lo que se sentía, él lo había vivido toda su vida con Joseph.

—Imagino que exigirá una disculpa pública por el comportamiento de mi esposa —parecía que su butaca tuviera espinas, pues no dejaba de moverse.

—No —contestó tajante — de hecho, sería sumamente feliz si nuestros caminos jamás volvieran a cruzarse —se recostó y apoyó el tobillo izquierdo en la rodilla derecha— por desgracia, eso no será posible a no ser que abandonen Inglaterra y no tengo la más mínima intención de obligarles a hacerlo, sin embargo lord Welcox... sí que le voy a obligar a que jamás vuelva a ponerle una mano encima a su esposa.

—¿Cómo se atreve?! —el hombre se levantó casi de un salto— ¡la ley dice que tengo derecho a aleccionar a mi esposa como me venga en gana!

—Cierto —William asintió con la cabeza— no sé si conoce el pasado que su esposa comparte conmigo —el hombre entrecerró los ojos — verá, estuvo a

punto de ser mi esposa.

—Lo sé —escupió con desagrado— usted se aprovechó de ella y luego la abandonó, por eso se ha convertido en la mujer que es.

—No —sonrió sin importarle que el vizconde permaneciera en pie— no la deshonré, jamás llegamos a tanto, se lo prometo.

—No era virgen cuando me casé con ella —protestó— así que no mienta.

—Cuidado Welcox... —su voz se tornó más grave— a no ser que quiera enfrentarse al cañón de mi arma al amanecer —el hombre palideció— no miento, jamás lo hago y jamás seduje a lady Welcox, sin embargo otro hombre lo hizo, obviamente no le diré quién, simplemente le diré que lo descubrí y por eso cancelé la boda.

En ese momento la puerta se abrió con rabia y una arrobada lady Welcox entró con los ojos brillantes por la furia, el recogido algo suelto y estrujaba su sombrero en las manos.

—¿Qué haces aquí?! —le preguntó a William.

—Marcia —se puso en pie y la miró— has cambiado tanto... ya apenas queda nada de la dulce mujer que eras.

—Gracias a ti —las lágrimas comenzaron a correrle por el rostro.

—No Marcia, sabes que no es verdad —le quitó el estropeado gorro de las manos y se las cogió— tomaste una decisión llevada por... por lo que fuese y debías aceptar las consecuencias —le borró una lágrima del rostro— tienes un esposo que puede cuidar de ti, pero tendrás que dejar que lo haga — la soltó y cogió aire — lord Welcox —se dirigió al hombre — cuide de ella.

—¿Es una ramera! —gritó el vizconde.

—Entonces asígnele una pensión y divórciese de ella —le miró fijamente — pero no vuelva a ponerle una mano encima, imagino que no se casó con ella siendo ignorante ¿verdad? —la ira en los ojos del otro hombre le dio la respuesta— por lo tanto, desde que le puso la alianza en el dedo, es usted responsable de ella, de su cuidado y su protección y su obligación es lograr que ella confíe en usted —se dirigió a la puerta— si tengo que volver a venir a hacerle una visita, lo lamentará muchísimo —la miró a ella— adiós Marcia, para siempre.

Y en cuanto subió a su semental descubrió que se había quitado un enorme peso de encima. Su corazón ahora estaba ligero... sólo le quedaba un asunto que resolver y ya puestos, bien podía encargarse de todo el mismo día.

Cabalgó durante casi dos horas hasta que llegó a una finca en la que no

había vivido nunca. Por supuesto la conocía, porque se mantenía al tanto de todas sus propiedades, pero la última vez que había estado allí fue cuando su padre se instaló en ella.

Era una finca estupenda se percató. Una mansión de estilo georgiano, no tan grande como Tillshire Manor, pero sí lo suficiente como para poder ofrecer un pequeño baile, tenía, si no recordaba mal, unas quince habitaciones, aparte de la sala de juego, la enorme biblioteca, el estudio, dos o tres salones para el té algo más pequeños, el salón de visitas y el salón de baile que a su vez tenía unas enormes puertas francesas que daban paso a unas escaleras hasta los jardines. La extensión de tierra que tenía alrededor era suficiente como para que quince familias pudiesen jugar sin molestarte unos a otros.

En definitiva, un lugar donde cualquier hombre podría ser feliz, un lugar en el que disfrutar de una familia, de reuniones con amigos y de una larga y plácida vida. Sin embargo, su padre jamás lo vio de esa forma, para él había sido exiliado en un complot de su padre y su propio hijo. Él le odiaba tanto que apenas soportaba mirarle a la cara y el pánico era su día a día, así como el de su madre.

Llamó a la puerta y esperó paciente a que le abriesen, se sorprendió cuando su padre en persona lo hizo.

—¡Ah! el hijo pródigo —exclamó, después se giró y dejó la puerta abierta, William le siguió.

El estado de la mansión era deprimente. Habían pasado muchos años desde que instaló allí a su padre y le asignaba fondos suficientes como para mantenerla en buen estado. Sacudió la cabeza con pesar. Su padre jamás se preocuparía por algo que no fuese por él mismo.

—¿Qué ha pasado con el servicio? —preguntó cerrando la puerta de entrada.

—Que eran unos débiles —respondió con un gesto de la mano, no parecía borracho— me abandonaron hace meses, tu administrador no me ha enviado más —se percató de que su padre no tenía buen aspecto, parecía muy enfermo.

—Padre —cogió aire antes de hablar — ¿por qué odiabas tanto a mamá? ¿por qué me odiabas a mí?

—¿Para eso has venido? — soltó una carcajada— ya puedes irte por donde has venido, no tengo ganas de hablar.

Entraron en la sala para las visitas y William se estremeció. Había botellas de alcohol por todas partes con etiquetas de todo tipo de licores,

libros tirados en el suelo con páginas arrancadas, los muebles estaban destrozados y había incluso cristales esparcidos por el suelo.

—¿Por qué? —volvió a preguntarle.

—Te he dicho que no tengo ganas de hablar —se dejó caer en un sofá que había conocido días mejores— vete con esa familia de pomposos.

—Mamá te quería ¿sabes? —le dijo lleno de tristeza— siempre se culpó por no ser lo suficientemente buena para ti, pero jamás dejó de quererte.

—¡Largo! —gritó su padre antes de tirarle una botella vacía, pero no hizo el ademán de levantarse, debía estar realmente enfermo.

—Yo no —confesó— jamás te quise, tenía a mi madre, a mis tíos y a mis primos, ellos eran mi vida y tú me los arrebataste —su padre se giró ligeramente en el asiento y le dio la espalda— no obstante, te perdono, jamás olvidaré que mataste a mi madre, pero no seguiré estando resentido contigo, no mereces la pena. Ahora tengo una esposa y soy consciente de todas las perspectivas de la vida marital y tú desaprovechaste tu oportunidad porque estabas amargado, yo no lo haré. Me niego a seguir tus pasos y terminar mis días de la misma forma que tú.

Esperó unos instantes para ver si su padre decía o hacía algo, pero se mantuvo inmóvil y en silencio.

—Seguirás recibiendo tu asignación hasta el día en el que mueras —sentenció con firmeza— pero si alguna vez vuelves a Hatford Lane o a Tillshare Manor ya que estamos o molestas a mi condesa de la forma que sea, te quitaré lo poco que aún te queda.

—Eso te haría feliz ¿verdad? —su rostro rezumaba odio— que yo muriese te haría feliz, me lo quitaste todo ¡todo!

—No padre, no te quité nada, desde el día de mi nacimiento era mío... siempre fue mío. Tu padre te hubiera despojado de todo, incluso del título si la ley lo permitiese, porque él sabía la clase de hombre que eras, sólo te dio una oportunidad cuando conoció a mi madre y por eso antes de morir lo vinculó todo a mi título y no al tuyo —miró por última vez la furiosa mirada de su padre— sin embargo, no me hará feliz que mueras aunque tampoco puedo decir que llegue a lamentarlo en algún momento. Morirás solo y no le importará a nadie —le dijo con el corazón acelerado— ¿es que no eres consciente de ello? —su padre no le respondió, simplemente se giró y comenzó a beber directamente de una botella— de acuerdo entonces, será como tú quieras —cogió aire— jamás volveremos a hablar.

No se despidió de él, tan sólo salió lentamente sintiendo que ahora sí controlaba de nuevo su mundo. ¿Cuándo se había sentido así? Jamás. Tenía ganas de sonreír y de cabalgar al galope todo el tiempo que fuese necesario antes de volver a casa y abrazar a su mujer tan fuerte que pudiese sentir el latir de su corazón.

El trayecto de ida le había llevado casi dos horas y aunque no quería forzar a su semental, apenas podía mantener un ritmo que no le hiciera desfallecer. Por primera vez en su vida se sentía completamente libre para amar, sin miedo, sin dudas y sin vergüenza. Era libre. Y correría como el viento para atarse a su esposa y jamás volver a alejarse de ella.

Era noche cerrada cuando llegó a su hogar, refrenó a su montura y observó la casa, parecía que era la primera vez que la veía. Tillshare Manor era una magnífica construcción de estilo georgiano, el limpio estilismo de las líneas rectas y la simetría le aportaban ese aire sublime que le había fascinado tanto desde que era un niño. Había sido construida en el año mil setecientos ochenta, cuando su abuelo heredó el título y mandó tirar la construcción anterior que estaba en un estado deplorable ya que había sido largamente desatendida. Allí había nacido él y fue donde creció, al menos hasta que se fue a vivir con Mark en el pequeño pueblo costero de Farenham.

La fachada era de piedra gris clara con ciertos matices que la hacían brillar cuando el sol del amanecer o del atardecer incidían sobre ella. Era más que una mansión, era su hogar, no, rectificó enseguida, sonrió de nuevo, adoraba vivir allí, pero reconoció que su hogar sería cualquiera en el que estuviera Claire a su lado.

Le habían visto u oído llegar pues antes de llegar a la puerta, esta se abrió y mostró a un sonriente mayordomo.

—Disculpa las horas —le dijo con un apretón en el hombro.

—No hay problema milord —le miró sonriente una vez más— milady ya se ha retirado a sus habitaciones —le informó— pero me he tomado la libertad de guardarle algo de cena.

—Eres un buen hombre Bowles —le sonrió— puedes retirarte si lo deseas, bajaré a cenar más tarde.

El mayordomo le hizo una profunda reverencia y se alejó por el pasillo que conducía a las habitaciones del servicio. William sonrió.

No tardó ni dos segundos en abalanzarse por las escaleras en dirección a

las habitaciones de la condesa, subía los escalones de dos en dos y sentía que la energía aumentaba en vez de disminuir, estaba ansioso por estar con ella, por confesarle que la amaba de una forma tan reverencial que apenas podía soportarlo.

Entró con cuidado y en silencio para no despertarla en caso de que estuviese dormida, porque lo cierto era que no tenía la más mínima idea de la hora que era. Sólo sabía que había tenido que hacerlo todo ese día, que no podía seguir manteniendo un pasado que le aferrase con sus poderosas garras impidiéndole avanzar en la dirección correcta.

Caminó con sigilo hasta la cama y descubrió que su esposa no estaba allí, por un momento pensó que se había ido, pero algo le llevó a mirar hacia el vestidor que unía esa habitación con la suya y la esperanza emergió de nuevo en su alma.

Atravesó la enorme estancia y entró en su habitación y sonrió al percibir un bulto bajo las sábanas. Una pequeña vela permanecía encendida en la mesita y el fuego del hogar crepitaba en un murmullo, se acercó a la chimenea y metió dos troncos más con todo el sigilo del que fue capaz y comenzó a desnudarse mientras se acercaba a su mujer.

Cuando se deslizó bajo las sábanas sonreía. Claire parecía dormida pero era evidente que no lo estaba, desde el mismo momento en el que se había acercado a la cama, había percibido un cambio en su respiración y su cuerpo se había tensado ligeramente.

—Me gusta que estés en mi cama —le murmuró al oído.

—Pensé que me habías abandonado —la voz rota de Claire le rompió el corazón.

La giró para mirarla a los ojos y descubrió que había estado llorando.

—Mi dulce Claire —la besó en los párpados— ¿por qué haría semejante estupidez? —la besó en la punta de la nariz— tenía asuntos que resolver, pero no te abandonaré, eso jamás.

—Pensé que a lo mejor... lady Welcox podía ofrecerte algo que yo no puedo —seguía con los ojos cerrados.

—Efectivamente tienes razón, por supuesto. Ella puede ofrecerme algo de lo que tú careces —por fin abrió los ojos y le fulminó con la mirada, lo que le hizo sonreír — ella puede ofrecerme desprecio, maldad, artes femeninas adquiridas vete a saber con quién, avaricia, egoísmo... —la besó en los labios que sabía a Claire y a sal— y doy gracias a Dios porque tú no puedas

ofrecerme nada de eso.

—Eres un idiota — dijo entre sollozos.

—Sí, pero... ¿me dejas ser tu idiota? —ella sollozó más fuerte y él la abrazó con fuerza— jamás había dormido con una mujer ¿sabes? —Claire negó con la cabeza— imagina mi sorpresa cuando descubrí que ahora no soy capaz de dormir si no estás a mi lado —la besó en el pelo— cada noche del resto de nuestras vidas cariño, por muy enfadada que estés, no vuelvas a alejarme de ti, por favor.

—No lo haré —sentenció con firmeza antes de abandonarse con total desenfreno en los brazos de su esposo.



Al despertar a la mañana siguiente, Claire se despertó con un enorme ramo de flores en la mesita y una tarjeta apoyada en el jarrón de cristal. Lo cogió con una sonrisa en los labios y leyó asombrada la invitación para el baile de disfraces de los Ruchtchaild.

William la esperaba en la sala del desayuno con una brillante sonrisa en los labios.

—¡Un baile de máscaras! —Claire agitaba la tarjeta con los ojos brillantes por la emoción.

—Debo decirte que los bailes de máscaras de los Ruchtchaild se han convertido en todo un evento, este será en los jardines del Vauxhall, pero habitualmente los celebra en su mansión de Londres —le hizo un gesto y ella se acercó, cuando la tuvo a su alcance, la sentó en su regazo— ¿sabes que Joseph se declaró a Candice en uno de ellos?

La condesa de Hatford se lo había contado en uno de los paseos que habían dado por la mansión antes de que él conociese a Claire y siempre le había hecho reír a carcajadas al imaginarse a su primo jugando al escondite tras un enorme árbol de navidad con su esposa. Y siempre había sentido un ramalazo de envidia al ver como Candice brillaba al expresar cómo se había sentido cuando le dijo que la quería. Siempre que recordaba el evento, sus ojos se llenaban de lágrimas aun cuando sonreía ampliamente.

Claire se maravilló con la historia.

Su amiga era una mujer especial y ella había deseado siempre que le fuese muy bien en la vida, ahora sonreía porque aunque había sufrido muchos infortunios por el camino, el conde y ella habían encontrado la paz en uno en el otro, tan sólo les quedaba recuperar a Alexander, pensó. Se abrazó a William y le besó en los labios.

—Lo pasaremos bien ¿verdad? —le preguntó indecisa.

—Maravillosamente siempre y cuando recuerdes que en esos bailes se

tiende a olvidar ciertas normas —la acarició lentamente hasta que sus manos se posaron en su trasero y ella abrió los ojos como platos— no comparto.

Claire se sintió confusa durante un instante hasta que vio el brillo en sus ojos y ese arranque de posesividad la hizo estremecerse, miró a su alrededor para comprobar que no había criados a la vista y metió su mano entre ambos para posarla sobre la semi erección que su marido ya mostraba.

—Yo tampoco —le susurró rozándole los labios.

Ambos se miraron intensamente durante un instante antes de estallar en carcajadas.

Volver a Londres era todo un desafío para ellos, pensó Claire, pero por mucho que adorase estar en el campo, no podían ocultarse eternamente. William debía atender sus obligaciones y ella no sería un estorbo para él. Se alegró muchísimo al saber que tanto Candice acompañada por Joseph como Ermine también acudirían aquella noche.

Por extraño que pareciese, era el primer baile de máscaras al que Claire acudía. Cuando le pidió ayuda a Ermine y a Candice para que le ayudasen a elegir un disfraz apropiado, no se imaginó que fuesen a elegir un diseño como el que colgaba de la puerta de su armario. Llevaba mirándolo más de diez minutos y aún no había decidido si acudiría o no al baile. Al menos, no había decidido si lo haría con ese vestido en particular.

Admitía que era un diseño fantástico. El problema era que el corpiño aún siendo de fina seda bordada, era tan bajo que no admitía camisola y temía que si respiraba profundamente, sus pechos se saldrían. La tela era preciosa, los bordados en oro sobre la seda color borgoña eran impresionantes, pero se sentía casi desnuda con él a pesar del ajustado corpiño de cuero que iría sobre la tela y que moldeaba su cintura y presionaba sus pechos hacia arriba. La falda si bien era voluminosa era escandalosamente corta y además estaba recogida en uno de los laterales dejando a la vista no sólo unos pantalones corsarios dorados sino también sus tobillos. Llevaría unos escaarpines dorados, así como un gran antifaz que le cubría gran parte del rostro y un enorme sombrero dorado adornado con plumas negras.

El disfraz era impresionante, pero tendría que encontrar el valor para ponérselo.

Tardó casi tres horas en prepararse. El maquillaje no era complicado en absoluto, lo que supuso todo un reto fue ocultar su melena dentro del

sombrero. Una vez que estuvo lista, se miró de nuevo al espejo y no pudo evitar sonreír, nadie la reconocería salvo sus amigas y su marido.

Bajó las escaleras con el corazón desbocado esperando el veredicto de William. A decir verdad no le importaba demasiado lo que opinase el resto del mundo, pero no estaba segura de ser capaz de soportar su censura.

—¡Vaya! —la exclamación de William la dejó helada— eres la corsaria más deslumbrante que he visto jamás —subió varios peldaños hasta que pudo cogerle la mano— estás sublime.

Claire se ruborizó de la cabeza a los pies.

—¿Seguro que te parece bien? —le preguntó mirándole fijamente.

—Veamos —la recorrió con la mirada de arriba abajo y sonrió— ¿me parece bien acudir con la mujer más hermosa de Inglaterra? —le sujetó la barbilla con delicadeza y la miró intensamente— sí, creo que podré hacerlo, pero me parece que no podré separarme de ti ni un minuto —su tono era jovial y divertido.

La sonrisa que le dedicó le aceleró el pulso y la besó dulcemente en los labios.

—Vamos a disfrutar de la velada.

Claire observó a su marido mientras éste cogía su capa para ponérsela sobre los hombros. Estaba especialmente atractivo ataviado con un traje de color negro, chaleco color borgoña con brocados dorados y camisa de un blanco inmaculado. Sonrió al darse cuenta de que iban a juego y por algún motivo, estaba convencida de que no había sido cosa del azar.

William se sentía especialmente nervioso esa noche. Entre su esposa y él habían ocurrido muchas cosas, demasiadas quizá, pero tenía la sensación de que todo lo que había hecho en su vida le había llevado hasta ese preciso momento. Allí, en un carruaje sentado frente a la mujer a la que adoraba por encima de todo. Y se sintió agradecido.

El paseo en barca atravesando el río Támesis añadía una sensación de prohibido de lo más excitante, una vez que llegaron a la orilla, subieron las escaleras cogidos de la mano y tras mostrar su invitación donde habitualmente se compraban las entradas, se fundieron con el ambiente que les rodeaba. Se encontraban en el centro de los jardines, zona conocida como el Grove, donde había un grupo de músicos en el centro rodeados por quioscos con todo tipo de comida y bebida. Claire se sentía abrumada y encantada al mismo tiempo.

—He alquilado uno de los palcos —le explicó William— allí podremos cenar tranquilamente y después disfrutaremos de la noche.

Ella le siguió encantada.

La estancia en cuestión era una de las más apartadas del centro, pero era bastante grande y estaba decorada magníficamente constato Claire. Al fondo había un enorme sofá que más bien parecía una cama pequeña, enfrente una mesa con varias bandejas llenas de comida y dos preciosas copas de cristal tallado.

Tomaron asiento y un camarero procedió a llenarles las copas, después salió y cerró las cortinas sumiéndoles en un lugar mágico. Claire estaba fascinada por todo lo que la rodeaba, pero sobre todo por el hecho de que William se hubiese tomado tantas molestias por ella. Y disfrutó aún más cuando su esposo le dio de comer y entre bocado y bocado la besaba hasta dejarla sin respiración. Había algo altamente erótico en el hecho de que pese a la privacidad que les proporcionaba el palco, seguían estando rodeados de gente que se escandalizarían si veían la lujuriosa forma que tenía su marido de alimentarla. Y ella lo estaba disfrutando al máximo.

La música comenzó a tocar piezas que podían bailarse y la cara de Claire se iluminó haciendo reír a William.

—Bien, creo que es el momento de ir a escandalizar a toda la sociedad londinense —le murmuró en el oído antes de besarla.

Salieron del palco y se unieron a las parejas que ya disfrutaban de la cuadrilla que estaba sonando.

Cuando terminó la tercera pieza, Claire se encontraba exhausta pero sobre todo agradecida, porque en los jardines de Vauxhall, no regían las mismas normas sociales del resto de los bailes, lo que suponía que podía bailar todo el tiempo con William. Sin embargo, le pidió que la llevase a tomar un refresco. A lo que accedió con una gran sonrisa que la hizo temblar.

—¡Oh querida! —la cantarina voz de Candice la hizo sonreír— ¡estás espléndida!

—Así es milady —confirmó el conde de Hatford.

Y así comenzaron una animada conversación mientras se refrescaban y descansaban un rato antes de volver a lanzarse a la pista de baile.

—¿Damos un paseo? —Joseph miró a su mujer que sonrió con un brillo intenso en la mirada.

Todos accedieron y comenzaron a caminar por uno de los senderos

principales, los condes de Hatford iban detrás de ellos pero a los pocos minutos ya habían desaparecido de su vista.

—Ven —la voz de William la hizo estremecer — mi primo ha ido a enseñarle un jardín privado a su esposa, algo que yo también quiero hacer contigo.

—¿Hay muchos jardines privados? —preguntó mientras dudaba de seguir siendo capaz de caminar derecha, estaba muy nerviosa.

—Un mundo entero —le murmuró al oído.

Justo en ese momento la instó a entrar en un sendero mucho más estrecho, la abrazó por la cintura y prácticamente la arrastró entre los arbustos. Sentía las ramas de los árboles arañarle la piel, de pronto la música no era más que un lejano sonido y los farolillos que iluminaban los caminos comenzaron a escasear.

William no le dio tiempo de reponerse, llegaron a un pequeño claro donde había un banco de piedra, se sentó y la arrastró a su regazo, su boca se apoderó de la suya antes de que fuese capaz de decir nada. Sus manos la apresaron con firmeza y el calor de la anticipación la arrasó con fuerza, enlazó sus brazos alrededor del cuello de su marido y se perdió en las sensaciones.

Apenas era consciente de lo que estaba ocurriendo hasta que William interrumpió el beso y la puso de pie un instante.

—Siéntate sobre mí —ella le miró confusa— una pierna a cada lado.

Quiso protestar por lo escandaloso de la situación, pero una mano de William se coló bajo su falda y ya no fue capaz de seguir pensando, obedeció muerta de deseo y se sentó sobre él tal como le había indicado.

Con ese disfraz no podía ponerse camisola, por lo que se sentía mucho más expuesta que de costumbre, sin embargo en ese momento lo agradeció, pues su marido le acababa de bajar el vestido dejando su piel al descubierto y se había apoderado de sus pechos con abandonada adoración. Ella enredó sus dedos en su pelo mientras se inclinaba ligeramente hacia atrás para que tuviera mejor acceso.

Se mordía el labio para no gemir demasiado alto, pero le estaba costando todo su autocontrol, hasta que William introdujo una mano entre ellos y comenzó a acariciarla entre las piernas a través de la abertura de las calzas doradas que llevaba.

—¡Oh Dios! —gimió.

—No demasiado alto —murmuró el conde contra sus labios— no

queremos que nadie reconozca tu voz —la besó con impaciencia.

Su mano comenzó a desabrocharle el pantalón y pronto la poderosa erección estaba completamente liberada. William la alzó un poco mientras con la otra mano guiaba su miembro hacia su cuerpo, en cuanto sintió que estaba en el punto correcto, la penetró con fuerza a la vez que la besaba para ahogar su grito.

Estaba disfrutando como una loca. Las manos de William le apretaban las caderas y la movían a su antojo mientras todo su ser se llenaba de esa extraña energía que siempre la invadía antes de alcanzar el clímax.

—Es lo más erótico que he visto jamás —el ronco murmullo del conde la hizo abrir los ojos.

William estaba extasiado. Claire subía y bajaba a través de su erección con los pechos al aire que se movían al compás de sus envites, tenía los ojos cerrados y se mordía el labio inferior. La sintió tensarse y comprendió que estaba a punto de alcanzar el orgasmo, le mordió los pezones y se los lamió justo antes de sujetarla con más fuerza y empezar a empujar en su interior hasta el fondo.

No tardaron en estallar en mil pedazos.

Miraba a su mujer que estaba entre sus brazos totalmente desfallecida y sonrió. Era absolutamente increíble en todos los aspectos. Le subió el corpiño hasta que sus pechos quedaron cubiertos, pero permaneció en su interior mientras se abrazaban.

—¿Estás bien? —le preguntó con ternura.

—Creo que no podría sostenerme en pie —se acurrucó un poco más contra su cuerpo y apretó sus músculos internos.

—Parece que no ha sido suficiente —murmuró en su oído.

—No podría repetirlo — ella le miró a los ojos— me gusta sentirte dentro de mí.

Tenía que decir algo, era consciente de ello, pero su cerebro se había fundido por completo. Lo único que era capaz de hacer era abrazarla con fuerza, a esas alturas ya era muy consciente de que ella se había convertido en el centro de su vida y de toda su existencia. Claire era el motivo por el que su corazón latía cada mañana. Sería una estupidez negarlo, la amaba más que a su vida.

No era consciente de cómo había ocurrido, tan sólo sabía que había pasado, poco a poco le había ido entregando su corazón hasta no quedarse nada para él. Tenerla entre sus brazos le proporcionaba un placer que no tenía nada que ver con el sexual, si bien era cierto que en la cama le satisfacía como nadie lo había hecho jamás. Y tenerla cerca le proporcionaba la paz que necesitaba para poder pensar con claridad.

Ahora comprendía totalmente a su primo cuando le había asegurado que tener a Candice a su lado, era el único modo que tenía para concentrarse al máximo, pues ella le proporcionaba una calma como jamás había conocido. Sí, ahora lo entendía. Y por primera vez no sintió envidia, tan sólo la profunda paz que conllevaba la aceptación de su propia situación.

—¿Regresamos al baile? —le preguntó acariciando su cuello desnudo y ella asintió.

Tenía una expresión somnolienta que le hizo sonreír. Era más hermosa que cualquier otra mujer que él hubiera visto, pero en esos instantes tenía una expresión tan dulce que se sentía a punto de morir de felicidad. El orgullo puramente masculino le atravesó, él la había saciado tanto que la había dejado agotada y confiaba tanto en él, que no dudaba en apoyarse en él buscando seguridad.

Regresaron en silencio hasta su palco con la intención de comer y beber, pocos minutos después aparecieron los condes de Hatford y a tenor de la imagen que ofrecían, estaba claro que habían estado inmersos en el mismo tipo de actividades que ellos.

Se sentaron a su lado y disfrutaron de su compañía mientras hablaban acerca de Alexander, pues todos los contactos tanto del conde de Hatford como del marqués de Kerinbrooke estaban haciendo todo lo posible para encontrarle. Claire podía sentir la tristeza que manaba de la pareja y decidió que era obligación suya hacerles pensar en otra cosa y de inmediato se hizo

cargo. Cambió de tema y su amiga se lo agradeció con una sonrisa y un guiño.

Al cabo de un rato, anunciaron que la siguiente pieza sería un vals. Los ojos de las mujeres se iluminaron haciéndoles reír.

Las sacaron a la pista de baile sin dudar. La música comenzó a sonar y William le cogió la mano para ponerse en posición, se trataba de un vals vienés, por lo que los pasos y el ritmo eran un poco diferentes del que siempre se tocaban en los salones, pero estaba convencido de que disfrutaría bailando con su esposa.

Comenzaron a girar por la pista sin dejar de mirarse a los ojos, sin dejar de sonreír, sin dejar de amarse en cada gesto. Claire rozaba el cielo con la punta de los dedos. Había albergado muchísimas dudas acerca de ese matrimonio, pero ahora mismo todo le parecía idílico, su marido no le había dicho que la amase y a lo mejor no lo hacía, pero ella le amaba por los dos y se esforzaría en ganarse su corazón. A fin de cuentas tenía el resto de su vida para hacerlo.

—Estás radiante amor mío —William la besó ligeramente en los brazos— no te lo había dicho hasta ahora ¿verdad? —negó con la cabeza y él sonrió— te amo.

Tan ensimismada estaba por lo que estaba siendo una noche mágica, una noche en la que por fin había podido salvar todas las barreras que les separaban que Claire estaba a punto de echarse a llorar. Sin embargo se obligó a sí misma a mantener la compostura, su marido la amaba y ella le amaba a él. La vida era perfecta.

El mundo había dejado de girar a su alrededor, tan sólo existía William, y Claire se perdió en los ojos color miel de su marido, por lo que no comprendió el motivo de la extraña expresión que este tenía ni de por qué la alejaba de sus brazos.

Lo comprendió un instante más tarde. Un olor rancio la envolvió a la vez que unas manos huesudas la sujetaban por la cintura con fuerza y algo metálico se apoyaba en la piel de su garganta. Le costó varios segundos comprender que un hombre la estaba amenazando con un cuchillo.

—¡Suéltala! —William gritó mientras avanzaba, pero la afilada hoja se hundió un poco más en su cuello— ¡no! —se quedó paralizado con auténtico terror en su rostro.

—¡Estoy harto Tillshire! —un hilo de sangre le corría por el escote— ¡harto! —el hombre gritaba y claramente estaba muy alterado— ¡su padre me



prometió a una de sus hijas! —se pegó más a ella.

Claire sólo podía mirar a su marido y sus ojos se llenaron de lágrimas. No era justo. Ahora que había encontrado el equilibrio en su vida, ahora que había vuelto a confiar y a amar con todo su corazón a alguien, ahora que por fin su esposo había reconocido que la amaba, precisamente ahora volvía a perderle.

—William —susurró y le vio tensarse, parecía que la ropa iba a estallar de un momento a otro.

—Tenía que ser la más joven —el hombre seguía hablando mientras el murmullo crecía y los gritos de las damas se hacían más estridentes— pero esa puta se fue con otro y cuando quise enseñarle modales se murió.

Esas palabras fueron las que la hicieron reaccionar a su letargo. Christine, ese canalla estaba hablando de Christine. Un escalofrío la recorrió llenándola de rabia al imaginar que ese desgraciado había puesto sus manos sobre el cuerpo de su hermana y más rabia sintió aún al ser consciente de que lo había hecho con el beneplácito de su padre. Jamás se lo perdonaría, se dijo a sí misma.

—¿Tú la mataste? —preguntó forcejeando hasta que la hoja del cuchillo se hundió más en su piel.

—Era una puta —la zarandéo— exactamente igual que tú, tu padre me pidió mucho dinero a cambio de una de las dos, parece ser que tú pagarás la deuda, aunque me gustaba mucho más la otra.

La bilis le recorría la garganta y amenazaba con hacerla vomitar. ¿Su padre las había vendido a ese ser tan miserable? Comprender de repente lo poco que él las había querido a cualquiera de las dos le supuso un golpe terrible y a punto estuvo de dejarse llevar por el dolor y la furia que sentía, pero su corazón latía con fuerza y la instaba a mantener la calma, pues estaba segura de que cualquier movimiento inesperado podría alejarla para siempre de su marido y ya había perdido a suficientes personas en su vida.

—Sir Tribane —Joseph mantenía a Candice tras él, su voz destilaba poder — los negocios que haya hecho con el padre de la joven, debe arreglarlos con él.

Al escuchar hablar a Joseph, Claire fue consciente de que la música había parado y de que cientos de personas se había congregado a su alrededor y la miraban con sorpresa, muchas damas tenían sus manos en la boca intentando acallar gritos, algunos hombres tenían miradas de condolencia, pero la mayoría observaban la situación deseando lanzarse a salvar a una dama.

Estuvo tentada a sonreír, al menos quedaba algo de humanidad en el mundo aunque su padre se hubiese librado de la suya.

Sus ojos buscaban con desesperación algo que pudiera ayudarla, algo con lo que distraerle, pero parecía que el mundo se estaba volviendo más y más borroso a su alrededor, pues aunque sabía que estaban rodeados de personas, en vez de distinguir con claridad las formas de los coloridos vestidos y tocados de las damas, tan sólo podía ver borrones de pálidos colores. Y manchas negras, muchas manchas negras que se movían en actitud amenazante.

Fue entonces cuando comprendió que había dejado de respirar y que se estaba mareando, se obligó a sí misma a respirar todo lo tranquilamente que pudo y poco a poco su vista volvió a la normalidad. A punto estuvo de suspirar elaboradamente, pero afortunadamente se reprimió a tiempo.

Hatford se movía lentamente y el hombre que la retenía le seguía sin perderle de vista, poco a poco se fueron girando lentamente hasta que la farola que más luz daba casi les cegaba la vista.

—¡No! —gritó Tribane acallando a Joseph, Claire no se había enterado de una sola palabra— se me prometió una mujer y una mujer me llevaré, a ésta — se pegó más a ella y las náuseas la invadieron.

—¿Y cómo pretende salir de aquí? —le preguntó Joseph— está claro que la dama no va a colaborar con usted y puede estar seguro de que varios de los caballeros presentes, entre los que me incluyo, darían su vida con gusto por ella.

El hombre se sorprendió, Claire se dio cuenta porque su agarre se aflojó ligeramente. Sus piernas temblaban y el pánico la había dejado paralizada. Observó a su amiga que lloraba desconsolada mientras Joseph la mantenía tras él con fuerza, sonrió para que se calmara, ¡qué dulce era! Quería llegar hasta ella. Sintió un ramalazo de tierno cariño por ella, había sido muy afortunada por haber coincidido con ella y lograr su amistad.

No iba a rendirse, eso nunca. Pero tampoco se resistiría poniendo en peligro a alguien de los que observaban, lo que por supuesto incluía a Candice. Su mente se nubló durante un instante reviviendo momentos que habían pasado en la escuela de Miss LeBlanc o cómo se habían reído al encontrarse por primera vez desde el matrimonio de ella. Era muy probable que muriese esa noche, se dijo, pero lo haría con la cabeza alta porque había conocido la amistad más noble y sincera y había descubierto el amor. ¿Cuántos podían decir lo mismo? Miró fijamente a Candice hasta que ella se percató.

—No te preocupes amiga mía —murmuró sólo para ella y fue consciente del momento en el que ella lo comprendió.

En realidad, lo hicieron las dos a la vez. Si tenía que perder a William, lo haría con sus condiciones, no con las de un hombre que no le provocaba más que asco. Miró a su alrededor sin apenas mover la cabeza y buscó al hombre al que amaba para despedirse de él, pero no le encontró entre la multitud y su corazón se encogió, sus ojos se llenaron de lágrimas, le habría gustado mucho poder decirle por última vez que le amaba y que le deseaba que fuera feliz. Porque aunque resultara extraño, no sentía miedo, sólo sentía una profunda tristeza por perder a William.

—Eres un miserable Tribane —tenía la garganta agarrotada— tan miserable como mi padre —forcejeó sin muchas ganas un poco, lo justo para distraerle— mataste a mi hermana y ahora pretendes secuestrarme a mí —se agitó con algo más de fuerza logrando liberar un brazo— ¡suéltame! —gritó.

—Estate quieta antes de que te degolle —le gritó él.

—¿Lo harías? —le miró por encima del hombro forzando el cuello todo lo que pudo— ¿y entonces con quién jugarías? —le miró con asco— porque eso es lo que quieres ¿no? Convertirme en un juguete, arrebatarme todo lo que soy.

—Eres una puta, eso es lo que eres —le recriminó— no creas que no te he visto retozar con ese conde de pacotilla.

Sonrió. Apenas comprendía el motivo, pues era evidente que no era el momento ni el lugar, pero sonrió.

—Tienes envidia de él —su sonrisa se convirtió en una carcajada— es comprensible, jamás llegarás a ser la mitad de hombre de lo que él es —escupió las palabras rezumando veneno— sólo le hizo falta un beso para convencerme de que me casara con él —disfrutó con la vergüenza que veía en sus ojos— sólo un beso. Tú me prometiste un sinfín de tesoros y sin embargo te dejé tirado en una confitería en el centro de Londres —se removió un poco más— Tillshire me besó y le entregué mi corazón, mi cuerpo y mi alma.

—¡Basta! —gritó y movió el cuchillo haciendo que otra gota se deslizase por su piel— me voy de aquí con ella —le dijo a Hatford.

Entonces dio un paso atrás y aunque Claire iba a resistirse, de pronto sintió un tremendo empujón que la lanzó al suelo de frente, puso el brazo que había liberado y sintió un terrible dolor que la atravesó. Acto seguido las manos de su amiga tiraban de ella con fuerza.

Y el mundo se convirtió en caos.

Una vez que consiguió soltarse del agarre de aquel hombre tan horrible se giró para ver a William molerle a palos de una paliza, Joseph le había quitado el cuchillo y eso fue todo lo que hizo, tan sólo estaba cerca pero no intervino y a decir verdad no era necesario.

Sir Tribane se había convertido en un ovillo sanguinolento que gemía y lloriqueaba mientras William le zarandeaba de un lado al otro y no dejaba de golpearle una y otra vez. La velocidad a la que sus puños se estrellaban contra la cara y el cuerpo del otro hombre era asombrosa. Las voces del resto de los caballeros eran una cacofonía que se filtraba en su cerebro provocándole dolor y los alegres chillidos de las damas, tan sólo empeoraban los síntomas.

Claire observó a la multitud congregarse y sacudió la cabeza con desprecio. Esas personas estaban tan ávidas por nuevas sensaciones que ni siquiera disimulaban el regocijo que sentían al ver a un conde de rancio abolengo pegarle una paliza a un caballero como si se tratase de un par de boxeadores de las calles. Incluso pudo discernir varias voces proclamando apuestas. ¡Era inconcebible! Era tal el alboroto montado que no se escuchaban los secos golpes que el cuerpo inconsciente de Tribane recibía por parte de William.

—¡Milord! —varios hombres vestidos de uniforme se acercaron pero no osaron tocarle— ¡va a matarlo! —gritó uno de ellos.

Y Claire comprendió que era cierto, que una rabia asesina se había apoderado del hombre al que amaba y en ese momento comprendió que no podía permitirlo. No por las implicaciones legales, las cuáles desconocía por completo, sino porque él mismo no sería capaz de seguir con la vida que les esperaba con esa terrible carga sobre sus hombros. Ya cargaba con demasiadas culpas por los sucesos de su vida, sucesos que no había podido controlar, pero en este momento sí que podía hacerlo, podía elegir libremente el camino que seguiría. Tan sólo necesitaba que alguien le mostrase dicho camino pues la ira le estaba cegando.

Se arrastró por el suelo y forcejeó con Candice para que la soltara, las piernas no la respondían y su brazo tenía el ángulo incorrecto, aun así se acercó a su marido. El otro hombre permanecía inconsciente, ya no se movía ni emitía ningún sonido.

—¡William! —gritó— ¡William! —le vio dudar un instante antes de asestar otro puñetazo— ¡te necesito! Por favor William, me duele, por favor...

—le suplicó con el rostro lleno de lágrimas.

Una suave voz femenina se filtró a través de la roja ira que le anegaba el corazón y la mente. No podía dejar de golpear a ese cabrón que había amenazado lo único puro y dulce que había en su vida. No podía dejar de golpearle. Pero la voz se filtró de nuevo, esta vez con más fuerza y la reconoció. Claire. Claire le llamaba.

Y entonces paró de golpear a esa sabandija. Algo en su cerebro le hizo alzar el rostro y vio a su mujer de rodillas en el suelo, con sangre en el pecho, una mano extendida hacia él y llorando. Se levantó en un segundo y se lanzó hacia ella.

—Mi vida —apretó más fuerte hasta que la oyó gritar de dolor — ¿qué...

Y entonces le vio el brazo, el hueso sobresalía de la piel. La rabia se apoderó de él de nuevo y Claire fue consciente de ello.

—No me dejes —le suplicó entre sollozos— te necesito.

—Oh vida mía —la besó en los labios con tanta ternura que le dolía el corazón— no te dejaré, jamás mi amor, ¿lo oyes? Jamás.

Se puso en pie con ella en sus brazos y le hizo un gesto a Joseph que se mantuvo impassible, en su rostro no había rastro de ninguna emoción mientras con un gesto indicó que él hablaría con los agentes, nada le hubiese traicionado salvo la forma protectora y posesiva con la que abrazaba a Candice.

William la llevaba hasta la otra salida de los jardines, pero en ese momento un pequeño faetón se acercó a ellos.

—Permítame llevarles milord —el joven les miraba con ansiedad— puedo llevarles donde usted me diga.

—Doctor Gilbert —fueron las únicas palabras que podía pronunciar.

Claire no sabía cómo había sido capaz de subir con ella en brazos, pero estaba claro que no tenía la más mínima intención de soltarla, por lo que no peleó contra él. Simplemente le abrazó con el brazo sano y se apoyó en él.

El carruaje resonaba en las desiertas calles de Londres mientras prácticamente volaba para llevarles a su destino. Se mantuvieron en silencio durante todo el trayecto, hasta que finalmente los caballos se detuvieron y el joven corrió a llamar a la puerta para volver a ayudar a William a bajarla.

—Milord —le llamó el joven y le entregó una tarjeta— acéptela por favor, yo... amaba a Christine.

El conde aceptó la tarjeta y le prometió que se pondrían en contacto, miró a su esposa y el otro hombre lo comprendió. La situación era grave y se alejó para permitirle entrar en el edificio con ella en sus brazos.

El dolor era tan intenso que sentía que se estaba mareando profundamente, ahora apenas sentía nada más que los labios de William sobre su sien. La conciencia le duró lo justo para apreciar que su marido acababa de meterla en una sala que tenía muchas similitudes con la de un hospital, si bien había significativas diferencias. Pero cuando quiso comenzar a hacer preguntas, su mente se quedó totalmente inoperativa sumiéndola en la inconsciencia.

Despertó dos días más tarde en una aséptica cama, la cuál supo enseguida que no era la suya, abrió lentamente los ojos y la luz del sol la hizo pestañear, se sentía confusa y dolorida.

—Hola mi amor —se giró hacia la voz— ¿tan deseosa estás de ser viuda que te has propuesto matarme de un susto? —sonrió y negó con la cabeza — gracias a Dios.

—Hola —saludó, tenía la garganta reseca.

—Espera, te daré un poco de agua.

William le acercó un pequeño vaso a los labios y la instó a que bebiese despacio.

No se había separado de ella en ningún momento, ni siquiera cuando Ermine le había gritado que era un estúpido terco. Finalmente padre e hija

comprendieron que sería mucho más eficaz seguir curando a Claire, ya que él no estaba dispuesto a alejarse de ella. Sufrió lo que no estaba escrito cuando entre los dos abrieron la carne del brazo para reparar la fractura del hueso, los sonidos y los olores se introdujeron en su cuerpo haciéndole sentir enfermo. No obstante, las cuatro manos eran ágiles y tardaron menos de lo que contaba. Después de colocar el hueso y aplicarle curas, procedieron a coserla.

Y William agradeció a todas las deidades del mundo que Claire hubiese perdido el conocimiento.

—El doctor Gilbert ha hecho un gran trabajo con tu brazo —le explicó mientras le acariciaba el pelo— pero necesitarás reposo varios días ¿de acuerdo?

—No recuerdo nada —le dijo— sólo te recuerdo a ti. Acabábamos de empezar a bailar...

—Bueno, podemos empezar desde ahí —se acercó a ella y la besó en los labios— ¡Dios! Tenía tanto miedo a perderte...

Le pasó un brazo por el estómago y se apoyó en su regazo. Y Claire, pese al dolor, la confusión y la sensación de falsa realidad, sonrió. Sonrió porque si bien él aún no lo había dicho, ella sabía que la amaba, tenía que hacerlo ¿no? Tenía miedo de perderla, eso sin duda alguna era un signo inequívoco de que se había enamorado de ella. Y por el momento, era más que suficiente.

La puerta se abrió poco a poco y una demacrada Candice se acercó a su cama con sigilo, hasta que comprendió que estaba despierta, entonces suspiró con alivio.

—Gracias a Dios —se acercó un poco más y le cogió la mano del brazo sano— ¿cómo te encuentras? —miró el brazo que estaba aparatadamente vendado y frunció el ceño— cuando... —dudó un instante— me rompí la mano, fue terrible.

—No te la rompiste tú —su marido se acercó a ella y la rodeó entre sus brazos, ambos se miraron un instante y él negó con la cabeza— me alegro mucho de verte despierta Claire.

—Y yo de veros a todos Joseph —le sonrió ligeramente.

En ese instante entró el doctor Gilbert con su preciosa hija a su lado. Ermine no tardó en acercarse para besarla en la mejilla y le sonrió con cariño.

El doctor le hizo varias preguntas y gimió cuando le tocó los dedos, su marido no se separó de su lado, en realidad, ninguno lo había hecho, todos le acariciaban alguna parte del cuerpo mientras ella intentaba no desmayarse por

el dolor.

—Bien, la operación fue bien, aunque me temo que le quedará una cicatriz, esperemos que no demasiado grotesca —la cara del doctor se puso delante de ella— no soporte el dolor milady, tome el láudano que le he recetado, de esa forma se recuperará mucho antes.

William pidió hablar con él a solas y ambos hombres salieron de la estancia dejándola con los demás que no tardaron en asegurarle que estaban encantados de que volviera a estar entre ellos porque habían pasado muchísimo miedo.

Preguntó por el destino de sir Tribane y fue Joseph el encargado de informarla de que se había salvado por los pelos, pero que no le iba a servir de nada pues acabaría en la horca o en la prisión de New Gate en pocos días, así mismo les había informado el magistrado jefe. Claire suspiró aliviada, cerró los ojos un instante agradeciendo que su marido no llevase la cruz de haber sido él quien arrebatara una vida, no quería ese peso sobre su conciencia.

El doctor recomendó que se quedase en cama sin moverse al menos dos días más antes de que fuese trasladada a su hogar. Estaba a punto de protestar cuando su marido habló por ella asegurándole a Gilbert que no se movería lo más mínimo. Y quiso protestar por ese ramalazo de sobre protección, pero un confuso recuerdo le llenó la mente. William diciéndole algo... algo importante. Algo que había hecho que su alma cantara. ¿Pero qué era?

Decidió que era una buena idea dejar las protestas para otro momento habida cuenta de la confusión que aún la dominaba.

—¡Tres días! —gritó Claire tras abrir la puerta con fuerza— ¡tres días has tardado en volverme completamente loca! —caminaba con brío por la biblioteca donde había ido a buscar a su marido que la miraba indolente.

—Puedes gritarme todo lo que quieras, pero haz el favor de sentarte —se acercó a ella e intentó abrazarla, pero ella se escabuyó.

—Sólo tengo un brazo roto William ¡por el amor de Dios! —le golpeó en el pecho— te comportas como si estuviese a punto de morir.

—Aún no estás fuera de peligro, el doctor...

—El doctor dijo que si no tenía fiebre en los siguientes dos días, no era probable que la tuviese y Ermine viene todos los días a verme —le miró furiosa.



—No es suficiente —se acercó a ella despacio— nunca, nada será suficiente —la miraba tan intensamente que ella se estremeció — ¿acaso no lo entiendes? Jamás será suficiente, por favor, sólo te pido que guardes cama unos días más.

—No quieres ni que baje a comer —se acercó a él hasta que les separaban tan sólo unos centímetros— ni me dejas bañarme ni hacer otra cosa aparte de pestañear.

Le observó detenidamente. Tenía la mandíbula apretada, los puños cerrados y los nudillos blancos. ¿Por qué estaba tan alterado? Era su primera discusión fuerte, pero él sabía que ella acataría todas sus órdenes por mucho que protestara, así que la tensión no podía ser por ella.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó con un hilo de voz.

Pero William no pudo responder, tenía el estómago encogido y el corazón le latía a mil por hora, se moría de ganas por estrecharla entre sus brazos, pero no podía hacerlo, llevaba el brazo vendado y pegado a su cuerpo y era evidente que cualquier movimiento le provocaba dolor, se negaba a tomar el láudano tal como se lo prescribió el doctor Gilbert, sólo lo tomaba por las noches antes de echarse a dormir.

Le había preguntado lo que le ocurría. ¿Acaso no se daba cuenta? ¿acaso no entendía que ella era su principio y su fin? ¿no entendía que había estado a punto de perderla? Le había costado toda su fuerza de voluntad revelar que la amaba y ella no lo recordaba. ¿Cómo no podía entender que él también estaba sufriendo? ¿Que la culpa y la impotencia le estaban destrozando por dentro? ¿Cómo no entendía que al mirarla todo su mundo se volvía del revés? ¡había estado a punto de perderla, por el amor de Dios!

Llevaba días sin poder quitarse de la cabeza el aspecto de su primo Joseph cuando aquel sinvergüenza disparó a Candice y la dieron por muerta, se había sumido en una espiral de autocompasión bien regada por todo tipo de alcohol hasta que ella regresó y se ocupó de él. Hasta ahora no había entendido que no fuese capaz de seguir adelante. Pero ahora sí lo entendía, cada vez que miraba a Claire y la veía herida lo comprendía con más claridad. Él tampoco soportaría seguir vivo si la perdía.

Una doncella entró sigilosamente para informar a Claire de que Ermine acababa de llegar y la esperaría en la salita de la condesa.

Claire suspiró sin dejar de mirar a su marido y sin poder descifrar su expresión, tampoco su silencio. Apretó los dientes con fuerza y salió de la

biblioteca. Era evidente que no conseguiría nada gritándole y se sentía tan furiosa y frustrada que tenía intensos deseos de destrozar todo lo que se pudiese en su camino. ¿Qué le ocurría? Ella no era así, era una joven de carácter tranquilo y amable. Sin embargo el hecho de no recordar apenas lo sucedido la estaba volviendo loca.

—Hoy pareces más abatida que de costumbre —la voz de su amiga la sacó de sus cavilaciones, entonces se dio cuenta de que estaba terminando de aplicarle la miel y comenzaba a ponerle la venda.

—Es William —suspiró.

—Entiendo —le dedicó una sonrisa— los hombres son así —dijo al cabo de un rato, se encogió de hombros y terminó de vendarle el brazo— la herida tiene buen aspecto, no hay signos de infección y los dedos ya no te duelen ¿verdad? —ella negó con la cabeza— eso es un buen síntoma también — guardó todas las cosas en su maletín y la miró unos instantes— ¿quieres hablar de ello?

—No —la miró de frente— imagino que conseguiré solucionarlo yo sola.

—En mi opinión —se puso de pie— no conseguirás nada enfadándote, se asustó mucho al verte herida Claire, creo que ganarías más si te mostrases más... dócil.

No le dio tiempo a replicar, simplemente la besó en la mejilla y salió con el porte de una reina, tal y como hacía siempre. Ella se quedó mirando a la joven que tanto le había gustado desde que la conocía, tenía el pelo de un vibrante rojo, cuando se lo dejaba ligeramente suelto, los mechones parecían llamas, era impresionante, tenía los ojos del color del whisky y una figura escultural, pero lo que más le había gustado de ella era que siempre tenía una sonrisa en los labios y un buen consejo.

Cerró los ojos y se apoyó en el respaldo, era afortunada por tener esas dos amigas en su vida. Ermine era atrevida, sensual, divertida e inteligente y Candice era puro amor, su inteligencia la hacía reír a menudo pero era su buen corazón lo que hacía que las estancias se iluminasen cuando ella sonreía.

Llevaba encerrada en casa una semana completa, por eso tenía ese ataque de melancolía decidió. Sin embargo, no quiso crispar más los nervios de William, de modo que se fue obediente a su habitación para postrarse en la cama de nuevo.



—Buenos días querida —la dulce voz de Candice le sacó una sonrisa—  
¿cómo te encuentras?

La condesa se acercó a su cama y la besó en la mejilla, después se sentó en la butaca en la que William pasaba todas las noches.

—Tienes un aspecto estupendo —le sonrió y esperó a que la doncella se fuese y cerrase la puerta— bien, ¿me cuentas que te ocurre?

—Te lo ha dicho Ermine —Candice sonrió— no lo sé, me tiene aquí encerrada todo el día, hace dos días me levanté para oler las nuevas flores y cuando me vio en pie me cogió en brazos y me metió en la cama y como eso, te podría contar cientos de anécdotas... me siento como si fuese una prisionera.

Candice la observó durante unos instantes y le cogió la mano que tenía bien.

—¿Recuerdas a mi hermano? —le preguntó y ella sonrió— dirigía la banda de ladrones que asoló Londres hace más de dos años —le apretó la mano delicadamente para que no la interrumpiese— me estuvo extorsionando durante meses y yo, tonta de mí, le daba todo lo que me pedía, le robé a mi marido —apretó los dientes— aunque él jura y perjura que eso nunca sucedió —sonrió con tristeza— el caso es que un día me enfrenté a él y a sus esbirros y me negué a darle nada más, acudí al muelle para hacérselo entender, Joseph llegó poco después, mi hermano George le amenazó con una pistola y yo me lancé contra uno de los esbirros que me disparó —Claire luchaba contra las ganas de abrazarla, la dejó continuar sin interrumpirla— antes de eso, mi hermano me había roto la muñeca y me hice un esguince en el tobillo a causa de sus empujones.

Se quedó un momento en silencio y Claire esperó paciente. Parecía que estaba reorganizando sus ideas y que estas le estaban rompiendo el corazón.

—En los muelles me dieron por muerta —dijo al fin— Joseph por poco se mata, no hacía más que beber y beber, según me explicó un día lo hacía porque

cuando caía inconsciente, yo volvía a su lado —suspiró— nuestro bebé murió —Claire ahogó un gemido, pero al mirarla vio que dos lágrimas le caían por el rostro— creo que aún no me he recuperado del todo, ¿no es ilógico? Tenemos al pequeño Sylvester —se limpió las lágrimas y la miró sonriendo— el caso Claire, es que William estaba aterrorizado, el hecho de que casi matase a Tribane con sus propias manos fue toda una declaración en sí misma, ¿no te parece? —le apretó la mano con delicadeza— tiene miedo de que te ocurra algo y te va a mantener encerrada mientras se lo permitas, obviamente tendrás que ceder en alguna ocasión, yo por ejemplo finjo que no sé que ha contratado a cuatro hombres que me siguen a todas horas en turnos de pocas horas —se encogió de hombros— tú tendrás que ceder en otras, pero sólo tú puedes convencerle de que no necesitas que te traten como a una inválida.

Charlaron unos minutos más y Claire le confesó que ella sí sabía que las seguían, pero que William le había explicado que eran hombres de su primo para protegerla, que no le había comentado nada porque le pidió expresamente que no se lo contara. Candice sonrió y le dijo que lo comprendía y que a ella no le suponía ningún problema. Comprendía perfectamente cómo eran las cosas entre marido y mujer.

Unas cosas llevaron a otras y al poco estaban riendo con fuerza recordando los viejos tiempos cuando ambas eran las veteranas en la escuela de Miss LeBlanc, también rieron al recordar a Christine.

—Ahora sé lo que le ocurrió —Candice asintió con un gesto— creo que ahora puede descansar en paz.

—Lo hace desde que sabe que eres feliz —la besó en la mejilla— ella te adoraba Claire, sólo quería que fueses feliz.

Poco después se despidió de su amiga y se quedó pensativa tumbada en la cama. En unas pocas horas llegaría una de las doncellas con su cena. Mientras tanto, tendría que encontrar la forma de distraerse.

Una vez que hubieron recogido todo, despidió a su doncella y esperó hasta que cerraron la puerta con un suave chasquido, inmediatamente se puso en pie y comenzó a desabrocharse los botones de la parte delantera de su camisón.

Candice había tenido razón. Sólo ella podía convencerle de que se estaba recuperando perfectamente. Al cabo de unos minutos, estaba completamente desnuda salvo por la enorme venda que cubría su brazo, se metió en la cama y esperó.

William no tardó en aparecer, pero ella se hizo la dormida, estaba totalmente tapada por la sábana y le oyó quitarse la chaqueta y la corbata, también se quitó las botas y los calcetines, en cuanto se acomodó en la butaca, ella se dio media vuelta haciendo que la sábana descubriese su espalda desnuda.

El conde sonrió mientras la miraba. Esa tarde había tenido una conversación de lo más interesante con su primo, el cual le aseguraba que estaba cometiendo un terrible error con su esposa, que él lo aprendió por las malas y que no se lo deseaba a él. Al ver la sinuosa silueta de su esposa, la cremosa piel de su espalda desnuda, sólo iluminada por las dos velas de la mesita, tuvo que darle la razón a Hatford, era un error y ella se lo haría pagar. Y aunque pareciese estúpido, estaba deseando que lo hiciese.

—Sé que estás despierta —le dijo sentándose en el borde de la cama.

—Y viva William —bajó descaradamente la sábana descubriendo su piel desnuda, los ojos del conde se abrieron de par en par— sobre todo viva —se acarició a sí misma un pecho y cerró los ojos un instante— te echo de menos.

—No podemos cariño —le costaba tragar— yo...

—Sé que hablamos de algo justo antes de que Tribane me cogiera —le interrumpió ella— pero no lo recuerdo —se incorporó ligeramente— ¿es por eso que quieres castigarme?

—¡No por Dios! —exclamó con sorpresa— te dije que te amaba Claire —observó como ella se ruborizó exactamente igual que aquella infame noche y sonrió— te dije que te amaba y casi te pierdo, no creo que pueda soportarlo.

—Yo también te amo William —se acercó un poco a él — tú ganaste y me salvaste y estoy aquí a tu lado —le acarició los labios con la punta de sus dedos— te echo de menos.

—¿Y si te hago daño? —le preguntó y se sorprendió al notar que eso era lo único que le retenía.

—Cambiaremos de posición —le respondió coqueta— ámame William, ámame y celebremos que estamos juntos.

—Vas a matarme —se puso en pie y comenzó a desnudarse.

Un instante después, Claire estaba tumbada en el colchón con la piel erizada ante la expectación, los pechos pesados e enhiestos y las piernas ligeramente abiertas en una clara invitación mientras su travieso marido se dedicaba a besarle alrededor del ombligo.

Y celebraron que estaban juntos hasta que el éxtasis les consumió.

Habían pasado pocos días desde que Claire y William se habían reconciliado y para su alivio habían vuelto a Tillshire Manor en Lakesbury. La joven condesa había peleado por cada aspecto posesivamente controlador de su marido y para su eterna sorpresa había conseguido que éste cediera en muchos de sus términos.

Estaban tranquilamente sentados en el jardín cubierto que William había copiado de la casa de su primo Joseph, disfrutando de la agradable temperatura. Estaba cayendo una fina lluvia que les resultaba de lo más relajante cuando los Hatford aparecieron. Se pusieron tensos al instante pues ambos traían una cara empañada por el dolor y la tristeza.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Claire mientras abrazaba a Candice que había empezado a sollozar.

—Sentaos por favor —indicó Joseph— tenemos que hablar.

William observó la posición del cuerpo de su primo y supo que algo andaba muy mal. Candice se deshacía en lágrimas y no levantaba la vista del suelo, incluso su piel estaba pálida y le temblaban las manos.

—Hemos venido con nuestro abogado —Joseph hizo una seña y un caballero entró al jardín— os presento al señor Travis Dacomne.

Una vez realizadas las presentaciones, todos tomaron asiento, el abogado ligeramente separado del resto del grupo, pues aunque estaba al corriente de la situación, entendía que los condes de Hatford necesitaban un mínimo de intimidad para poner a su familia al corriente.

—Debemos pedirnos un enorme favor —murmuró Candice, Joseph se sentó a su lado y la abrazó con fuerza.

—Hemos tenido noticias de Alexander —la voz de Joseph sonaba distinta — sabemos dónde está y cómo rescatarle —anunció con tanta tristeza e ira en la voz que Candice se acercó más a su marido— salimos en cuanto terminemos aquí.

—¿En qué podemos ayudaros? —William podía sentir que sólo era el comienzo de las malas noticias.

—Queremos nombraros tutores de Sylvester —anunció Candice hecha un mar de lágrimas.

Claire ahogó un gemido y William se tensó de la cabeza a los pies.

—Sabemos que es un gran favor —intervino Joseph.

—No —le cortó William— haremos lo que queráis —le levantó y se

arrodilló frente a Candice cogiendo una de sus manos entre las suyas— todo lo que necesitéis, pero... ¿por qué?

Su primo le puso una mano en el hombro y apretó la mandíbula. Candice lloró más desconsolada aún.

—Alexander está en un campamento de traficantes en la frontera de Francia —les explicó mientras le frotaba la espalda a su mujer— el viaje será largo y muy peligroso, así como el rescate en sí, pero no he conseguido convencer a mi esposa de que se quede aquí y me deje ir a mi solo —era evidente la rabia que sentía.

—¡Es mi hermano también! —protestó la condesa— no me dejes sola, no me apartes —le suplicó, su marido la abrazó.

—Tranquila, te prometí que vendrías y lo harás —la besó en el pelo— mi hombre de confianza, Larson, se quedará al frente de Hatford Lane para ayudar a mi padre.

Su tono de voz era áspero y duro, pero rezumaba un profundo amor por la mujer que tenía entre sus brazos.

—¿Tu padre está de acuerdo? —le preguntó William.

—Sí, él se hará cargo de todas las propiedades y de los temas financieros, por supuesto visitará a Sylvester tanto como le permitáis, pero es consciente de que no podría hacerse cargo de un niño de apenas ocho meses.

—¡Oh Dios! —Claire intentaba controlar las lágrimas pero le era casi imposible— por supuesto que podrá verle todos los días si así lo quiere, pero...

La pregunta quedó en el aire cuando Joseph le hizo un gesto negativo con la cabeza y volvió a besar a Candice en el pelo.

—Mi abogado trae los documentos apropiados para que los firméis.

El señor Dacomne se acercó ligeramente al grupo y sacó un fajo de folios, según les explicó eran tres copias de los mismos documentos, en los cuales se explicaba que los condes de Hatford debido a que iban a realizar un peligroso viaje, cedían la custodia de su hijo y heredero Sylvester Alexander Aldridge, vizconde de Pelham, a los condes de Tillshire y al marqués de Kerinbrooke, siendo los primeros los anfitriones del niño.

Las condiciones eran que el pequeño sería acompañado por las tres niñeras que actualmente cuidaban de él y cuya supervisión recaería en William y Claire, el sueldo de las citadas cuidadoras corría a cargo de los Aldridge y se adjuntaba un documento con el régimen de visitas establecido para que



Eliseo Aldridge, marqués de Kerinbrooke, pudiera visitar a su nieto.

—¡Por Dios! —exclamó William— no voy a imponer un régimen de visitas a mi tío, haga constar que tiene libre acceso a su nieto así como en mi propiedad o que puede exigir que se le lleve ante él en cualquier momento.

—Gracias —murmuró Joseph mientras el abogado corregía la petición del conde.

—Somos familia —gruñó William.

Se leyeron las modificaciones y una vez que todos estuvieron de acuerdo, los documentos fueron firmados y sellados ante varios testigos que formaban parte del séquito de los Aldridge y de los Carmichael.

—Mi hijo está dormido —explicó Candice que intentaba serenarse— permanecerá en Hatford Lane hasta que tengáis una habitación apropiada — abrazó a Claire— cuídale por favor —le susurró al oído.

—Por supuesto que lo haré —las mujeres lloraban serenamente.

—Estará a salvo te lo prometo — William abrazó a su primo y le sintió estremecerse— tráele de vuelta.

—Lo haremos —sentenció Joseph antes de coger de la mano a su esposa y tirar de ella.

William le observó y se le rompió el corazón.

Él le conocía muy bien y sabía que bajo toda esa fachada de altivez, de arrogancia y de malas formas se escondía un hombre con un corazón enorme que se desgarraba cuando no podía proteger a los que amaba. Como su madre solía decir, era el paladín de la familia. Y había resultado que Candice, era el paladín que protegía a su primo.

Abrazó a Claire que se estremecía contra él y observaron como los condes de Hatford entraban en el carruaje sin mirar atrás.

—Deben estar sufriendo lo indecible —murmuró Claire.

—Sí —la besó en la cabeza mientras intentaba controlarse él mismo— voy a ordenar que preparen la habitación infantil lo antes posible.

Se alejó en dirección a las dependencias del servicio mientras Claire permanecía en la entrada de la casa observando cómo su mejor amiga en el mundo se iba.

La imagen resultaba fantasmagórica. El cielo se había teñido de un gris plomizo y la lluvia ya no era fina, sino que ahora parecía que caía con furia mal contenida. Los tres carruajes avanzaban a gran velocidad por el sendero de entrada mientras sus formas se empequeñecían y se terminaban

desdibujando en la distancia.

El mundo entero estaba apenado, pensó Claire.

Se abrazó a si misma mientras su cabeza bullía por las últimas noticias. Alexander debía estar en un terrible aprieto si era necesario que su propio hermano fuese a buscarle. Cerró los ojos con fuerza. ¿Por qué todos los hermanos tenían que morir? El hermano de Candice era un canalla de la peor clase, pero era amado por su hermana y ahora estaba muerto, Christine también había compartido su suerte pese a que era como una explosión de primavera y todo el mundo la adoraba... y ahora Alexander...

La vida era una dama terriblemente cruel.

—Ven —le dijo William cogiéndole de la mano — quiero hablarte de algo.

Se sentaron en el cómodo sofá de la salita de la condesa y el conde cogió aire antes de hablar.

—El día que ese... —apretó la mandíbula— Tribane te hirió, un joven nos llevó rápidamente a casa del doctor Gilbert —le tendió la tarjeta — me la dio y me dijo que amaba a Christine.

Claire se quedó blanca. Cogió el trozo de papel con manos temblorosas y leyó la dirección de ese hombre con lágrimas en los ojos.

—Me gustaría conocerle —murmuró.

—Lo imaginaba —la abrazó con fuerza— le he invitado a tomar el té esta tarde.

Y si ella no estuviese locamente enamorada de su marido, en ese preciso instante le habría entregado su corazón.

Conocer al joven que había robado el corazón a su vital hermana la hizo sentirse extrañamente complacida, habría sido un estupendo marido para ella y era evidente que aunque el tiempo hubiese pasado, él no la había olvidado. Hablaron de todo, de las circunstancias de su muerte, de las de su entierro... y el joven asentía comprendiendo que habían tomado la mejor decisión. Sólo les pidió permiso para ir de vez en cuando a su tumba.

—Sé feliz —le dijo Claire cuando se despidieron— ella te amaba con todo su corazón, pero no querría que languidecieras por su recuerdo.

—Lo sé —asintió con un gesto— es sólo que... bueno, aún la echo de menos.

—Gracias —murmuró a su esposo cuando cerraron la puerta tras la marcha del hombre— gracias por darme esto.

—Es un buen hombre —la abrazó con fuerza.

—¿Cómo ha podido hacerlo? —preguntó Claire a William dos días más tarde mientras las niñeras inspeccionaban el cuarto infantil de Sylvester, su marido la miró con una ceja arqueada— ¿cómo ha podido alejarse de su hijo?

—Candice es una mujer excepcional y ama a su hijo por encima de todo — ambos eran conscientes de ello— pero... Joseph... él no podría mantenerse cuerdo si ella no está a su lado y lo sabe —sus ojos no perdían de vista al niño— han hecho lo más coherente, mantener a su hijo a salvo y protegido e ir ellos en persona en busca de Alexander.

—¿Cómo podrán rescatarle? —le preguntó con el corazón encogido.

—No lo sé —se encogió de hombros— puede que sea cuestión de dinero o quizá sea algo más... no lo sé querida, pero si no pueden hacerlo desde Inglaterra es que no es bueno.

Una de las niñeras se acercó en ese momento para hablar con ellos.

—Milord —hizo una pequeña reverencia— el cuarto es perfecto tal como me imaginaba, tenemos una serie de instrucciones para el cuidado del vizconde, pero lady Candice nos dijo que ante todo, no podíamos resultar ser una molestia.

—No lo sois —aclaró William— mi condesa y yo te agradeceríamos que nos pusierais al corriente acerca de las instrucciones de lady Candice, pues no tenemos práctica en el cuidado de los niños.

La mujer sonrió. Había sido contratada un par de semanas antes del nacimiento del niño y desde el primer momento supo que no trabajaría para una familia aristocrática normal. Y ahora tenía la misma sensación.

—Milord —le explicó— mi querido Sylvester gozaba de una libertad impropia de su clase, pues tanto su madre como su padre pasaban largos ratos con él paseando por el jardín o siendo arrullado —se limpió una lágrima — discúlpenme —se sonrojó— sólo les pido que me permitan seguir haciendo eso, milady quiere que su hijo disfrute del tacto de la lluvia, de los rayos del sol, que aprenda a amar la tierra... —se retorció las manos con fuerza— y si fuera posible que sus señorías le dedicaran unos minutos de su tiempo siempre que fuera posible...

—Tienen total acceso a toda la propiedad —le explicó William que sentía como su corazón se expandía hacia el niño— pueden ir y venir a Hatford Lane siempre que así lo estipulen y tanto mi condesa como yo les acompañaremos siempre que sea posible.

—Muchísimas gracias milord —la mujer estaba claramente feliz por sus palabras.

—¿Podemos... —Claire se moría de ganas por coger en brazos al pequeño.

—¡Por supuesto que sí! — exclamó la mujer— lady Candice decía que todas las muestras de amor y cariño harían de su hijo un hombre excepcional.

—Sí —suspiró Claire— yo también lo creo.

Entró en el cuarto infantil y descubrió con una sonrisa que el pequeño Sylvester estaba despierto y estirando los bracitos, le hizo un gesto a otra de las niñeras para indicarle que iba a cogerle en brazos y sonrió encantada cuando el pequeño le puso los brazos alrededor del cuello y gorgojeó feliz.

Tanto William como ella jugaron un poco con él mientras se turnaban para llevarle en brazos mientras le enseñaban la casa a las niñeras. Las tres mujeres eran de mediana edad y todas sentían un tremendo afecto por el niño, lo cuál sorprendió y agradó tanto a Claire como a William.

—Milord —le dijo uno de los lacayos de Hatford Lane— ¿podría despedirme del vizconde? —William le miró sorprendido— es que... lord y lady Hatford nos dejaban a todos estar con el pequeño mientras le enseñábamos los caballos o...

Los condes sonrieron.

—Sois todos bienvenidos siempre que queráis —informó Claire— y prometo que al menos una vez a la semana llevaré a Sylvester a Hatford Lane para que no se olvide de ninguno de vosotros.

—Os lo agradezco en el alma milady —el joven la miró con los ojos muy brillantes— todos queremos mucho al pequeño.

Después hizo una torpe reverencia y se fue.

—No se ha despedido del niño —observó Claire.

—No —William la estrechó entre sus brazos.

Ambos comprendían lo que Candice había hecho. Había rodeado a su hijo de todas las personas que trabajaban para ellos de forma que el niño siempre fuese querido y protegido. Y no pudo evitar el ramalazo de orgullo que sintió.

En la nobleza no se hacían así las cosas. Los niños eran tratados como seres aparte de la familia mientras eran pequeños, estaban constantemente al cuidado de las niñeras, las cuales eran reemplazadas constantemente para que el niño no estableciese relaciones con el servicio. Y jamás, se les permitía ser parte de las reuniones más allá de una breve presentación.

Pero al parecer su primo y su esposa habían decidido que su hijo crecería sabiendo que era profundamente amado y que la lealtad y el amor eran bienvenidos siempre, ya fuese de los aristócratas o de los plebeyos.

—Quiero hacer lo mismo —le dijo a Claire, ella le miró con los ojos muy abiertos— cuando tengamos hijos —le explicó— quiero que crezca rodeado de todo el mundo, que desde mi mayordomo personal hasta el mozo de cuadras pasen tiempo con ellos y les enseñen el valor del trabajo y el cariño incondicional.

—Estoy de acuerdo concedió Claire— yo también quiero eso para nuestros hijos y aunque sé que deberán ir al colegio, quiero que siempre vuelvan a casa y que se sientan siempre amados.

—Lo harán querida —la estrechó entre sus brazos sin perder de vista cómo las niñeras acariciaban el rostro del pequeño con una flor con delicada ternura —se van a perder muchas cosas.

—Ojalá vuelvan todos sanos y salvos —rezó la condesa.

William no pudo responder. En ese momento su mente estaba centrada en una realidad en la que jamás había pensado.

Su mundo por fin estaba en paz. Había hecho las paces con su primo Joseph y con su tío Eliseo, había perdonado a su padre eliminando así de su alma los jirones de rencor que le estaban destrozando. Tenía a su lado a una esposa a la que amaba y que le amaba a él y ante sí se expandía un futuro que era tan aterrador como emocionante.

Al observar a su sobrino honorario reír mientras intentaba conseguir la flor, un profundo y anhelante orgullo se apoderó de él. Quizá dentro de poco, su propio hijo reiría entre sus brazos. Sylvester rio a carcajadas de nuevo y comenzó a gatear por el césped mientras sus niñeras fingían que no podían pillarle.

—¿No cogerá frío? —preguntó el conde.

—No milord —respondió la tercera niñera— lady Candice siempre decía que podía disfrutar del día al aire libre a condición de un baño caliente en cuanto entrara en casa —sonrió— además está bien abrigado y hoy no hace apenas brisa.

—Pero llovió hace dos días —protestó el conde con el ceño fruncido.

—Sí, ¿no es maravilloso cómo huele todo? —la mujer volvió a sonreír— mi querido Sylvester disfruta del tacto de la tierra, lady Candice siempre decía que era digno hijo de su padre.

—Sí —el conde se rio— mi primo hacía lo mismo cuando éramos pequeños —permitió que los recuerdos le invadiesen— mi tía solía correr detrás de nosotros y siempre pillaba primero a Joseph porque siempre se paraba a observar una pequeña flor o simplemente a sostener un poco de tierra en sus manos.

Claire observaba a su marido y sonrió. Había recorrido un largo camino hasta el punto en el que estaba. Antes los recuerdos le herían de tal forma que se había negado el placer de recordar aquellos tiempos, pero ahora era diferente, siempre que tenía ocasión le contaba alguna anécdota de cuando eran niños y ella disfrutaba escuchando sus pequeñas aventuras.

Se dirigió hacia el niño y se puso a correr detrás de él con una sonrisa en el rostro. Había perdido a su querida hermana y a su padre, pero había encontrado una familia que la quería. Tenía a William que era el centro de su mundo y ahora se había convertido en tía de un niño que iluminaba a todos cuando sonreía, pues había heredado ese don de su madre, era evidente. Se estaba convirtiendo en un niño guapísimo, una clara mezcla de los mejores rasgos de sus progenitores.

Sylvester llevaba con ellos apenas una semana cuando el marqués de Kerinbrooke apareció en su casa cargado de regalos para el niño. William sonrió.

—Sé que se han traído algunas cosas de Hatford Lane —les informó— pero...

—Pasa tío —William le abrazó con fuerza— ¿le has echado de menos? —preguntó con una pícaro sonrisa.

—Más de lo que puedo explicar —el hombre entró en la casa, era evidente que estaba ansioso por tener a su nieto entre sus brazos.

—El pequeño está con Claire en la biblioteca —encogió un hombro cuando el marqués le miró con una ceja arqueada— trabajo mejor con ellos allí.

Una poderosa emoción tiñó la mirada de Eliseo y aunque se esforzó por ocultarla, William la vio.

Entró en la biblioteca con una enorme sonrisa y los brazos abiertos, el pequeño no tardó en gatear a toda velocidad hacia él. Ambos se fundieron en un abrazo que les hizo suspirar de emoción. Era evidente que el niño adoraba a su abuelo y sus ojos tenían un sospechoso brillo que los condes decidieron ignorar.

—¡Mi pequeño! —exclamó el marqués— te he echado de menos —le besó en las mejillas— tengo noticias de papá y mamá.

Se sentó en una butaca con el niño en su regazo y sonrió cuando escuchó su dulce voz.

—¿Papá, mamá? —los ojos de Sylvester se apagaron y puso un pequeño mohín.

—Tranquilo cariño —su abuelo le acarició el rostro— están bien y te echan de menos, mamá dice que sueña contigo cada noche y papá dice que te lleva grabado en su corazón.

El marqués sacó dos pequeños relicarios y los abrió para que el pequeño observase los retratos en miniatura de sus padres, rápidamente los cogió y comenzó a llamarles a gritos.

—Shhhh, tranquilo —el marqués le abrazó con fuerza— volverán a casa y si tienen suerte, traerán a tu tío Alexander que te consentirá hasta convertirte en un mocoso malcriado y caprichoso.

Los condes de Tillshire decidieron que era un buen momento para dejar al marqués con su nieto. Y salieron discretamente de la estancia.

Ambos eran conscientes del brusco cambio que había sufrido el marqués.

Ya no era un hombre con la espalda fuerte y ancha, poderosos brazos y un atractivo capaz de eclipsar a más de un joven. Era apenas una sombra de todo eso. Sus vivaces ojos se habían apagado casi del todo y sólo se iluminaban cuando tenía en brazos a su nieto. Parecía que había perdido parte de su vitalidad.

Los condes lo comprendían. Eliseo había sufrido más de lo que podría soportar cualquier hombre de su posición. Perdió a su mujer en un accidente cuando montaba a su caballo pese a ser una consumada amazona, su cuñado había provocado la muerte de su esposa y le alejó del niño al que adoraba tanto como a sus hijos, perdió a un nieto cuando aún estaba en el vientre de su madre y creyó durante semanas que había perdido a su nuera a la que amaba tanto como a sus propios hijos, su vástago menor se había ido con un grupo de espías al mando de sir Roger al extranjero y tanto su primogénito como su nuera se habían ido en su búsqueda. La vida no había sido amable con él.

Sin embargo, allí estaba, sosteniendo a su nieto sobre su rodilla y haciéndole reír a carcajadas.

—¿Te quedarás a cenar? —le preguntó William y sonrió cuando aceptó— quizá puedas quedarte unos días hasta que empiecen las sesiones del



Parlamento.

—Eso sería estupendo, te lo agradezco —le apretó el hombro en un gesto paternal que le llegó al alma.

Y tal y como se hacía en Hatford Lane, los adultos cenaron en compañía de las niñeras y del pequeño Sylvester haciendo las delicias de todos los asistentes.

Más tarde, cuando se reunieron para tomar el oporto, Eliseo les puso al corriente de las últimas noticias.

—Nada más llegar al puerto de Portsmouth, cogieron el barco hasta el puerto de Calais, Joseph me cuenta que durante el viaje Candice sufrió un cambio repentino y dejó de llorar, ahora al parecer está totalmente resuelta a hacer lo necesario para encontrar a Alexander —el marqués se frotó el puente de la nariz— os juro que esa mujer nos va a matar a todos —los tres se rieron, pues pese a que el aspecto de la condesa era el de una dama delicada, sus decisiones no lo eran en absoluto— en Calais alquilaron un carruaje que les llevó hasta Sebourg, donde se reunirán con los hombres que encontraron el paradero de Alexander.

—¿Y después? —el marqués se encogió de hombros.

—No lo sé —les dijo besando la cabeza de su nieto que dormía plácidamente en sus brazos— sólo rezo para que vuelvan.

—Hatford es un hombre de recursos milord —le dijo Claire posando una mano en su brazo— estoy segura de que todos volverán a casa.

El marqués le sonrió y con un gesto de tristeza le entregó el niño a una de sus cuidadoras para que le llevase a su cuna, después se despidió de los condes y se retiró a la habitación que le habían asignado.

Los Tillshire se quedaron pensativos en la cama esa noche cuando se acostaron. Ambos sumidos en las inconstantes noticias como para pensar en nada más. Claire se aferró al cálido cuerpo de su esposo buscando el consuelo que necesitaba y William se aferró a ella como si fuese lo único que le unía a este mundo.

## Epílogo

Un par de días más tarde, Claire paseaba entre las flores del jardín trasero mientras Sylvester montaba sobre su pony sujeto por dos mozos de cuadra que sonreían abiertamente ante la algarabía del niño. Sonrió al verle tan feliz. ¡Cuán complicados eran los hombres! Pensó para sí misma. El autoritario e intimidante conde de Hatford, era un hombre que asustaba a la mayor parte de las personas con las que hablaba y sin embargo, era capaz de recorrer todos los establos de media Inglaterra para encontrar el pony perfecto para su hijo. Candice le había contado que se escondía a veces mientras los políticos se reunían en su casa y disfrutaba mucho escuchando a su esposo discutir con ellos, a veces a gritos. ¿Cómo era posible que el mismo hombre que gritaba a un par del reino, pudiese sostener a su hijo en brazos y cantarle una nana tan dulce que el niño se quedaba dormido con una sonrisa?

Se llevó las manos al vientre en un gesto involuntario.

¿Qué tipo de padre resultaría ser William? Ella le había observado con Sylvester y el cariño y el orgullo le salían por los poros. No era tan juguetón como al parecer era su primo Joseph, pero sin duda alguna quería a ese niño. Sería un padre maravilloso. La respuesta le vino con un leve vuelco del corazón y entonces sonrió.

Esa noche cuando William se fue a la cama se encontró con una muy grata sorpresa. Claire le esperaba cubierta con un muy decente camisón de seda que si bien era de lo más recatado, se convertía en toda una tentación cuando su esposa estaba delante del fuego de la chimenea y podía ver con claridad todos sus contornos.

—Te has convertido en una pícara —le dijo con una sonrisa y ella fingió sentirse muy avergonzada y eso le hizo reír.

—Digamos que he aprendido del mejor —le susurró cuando la estrechó entre sus brazos.

—Te quiero más que a mi vida —la besó con intensidad hasta que su

respiración se hizo más fuerte.

William se sentó en la butaca y sonrió.

—Quítate ese camisón —le dijo seductoramente— y ven aquí.

Pero Claire tenía planes para esa noche y los iba a seguir al pie de la letra. Lentamente se desabrochó los lazos que cerraban la prenda y dejó que esta se deslizara por su cuerpo, cogió su melena suelta y se la puso sobre un hombro.

—Quítate la ropa —le ordenó.

—¿Quieres jugar? —la pregunta de su marido la incendió y asintió con la cabeza.

El conde no tardó ni un minuto en desnudarse por completo y volver a sentarse en la butaca. Claire se arrodilló ante él y le miró con descaro antes de acariciarle las piernas con delicadeza para finalmente apoderarse de su erección, lo que le hizo sisear. Estaba a punto de decir algo cuando ella se la introdujo en la boca y comenzó a lamerle con tanta insistencia que William comenzó a ver borrosamente. El deseo le estaba consumiendo.

—¡No! —la sujetó del pelo y la apartó de su miembro dolorido— súbete —le ordenó— no voy a durar ni un minuto, pero te compensaré.

Claire se izó sobre él con una malvada sonrisa y no tardó en empalarse hasta el fondo. Le dio tan sólo un segundo antes de sujetarse al respaldo de la butaca y comenzar a moverse con tanto ímpetu que William no tardó en llegar al clímax.

—Eres perversa —le dijo cuando recuperó el aliento— pero me vengaré.

La cogió en sus brazos e invirtió las posiciones. Ahora era ella la que estaba completamente desnuda en la butaca y él de pie frente ella, le abrió las piernas y se fue en busca de una jarra de agua fría que usó para limpiar a su esposa, se arrodilló ante ella para comenzar a lamerla sin piedad hasta que vio cómo clavaba las uñas en los reposabrazos y su cuerpo se tensó en la puerta del orgasmo, entonces paró y se dedicó a lamer los pechos y la acarició hasta que el momento pasó. Ignoró todas las quejas de Claire que no fueron pocas, incluso utilizó una expresión que él sólo había escuchado de las bocas de los asiduos a los burdeles. Lo cual le hizo reír a carcajadas.

—Tócate para mí Claire —le dijo mientras colocaba sus manos sobre sus propios pechos, ella le miró arrebolada por la pasión— hazlo y haré que te corras.

Sus caricias comenzaron sin dejar de mirarle, eran delicadas y suaves, nada que ver con el fuego que la abrasaba mientras era él el que la tocaba, sin

embargo gimió y se arqueó cuando William le introdujo dos dedos en su cuerpo y comenzó a moverlos con fuerza.

—Venga mi amor —le dijo— abre más las piernas y déjame verte llegar al éxtasis.

Claire obedeció a duras penas. Sus manos eran torpes sobre sus pechos y pronto William notó que el orgasmo se acercaba de nuevo, pero esta vez no se lo negaría, simplemente lo alargaría todo lo que pudiese.

Observó maravillado cómo su condesa estallaba en sus manos y sonrió encantado. Había pasado el tiempo suficiente como para que él se recuperara y ya estaba listo para volver a poseerla y esta vez duraría algo más que los primeros avergonzantes minutos.

Mientras ella cabalgaba los últimos remansos del placer, él la cogió en volandas y la llevó hasta la enorme ventana, la colocó exactamente como quería, con las manos pegadas al cristal y las piernas abiertas sobre el saliente acolchado con varios cojines, la inclinó hacia delante y la penetró de una estocada. Suspiró de placer cuando la oyó gritar y pedirle más.

Enredó una mano en su pelo y la otra se aferró a la femenina cadera mientras su miembro entraba y salía de ella con renovado vigor.

—Vuelve a tocarte para mí Claire —le murmuró en el oído— pero esta vez entre las piernas, acaríciate el clítoris con los dedos mientras yo entro y salgo de tu apretado interior.

—Oh William —jadeó.

—Vamos cariño, hazlo.

Una mano trémula se perdió entre sus rizos y William gruñó cuando sintió la leve caricia que ella le prodigó, poco después gritaba presa del placer más absoluto.

—No he terminado contigo —le susurró al oído.

La llevó hasta la cama y la hizo tumbarse de espaldas, enredó una pierna entre las suyas y la otra la alzó sobre su hombro.

—Vas a disfrutar —le dijo con la voz llena de deseo.

Claire apenas podía pensar. William la embistió y su cerebro se apagó. Ella se desesperaba por tocarle pero él se mantenía a cierta distancia.

—Pon las manos sobre tu cabeza amor mío —le dijo— y no las muevas.

Ella obedeció sintiendo que todo su interior se licuaba de nuevo y pese al agotamiento que sentía, William no demostró piedad. Siguió penetrándola con fuertes embites mientras la miraba fijamente, al cabo de unos minutos cuando

ella comenzó a gritar su nombre de nuevo, su mano se aferró más fuerte a su cadera y presionó contra ella con más fuerza.

No tardó ni medio minuto en llegar al orgasmo seguida por él que jadeaba. Poco después se tumbó a su lado, ambos estaban sudorosos y exahustos, pero absolutamente satisfechos.

Claire se quedó dormida casi inmediatamente. William la besó y la movió despacio para acomodarla sobre el colchón, arrastró las sábanas y la colcha y se tumbó a su lado abrazándola con ternura.

Ella nunca le defraudaba, pensó para sí mismo. Encajaban tan bien que cuando terminaban, William sólo podía pensar en dormir abrazado a ella inhalando su aroma mezclado con el olor del sexo, no había mejor forma de disfrutar de un reparador sueño.

Una semana más tarde, Claire observaba a su marido trabajar o al menos intentarlo mientras Sylvester, el cuál estaba sentado en su regazo, se reía a carcajadas tirando de la pluma con la que William intentaba escribir en un gran libro.

—Una visión adorable —le dijo con una sonrisa y él le guiñó un ojo.

—Me temo que no será mejor administrador que su padre o yo mismo —se encogió de hombros— al parecer, la escritura está sobrevalorada —fingió una mueca de incredulidad, lo que la hizo reír abiertamente.

—Sylvester cariño —llamó al niño mientras se acercaba a ellos— Ermine y su padre están aquí, ¿querrías verles? —le tendió los brazos y el pequeño no tardó en lanzarse a ellos, ella rio encantada— eres adorable.

—Quiero tener un hijo Claire —sentenció su marido y ella le miró sorprendida— sí, ya sé que dije que podíamos tardar lo que tú quisieras pero... es que cada vez que te veo con él en brazos, yo... me siento extraño.

Ella le lanzó una misteriosa sonrisa, se acercó para besarle en los labios dulcemente y se marchó dejándole en una espiral de irritación y vergüenza.

Habitualmente no eran los hombres los que decidían cuando engendrar, solía ser cosa de la naturaleza a menos que la dama en cuestión supiese como encargarse de esos temas a través de medios como esponjas de vinagre o limón o ciertos tés que evitaban la concepción, aunque él tenía casi la certeza de que Claire no era usuaria de ninguna técnica.

No pudo volver a verla hasta la hora de la cena debido a que tenía que encargarse de multitud de asuntos en los que había ido relajando la

supervisión. Sonrió al ver que cenarían solos.

—¿Dónde está Sylvester? —preguntó antes de besarla en los labios.

—Se quedó dormido —sonrió con un extraño brillo en los ojos— Ermine agotó todas sus energías, no te creerías lo que es capaz de hacer —sonrió más abiertamente.

—Me lo imagino, cuando éramos pequeños y ella venía a jugar con nosotros, todas las travesuras eran cosa de ella —se sentó a su lado y siguió hablando mientras los criados les servían— una vez se inventó que había visto un pez dorado en el río —sacudió la cabeza— nos tuvo una semana buscándolo, finalmente fue Alexander quien consiguió pescar una trucha y la tintó —ella le escuchaba ensimismada— en otra ocasión nos embaucó para participar en un estúpido concurso que nos tuvo toda una tarde corriendo de un lado al otro para buscar un tesoro, nos contó que había leído la historia en los archivos secretos de su padre.

—Es magnífica —le cogió la mano con cariño— ¿no has tenido más noticias de Candice y Joseph? Eliseo nos ha dicho esta tarde que sus notas son tan escuetas que no las comprende.

—No, imagino que no tendrán forma de ponerse en contacto —apoyó la cabeza en sus manos— ojalá vuelvan pronto porque me parte el alma pensar que el pequeño podría quedarse sin familia —explicó con pesar.

—Eso no es cierto, si, Dios no lo quiera, sus padres no vuelven, nos tendrá a nosotros y a su abuelo, además —Claire se apoyó ligeramente sobre el respaldo de la silla— en unos meses, tendrá un primo o prima que lo adorará.

William se quedó congelado con la cuchara apenas sostenida en sus temblorosos dedos a mitad de camino hasta su boca. Apenas podía respirar. ¿Sería cierto? ¿o acaso ya se había quedado dormido y esto no era más que un sueño?

Miró a su esposa y dejó la cuchara de nuevo en el plato.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada.

—Estoy intentando deducir si estoy soñando.

Ella se rio de forma cantarina y se levantó, le cogió de la mano y tiró de él, se acercó de forma que pensó que iba a besarle pero lo que ella hizo fue morderle ligeramente el labio inferior hasta que le oyó gemir.

—Lo siento —le dijo con una sonrisa y un pícaro brillo en sus ojos— pero así sabrás que no estás soñando.

—Eres malvada —pasó su propia lengua por la mordedura y sonrió—

entonces, ¿es verdad?

—Sí, el doctor Gilbert lo ha confirmado esta tarde —se refugió en su cuerpo— ¿te hace feliz?

—¡Por supuesto que sí! —la alzó en el aire y la besó con ternura— tú me haces feliz Claire y pese a todo, no me arrepiento de haberme ofrecido para casarnos y salvarte de ese miserable.

—¿Sabes? —le besó de nuevo— puede que Joseph sea el paladín de la familia, pero tú eres el mío, eres mi héroe.

—No lo dudes nunca mi amor, siempre te protegeré —la estrechó con más fuerza— puedes estar segura de ello.

—Lo estoy —volvió a besarle— te quiero.

Se perdieron en un beso eterno mientras sus corazones latían desaforados. Les esperaba un futuro incierto dadas las circunstancias, pero ambos se sentían ferozmente protectores con su familia y sabían, sin ninguna duda, que se pertenecían el uno al otro.

FIN

## Nota de la autora

\*Me he tomado la licencia creativa de adelantar el invento del tobogán para que encaje con la historia de la novela, no obstante, aclararé que el tobogán fue inventado por el estadounidense Herbert Selner. En 1923 creó su primer tobogán moderno que se llamó “Water-Tobogan-Slide” en Minnesota. (Fuente: <http://www.krealiagestion.com/cual-es-el-origen-del-tobogan/957>). En sus orígenes las construcciones que hoy conocemos como toboganes fueron creadas para ayudar en el trabajo de construcción de lugares como los acueductos. Civilizaciones antiguas como la egipcia o sobre todo la romana, que eran grandes constructores, fueron quienes idearon la rampa que ahora conocemos como tobogán. (Fuente: <https://www.aqualandia.net/toboganes-del-trabajo-al-ocio-acuatico-una-magnifica-evolucion/>).

\*Así mismo, me gustaría aclarar algunas cosas. Como sabéis siempre leo todas las críticas que recibo, sean buenas o malas, por supuesto me gustan más las buenas, pero eso no hace que no preste atención a todas. Y siempre he respetado a todo el mundo, no obstante, con la novela predecesora a esta que tenéis en vuestras manos, “Embaucar a un conde”, me han llegado ciertas críticas que no me parecieron respetuosas, empezando por el hecho de que en Amazon una de ellas destripa parte de la trama de la novela y si bien al lector le puede parecer más o menos real, es de sentido común no revelar parte del contenido. No obstante me llamó la atención su queja ante la supuesta invención acerca de una banda de ladrones que asoló Londres y el hecho, según sus palabras aún más irreal de que la ciudad se llenase de militares, creo que esta parte no la entendió bien, pues explico en varias ocasiones que son soldados sin trabajo a los que se les ofrece un puesto en la policía creada en Bow Street. Cosa que sucedió en realidad sólo que unas cuantas décadas antes (tras la derrota de Napoleón Bonaparte), pues tras la guerra con Francia, muchos de esos soldados volvían a casa sin la oportunidad de seguir ganando dinero para alimentarse, eso los que volvían enteros, que no era el caso de la mayoría, pero los que volvían sin grandes amputaciones y más o menos cuerdos, se unían a los agentes que vigilaban la ciudad.

También quería explicaros en quién basé la banda de ladrones que



asoló la ciudad. Se trata de una mezcla entre Jack Sheppard ([4 de marzo de 1702-16 de noviembre de 1724](#)) y la misteriosa banda de ladrones The Forty Elephants Gang, (<http://pepecahiers.blogspot.com/2016/03/las-forty-elephants-la-banda-de-las-40.html>) que asolaron Londres. Como digo se trata de una mezcla entre ambos. En mi novela, George, el hermano de Candice, pese a su aspecto demacrado por el abuso del alcohol aún posee la habilidad para manejar a sus compinches (tal y como hacía Jack Sheppard) y su banda se dedica al robo con violencia en los hogares londinenses (tal y como hacían las mujeres de Forty Elephants, salvo que ellas no agredían a sus víctimas).

No obstante se trata de una novela y tanto la trama principal como las secundarias son enteramente ficticias.

Lamento que ese lector en particular no disfrutase plenamente de la novela anterior, pero espero y deseo de todo corazón haberme resarcido con esta.

Un beso enorme y... ¡¡GRACIAS!!

Alexia Seris.